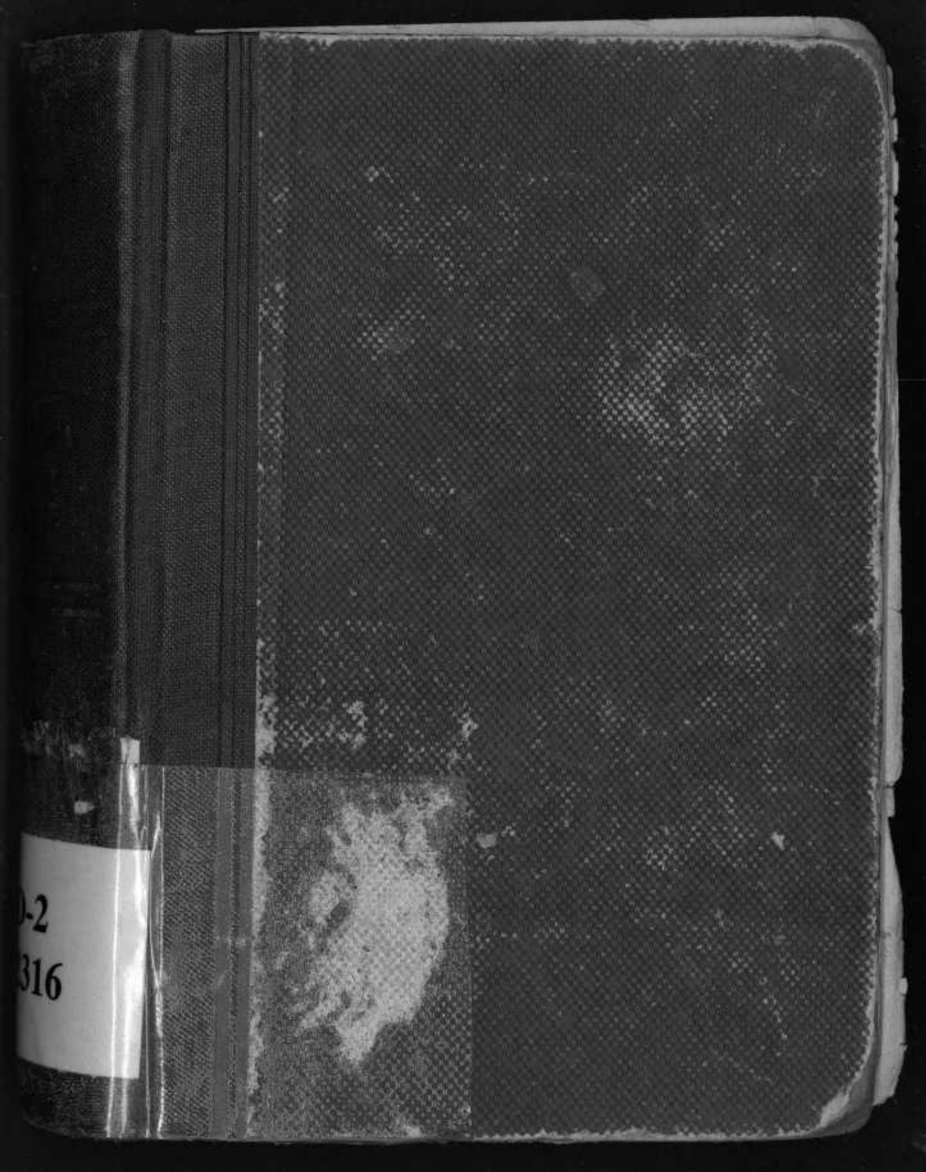


0-2
316


ENCUADERNACIONES
FERNANDEZ
ESTUCHES
CAJAS DE CARTON
ADUANA VIEJA, 29
SORIA



H. DE BALZAC

Terera G. Gonzalo

Azucena en el valle

NOVELA

TOMO I

La traducción del francés ha sido hecha por M. A. Bedoya



MADRID, 1921

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8. – MADRID

AL SEÑOR D. J. B. NACQUART

MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

Querido doctor: He aquí una de las piedras más trabajadas en el segundo cuerpo de un edificio literario, lenta y laboriosamente construído. En ella quiero grabar el nombre de usted, no sólo para dar las gracias al sabio que me salvó en otro tiempo, sino para honrar al amigo de siempre.

De Balzac.

Honorato de Balzac, el más grande novelista francés del siglo XIX, domina su época, no sólo por la imponente masa de sus innumerables tomos, sino por la impresionante vitalidad que fluye en esa que él llamó «Comedia humana». Por las venas de sus personajes corre—decía Gautier—roja sangre, en vez de la tinta negra que hacen correr por la de los suyos la mayor parte de los escritores.

En ese torrente ensordecedor, en esa avalancha de vitalidad, aparece como tierna y humilde flor extática esta novela, profundamente emotiva, que lleva el simbólico nombre de AZUCENA EN EL VALLE. *El amor es su tema; pero un amor exaltado en poesía y en afanes purísimos, un amor más que platónico, un amor divino, un amor de puros espíritus sobre la tierra, de cándidas azucenas en el valle sensual y abigarrado de la vida. La historia sencilla de ese amor excepcional es el único enredijo, sin trama mas que en los corazones. No suceden en esta novela cosas ni casos extraordinarios; todo es íntimo, todo acontece en el alma. Es, por decirlo así, un libro de aventuras espirituales.*

¡Caso raro en la obra de Balzac! El gran novelista no se detuvo nunca gustoso en pinturas idílicas; pero las pocas que ha dejado consagran su maestría. Aquí, como en todas sus novelas, existe una íntima adecuación entre las personas y las cosas. El

valle y la azucena en él son tan esenciales uno como otra, y si alguna vez el lector pasa por ese maravilloso valle del Indre, en Turena, verá por todos los recodos del río encantador, sobre los bosquecillos, en las praderas, la sombra inmortal de Félix y Enriqueta, los dos amantes perfectos.

AZUCENA EN EL VALLE

A LA SEÑORA CONDESA NATALIA
DE MANERVILLE

Me rindo a tu deseo. El privilegio de la mujer a quien amamos más de lo que ella nos ama es hacernos olvidar a cada instante las reglas del buen sentido. Por no ver trazarse una arruga en vuestras frentes, por disipar la enojada expresión de vuestros labios, que la menor contrariedad entristece, franqueamos milagrosamente las distancias, damos nuestra sangre y malogramos nuestro porvenir. Hoy quieres conocer mi pasado. Helo aquí; pero, sábelo bien, Natalia, para obedecerte he tenido que hollar repugnancias hasta hoy invioladas. Pero ¿por qué sospechas de los súbitos y largos desvaríos que se apoderan de mí en plena felicidad? ¿Por qué ese tu coqueto enfado de mujer adorada con motivo de un algún silencio? ¿Acaso no puedes jugar con los contrastes de mi carácter, sin preguntarme las causas? ¿Guardas tal vez secretos en tu corazón que para ser perdonados necesitan trocarse por los míos? En fin, lo has adivinado, Natalia, y quizá valga más que lo sepas todo. Sí, mi vida está dominada por un fantasma, que se dibuja vagamente a la menor palabra que lo provoca y que se agita a

menudo por sí mismo dentro de mí. Tengo imponentes recuerdos, ocultos en el fondo de mi alma, como esas floraciones marinas que se distinguen en el fondo del Océano, durante la calma, y que las olas de la tempestad arrojan a la playa. Aunque el esfuerzo que se necesita para expresar las ideas haya contenido esas antiguas emociones que tanto daño me hacen cuando despiertan, si hay en esta confesión destellos que te hieran, recuerda que me has amenazado si no te obedecía; y no castigues mi acatamiento. Quisiera que mi confidencia duplicase tu ternura. Hasta esta noche.—FÉLIX.

¿A qué talento criado en el llanto deberemos alguna vez la más conmovedora elegía, la descripción de los tormentos que sufren en silencio esas almas, cuyas raigambres, tiernas todavía, no hallan sino duros guijarros en el hogar, cuyas primeras florescencias son desgarradas por las manos del odio, y cuyas flores se hielan al instante de abrirse? ¿Qué poeta nos contará los dolores del niño, cuyos labios amamantan un seno acibarado y cuyas sonrisas son reprimidas por el fuego devorador de una mirada implacable? La ficción que lograse representar estos pobres corazones, oprimidos por los seres que les rodearon para favorecer el desarrollo de su sensibilidad, sería l verdadera historia de mi juventud. ¿Qué vanidad podía yo herir, infeliz recién nacido? ¿Qué defecto físico o moral motivaba la frialdad de mi madre? ¿Era yo, acaso, el hijo del deber, aquel

cuyo nacimiento es obra de la casualidad o cu. vida es un reproche? Fuí dado a criar en el car po y olvidado por mi familia durante tres añ. cuando regresé al hogar paterno significaba t. poca cosa, que llegué a despertar la compasi. de los demás. Ignoro el sentimiento y la feliz ca sualidad a cuyo amparo pude levantarme de e primera caída. Dentro de mí mismo, el niño ignora y el hombre nada sabe. Lejos de dulcificar mi suerte, mi hermano y mis dos hermanas se entretenían en hacerme sufrir. El pacto en cuya virtud los niños ocultan sus pecadillos y que ya les da una idea del honor, no existió para mí; más aún, con frecuencia fuí castigado por culpa de mi hermano, sin poder reclamar contra semejantes injusticias. ¿El servilismo, naciente en los niños, les aconsejaba acaso contribuir a las persecuciones que me afligían, para ganar valimiento con una madre a quien ellos también tenían? ¿Era un efecto de su tendencia a la imitación? ¿Era necesidad de probar sus fuerzas o falta de piedad? Acaso todas estas razones reunidas me privaran de las dulzuras de la fraternidad. Desheredado de todo afecto, nada podía yo amar, no obstante haberme dado la Naturaleza un espíritu amante. ¿Recoge un ángel los suspiros de una sensibilidad rechazada sin cesar? Si en algunas almas los sentimientos incomprendidos se truecan en odi. en la mía concentráronse y cavaron un lecho, de. de cuyo fondo irradiaron luego sobre mi vida.

La costumbre de temblar relaja las energías, engendra el miedo, y el miedo obliga siempre a ceder.

De ahí viene una debilidad que bastardea al hombre y le imprime un no sé qué de esclavo. Pero a mí las continuas tormentas me acostumbraron a desarrollar una fuerza, que se acrecentó con el ejercicio y predispuso mi alma a las resistencias morales. Esperando siempre un nuevo dolor, como los mártires esperaban un nuevo golpe, todo mi ser debió expresar una resignación sombría, a cuyo influjo sofocáronse las gracias y los impulsos de la infancia; actitud ésta que pasó por síntoma de idiotez y justificó los siniestros pronósticos de mi madre. La certidumbre de estas injusticias despertó prematuramente en mi alma la altivez, fruto de la razón, que sin duda detuvo las malas inclinaciones producidas por semejante educación. Aunque tenido a menos por mi madre, era a veces objeto de sus escrúpulos, pues hablaba de mi instrucción y manifestaba deseos de ocuparse de ella. Entonces me acometían convulsiones horribles al pensar en los desgarramientos que me causaría la cotidiana vida en común con ella. Bendecía mi abandono, y me sentía dichoso de poder quedarme en el jardín, para jugar con las piedrecillas, observar los insectos y contemplar el azul del firmamento. Aunque la soledad debió conducirme al ensueño, mi gusto por la contemplación nació de una aventura que dará una idea de mis primeras desgracias. Tan poco caso se hacía de mí, que la institutriz se olvidaba a menudo de acostarme. Una noche, agazapado tranquilamente bajo una higuera, miraba una estrella con esta pasión de curiosidad

que domina a los niños y a la cual mi melancolía precoz añadía una especie de inteligencia sentimental. Mis hermanos se divertían y gritaban, y yo escuchaba su lejana algarabía, como si fuese un acompañamiento a mis ideas. El ruido cesó; vino la noche. Por casualidad mi madre advirtió mi ausencia. Para evitarse una reprensión, nuestra aya, una terrible señorita Carolina, justificó las falsas aprensiones de mi madre, asegurando que yo miraba la casa con horror; que si no me hubiese vigilado atentamente, ya me habría escapado; que no era imbécil, sino bellaco, y que entre todos los niños puestos bajo sus cuidados no había visto uno de tan pésimas inclinaciones como yo. Aparentó buscarme, me llamó, respondí, y se llegó a la higuera, donde sabía que estaba.

—¿Qué hacía usted ahí?—me dijo.

—Miraba una estrella.

—No mirabas una estrella—exclamó mi madre, que nos escuchaba desde lo alto de su balcón—. ¿Saben astronomía los niños de tu edad?

—¡Ah, señora—exclamó la señorita Carolina—, ha dejado abierto el grifo del depósito, y el jardín está inundado!

Aquello fué un rumor general. Mis hermanas se habían entretenido en dar vueltas al grifo para ver correr el agua; pero, sorprendidas por un fuerte chorro que las mojó, se aturdieron y escaparon sin acertar a cerrarlo. Convicto de haber urdido aquella aventura, y acusado de mentir porque defendía mi inocencia, fuí severamente castigado.

¡Tremendo castigo! Se burlaron de mi amor por las estrellas, y mi madre me prohibió quedarme de noche en el jardín. Las prohibiciones tiránicas agudizan los deseos, más aún en los niños que en los hombres. Aquéllos tienen sobre éstos la ventaja de no pensar mas que en la cosa prohibida, que suele ofrecerles atractivos irresistibles. Frecuentemente me pegaron por causa de mi estrella. No pudiendo confiarme a persona alguna, contaba a la estrella mis pesares en ese delicioso gorjeo interior con que los niños musitan sus primeras ideas, así como en otro tiempo balbucearon sus primeras palabras. A la edad de doce años, estando en el colegio, todavía la contemplaba, experimentando delicias indecibles; ¡tan profundas son las huellas que dejan en el corazón las impresiones recibidas en los comienzos de la vida!

Cinco años mayor que yo, mi hermano Carlos era tan hermoso de niño como lo es hoy de hombre. Era el preferido de mi padre, el amor de mi madre, la esperanza de mi familia, y, por consiguiente, el rey de la casa. Bien formado y robusto, le pusieron preceptor. Yo, pequeño y enclenque, fuí colocado a los cinco años como externo en un colegio de la ciudad, adonde iba por la mañana y de donde regresaba por la tarde de la mano del ayuda de cámara de mi padre. Salía de casa llevando un cesto poco provisto, mientras que mis compañeros llevaban abundantes provisiones. Este contraste entre mi escasez y su riqueza me hizo sufrir. Las célebres salchichas y chicharrones de Tours com-

ponían el principal elemento del refrigerio que tomábamos al mediodía, entre el desayuno y la comida de la casa, cuya hora coincidía con la de nuestra vuelta del colegio. Esta preparación, tan estimada por algunos golosos, se sirve raramente en las mesas aristocráticas de Tours, y aunque había oído hablar de ella antes de ingresar en la escuela, jamás había tenido la dicha de ver untado para mí un pedazo de pan con este obscuro embutido. Pero aunque no hubiese estado de moda en el colegio, no por eso mi deseo hubiera sido menos violento, pues se convirtió en idea fija, semejante a las ganas que sintió una de nuestras más elegantes duquesas de París de comer los guisotes de las porteras; y las satisfizo, pues era mujer. Los niños adivinan el deseo en las miradas como tú lees en ellas el amor; me convertí entonces en excelente objeto de mofa. Mis compañeros, que casi todos pertenecían a la pequeña burguesía, venían a enseñarme sus rebanadas de pan, preguntándome con tono burlón si sabía cómo se hacían los chicharrones, dónde se vendían y por qué no los llevaba yo. Regocijábanse mostrándome esos residuos de cerdo, fritos en su misma grasa, y que simulaban trufas cocidas. Fiscalizaban mi cestillo, y, no encontrando sino queso de Olivet y frutas secas, me asesinaban con un «¿Tú no tienes para comprarlo?», que me enseñó a calcular la distancia que me separaba de mi hermano. Este contraste entre mi abandono y la felicidad de los demás ha marchitado las rosas de mi in-

fancia y ajado mi tierna juventud. La primera vez que, engañado por un sentimiento generoso, extendí la mano para aceptar el tan apetecido fiambre que se me ofreciera con gesto hipócrita, mi burlador lo retiró, entre las risas de sus compañeros, advertidos del preparado desenlace. Si los espíritus más selectos son accesibles a la vanidad, ¿cómo no absolver al niño que llora de verse despreciado, vejado? ¡Cuántos niños, a consecuencia de este juego, se habrán tornado golosos, pedigüeños y cobardes! Para evitarme persecuciones, reñí. El valor de la desesperación hízome temible; pero, al ser objeto de odio, quedéme sin defensa contra las traiciones. Una tarde, al salir de la escuela, recibí en la espalda un golpe dado con un pañuelo anudado y lleno de piedras. Cuando el criado, que me vengó ejemplarmente, refirió el caso a mi madre, ésta exclamó:

—Este maldito niño no nos proporcionará mas que disgustos!...

Me poseyó una terrible desconfianza de mí mismo, encontrando en la escuela la misma repulsión que yo inspiraba en mi familia. En la escuela, como en el hogar, me refugié en mi intimidad. Una segunda nevada retardó la floración de los gérmenes sembrados en mi alma. Aquellos a quienes yo veía amados eran unos frívolos pilluelos. Mi altivez se apoyó en esta observación, y me quedé aislado. De este modo continuó la imposibilidad de expansionar los sentimientos que llenaban mi pobre corazón. Viéndome siempre sombrío, odiado y solitario, el

maestro confirmó las suposiciones equivocadas que mi familia tenía sobre mi mal carácter. Cuando supe leer y escribir, me envió mi madre a Pont-le-Voy, a un colegio dirigido por los padres del Oratorio, que recibían a los niños de mi edad en un aula denominada la clase de los *«No latinos»*, donde permanecían también los escolares cuya tardía inteligencia resistíase al aprendizaje de los rudimentos de latinidad. Allí permanecí ocho años sin ver a nadie y haciendo vida de paria. He aquí cómo y por qué. Los tres francos mensuales que tenía para mis caprichos, apenas me bastaban para plumas, lapiceros, reglas, tinta y papel, de que era forzoso proveerse. De modo que, no pudiendo adquirir ni zancos, ni cuerdas, ni ninguno de los objetos necesarios para los juegos de la escuela, quedaba desterrado de los recreos; para ser admitido hubiera tenido que adular a los ricos o a los fuertes de mi sección. La menor de estas cobardías que se permiten tan fácilmente los niños sublevaba mi ánimo.

Permanecía bajo un árbol, sumido en quejumbrosas contemplaciones, y leía los libros que mensualmente nos distribuía el bibliotecario. ¡Cuántos dolores se ocultaban en el fondo de esta monstruosa soledad! ¡Qué angustias engendraba mi abandono! Imaginad lo que mi alma tierna debió sufrir en la primera distribución de premios, donde obtuve los dos más considerados: el del tema y el de la versión. Al ir a recibirlos al teatro, en medio de las aclamaciones y de la música, ni mi padre ni mi madre estaban allí para felicitarme, mientras

que la sala se hallaba llena de las familias de mis compañeros. En vez de besar al profesor, como es costumbre, me precipité en sus brazos anegado en lágrimas. Por la noche quemé mis laureles en la estufa. Los padres de los estudiantes permanecían en la ciudad durante la semana de exámenes que precedía a la distribución de premios; de modo que mis camaradas salían todos alegremente por la mañana, mientras que yo, no obstante estar apenas separado de mis padres por unas cuantas leguas, permanecía en los patios con los «ultramarinos», mote de aquellos que tenían sus familias en las colonias o en el extranjero. Por la noche, durante la oración, los bárbaros nos enrostraban los festines tenidos con sus padres. Veréis crecer siempre mi desgracia en proporción de la circunferencia que abarquen las esferas sociales en que vaya penetrando. ¡Cuántos esfuerzos no hice para anular la sentencia que me condenaba a vivir dentro de mí mismo!

¡Cuántas esperanzas concebidas largo tiempo con mil arrebatos del alma y destruídas en solo un día!... Para decidir a mis padres a venir al colegio, les escribía cartas llenas de sentimiento, quizá enfáticamente expresado; pero dichas cartas ¿merecían haberme atraído los reproches de mi madre, quien me amonestaba con ironía sobre mi estilo? Sin desmayar, prometía cumplir las condiciones que mis padres impusieran. Imploraba el apoyo de mis hermanas, a quienes escribía en las fechas de su santo y cumpleaños con la exactitud de los pobres niños abandonados, pero con inútil persis-

tencia. Al aproximarse la distribución de premios, redoblaba mis súplicas y hablaba de los éxitos presentidos. Engañado por el silencio de mis padres, los esperaba con el corazón henchido, anunciándolos a mis compañeros; y cuando, a la llegada de las familias, resonaban en el corredor los pasos del viejo portero que llamaba a los colegiales, sentía entonces palpitaciones enfermizas. ¡Jamás ese anciano pronunció mi nombre! El día en que me acusé de haber maldecido la existencia, mi confesor me mostró el cielo, donde florecía la palma prometida por el *Beati qui lugent?*, del Salvador. A partir de mi primera comunión, me precipité en las misteriosas profundidades de la oración, seducido por las ideas religiosas, cuyas maravillas morales encantan a los espíritus jóvenes. Animado de una ardiente fe, rogué a Dios resucitase en mi favor los fascinadores milagros que leía en el Martirologio. A los cinco años había volado tras una estrella; a los doce iba a llamar a la puerta del santuario. El éxtasis hizo florecer en mí sueños inefables, que poblaron mi imaginación, enriquecieron mi ternura y fortificaron mis facultades pensadoras. Con frecuencia atribuí estas visiones sublimes a los ángeles encargados de modelar mi alma para santos destinos; ellas han dotado a mis ojos de la facultad de ver el espíritu íntimo de las cosas; han preparado mi corazón para las magias que hacen desgraciados a los poetas, cuando tienen el poder fatal de comparar lo que sienten con lo que es, las grandes cosas anheladas con lo poco que de ellas se logra;

han escrito en mi mente un libro en que he podido leer lo que debía expresar, y pusieron en mis labios la llama del improvisador.

Mi padre concibió ciertas dudas respecto de la enseñanza oratoriana, y vino a sacarme de Pont-le-Voy y llevarme a París, a un Instituto situado en el Marais. Yo tenía quince años. Una vez sometido a examen, el alumno de la clase de retórica de Pont-le-Voy fué digno de ser admitido en la tercera clase. Pero los mismos dolores que había experimentado en el hogar, en la escuela y en el colegio, los encontré, bajo una nueva forma, durante mi estancia en el Instituto Lepître. Mi padre no me había dado ningún dinero. Como supiese que estaba bien alimentado, vestido, ahito de latín y relleno de griego, creía que todo estaba ya resuelto. Durante el curso de mi vida de colegial, he conocido a unos mil compañeros y en ninguno he encontrado ejemplo de parecida indiferencia. Fanáticamente adicto a los Borbones, el señor Lepître, que había tenido tratos con mi padre durante el período en que algunos realistas decididos trataron de sacar del Templo a la reina María Antonieta, reanudó sus relaciones con el autor de mis días. El señor Lepître se creyó, pues, obligado a subsanar el olvido de mi padre; pero la cantidad que mensualmente me señaló fué escasa, pues ignoraba las intenciones de mi familia. El Instituto estaba instalado en el antiguo Palacio de Joyeuse, en el cual, como en todas las casas señoriles, había una amplia portería. Durante el recreo que precedía a la hora en que el pasante

nos llevaba al liceo Carlomagno, los estudiantes opulentos iban a desayunar a casa de nuestro portero, llamado Doisy. El señor Lepître ignoraba o consentía este negocio del portero, verdadero contrabandista, que los discípulos tenían interés en mimar. El era el cómplice de nuestros extravíos, el confidente de nuestras entradas tardías y el intermediario con los tratantes en libros prohibidos. Desayunar con una taza de café con leche era un gusto aristocrático, y ello se explica por el precio excesivo a que llegaron los artículos coloniales bajo el imperio de Napoleón. Si el uso del azúcar y del café constituía lujo en los padres, en nosotros denotaba una superioridad vanidosa que hubiese engendrado una pasión de no haber bastado para ello la propensión a imitar, la glotonería y el contagio de la moda. Doisy nos abría crédito, suponiéndonos hermanas o tías que aprobasen nuestra vanidad y pagasen nuestras deudas. Resistí mucho tiempo a estas seducciones, y si mis jueces hubiesen conocido la fuerza de ellas, las heroicas aspiraciones de mi alma hacia el estoicismo y los furores contenidos durante una larga resistencia, hubieran enjugado mis lágrimas en vez de hacerlas derramar. Pero ¿podría yo tener, niño aún, esa grandeza de alma que hace despreciar el desprecio de los demás? Por otra parte, sentía yo la acometida de algunos vicios sociales, cuya fuerza aumentóse por mi codicia. Al terminar el segundo año, mis padres vinieron a París. El día de su llegada me fué anunciado por mi hermano, que habitaba en

la capital, y que, sin embargo, no me había hecho una sola visita. Mis hermanas les acompañaban y debíamos ver juntos París. El primer día iríamos a cenar al Palais Royal y luego visitaríamos todos el Teatro Francés. A pesar de la embriaguez que me causó aquel programa de fiestas inesperadas, mi alegría fué turbada por ese viento de tempestad que tan rápidamente impresiona a los familiarizados con la desgracia. Tenía que confesar una deuda de cien francos contraída con Doisy, el cual me amenazaba con pedir en persona el dinero a mis padres. Entonces decidí tomar a mi hermano por dragomán de Doisy, por intérprete de mi arrepentimiento y por intermediario de mi perdón. Mi padre se inclinó a la indulgencia, pero mi madre fué irreductible. La mirada de sus ojos azules me petrificó; fulminó terribles profecías. ¿Qué sería yo más tarde si a la edad de diez y siete años hacía semejantes calaveradas? ¿Efectivamente era yo su hijo? ¿Trataba de arruinar a la familia? ¿No había que atender a nadie mas que a mí? ¿No exigía la carrera elegida por mi hermano Carlos una dotación independiente, merecida por una conducta que honraba a la familia, mientras que yo sería su vergüenza? ¿Se casarían mis hermanas sin dote? ¿Desconocía yo el valor del dinero y lo que les costaba? ¿De qué servían el café y el azúcar para la educación? Conducirse de ese modo, ¿no era aprender todos los vicios? Marat era un ángel comparado conmigo. Después de haber experi-

mentado el choque de aquel torrente, que derramó mil terrores en mi alma, mi hermano me llevó otra vez al colegio... Perdí la comida en «Los Hermanos Provenzales» y me privé de ver a Talma en «Británico». Tal fué mi entrevista con mi madre, después de doce años de separación.

Cuando terminé las humanidades, dejóme mi padre bajo la tutela del señor Lepître. Debía aprender matemáticas trascendentes, cursar el primer año de Derecho y comenzar los estudios superiores. Puesto a pupilo y libre de las clases, estimé que se abría una tregua entre la miseria y yo. Pero, a pesar de mis diez y nueve años, o tal vez a causa de ellos, mi padre continuó el sistema por el cual me había hecho ir a la escuela sin provisiones de boca; al colegio, sin pequeños gastos, y que había convertido a Doisy en mi acreedor. Tuve poco dinero a mi disposición. Y ¿qué hacer en París sin dinero? Por otra parte, mi libertad fué sabiamente encadenada. El señor Lepître hacía que me acompañase a la escuela de Derecho un criado, que me entregaba en manos del profesor, y después venía a buscarme. Una doncella habría sido guardada con menos precauciones que las que los recelos inspiraron a mi madre para conservar mi persona. París espantaba con razón a mis padres. Los escolares piensan secretamente en lo que también preocupa a las señoritas en sus colegios; por mucho que se haga, éstas hablarán siempre del novio, y aquéllos, de mujeres. Pero en París, a la sazón, las charlas entre compañeros

eran generalmente inspiradas por el mundo exótico y sultanesco del Palais Royal. Este era un Eldorado de amor, donde por la noche corrían los lingotes acuñados. Allí cesaban las dudas más sutiles, allí se aniquilaba nuestra excitada curiosidad. El Palais Royal y yo fuimos dos asíntotas, dirigidos uno hacia otro, sin poder encontrarse nunca. He aquí cómo la suerte burló mis tentativas. Mi padre me había presentado en casa de una de mis tías, que habitaba en la isla de San Luis; allí debía yo ir a cenar los jueves y los domingos, conducido por la señora o por el señor Lepître, quienes por aquellos días iban a recogerme de noche cuando volvían a casa. ¡Singulares recreos! La marquesa de Listomère era una gran dama ceremoniosa, a quien nunca se le ocurrió ofrecerme un escudo. Vieja como una catedral, pintada como una miniatura, suntuosa en sus atavíos, vivía en su hotel como si Luis XV no hubiese muerto, sin más sociedad que nobles viejas e hidalgos de antaño, cuerpos fósiles entre los cuales me consideraba como en un cementerio. Nadie me dirigía la palabra, y nunca me sentí con fuerzas para ser el primero en hablar. Las miradas frías u hostiles que se me dirigían obligábanme a tener vergüenza de mi juventud, que parecía importunarles. Fundé el éxito de mi escapatoria en esta indiferencia, proponiéndome escurrir el bulto cierto día, una vez terminada la cena, para volar a las Galerías. Tan pronto como fuese empeñada la partida de *whist* mi tía dejaría de reparar en mí.

Juan, su criado, se cuidaba muy poco del señor Lepître; pero aquella malhadada comida se prolongaba desgraciadamente, a causa de la debilidad de las mandíbulas o de la imperfección de las dentaduras. Por fin, una noche, entre ocho y nueve, había ganado la escalera, palpitante como Bianca Capello el día de su fuga; pero cuando el portero fué a abrirme la puerta vi en la calle el coche del señor Lepître y oí su voz cavernosa que me llamaba. Tres veces la casualidad se interpuso entre el infierno del Palais Royal y el paraíso de mi juventud. El día en que, avergonzado de ser tan ignorante a los veinte años, resolví afrontar todos los peligros para concluir de una vez, en el momento mismo en que, subiendo el señor Lepître a su carruaje, trataba yo de escabullirme (pues mi guardián estaba rollizo como Luis XVIII y tenía los pies torcidos), para desaparecer de su vista, en aquel momento mi madre llegaba en silla de posta. Su mirada me detuvo y permanecí como un pájaro delante de la serpiente. ¿Por qué casualidad se encontraba allí? Nada más natural. Napoleón jugaba su última partida, y mi padre, presintiendo la vuelta de los Borbones, iba a prevenir a mi hermano, empleado ya en la diplomacia imperial. Había salido de Tours con mi madre, encargada de sacarme de París, para sustraerme a los peligros de que creían amenazada la capital los que seguían con inteligencia la marcha de los enemigos.

En pocos minutos fuí sacado de París, en el ins-

tante en que la permanencia en él iba a serme fatal. Los tormentos de una imaginación sin cesar agitada por deseos reprimidos, el agobio de una vida constantemente entristecida por privaciones, me habían obligado a lanzarme al estudio como en otro tiempo; los hombres cansados de su suerte se recluían en el claustro. El estudio había llegado a ser en mí una pasión que podía ocasionarme consecuencias fatales, durante el período en que los jóvenes deben entregarse a las encantadoras actividades de su naturaleza primaveral.

Este ligero croquis de una juventud en la que adivinas, sin duda, innumerables elegías, era necesario para explicar la influencia que el pasado ejerció en mi porvenir. Afectado por tantos elementos mórbidos, era yo, a los veinte años cumplidos, pequeño, delgado y pálido. Mi alma, llena de deseos, luchaba con mi cuerpo, débil en apariencia; pero que, según decía un anciano médico de Tours, sufría la última fusión de un temperamento de hierro. Niño por el cuerpo y viejo por el pensamiento, había leído y meditado tanto, que conocía metafísicamente las alturas de la vida, en el momento en que iba a advertir las dificultades tortuosas de sus desfiladeros y los caminos enarenados de sus llanuras. Azares inauditos me habían dejado en ese delicioso período en que surgen las primeras turbaciones del alma, en que se despiertan las voluptuosidades, en que para ella todo es razonado y fresco. Hallábame entre mi pubertad, prolongada por mis trabajos, y mi vi-

rilidad, que echaba tardíamente sus verdes ramas. Ningún joven estaba tan preparado para sentir y para amar como yo. Para comprender mi narración, vuelve a esa hermosa edad en que la boca está virgen de mentiras; en que la mirada es franca, aunque velada por los párpados, sobre los cuales gravita la timidez en lucha con el deseo; en que el espíritu no se doblega ante el jesuitismo de la sociedad y en que la cobardía del corazón iguala en violencia a la generosidad del primer impulso.

No te hablaré del viaje que hice de París a Tours en compañía de mi madre. La frialdad de sus maneras reprimió la expansión de mi ternura. A partir de cada nuevo relevo me prometía hablarle; pero una mirada, una palabra, desordenaban las frases prudentemente meditadas para mi exordio. En Orleáns, en el momento de acostarse, mi madre me reprochó mi silencio. Me arrojé a sus pies, abracé sus rodillas y llorando a lágrima viva le abrí mi corazón henchido de afectos; traté de conmoverla con la elocuencia de unas quejas que expresaban mis ansias de amor y cuyos lamentos hubieran conmovido las entrañas de una madrastra. Mi madre me respondió que yo representaba una comedia. Quejéme de su abandono y me llamó hijo desnaturalizado. Oprimióseme de tal suerte el corazón, que en Blois corrí al puente para arrojarme al Loire. La altura del parapeto impidió mi suicidio.

Al llegar a casa, mis dos hermanas, que no me conocían, demostraron más extrañeza que cariño. Sin embargo, más tarde, por comparación, me pa-

recieron llenas de amistad hacia mí. Alojáronme en una habitación del tercer piso. Comprenderás la importancia de mis miserias cuando te diga que mi madre me dejó a mí, joven de veinte años, sin más ropa blanca que la de mi pobre equipo del colegio, y sin otros trajes que los de París. Si volaba de un extremo a otro del salón para recoger su pañuelo, me daba las gracias como pudiera darlas a un criado. Obligado a observarla para conocer si había en su corazón lugares accesibles en donde pudiese arraigar algún afecto, vi en ella una mujer seca y delgada, fría, egoísta e impertinente, como todas las Listomère, en quienes la impertinencia forma parte de la dote. No veía en la vida sino deberes que llenar. Todas las mujeres frías que he conocido hacían, como ella, una religión del deber. Recibía nuestras adoraciones como un sacerdote recibe el incienso en la misa. Mi hermano mayor parecía haber absorbido el poco amor maternal que había en su corazón. Nos punzaba sin cesar con salidas de una ironía mordaz, arma de las gentes sin corazón, y de la cual se servía contra nosotros, que no podíamos responderle. A pesar de estas barreras erizadas de espinas, los sentimientos instintivos se mantienen por tales raíces y conserva tantos lazos en el religioso temor inspirado por una madre, de la que cuesta mucho trabajo desesperar, que el sublime error de nuestro cariño continuó hasta el día en que, más avanzados en la vida, fué soberanamente juzgada. En ese día comienzan las represalias de

los hijos; su indiferencia, engendrada por las decepciones del pasado y aumentada por los restos cenagosos que arrastran, se extiende hasta la tumba. Aquel terrible despotismo ahuyentó las ideas voluptuosas que locamente había esperado satisfacer en Tours. Me recluí, desesperado, en la biblioteca de mi padre, y me dediqué a leer todos los libros que no conocía. Mis largas horas de trabajo me evitaron todo contacto con mi madre, pero agravaron mi situación moral. A veces, mi hermana mayor, la casada con mi primo el marqués de Listomère, procuraba consolarme sin poder calmar la irritación de que era presa. Quería morir.

Grandes acontecimientos, a los cuales yo era extraño, preparábanse a la sazón. Habiendo salido de Burdeos el duque de Angulema, para unirse a Luis XVIII en París, recibía a su paso por todas las ciudades las ovaciones preparadas por el entusiasmo que producía en la vieja Francia la vuelta de los Borbones. La Turena, conmovida por sus príncipes legítimos; la ciudad, en agitación; los balcones empavesados; los habitantes, endomingados; los preparativos de la fiesta y un no sé qué esparcido por el aire, que me embriagó, inspiráronme el deseo de asistir al baile ofrecido al príncipe. Cuando reuní la audacia suficiente para expresar este deseo a mi madre, demasiado enferma entonces para asistir a la fiesta, se enfureció grandemente. ¿Llegaba yo del Congo para no saber nada? ¿Cómo podía imaginarme que nuestra familia no había de estar representada en aquel

baile? En ausencia de mi padre y de mi hermano, ¿no era yo quien debía asistir? ¿No tenía yo una madre que únicamente pensaba en la felicidad de sus hijos? En un momento, el hijo casi descalificado convertíase en un personaje. Me vi tan abrumado por mi importancia, como por el diluvio de razones, irónicamente expresadas por mi madre, al escuchar mis súplicas. Interrogué a mis hermanas y supe que mi madre, a quien gustaban estos golpes de teatro, se había ocupado de mi traje. Ocupados en satisfacer las exigencias de sus clientes, ningún sastre había podido encargarse de vestirme. Mi madre había apelado a su costurera, que, según es uso en provincias, sabía hacer toda clase de vestidos. Bien o mal, se me confeccionó un frac azul. Encontráronse fácilmente medias de seda y escarpines nuevos. Como los chalecos se llevaban cortos, pude ponerme uno de mi padre, y por primera vez tuve una camisa con chorreras cuyos encajes cubrieron mi pecho y se arrugaron bajo el nudo de la corbata. Cuando estuve vestido me encontré tan desfigurado, que mis hermanas tuvieron que darme con sus felicitaciones valor para presentarme ante la Turena reunida.

¡Atrevida empresa! En aquella fiesta había demasiados llamados para que hubiese bastantes elegidos. Gracias a mi exigua estatura pude deslizarme hasta llegar a una tienda construída en los jardines de la casa Papion y colocarme cerca de la poltrona que servía de trono al príncipe. En un momento fuí sofocado por el calor, deslumbrado

por las iluminaciones, por los tapices rojos, por los adornos dorados, por los vestidos y los diamantes de la primera fiesta pública a que asistía.

Me atropellaba una multitud de hombres que se amontonaban unos sobre otros y se empujaban en medio de una nube de polvo. Los cobres sonoros y los ruidosos acordes de la música militar quedaban ahogados por los gritos de «¡Viva el duque de Angulema! ¡Viva el rey! ¡Vivan los Borbones!» Esta fiesta era un derroche de entusiasmo, en que cada uno trataba de sobrepujar a los demás en el feroz afán de saludar al naciente sol de los Borbones. Verdadero egoísmo de partido, que me dejó frío y que me movió a reconcentrarme en mí mismo.

Llevado como un átomo por aquel torbellino, tuve el deseo infantil de ser duque de Angulema y de mezclarme entre aquellos príncipes que así se mostraban ante un público entusiasmado. La necia envidia del turenés hizo brotar en mí una ambición que mi carácter y las circunstancias ennoblecieron. ¿Quién no ha envidiado alguna vez esa apoteosis, cuya repetición grandiosa pude presenciar algunos meses después, cuando París entero se precipitaba hacia el emperador, a su regreso de la isla de Elba? Ese imperio ejercido sobre las masas, cuyos sentimientos y cuya vida se encierran y reconcentran en una sola personalidad, en una sola alma, me consagró de repente a la gloria, sacerdotisa que degüella a los franceses de hoy, como en otro tiempo la druida sacrificaba a los galos. De pronto encontré a la mujer que debía agui-

jonear sin tregua mis ambiciosos deseos y colmarlos, lanzándome al corazón de la realeza. Como era demasiado tímido para invitar a bailar a una dama, y temía, por otra parte, embrollar las figuras, me sentí naturalmente turbado, no sabiendo qué hacer de mi persona. Cuando más sufría el malestar causado por los apretones de la multitud, un oficial me pisó los pies, que yo tenía hinchados, tanto por la compresión del cuero como por el calor. Este último incidente hizo que me disgustase la fiesta, y, siéndome imposible salir, me refugié en un rincón, sentándome sobre el extremo de una banqueta abandonada, donde permanecí con los ojos fijos, inmóvil y enfadado. Engañada por mi mezquina apariencia, una mujer me tomó sin duda por un niño, dispuesto a dormirse esperando la vuelta de su madre, y se colocó a mi lado con el movimiento de un pájaro que se lanza sobre su nido. En el mismo instante sentí un perfume de mujer que embriagó mi alma como la poesía oriental. Miré a mi vecina y quedé más deslumbrado por su hermosura que lo había sido por la fiesta; ella fué para mí la fiesta toda. Si has comprendido bien mi vida anterior, adivinarás los sentimientos que nacieron en mi corazón. Mis ojos se fijaron en unos hombros blancos y mórbidos, sobre los cuales hubiera querido poder precipitarme; unos hombros ligeramente sonrosados, que parecían enrojecer por el rubor, como si se encontrasen desnudos por vez primera; unos hombros púdicos, que tenían un alma, y cuya piel

satinada brillaba a la luz como un tisú de seda; esos hombros, en fin, dividíalos una raya, a lo largo de la cual corrió mi mirada, más atrevida que mi mano. Me empiné, palpitante de emoción, para verle el escote, y quedé completamente fascinado por un pecho castamente cubierto con una gasa, pero cuyos globos azulados, de una redondez perfecta, reposaban dulcemente sobre olas de encaje. Los más ligeros detalles de aquella cabeza fueron incentivos que despertaron en mí goces infinitos; el brillo de los cabellos ondulantes sobre un cuello aterciopelado como el de una niña; las líneas blancas que el peine había dibujado en ellos y por las cuales corrió mi imaginación como por frescos senderos, todo esto me hizo perder la cabeza. Después de asegurarme de que nadie me veía, me sumergí en aquellas espaldas como un niño se arroja al seno de su madre, y besé aquellos hombros, rodando por ellos mi cabeza. La dama lanzó un grito penetrante, que la música apagó; volvióse, me vió y me dijo: «¡Caballero!...»

¡Oh! Si me hubiese dicho: «¿qué te pasa, niño?» tal vez la hubiese matado; pero al oír aquel «¡caballero!», lágrimas ardientes brotaron de mis ojos y quedé petrificado ante aquella mirada, que animaba una santa cólera, ante aquella cabeza sublime coronada por una diadema de cabellos negros en armonía con aquellos hombros de amor. La púrpura del pudor ofendido brilló en su rostro, que desarmaba ya el perdón de la mujer que comprende un frenesí, cuando ella misma lo inspira, y que

adivina adoraciones infinitas en las lágrimas del arrepentimiento. Alejóse con ademán de reina; sentí el ridículo de mi posición, y solamente entonces conocí que estaba vestido como el mono de un saboyano; tuve vergüenza de mí, y permanecí alelado, saboreando la manzana que acababa de robar, conservando sobre mis labios el calor de aquella sangre que había sorbido y siguiendo con la mirada a esa mujer que bajaba del cielo. Dominado por el primer aspecto carnal de la gran fiebre del corazón, erré por el baile, que ya estaba desierto, sin poder encontrar a mi desconocida. Me fuí a dormir, metamorfoseado.

Un alma nueva, un alma de alas diamantinas había roto su larva. Caída de las azules esferas en que la admiraba, mi querida estrella se había hecho mujer, conservando su claridad, sus fulgores y su frescura. Amaba de repente, sin saber lo que era amor. ¿No es una cosa extraña esta primera irrupción del sentimiento más vivo del hombre? En el salón de mi tía había visto algunas jóvenes hermosas, y ninguna me había impresionado. ¿Existe, pues, una hora, una conjunción de astros, una reunión de circunstancias expresas, una mujer especial entre todas, para determinar una pasión exclusiva, cuando llega el tiempo en que la pasión abraza el sexo entero? Pensando que mi elegida vivía en Turena, aspiraba el aire con delicia y encontraba en el azul del cielo una hermosura que antes no había notado. Si estaba mentalmente trastornado, parecía también gravemente enfermo, y

mi madre tuvo temores mezclados con remordimientos. Semejante a los animales que presienten el mal, iba a acurrucarme en un rincón del jardín para soñar con el beso que había robado.

Algunos días después de aquel baile memorable, mi madre atribuía el abandono de mis trabajos, mi indiferencia ante sus miradas opresoras, el poco caso que hacía de sus ironías, y mi sombría actitud, a las crisis naturales que deben sufrir los jóvenes a mi edad. El campo, eterno recurso contra las enfermedades de las cuales nada sabe la medicina, fué considerado como el mejor medio para sacarme de mi apatía. Mi madre decidió que iría a pasar algunos días a Frapesle, castillo situado sobre el Indre, entre Montbazón y Azay-le-Rideau, a casa de uno de sus amigos, a quien sin duda dió instrucciones secretas. El día en que me vi dueño de mí mismo, había nadado tan raudo por el océano del amor, que ya lo había atravesado. Ignoraba el nombre de mi desconocida. ¿Cómo llamarla? ¿Dónde encontrarla? Por otra parte, ¿a quién podía hablar de ella? Mi carácter tímido aumentaba los temores inexplicables que se apoderan de los corazones jóvenes en los comienzos del amor, haciéndome empezar por la melancolía, con que terminan generalmente las pasiones sin esperanza. No deseaba sino ir, venir y correr a través del campo. Con ese valor de niño que de nada duda y tiene algo de caballeresco, me propuse registrar todos los castillos de Turena, viajando a pie y diciendo a cada linda torrecilla: «¡Ahí está!»

El jueves por la mañana salí de Tours por la barrera de San Eloy, atravesé el puente de San Salvador, llegué a Poncher, levantando la cabeza ante cada casa, y gané el camino de Chinón. Por primera vez en mi vida podía detenerme bajo un árbol o marchar lentamente a mi gusto sin que nadie me dijese nada. Para un pobre ser oprimido por los diferentes despotismos que poco o mucho pesan sobre todos los jóvenes, el primer uso del libre albedrío, aunque ejercido en cosa sin importancia, lleva al alma no sé qué misteriosa expansión. Muchas razones se reunieron para hacer de ese día una fiesta llena de encanto. Mis paseos, en mi infancia, no me habían conducido más allá de una legua fuera de la ciudad, ni los que di en París me habían enseñado nada sobre las bellezas de la naturaleza campestre. Sin embargo, de los primeros recuerdos de mi vida me quedaba el sentimiento de la belleza que respira el paisaje de Tours, con el cual me había familiarizado. Aunque la poesía de aquellos sitios era completamente nueva para mí, yo era exigente a mi modo, como sucede a los que, sin tener la práctica de un arte, se han formado de antemano un ideal. Para ir al castillo de Frapesle, los viajeros a pie o a caballo abrevian el camino pasando por las landas llamadas de Carlomagno, tierras baldías situadas en la meseta de la planicie que separa la cuenca del Cher de la del Indre, y por las cuales va un camino de atajo que empieza en Champy. Estas llanuras arenosas, que durante una legua entristecen el ánimo del

viajero, conducen, por un sendero situado en el bosque, al camino de Saché, nombre del concejo de que depende Frapesle; este camino, que desemboca en el de Chinón, más allá de Ballán, se prolonga por una pradera poco accidentada hasta el país de Artanne. Allí se descubre un valle que comienza en Montbazón y acaba en el Loira, y parece saltar bajo los castillos situados sobre aquellas dobles colinas; magnífica capa de esmeraldas, en el fondo de la cual el Indre se desliza con movimientos serpentinos. Al ver este sitio encantador, se apoderó de mí una extrañeza voluptuosa, que había preparado la monotonía de las landas y la fatiga del camino. Si aquella mujer, la flor de su sexo, habitaba un lugar en el mundo, ¿no tenía que ser éste? Ante tal pensamiento me apoyé contra un nogal, y desde aquel día reposo bajo su sombra cuantas veces vuelvo a mi querido valle. Bajo este árbol, confidente de mis pensamientos, me he interrogado acerca de los cambios que he sufrido durante el tiempo que ha pasado desde el día que partí. Ella vivía allí; mi corazón no me engañaba; el primer castillo que veía en la pendiente de una colina era su morada. Cuando me senté bajo el nogal, el sol del mediodía se reflejaba en las pizarras de su tejado y en los cristales de sus ventanas. Su falda de percal era el punto blanco que distinguía en sus viñas bajo un cenador. Ella era, como sabes ya, sin saber nada aún, «La Azucena de aquel valle», en el que crecía para el cielo, llenándolo con el perfume de sus virtudes. El amor

infinito, sin otro alimento que un objeto apenas entrevisto, pero que llenaba mi alma, lo encontraba representado por aquella larga cinta de agua que resplandecía al sol, entre dos verdes márgenes; por aquellas hileras de álamos, que adornaban con sus móviles encajes aquel valle de amor; por los bosques de encinas, que avanzaban entre los viñedos sobre laderas que el río rodeaba de diferentes formas, y por esos horizontes que huyen al aproximarnos. Si quieres ver la Naturaleza bella y virgen como una prometida, ve allí un día de primavera; si quieres curar las sangrientas heridas de tu corazón, vuelve en los últimos días de otoño: en la primavera el amor bate allí sus alas en pleno cielo; en el otoño se piensa en los que ya no existen. El pulmón enfermo respira un fresco bienhechor; la vista reposa sobre espesuras doradas, que comunican al alma sus apacibles dulzuras. En aquel momento los molinos situados en las cascadas del Indre daban voz a aquel valle que vive; los álamos se balanceaban, como riendo; ni una nube en el cielo; cantaban los pájaros; chirriaban las cigarras..., todo era allí melodía. No me preguntes ya más por qué amo a Turena. No la amo ni como se ama la cuna, ni como se ama un oasis en el desierto; la amo como un artista ama el arte, la amo menos que te amo; pero sin Turena tal vez yo no viviría. Sin saber por qué, mis ojos se fijaban siempre en aquel punto blanco, sobre la mujer que brillaba en aquel vasto jardín, como brilla en medio de los verdes matorrales la campanilla del convól-

vulo, que se marchita si se la toca. Descendí, con el alma conmovida, al fondo de aquella canastilla, y pronto vi una aldea que la poesía que me dominaba me hizo encontrar sin igual. Figúrate tres molinos situados entre islas graciosamente recortadas y floreadas de algunos bosquecillos, en medio de una pradera de agua, porque ¿qué otro nombre dar a esas vegetaciones acuáticas tan vivas, tan ricas de color, que tapizan el río, surgen sobre su superficie, ondulan con ella obedeciendo a los caprichos y plegándose a las tempestades de la corriente azotada por las ruedas de los molinos? Aquí y allá se levantan masas de rocas, contra las cuales se rompe el agua, formando cintas en que brilla el sol, y los amarilis, el nenúfar, el lirio acuático, los juncos y las espadañas decoran las orillas con sus magníficas tapicerías. Un puente tembloroso, compuesto de vigas podridas, cuyas barandillas, cubiertas de hierbas vivaces y de aterciopelados musgos, se inclinan, pero no caen sobre el río; redes de pescadores; el canto monótono de un pastor; los patos que vagan entre las islas o sacuden sus plumas sobre la gruesa arena; los arrieros, con el gorro echado sobre la oreja, ocupados en cargar sus mulas, cada uno de estos detalles daba a está escena una novedad sorprendente. Figúrate más allá del puente dos o tres granjas, un palomar, tórtolas, una treintena de chozas separadas por jardines cercados con vallas de enredaderas, jazmines y clemátides; después, estiércol florido delante de todas las puertas, gallinas y gallos por los ca-

minos...; he aquí Pont-de-Ruán, linda aldea dominada por una iglesia llena de carácter, una iglesia del tiempo de las Cruzadas, como las que los pintores buscan para sus cuadros. Rodea este conjunto de añosos nogales, de jóvenes álamos de hojas color oro pálido, con graciosas construcciones en medio de anchas praderas donde la mirada se pierde bajo un cielo cálido y vaporoso, y te habrás formado una idea de uno de los mil puntos de vista de este hermoso país. Seguí el camino de Saché por la margen izquierda del río, observando los detalles de las colinas que accidentan la otra orilla. Al fin, llegué a un parque poblado de árboles seculares, que me indicó la proximidad del camino de Frapesle. Llegué precisamente cuando la campana llamaba a almorzar. Después del almuerzo, mi huésped, no sospechando que yo hubiese ido desde Tours a pie, me hizo recorrer las cercanías de su posesión, desde la cual pude contemplar el valle bajo todas sus formas. Mis ojos fueron atraídos hacia el horizonte por la bella cinta de oro del Loira, donde, entre los vapores, las velas dibujaban fantásticas figuras que huían llevadas por el viento. Subiendo una cuesta admiré por primera vez el castillo de Azay, diamante tallado en facetas, engarzado por el Indre y montado sobre pilotes cubiertos de flores. Luego vi en el fondo del valle las masas románticas del castillo de Saché, melancólica mansión llena de armonías demasiado graves para las gentes superficiales y caras a los poetas de alma dolorida. También yo he amado más tarde el silen-

cio, los grandes árboles nudosos y el no sé qué de misterioso que reina en aquel valle solitario. De pronto, mis ojos encontraron en la pendiente de una colina cercana aquel castillito escogido por mi primera mirada, y me detuve contemplándolo.

—¡Eh!—me dijo mi huésped, leyendo en mis ojos la expresión de uno de esos deseos que a los veinte años se manifiestan tan ingenuamente—. Adivina usted desde lejos una mujer bonita, lo mismo que los perros huelen la caza.

No me gustó esta comparación; pero le pregunté el nombre del castillo y el de su propietario.

—Es el castillo de Clochegourde—me dijo—, una bonita casa perteneciente al conde de Mortsauf, representante de una familia histórica en Turena, cuya fortuna data de Luis XI y cuyo nombre indica la aventura a que debe sus armas y su lustre. Desciende de un hombre que sobrevivió a la horca; así, los Mortsauf (1) llevan, «en campo de oro, una cruz negra con una flor de lis de oro en el centro», con la divisa «Dios salve al rey nuestro señor». El conde vino a establecerse a este dominio a su vuelta de la emigración; el castillo pertenece a su esposa, una Lenoncourt-Givry, cuyo apellido va a extinguirse, porque la señora de Mortsauf es hija única. Los pocos bienes de esta familia contrastan tan singularmente con el lustre histórico de sus nombres, que por orgullo, o tal vez por necesidad, permanecen siempre en Clochegourde y no ven a

(1) Mortsauf tiene la versión literal en castellano: muerto-salvo, o sea muerto a salvo, muerto-salvado.

nadie. Hasta ahora su adhesión a los Borbones podía justificar su aislamiento; pero dudo mucho que la vuelta del rey cambie su manera de vivir. Cuando vinieron a establecerse aquí el año pasado fuí a hacerles una visita de cumplido; me la devolvieron y me invitaron a comer. El invierno nos ha separado durante algunos meses; luego los acontecimientos políticos han retardado nuestra vuelta, pues hace muy poco tiempo que estoy en Frapesle. La señora Mortsauf es una mujer que podría ocupar en todas partes el primer lugar.

—¿Va con frecuencia a Tours?

—Nunca. Pero...—añadió rectificándose—, sí, sí. Ultimamente ha ido, al pasar el duque de Angulema, que se mostró muy cariñoso y amable con el señor de Mortsauf.

—¡Es ella!—exclamé.

—¡Ella! ¿Quién?

—Una mujer de hombros hermosísimos.

—¡Oh! Se encuentran en Turena muchas mujeres que tienen hombros hermosísimos—repuso riendo—; pero, si no está usted cansado, podemos pasar el río y subir a Clochegourde, donde podrá reconocer esos hombros.

Acepté, no sin ruborizarme de placer y de vergüenza. A eso de las cuatro llegamos al castillo que acariciaban mis ojos hacía bastante tiempo. Aquella construcción, que hace un buen efecto en el paisaje, es realmente modesta. Tiene cinco ventanas en cada frente; cada una de las que terminan la fachada, expuesta al mediodía, se adelanta cerca

de dos toesas, artificio de arquitectura que simula dos pabellones y da gracia al edificio; la de en medio sirve de puerta, y por una doble escalinata se baja a los jardines, que se extienden hasta una pradera situada a lo largo del Indre. Aunque un camino vecinal separa esta pradera de la última terraza, sombreada por una calle de acacias, este camino parece formar parte de los jardines, encajado como está entre la terraza, de un lado, y una cerca, del otro. Las rampas, bien calculadas, dejan bastante distancia entre el río y la habitación para salvar los inconvenientes de la vecindad del agua sin quitar lo que tiene de agradable. Bajo la casa se encuentran las cuadras, las cocheras y las cocinas, cuyas diversas aberturas dibujan bellas arcadas. Los techos están graciosamente contorneados en los ángulos y bellamente esculpidos con ramilletes de color plomo en las cornisas; el tejado, en abandono sin duda durante la revolución, está cargado de ese óxido producido por los musgos rojizos que crecen sobre las casas expuestas al mediodía. La puerta vidriera de la galería está coronada por una media naranja, donde se ve esculpido el escudo de los Blamont-Chauvry: «cuartelado de gules con un soporte de filas de campanas de plata sobre campo azul y flanqueado de dos manos apalmadas de color de carne y oro, con dos montículos de avena puestos a manera de cabrío». La divisa «¡Mírenme y no me toquen!» me sorprendió en extremo. Los soportes, que los forman un grifo y un dragón de gules con cadenas de oro, hacen, esculpidos, un

bonito efecto. La revolución arrancó la corona ducal y la cimera, que se componía de una palmera de sinople con frutos de oro. Senart, secretario del Comité de Salud pública, era bailío de Saché en 1781, lo que explica estas devastaciones.

Tales disposiciones dan una forma elegante a este castillo, labrado como una flor y que parece no pesar sobre el suelo. Visto desde el valle, el piso bajo parece el principal; pero del lado del patio está al mismo nivel, con una larga avenida enarenada, dando sobre una terraza adornada de macetas de flores. A derecha e izquierda, las viñas, los cercados y las tierras de labor plantadas de nogales, descendiendo rápidamente, envuelven la casa con sus espesuras y llegan hasta las orillas del Indre, que en este sitio están orladas de bosquecillos dispuestos por la misma Naturaleza. Subiendo por el camino que costea a Clochegourde, admiraba estas masas tan bien dispuestas y respiraba una atmósfera cargada de felicidad. ¿Tiene, pues, la naturaleza moral, como la naturaleza física, sus conmociones eléctricas y sus rápidos cambios de temperatura? Mi corazón palpitaba violentamente previendo la proximidad de acontecimientos secretos que debían modificarle para siempre, como los animales se regocijan previendo la llegada del buen tiempo. Aquel día, tan importante en mi vida, no careció de ninguna de las circunstancias que podían solemnizarle. La Naturaleza se había atayiado como una mujer que va al encuentro de su bien amado; mi alma había oído su voz por primera

vez; mis ojos la habían admirado tan fecunda, tan variada como me la representara mi imaginación en mis sueños de colegio, de los cuales te he dicho sólo algunas palabras, insuficientes para explicarte su influencia, pues fueron una especie de Apocalipsis en que mi vida fuéme predicha de un modo figurado, y en que cada acontecimiento infeliz o venturoso estaba representado por imágenes extrañas, visibles tan sólo para los ojos del alma. Atravesamos un primer patio rodeado de los edificios necesarios para las explotaciones rurales, una granja, un hogar, establos, cuadras. Advertido por los ladridos de un perro, un criado salió a nuestro encuentro y nos dijo que el señor conde había partido para Azay por la mañana, que debía volver muy pronto, y que la señora condesa estaba en casa. Mi huésped me miró. Yo temblé ante el pensamiento de que no quisiera ver a la señora de Mortsauf en ausencia de su marido; pero dijo al criado que nos anunciase. Arrastrado por una ansiedad de niño, me precipité en la larga antesala que atraviesa la casa.

—Entren ustedes—dijo entonces una voz de oro.

Aunque la señora de Mortsauf no había pronunciado mas que una palabra en el baile, reconocí su voz, que penetró en mi alma y la llenó, como un rayo de sol llena y dora el calabozo de un prisionero. Pensando que podría recordar mis facciones, quise huir; pero ya no había tiempo: la condesa acababa de aparecer en el umbral de la puerta, y nuestros ojos se encontraron. No sé cuál de los

dos enrojeció más vivamente. Harto turbada para decir una palabra, volvió a ocupar su asiento ante un bastidor de bordar, después que el criado nos hubo acercado dos sillas; fingió que concluía su trabajo, a fin de dar algún pretexto a su silencio, contó algunos puntos, y, al fin, dulce y altiva a la par, se dirigió al señor de Chessel preguntándole a qué feliz circunstancia debía su visita. Aunque deseando saber la verdad sobre mi aparición, no nos miró y sus ojos estuvieron constantemente fijos en el río; pero por la manera que tenía de escuchar se hubiera dicho que, al igual que las ciegas, sabía reconocer las agitaciones del alma en las imperceptibles inflexiones de la voz. Y así era en verdad. El señor de Chessel dijo mi nombre e hizo mi biografía. Pocos meses antes había llegado a Tours, adonde mis padres me trajeron cuando la guerra amenazó a París. Hijo de la Turena y desconocedor de mi país, veía en mí un joven, debilitado por trabajos excesivos, enviado a Frapesle para divertirse, y que quería visitar su tierra, adonde venía por primera vez. Yo no le había referido mi viaje a pie desde Tours a Frapesle hasta que estuvimos cerca del castillo, y temiendo por mi salud, ya débil, se había permitido entrar en Clochegourde, creyendo que allí se me dejaría descansar. El señor de Chessel decía la verdad; pero las casualidades felices parecen tan buscadas, que la señora de Mortsauf conservó alguna desconfianza y dirigió hacia mí sus ojos fríos y severos, que me hicieron bajar los párpados, tanto por no sé qué

sentimiento de humillación como por ocultar las lágrimas que temblaban en mis pestañas. La imponente castellana vió mi frente bañada en sudor; tal vez adivinó mis lágrimas, porque me ofreció todo lo que pudiera necesitar, manifestando una bondad consoladora que me devolvió la palabra. Ruboricéme como una niña cogida en falta, y con voz balbuciente, como la de un viejo, respondí negativamente expresando mi agradecimiento.

—Todo lo que deseo—le dije alzando hasta ella mis ojos, que por segunda vez se encontraron con los suyos, aunque sólo durante un momento, tan rápido como un relámpago—es que me permita usted descansar: estoy tan rendido por la fatiga, que no podría dar ni un solo paso.

—¿Acaso desconfía usted de la hospitalidad de nuestro hermoso país?—me dijo—; y, volviéndose a su vecino, añadió:—¿Me concederá usted la dicha de comer en Clochegourde?

Dirigí a mi protector una mirada en la que brillaban tantas súplicas, que se decidió a aceptar aquella proposición, cuya fórmula exigía una negativa. Si la costumbre de sociedad permitía al señor de Chessel distinguir estos matices, yo, joven sin experiencia, creí tan firmemente en la unión de la palabra y el pensamiento de una mujer hermosa, que me sorprendí mucho cuando, por la noche, al regresar a su casa, me dijo mi huésped:

—Me he quedado porque usted no se muriera de deseos; pero, si no arregla usted las cosas, tal vez me haya malquistado con mis vecinos.

Este «si no arregla usted las cosas» me hizo meditar mucho tiempo. Si yo agradaba a la señora de Mortsauf, ésta no podría querer mal al que me había introducido en su casa. El señor de Chessel me suponía, pues, el poder de interesarla, y esta explicación que yo me daba corroboró mi esperanza en el momento en que más necesidad tenía de socorro.

—Me parece difícil—respondió mi huésped a la invitación de la condesa—; mi esposa nos espera.

—Ella le tiene a usted a diario—repuso la condesa—, y podemos avisarla. ¿Está sola?

—La acompaña el señor abate de Quelus.

—Pues bien, comen ustedes con nosotros.

Esta vez el señor de Chessel la creyó franca, y me dirigió una mirada de felicitación. Desde que tuve la seguridad de permanecer una tarde entera debajo de aquel techo, me creí verdaderamente en la gloria. Para muchos seres desgraciados, mañana es una palabra llena de esperanzas; pero yo pertenecía al número de los que no tienen ninguna fe en el porvenir, y, cuando contaba con algunas horas mías, las dedicaba exclusivamente a mis ideas voluptuosas. La señora de Mortsauf empezó a hablar del país, de las cosechas y de las viñas, conversación a la cual yo permanecía extraño. En una señora de su casa, esta manera de obrar acusa falta de educación o desprecio para quien así queda fuera de su conversación; pero en la condesa fué consecuencia de su turbación. Si al principio creí que afectaba tratarme como a un niño; si envidié el privilegio de los hombres de treinta

años, que permitía al señor de Chessel conversar con su vecina de asuntos graves, de los que nada comprendía yo; si sentí cierto despecho diciéndome que todo era para él, algunos meses después supe cuán significativo es el silencio de una mujer y cuántos pensamientos oculta una conversación difusa. Traté primero de colocarme cómodamente en el sillón, y luego reconocí las ventajas de mi posición, dejándome dominar por el encanto de escuchar la voz de la condesa. El soplo de su espíritu se desarrollaba en los repliegues de las sílabas, como el sonido se divide bajo las llaves de una flauta; ondulaba expirante en el oído, precipitando desde aquí la acción de la sangre. Su manera de decir las terminaciones en *i* se parecía al canto de un pájaro; pronunciaba la *ch* como si fuera una caricia, y su modo de atacar la *t* anunciaba el despotismo del corazón. Extendía así, sin saberlo, el sentido de las palabras, y arrastraba insensiblemente el alma a un mundo sobrenatural. ¡Cuántas veces la he dejado seguir una discusión que podía evitar! ¡Cuántas veces me he hecho reprender injustamente, por oír ese concierto de la voz humana, por aspirar el aire que salía de sus labios, cargado con su alma, por apagar aquella luz hablada con el ardor que hubiera puesto en estrechar a la condesa sobre mi pecho! ¡Qué canto de alegre golondrina, cuando reía! ¡Qué voz de cisne llamando a su hembra, cuando hablaba de sus pesares! La desatención de la condesa me permitió examinarla. Mi mirada se

deleitaba acariciándola, rodeaba su talle, besaba su pie, se deslizaba entre los bucles de sus cabellos. Sin embargo, me dominaba un terror que comprenderán fácilmente los que hayan experimentado en su vida las alegrías ilimitadas de una pasión verdadera. Tenía miedo de que sorprendiese mis ojos fijos en el sitio de sus hombros que tan ardientemente había besado; este temor aumentaba la tentación; sucumbí y los miré. Mis ojos desgarraron la tela, y volví a ver el lunar que marcaba el nacimiento de la hermosa línea que dividía su espalda, mosca naufragada en blanca leche, que desde aquel sarao resplandecía para mí en esas tinieblas donde se mece el alma de los jóvenes de imaginación ardiente y vida casta.

Puedo dibujarte los rasgos principales que el rostro de la condesa ofrecía a las miradas; pero ni el dibujo más correcto, ni el color más cálido, nada alcanzaría a expresarlo. Su rostro es uno de esos cuyo retrato exige al artista saber apoderarse del reflejo de los fuegos interiores y reproducir ese vapor luminoso que la ciencia niega, que la palabra no traduce; pero que un amante ve. Sus cabellos, finos y cenicientos, la hacían sufrir con frecuencia, y sus sufrimientos eran, sin duda, producidos por súbitos arrebatos de sangre a la cabeza. Su frente, encorvada, prominente como la de Gioconda, parecía llena de ideas inexpresadas, de sentimientos contenidos, de flores sumergidas en aguas amargas. Sus ojos verdosos, sembrados de puntos obscuros, estaban siempre tristes; pero si se tra-

taba de sus hijos, si se le escapaban esas vivas efusiones de alegría o dolor, tan raras en la vida de las mujeres resignadas, aquellos ojos lanzaban una luz sutil que parecía inflamar las fuentes de la vida y agotarlas a un tiempo mismo; relámpago sombrío que me había arrancado lágrimas cuando su desdén formidable cayó sobre mí, y que le bastaba para hacer bajar la vista a los más atrevidos. Una nariz griega, como dibujada por Fidias, y unida por un doble arco a unos labios elegantemente sinuosos, espiritualizaba su rostro, de forma oval, cuya tez, comparable al tisú de las camelias blancas, se animaba en las mejillas con bellos tonos sonrosados. Su robustez no destruía ni la gracia de su talle ni la voluptuosa armonía de sus formas, que permanecían bellas dentro de un magnífico desarrollo. Comprenderás este género de perfección cuando sepas que, uniendo al antebrazo los deslumbrantes tesoros que me habían fascinado, parecía que no debían formar ningún pliegue. La parte inferior de su cabeza no presentaba ninguno de esos hoyos que hacen que la nuca de ciertas mujeres parezca semejarse a troncos de árboles; sus músculos se dibujaban dulcemente, y por todas partes sus líneas se redondeaban en curvas tan desesperantes para la mirada como para el pincel. Un ligero vello moría a lo largo de sus mejillas, reteniendo la luz y ofreciendo con ella tonos sedosos. Las orejas, pequeñas y bien contorneadas, eran, según su expresión, orejas de esclava ó de madre, Y, en efecto, más tarde, cuando ya me pertenecía su

corazón, me decía: «Ahí viene el señor de Mortsauf», y tenía razón; entretanto yo nada oía, y eso que tengo excelente oído. Sus brazos eran hermosos; sus manos, de dedos afilados, eran largas, y, como en las estatuas griegas, las yemas de sus dedos pasaban el nivel de las uñas, sonrosadas y de suave curvatura. Te disgustaría dando a los talles rectos la ventaja sobre los talles redondos, si tú no fueses una excepción de la regla. El talle redondo es un signo de fuerza, y las mujeres así formadas son imperiosas, altivas, más voluptuosas que tiernas; por el contrario, las mujeres de talle recto son abnegadas, llenas de ternura, inclinadas a la melancolía; son más mujeres que las otras. El talle recto es fino y flexible; el redondo, inflexivo y celoso. Ya sabes cómo ella era. Tenía el pie de una mujer aristocrática, ese pie que anda poco, que se cansa en seguida y que regocija la vista cuando se deja ver entre los pliegues de la falda. Aunque era madre de dos niños, no he encontrado en su sexo una persona más virgen. Su aspecto denotaba una gran sencillez, unida a una expresión soñadora, que ejercía un atractivo poderoso, como lo ejerce sobre el pintor la figura en que su genio ha traducido un mundo de sentimientos. Sus cualidades visibles no pueden, por otra parte, expresarse sino por medio de comparaciones. Acuérdate del perfume casto y silvestre de aquella rama de brezo que cogimos volviendo de la villa Diodati, cuya flor negra y rosada tanto alabaste, y adivinarás cómo aquella mujer podía ser elegante lejos de la sociedad, natural en

sus expansiones, distinguida en las cosas que hacía suyas, es decir, a la vez negra y rosada. Su cuerpo tenía la frescura que admiramos en las hojas recién desplegadas; su talento, la profunda concisión del salvaje; era, a la vez, niña por el sentimiento, grave por el dolor, matrona y chiquilla; así es que, sin necesidad de artificio, agradaba por su manera de sentarse, de levantarse, de callar o de lanzar una frase. Habitualmente concentrada, atenta como el centinela sobre quien descansa la salvación de todo el ejército y que espía el peligro y evita la desgracia, escapábansele a veces sonrisas que revelaban una naturaleza alegre, sepultada bajo el continente severo exigido por su vida. Su coquetería se había convertido en misterio: hacía soñar en vez de inspirar la atención galante que solicitan las mujeres, y dejaba entrever su primitiva naturaleza de llama viva, sus primeros sueños azules, como se ve el cielo por los claros de las nubes. Esta revelación involuntaria hacía meditar a los que no comprendían que había allí una lágrima interior evaporada por el fuego de los deseos. La sobriedad de sus gestos y, sobre todo, de sus miradas (pues exceptuando a sus hijos no miraba a nadie) daba una increíble solemnidad a lo que decía o hacía, cuando hacía o decía algo con ese aire que saben tomar las mujeres en el momento de comprometer su dignidad con una confesión. Aquel día la señora de Mortsauf vestía un traje color de rosa con rayas menudas, un cuellecito blanco de ancho dobladillo, un cinturón negro y

botinas del mismo color. Sus cabellos, sencillamente torcidos sobre la cabeza, estaban sostenidos por un peine de concha. Tal es el imperfecto boceto prometido; pero la constante emanación de su alma, esa esencia nutritiva que se derrama a oleadas, como emite el sol su luz, su naturaleza íntima, su actitud en las horas serenas, su resignación en los momentos de tempestad, todos esos remolinos de la vida en que el carácter se despliega, obedecen, como los cambios atmosféricos, a circunstancias inesperadas y fugitivas que no se asemejan entre sí sino por el fondo en que se destacan, y cuya pintura estaría necesariamente confundida con los acontecimientos de esta historia, verdadera epopeya doméstica, tan grande a los ojos del sabio como lo son las tragedias a los de la multitud, y cuyo relato te interesará, tanto por la parte que en ella tomo yo como por su semejanza con un gran número de destinos femeniles.

Todo en Clochegourde llevaba el sello de una pulcritud verdaderamente inglesa. El salón en que se hallaba la condesa estaba enteramente ensamblado y pintado de un color gris a dos matices; la chimenea tenía por adorno un reloj contenido en un trozo de caoba, coronado por una copa, y dos grandes vasos de porcelana blanca con filetes de oro, de los que salían brezos del Cabo. Sólo había un quinqué sobre la consola; enfrente de la chimenea se veía un juego de chaquete. Dos anchos alzapaños de algodón retenían las cortinas de percal blanco, sin franjas, y fundas grises bordadas

de galón verde cubrían la sillería; el bordado tendido en el bastidor de la condesa decía con bastante claridad por qué estaba así cubierto el mobiliario. Esta sencillez lindaba con la grandeza. Ninguna habitación entre las que después he visto me ha causado impresiones más fecundas, más floridas que las que experimenté en aquel salón de Clochegourde, tranquilo y retirado como la vida de la condesa, y en el cual se adivinaba la regularidad conventual de sus ocupaciones. La mayor parte de mis ideas, aun las más audaces en ciencia o en política, han nacido allí, como los perfumes emanan de las flores, pues allí reverdecía la planta desconocida que arrojó sobre mi alma su polen fecundante; allí brillaba la luz solar que desarrolló mis buenas cualidades y secó las malas. Desde la ventana la mirada abarcaba el valle y la colina, donde se alzaba Pont-de-Ruán, hasta el castillo de Azay, siguiendo las sinuosidades del costado opuesto que cortan las torres de Frapesle; luego, la iglesia, la aldea y el viejo castillo de Saché, cuyas masas dominan la pradera. En armonía con esta vida reposada, y sin otras emociones que las producidas por la familia, aquellos lugares comunicaban al alma su serenidad. Si la hubiera encontrado por primera vez allí entre el conde y sus hijos, en lugar de hallarla espléndida y deslumbrante con su traje de baile, seguramente que no la habría robado aquel delirante beso, cuyos remordimientos sentía entonces, creyendo que destruiría el porvenir de mi amor. No; en las negras disposiciones en que la desgracia

me había colocado, habría doblado la rodilla, besado sus pies, regándolos con mis lágrimas, y me hubiera arrojado al Indre. Pero después de haber aspirado el fresco jazmín de su tez y bebido la leche de aquella copa llena de amor, tenía en el alma el gusto y la esperanza de las voluptuosidades humanas, quería vivir y esperar la hora del placer, como espía el salvaje la hora de la venganza; quería subir a los árboles, recorrer las viñas, sumergirme en el río; quería tener por cómplices el silencio de la noche, el cansancio de la vida, el calor del sol, a fin de devorar la manzana deliciosa que había mordido ya. Si ella me hubiera pedido la flor que canta o las riquezas escondidas por los compañeros de Morgán, *el Exterminador*, hubiéraselas llevado para obtener las riquezas ciertas y la callada flor que deseaba. Cuando cesó el sueño en que me había sumergido la larga contemplación de mi ídolo, durante el cual un criado cambió con ella algunas palabras, oí que hablaba del conde. Entonces pensé que una mujer debía pertenecer solamente a su marido, y este pensamiento me dió vértigos. Luego se apoderó de mí una furiosa y sombría curiosidad de conocer al dueño de aquel tesoro. Dos sentimientos me dominaron: el odio y el miedo, un odio que no conocía ningún obstáculo y que los medía todos sin temerlos; un miedo vago, pero real, del combate, de su término, de ELLA, sobre todo. Presa de indecibles presentimientos, temía esos apretones de manos que deshonran, entreveía esas dificultades elásticas en que se estrellan las más

rudas voluntades, y me daba miedo esa fuerza de inercia que hoy despoja a la vida social de los desenlaces que buscan las almas apasionadas.

—Ya está aquí el señor de Mortsauf—dijo la condesa.

Me enderecé sobre mis piernas como un caballo espantado; aunque este movimiento no se le escapó al señor de Chessel ni a la condesa, no me valió ninguna observación muda, gracias tal vez a la entrada de una niña como de seis años, que apareció gritando:

—¡Aquí está papá!

—¡Pero, Magdalena!—dijo su madre.

La niña tendió una mano al señor de Chessel, y me miró muy atentamente, después de haberme dirigido un saludo lleno de extrañeza.

—¿Cómo está la niña?—preguntó el señor de Chessel a la condesa.

—Está mejor—respondió la madre acariciando la cabellera de la pequeña, sentada ya en su regazo.

Una pregunta del señor de Chessel me hizo saber que Magdalena tenía nueve años; demostré alguna sorpresa por mi error, y vi que una nube de tristeza cubría la frente de su madre. Mi introductor me echó una de esas miradas significativas con que los hombres de mundo nos dan una segunda educación; allí había sin duda una de esas heridas maternales cuyo apósito debe ser respetado. Delgada, pequeña, con los ojos llenos de tristeza y la tez blanca como una porcelana bañada por la luz, Magdalena no habría podido vivir en la atmósfera de una ciu-

dad. El aire del campo, los cuidados de que su madre la rodeaba, conservaban la vida en aquel cuerpo tan delicado como una planta nacida bajo los rigores de un clima extraño. Aunque no se semejaba en nada a su madre, Magdalena parecía tener su alma, y esta alma la sostenía. Sus cabellos, ralos y negros, sus ojos hundidos, sus mejillas descoloridas, sus brazos enflaquecidos y su pecho hundido, anunciaban una lucha entre la vida y la muerte, lucha sin tregua, en la cual hasta entonces la condesa había alcanzado la victoria. Fingía contento, sin duda para evitar lágrimas a su madre; pero, en ciertos momentos en que ésta no la observaba, su actitud se parecía a la de un sauce llorón. Se la habría tomado por una gitanilla hambrienta que llegaba mendigando, agotadas sus fuerzas, pero animosa y adornada para el público.

—¿Dónde se ha quedado Santiago?—le preguntó la madre besando la blanca raya que dividía sus cabellos en dos bandas semejantes a las alas de un cuervo.

—Viene con papá—respondió la niña.

En aquel momento entró el conde, acompañado de su hijo, a quien llevaba de la mano. Santiago, vivo retrato de su hermana, ofrecía los mismos síntomas de debilidad. Viendo aquellos dos niños macilentos y flacos, al lado de una madre tan magníficamente bella, era imposible no adivinar las fuentes del dolor que laceraba el corazón de la condesa y que le hacía callar uno de esos pensamientos que no tienen otro confidente que Dios, pero que dan a la

frente terribles significaciones. Al saludarme, el señor de Mortsauf me dirigió esa mirada menos observadora que inquieta del hombre cuya desconfianza proviene de su poca costumbre de manejar el análisis. Después de haberle dado a conocer la situación y de haberme nombrado, su mujer le dejó su lugar y nos abandonó. Sus hijos, cuyos ojos estaban fijos en los de su madre, como si los fascinase su luz, quisieron acompañarla, pero les dijo: «Quedaos, ángeles míos», y al mismo tiempo puso el dedo sobre sus labios. Ellos obedecieron, pero veláronse sus miradas. ¡Ah! ¿Qué no hubiera yo hecho por oírme llamar «ángel mío»? Lo mismo que los niños, sentí frío cuando ella hubo salido. Mi nombre cambió las disposiciones del conde respecto de mí; su frialdad se trocó en político afecto; me dió pruebas de consideración, y pareció que mi presencia le complacía. En otro tiempo mi padre había representado un papel peligroso, aunque obscuro, en las conspiraciones legitimistas. Cuando todo se hubo perdido por el acceso de Napoleón a la cúspide del Poder, se retiró, como otros muchos conspiradores secretos, a las dulzuras de la provincia y de la vida privada, soportando acusaciones tan duras como inmerecidas, salario inevitable de los conspiradores que arriesgan el todo por el todo y sucumben después de haber servido de eje a la máquina política. No sabiendo nada de la fortuna, de los antecedentes ni del porvenir de mi familia, ignoraba igualmente las particularidades de que me hablaba el conde de Mortsauf. Sin embargo, si la antigüedad

del nombre, la más preciosa de un hombre a sus ojos, podía justificar aquella acogida que me dejó confuso, no supe hasta más tarde la verdadera razón. Por el momento esa transición súbita me tranquilizó. Cuando los dos niños vieron la conversación entablada entre nosotros tres, Magdalena desprendió su cabeza de las manos de su padre, miró la puerta abierta y se deslizó fuera como una anguila; Santiago la siguió. Pronto se reunieron a su madre, pues oí sus voces y sus movimientos, semejantes al zumbido de las abejas en torno de la colmena.

Contemplé al conde, tratando de adivinar su carácter, pues algunos rasgos principales me interesaron lo bastante para detenerme en el examen superficial de su fisonomía. Contando cuarenta y cinco años solamente, parecía aproximarse a los sesenta: tanto le había envejecido el gran naufragio con que terminó el siglo XVIII. La media corona que ceñía monásticamente la parte superior de su cabeza, desprovista de cabellos, venía a morir en las orejas, acariciando las sienes con algunos mechones grises. Su rostro se parecía vagamente al de un lobo blanco que tuviera sangre en el hocico, pues su nariz aparecía encendida como la de un hombre cuya vida está alterada en sus principios, cuyo estómago está bastante debilitado y cuyos humores han sido viciados por antiguas enfermedades. Su frente chata, demasiado ancha para su rostro terminado en punta, y surcada transversalmente por arrugas desiguales, anunciaba las cos-

tumbres de la vida al aire libre y no las fatigas de la inteligencia, el peso de un infortunio constante y no los esfuerzos hechos para dominarlo. Sus pómulos, salientes y morenos en medio de los tonos pálidos de su tez, indicaban una naturaleza bastante fuerte para asegurarle una larga vida. Sus ojos claros, amarillos y duros, se fijaban como un rayo de sol de invierno, luminosos sin calor, inquietos sin pensamiento, desconfiados sin objeto. Su boca era violenta e imperiosa, y su barba, larga y recta. Delgado y de elevada estatura, tenía el continente del gentilhombre que se apoya en un valor convencional y que ignora si es superior a los demás en virtud de un derecho o sólo por un hecho. El descuido del campo le había acostumbrado a mirar con negligencia su exterior, y su traje era el del campesino en quien los labradores, así como los vecinos, no consideran sino la fortuna territorial. Su calzado era ordinario, y sus manos, ennegrecidas y nerviosas, demostraban que no se ponía guantes sino para montar a caballo y para ir el domingo a misa. Aunque diez años de emigración y diez de vida campestre habían influído sobre su físico, subsistían en él grandes vestigios de nobleza, y el más envidioso liberal, palabra que aun no era corriente, habría reconocido fácilmente en él la lealtad caballeresca y las convicciones inaccesibles del lector ordinario y acérrimo de *El Cotidiano*, al mismo tiempo que admirado al hombre religioso, apasionado por su causa, franco en sus antipatías políticas, incapaz de servir personalmente a su partido, muy capaz de perderle,

y sin conocimiento de los asuntos de Francia. El conde de Mortsauf era, en efecto, uno de esos hombres rectos que no se prestan a nada y que lo obstruyen tercamente todo, buenos para servir con el arma al brazo, en el puesto que se les designe, pero bastante avaros para dar su vida antes que sus escudos. Durante la comida noté la depresión de sus mejillas ajadas, y en ciertas miradas dirigidas a sus hijos las huellas de pensamientos importunos, cuyas manifestaciones expiraban al salir a la superficie. ¿Quién, viéndole, no le hubiera comprendido? ¿Quién no le hubiera acusado de haber transmitido fatalmente a sus hijos aquellos cuerpos en que faltaba la vida? Si se condenaba a sí mismo, negaba a los demás el derecho de condenarle. Amargo como un poder que comprende su debilidad, y no teniendo bastante grandeza ni encanto para compensar la suma de dolor que había echado en la balanza, su vida íntima debía presentarle asperezas que se revelaban en sus facciones angulosas, en sus ojos incesantemente inquietos. Cuando su mujer entró con sus dos hijos pegados a la falda, sospeché que había aquí alguna desgracia, del mismo modo que la presienten los pies de aquellos que, al caminar sobre la bóveda de una cueva, van con sumo tiento, como teniendo conciencia de su profundidad. Viendo reunidas a aquellas cuatro personas, abrazando sus fisonomías y sus actitudes respectivas, pensamientos impregnados de melancolía cayeron sobre mi corazón, al igual que una lluvia fina y helada obscurece un hermoso paisaje, después de un bello

amanecer. Cuando se agotó el objeto de la conversación, el conde me volvió a sacar a escena, con detrimento del señor de Chessel, haciendo conocer a su esposa varias circunstancias concernientes a mi familia y que me eran desconocidas. Me preguntó mi edad, y cuando se la hube dicho, la condesa me devolvió aquel movimiento de sorpresa que yo hice a propósito de su hija. Acaso me echaba catorce años. Este fué, según supe después, el segundo lazo que tan fuertemente la unió a mí. Yo leí en su alma: su maternidad se estremeció iluminada por el tardío rayo solar de la esperanza. Viéndome, a los veinte años cumplidos, tan enclenque, delicado y nervioso, tal vez una voz le gritaba:

—«¡Vivirán!»

Me miró con curiosidad y sentí que en aquel momento se rompía el hielo entre nosotros. Pareció que tenía que hacerme mil preguntas, y las calló todas.

—Si el estudio le ha puesto a usted enfermo—dijo—, el aire de nuestro valle le restablecerá.

—La educación moderna es fatal para los niños—repuso el conde—; los nutrimos de matemáticas, los matamos a fuerza de ciencia y los gastamos antes de tiempo. Necesitaba usted descansar aquí—me dijo—; está usted aplastado por la avalancha de ideas que ha rodado sobre usted. ¡Qué siglo nos prepara esta enseñanza, puesta al alcance de todos, si no se previene el mal devolviendo la instrucción pública a las corporaciones religiosas!

Estas palabras corroboraban las que dijo un día

de elecciones, negando su voto a un hombre cuyos talentos podían servir a la causa realista: «Siempre desconfiaré de las gentes de talento», respondió al agente electoral. Nos propuso ir a dar una vuelta por el jardín, y se levantó.

—Pero...—le dijo la condesa.

—¿Qué, esposa mía?—respondió volviéndose con una brusca altivez, que denotaba cuán absoluto quería ser en su casa, pero cuán poco lo era entonces.

—El señor ha venido de Tours a pie; el señor de Chessel no lo sabía... y lo ha paseado por Frapesle.

—Ha cometido usted una imprudencia—me dijo—, aunque a su edad...

Y movió la cabeza con expresión apesadumbrada.

Se reanudó la conversación, y no tardé en reconocer cuán intratable era su monarquismo y cuántas vueltas había que dar para navegar en sus aguas sin temor a un choque. El criado, que se había puesto librea, anunció la comida; el señor de Chessel presentó su brazo a la condesa, y el conde se cogió alegremente al mío, para pasar al comedor, que, según la disposición del piso bajo, se hallaba enfrente del salón. Estaba enladrillado con baldosas blancas fabricadas en Turena, enmaderado hasta la altura del cuerpo y tapizado con un papel que figuraba grandes paños encuadrados de flores y frutas; las ventanas tenían cortinas de percal blanco, adornadas con galones rojos; los aparadores eran viejos muebles de Boule, y las sillas estaban

guarnecidas de tapicería hecha a mano, de roble tallado. La mesa no ofrecía nada de lujoso, pero estaba abundantemente servida; antigua plata de familia sin unidad de forma, porcelana de Sajonia que ya no estaba de moda, garrafas octogonales, cuchillos con mango de ágata, porta-botellas de laca de la China, y floreros dorados sosteniendo dos hermosos ramilletes; esto constituía el servicio. Yo amo estas antigüedades, y encuentro de un gusto soberbio el papel Reveillón y sus bordados de flores. El contento que hinchaba todas mis velas impedíame ver las inextricables dificultades puestas entre «ella» y yo por la vida tan coherente de la soledad y del campo. Estaba cerca de «ella», a su derecha, y la servía de beber. Sí, ¡felicidad inesperada!, rozaba su vestido, comía su pan... Mi vida se mezclaba con su vida... En fin, estábamos ligados por aquel terrible beso, especie de secreto que nos inspiraba una vergüenza mutua. Cometí una bajeza heroica: me dediqué a estudiar el modo de complacer al conde, que se prestaba a todos mis obsequios; hubiera acariciado al perro y satisfecho los menores deseos de los niños, trayéndoles sus juguetes o sirviéndoles de caballo. El amor tiene sus intuiciones, como el genio las suyas, y yo veía confusamente que la violencia, la pedantería y la hostilidad arruinarían mis esperanzas. La comida pasó, llena para mí de alegrías interiores. Viéndome en su casa, no hacía alto en su frialdad real ni en la indiferencia que cubría la política del conde. El amor tiene también, como la vida, una pubertad,

durante la cual se basta a sí mismo. Di algunas respuestas en armonía con los secretos tumultos de la pasión; pero era imposible que nadie adivinase, ni aun «ella», que nada sabía del amor. El resto del tiempo pasó como un sueño; pero este hermoso sueño cesó cuando, a la luz de la luna y en una noche tibia y perfumada, atravesé el Indre en medio de las vagas sombras que flotaban sobre los prados, los ribazos y las colinas, oyendo el canto claro, la nota única, llena de melancolía, que lanzaba de cuando en cuando una ranita, cuyo nombre científico ignoro, pero cuyo canto no escucho desde aquel día solemne sin sentir delicias infinitas. Allí, como en otras partes, reconocí un poco tarde esa insensibilidad de mármol contra la cual se habían hasta entonces estrellado mis sentimientos; me preguntaba si sería siempre así; creía estar bajo una fatal influencia, y los siniestros acontecimientos del pasado luchaban con los placeres puramente personales que había gozado. Antes de llegar a Frapesle miré hacia Clochegourde, y vi cerca una barca atada a un fresno y balanceada por el agua: pertenecía al señor de Mortsauf, que se servía de ella para pescar.

—Vamos—me dijo el señor de Chessel cuando no pudimos ser oídos—, no tengo necesidad de preguntarle a usted si ha encontrado sus bellos hombros; hay que felicitarle por la acogida que le ha dispensado el señor de Mortsauf. ¡Diantre!, al primer ataque se ha metido usted hasta el corazón de la plaza.

Estas frases, seguidas de otras de que ya he hablado, reanimaron mi corazón abatido. Yo no había dicho una palabra desde que salimos de Clochegourde, y el señor de Chessel atribuía mi silencio a mi felicidad.

—¡Cómo así!—respondí con un tono irónico que podía parecer dictado por la pasión contenida.

—Nunca ha recibido tan bien a nadie.

—Le confieso a usted que yo mismo estoy asombrado de esa recepción—le dije, comprendiendo la amargura interior que sus últimas palabras descubrían.

Aunque demasiado inexperto para adivinar la causa del sentimiento que experimentaba el señor de Chessel, me extrañó, sin embargo, la expresión con que lo reveló. Mi huésped tenía la desgracia de llamarse Durand, y había dado en la ridícula manía de renegar del apellido de su padre, ilustre fabricante que cuando la revolución había hecho una magnífica fortuna. Su mujer era la única heredera de los Chessel, vieja familia de togados pertenecientes a la clase media en tiempo de Enrique IV, como las de la mayor parte de los ma-magistrados parisienses. Como ambicioso de alta posición, el señor de Chessel quiso matar su Durand original para llegar a los altos destinos que soñaba: se llamó primero Durand de Chessel; después, D. de Chessel, y era a la sazón el señor de Chessel. Bajo la restauración fundó un mayorazgo con el título de conde, en virtud de decretos otorgados por Luis XVIII, y sus hijos recogieron los

frutos de su valor sin conocer su grandeza. Una frase cáustica de cierto príncipe pesaba con frecuencia sobre su cabeza. «El señor de Chessel se muestra, generalmente, poco Durand.» Esta frase se hizo célebre en Turena. Los advenedizos son como los monos, y suelen tener su destreza: se les ve en la altura, se admira su agilidad durante la subida; pero una vez en la cima, no se repara sino en sus vergonzosas flaquezas. El reverso de mi anfitrión está compuesto de pequeñeces engrosadas por la envidia: la dignidad de par y él son hasta el día dos tangentes imposibles. Tener una pretensión y justificarla es la impertinencia de la fuerza; pero estar muy por debajo de las pretensiones confesadas constituye un ridículo constante, en que caen con frecuencia las medianías. Además, el señor de Chessel no sigue la marcha recta y segura del hombre fuerte: dos veces diputado y otras dos veces rechazado en las elecciones; ayer director general y hoy nada, sus éxitos y sus fracasos han gastado su carácter, dándole la aspereza del ambicioso inválido. Aunque hombre galante, espiritual y capaz de grandes cosas, tal vez la envidia que apasiona la existencia en Turena (pues los tureneses emplean su talento en envidiarlo todo) le fué funesta en las altas esferas sociales, donde hacen muy mal papel esos rostros crispados por los éxitos de otro y esos labios burlones rebeldes a la felicitación y siempre dispuestos al epigrama. Ambicionando menos, tal vez habría obtenido más; desgraciadamente, tendría bastante superioridad para querer marchar

siempre erguido. En aquel momento, el señor de Chessel estaba en el crepúsculo de su ambición: el monarquismo le sonreía. Tal vez sus maneras de gran señor eran afectadas, pero yo le encontraba perfecto. Por otra parte, me gustó, por una razón bien sencilla: gozaba de reposo en su casa por primera vez. Como era tan desgraciado con mi familia, el débil interés que me demostraba parecióme una imagen del amor paternal, y los cuidados de su hospitalidad contrastaban tanto con la indiferencia que hasta entonces me había anonadado, que manifestaba una gratitud infantil por vivir sin cadenas y casi acariciado. Los castellanos de Frapesle están, pues, tan mezclados con la aurora de mi felicidad, que mi pensamiento los confunde con los recuerdos en que quiero vivir. Más tarde, y principalmente en el negocio de las cartas-patentes, tuve el gusto de hacer algunos favores a mi huésped. El señor de Chessel gozaba de su fortuna con un fausto que ofendía a muchos de sus vecinos; podía renovar con frecuencia sus caballos y sus coches; su mujer era esmerada en el vestir y en su tocado, recibía con esplendidez, comía a lo príncipe, y su servidumbre era más numerosa de lo que requerían las costumbres del país. Las tierras de Frapesle eran, además, inmensas. En presencia de su vecino, y ante este lujo, el conde de Mortsauf, reducido al cabriolé de familia, que en Turena es el término medio entre la tartana y la silla de posta, y obligado por la mediania de su fortuna a hacer producir a Clochegourde, fué tu-

renés, es decir, envidioso hasta el día en que los favores reales dieron a su familia un brillo inesperado; su acogida al hijo menor de una familia arruinada, pero cuyo blasón databa del tiempo de las Cruzadas, le sirvió para humillar la brillante fortuna y empequeñecer los bosques y prados de su vecino, que no era noble. El señor de Chessel comprendió al conde. Sus relaciones eran, pues, corteses y amistosas, pero sin ese trato diario ni esa agradable intimidad que hubiera debido existir entre Clochegourde y Frapesle, dominios separados por el Indre y cuyas castellanas podían hacerse señas de balcón a balcón.

No era la envidia la única razón de la soledad en que vivía el señor de Mortsauf. Su primera educación fué la de la mayor parte de los hijos de las grandes familias: una incompleta y superficial instrucción, cuyos defectos solían remediar la enseñanza del mundo, los usos de la corte y el ejercicio de los grandes cargos de la corona o de los grandes destinos. El señor de Mortsauf había emigrado precisamente en la época en que empezaba su segunda educación, y ésta le faltó. Fué de los que creyeron en el pronto restablecimiento de la monarquía en Francia, y en esta persuasión su destierro había transcurrido en la más deplorable de las ociosidades. Cuando se dispersó el ejército de Condé, en el cual fué de los primeros en alistarse, creyó volver muy pronto bajo la bandera blanca, y no trató, como algunos emigrados, de crearse una existencia industriosa. Tal vez no tuvo tampoco la fortaleza

de alma necesaria para abdicar de sus preocupaciones aristocráticas, a fin de ganar su pan con los sudores de un trabajo despreciado. Sus esperanzas, siempre remitidas a mañana, y puede ser que su honor, le impidieron ponerse al servicio de las potencias extranjeras. El sufrimiento minó su valor. Largas caminatas emprendidas a pie sin el alimento suficiente, tras esperanzas siempre fallidas, alteraron su salud y debilitaron su alma. Si la miseria es un tónico para muchos hombres, para otros es un disolvente, y el conde pertenecía a estos últimos.

Contemplando a aquel infortunado caballero arrastrándose por los caminos de Hungría y partiendo un cuarto de carnero con los pastores del príncipe Esterhazy, a quienes el viajero pedía el pan que el noble no hubiera aceptado del amo y que rehusó muchas veces de manos enemigas de Francia, jamás he sentido en mi corazón desprecio para el emigrado, ni aun cuando lo vi ridículo en el triunfo. Los cabellos blancos del señor de Mortsauf me habían revelado dolores espantosos, y yo simpatizo demasiado con los desterrados para poderlos juzgar. La alegría francesa y turenesa sucumbió en el conde; se puso pesado, cayó enfermo, y fué curado por caridad en un hospital alemán. Su enfermedad era una inflamación del mesenterio, dolencia generalmente mortal, cuya curación produce cambios de carácter y lleva casi siempre a la hipocondría. Sus amores, sepultados en el fondo de su alma, y que únicamente yo he des-

cubierto, fueron amores de baja esfera, que no sólo atacaron a su vida, sino que arruinaron su porvenir. Después de doce años de miseria, volvió los ojos hacia Francia, cuyas puertas le abría el decreto de Napoleón. Cuando pasó el Rin y el peatón cansado vió en una hermosa tarde el campanario de Estrasburgo, desfalleció.

«¡Francia! ¡Francia!», exclamó como grita un niño «¡Mamá!» cuando está herido. Rico antes de nacer, encontrábase pobre; nacido para mandar un regimiento o gobernar el Estado, veíase sin autoridad y sin porvenir; criado fuerte y robusto, volvía enfermo y gastado, sin instrucción, en medio de un país en que los hombres y las casas habían crecido, y, por consiguiente, sin influencia posible, vióse despojado de todo, hasta de las fuerzas físicas y morales. Su falta de fortuna le hizo pesado su nombre, y sus opiniones inquebrantables, sus antecedentes del ejército de Condé, sus penas, sus recuerdos, su salud perdida, le dieron una susceptibilidad muy poco a propósito para vivir en Francia, el país de las burlas. Llegó medio moribundo al Maine, donde, por un azar debido tal vez a la guerra civil, el Gobierno revolucionario se había olvidado de poner en venta una finca importante en extensión y que su arrendatario conservaba haciendo creer que la tenía en propiedad. Cuando la familia de Lenoncourt, que vivía en Givry, dominio situado cerca de esta hacienda, supo la llegada del conde de Mortsauf, el duque de Lenencourt fué a ofrecerle su casa para que la habitase, mientras

se le preparaba un departamento conveniente en su hacienda. La familia de Lenoncourt se mostró noblemente generosa con el conde, que vivió con ella durante algunos meses, haciendo esfuerzos para ocultar sus dolores. Los Lenoncourt habían perdido sus inmensos bienes, y, por el ilustre nombre del señor de Mortsauf, era éste un partido aceptable para su hija. Lejos de oponerse a su matrimonio con un hombre de treinta y cinco años, enfermizo y envejecido, la señorita de Lenoncourt pareció consentir en él con alegría. Un matrimonio la daba el derecho de vivir con su tía, la duquesa de Verneuil, hermana del príncipe de Blamont-Chauvry, que era para ella una madre de adopción.

Amiga íntima de la duquesa de Borbón, la señora de Verneuil formaba parte de una sociedad religiosa cuya alma era el señor Saint-Martin, nacido en Turena y apodado *el Filósofo desconocido*. Los discípulos de este filósofo practicaban las virtudes aconsejadas por las santas especulaciones del iluminismo místico. Esta doctrina daba la clave del mundo divino; explicaba la existencia por las transformaciones sucesivas en que el hombre camina hacia destinos sublimes; libraba al deber de su degradación legal; aplicaba a las penas de la vida la dulzura inalterable del cuáquero, y aconsejaba el desprecio del dolor, inspirando un no sé qué maternal para el ángel que llevamos al cielo; era el estoicismo con un porvenir. El amor puro y la oración activa eran los elementos de esta fe que salía del catolicismo de la Iglesia romana para

volver a entrar en el cristianismo de la Iglesia primitiva. La señorita de Lenoncourt permanecía, sin embargo, en el seno de la Iglesia apostólica, a la cual su tía fué siempre igualmente fiel. Rudamente probada por las tormentas revolucionarias, la duquesa de Verneuil había adquirido, en los últimos años de su vida, un tinte de piedad apasionada, que vertió en el alma de su querida hija «la luz del amor celeste y el óleo de la alegría íntima», para emplear las mismas expresiones de Saint-Martin. La condesa recibió varias veces en Clochegourde a este hombre pacífico, virtuoso y sabio, después de la muerte de su tía, a la cual visitaba con frecuencia, y desde Clochegourde vigilaba Saint-Martin la impresión de sus últimos libros, que hacía en Tours, en casa de Letourmy. Inspirada por la sabiduría de las viejas que han experimentado las borrascosas estrecheces de la vida, la señora de Verneuil hizo donación de Clochegourde a la recién casada, a fin de que tuviera una casa. Con la gracia de las ancianas, que es siempre perfecta, cuando éstas son graciosas, la duquesa lo abandonó todo a su sobrina, contentándose con un cuarto encima del que antes ocupaba, y que tomó la condesa. Su muerte casi repentina enlutó las alegrías de esta unión e imprimió una negra tristeza en Clochegourde y en el alma supersticiosa de la recién casada. Los primeros días de su establecimiento en Turena fueron para la condesa la sola época, no feliz, sino tranquila de su vida.

Después de las angustias de su permanencia en

el extranjero, el señor de Mortsauf, satisfecho con entrever un porvenir clemente, tuvo una especie de convalecencia del alma y respiró en aquel valle los perfumes embriagadores de una esperanza florida. Obligado a cuidar de su fortuna, se dedicó a los preparativos de su empresa agronómica y comenzó a experimentar alguna alegría; pero el nacimiento de Santiago fué un golpe que arruinó el presente y el porvenir: el médico condenó al recién nacido. El conde ocultó cuidadosamente esta sentencia a su esposa; después consultó por sí mismo y recibió respuestas desesperantes, que fueron confirmadas por el nacimiento de Magdalena. Estos dos acontecimientos y una especie de certidumbre interior sobre la fatal sentencia aumentaron las disposiciones enfermizas del emigrado. Su nombre, extinguido para siempre; una mujer, joven, pura, irreprochable, desgraciada a su lado y consagrada a las angustias de la maternidad, sin tener sus placeres; el *humus* de su antigua vida, de que germinaban nuevos sufrimientos: todo esto cayó sobre su corazón y acabó por destruirlo. La condesa adivinó el pasado por el presente y leyó en el porvenir. Aunque nada es más difícil que hacer feliz a un hombre que se siente defectuoso, la condesa intentó esta empresa digna de un ángel. Hízose estoica en un día; después de bajar a un abismo desde el cual pudo contemplar el cielo, se consagró por un solo hombre a la misión que abraza la hermana de la caridad por todos, y a fin de reconciliarle consigo mismo le perdonó lo que él no

se perdonaba. El conde se hizo avaro, aceptó las privaciones impuestas; temía ser engañado, como temen todos los que no han conocido la vida del mundo mas que para experimentar repugnancias, y ella se retiró a la soledad y se plegó, sin murmurar, sobre sus desconfianzas; hizo más aún: empleó las astucias de la mujer en hacerle querer lo bueno, y consiguió que así se crease ideas y gozase a su lado de los placeres de la superioridad, que no hubiera tenido en ninguna parte. Después, tras algún tiempo de matrimonio, se resolvió a no salir jamás de Clochegourde, reconociendo en el conde un alma histérica, cuyos extravíos podían, en un país de malicia y de murmuración, perjudicar a sus hijos. Nadie, pues, sospechaba la incapacidad real del señor de Mortsauf; ella había revestido aquellas ruinas con un espeso manto de hiedra. El carácter variable, no descontentadizo, sino incontentable, del conde encontró en su mujer una tierra dulce y fácil, en la cual pudo extenderse, sintiendo sus secretos dolores aliviados por la frescura del bálsamo.

Esta historia es la más sencilla expresión de los discursos arrancados al señor de Chessel por un oculto despecho. Su conocimiento del mundo le había hecho entrever algunos de los secretos sepultados en Clochegourde; pero si, por su sublime actitud, la señora de Mortsauf engañaba al mundo, no pudo engañar a los inteligentes sentidos del amor. Cuando me encontré en mi cuartito, el presentimiento de la verdad me hizo saltar en mi le-

cho y no quise estar en Frapesle cuando podía ver las ventanas de su habitación; me vestí, bajé silenciosamente y salí del castillo por la puerta de una torre a que se llegaba por una escalera de caracol. El frío de la noche me serenó. Pasé el Indre por el puente del Molino Rojo y llegué a la barca de Clochegourde, donde brillaba una luz en la última ventana, del lado de Azay. Volví a encontrar mis antiguas contemplaciones, pero apacibles y embellecidas por el trino del ruiseñor y la nota única de la rana, despertando en mí ideas que se deslizaban como fantasmas y levantando los negros crespones que hasta entonces me habían ocultado el porvenir. ¡El alma y los sentidos estaban igualmente encantados! ¡Con qué violencia mis deseos subían hasta ella! ¡Cuántas veces me dije, como un insensato su obsesión: «¿Será mía?»! Si durante los días precedentes el universo se había agrandado para mí, en una sola noche encontré su centro. A ella se referían mis deseos y mis ambiciones, y ansiaba ser todo suyo a fin de rehacer y llenar su corazón desgarrado. ¡Hermosa fué aquella noche pasada bajo sus ventanas, en medio del murmullo de las aguas, que se deslizaban por entre los molinos y entrecortado por la voz de las horas que sonaban en el campanario de Saché! Durante toda la noche, bañada de resplandores, en que aquella flor sideral iluminó mi vida, yo le consagré mi espíritu con la fe de aquel pobre caballero castellano de quien nos burlamos con Cervantes, con la cual comenzamos el amor. Con

la luz inicial de la aurora, con el primer trino de los pájaros, corrí al parque de Frapesle: ningún campesino me vió, nadie sospechó de mi escapatoria, y dormí hasta el momento en que la campana indicó la hora de almorzar. A pesar del calor, después del almuerzo bajé a la pradera, a fin de ver el Indre y sus islas, el valle y sus colinas, de que parecía apasionado admirador; pero con esa velocidad que desafía a la del caballo desbocado, pronto me encontré junto a la barca y los sauces de Clochegourde. Todo estaba silencioso, palpitante, como está el campo al mediodía; las frondas inmóviles se recortaban limpiamente sobre el fondo azul del cielo; los insectos que viven de la luz, mariposas, abejas, cantáridas, volaban hacia sus fresnos, hacia sus rosales; los rebaños rumiaban a la sombra; las tierras rojas de la vid ardían, y las culebras se deslizaban a lo largo de los ribazos. ¡Qué cambio en aquel paisaje, tan fresco y tan poético antes de mi sueño! De repente salté de la barca y me dirigí al camino para dar la vuelta a Clochegourde, de donde creía haber visto salir al conde. No me engañaba: iba por un seto para ganar sin duda una puerta que daba al camino de Azay, que sigue la orilla del río.

—¿Cómo se encuentra usted esta mañana, señor Conde?—le pregunté.

Me miró con aire alegre: muy pocas veces se oía llamar así.

—Bien—dijo—; pero ¿tanto le gusta a usted el campo, que se pasea con este calor?

—¿No me han enviado aquí para vivir al aire libre?—repliqué.

—Está bien. ¿Quiere usted venir a ver segar la cebada?

—Con mucho gusto; pero le advierto que soy un ignorante completo; no distingo la cebada del trigo, ni el álamo del chopo, y nada sé de agricultura ni de los diferentes métodos de explotar la tierra.

—Bueno; venga usted—dijo alegremente volviendo sobre sus pasos—; entre por la puertecilla de allá arriba.

Y siguió a lo largo del seto por la parte de adentro, mientras yo iba por la de afuera.

—El señor de Chessel no podría enseñarle a usted nada de eso—dijo—; es demasiado gran señor para ocuparse de otra cosa que de recibir las cuentas de sus administradores.

Me enseñó luego los patios y las dependencias, los jardines de recreo y las huertas; en fin, me llevó hacia aquella larga avenida de acacias, lamida por el río, en cuyos extremos distinguí, sentada en un banco, a la señora de Mortsauf, rodeada de sus hijos. Sorprendida tal vez de mi cándido apresuramiento, no se movió, sabiendo que iríamos hacia ella. El conde me hizo admirar la perspectiva del valle, que desde allí ofrecía un espectáculo muy diferente de los que había contemplado hasta entonces según las alturas por donde habíamos pasado. Se hubiera creído ver un rincón de Suiza. La pradera, surcada por multitud de arroyos que des-

aguaban en el Indre, se descubría en toda su extensión, perdiéndose en lejanos vapores. Del lado de Montbazón, la mirada se extendía sobre una inmensa llanura verde, y por todos los demás puntos se encontraba detenida por colinas, por masas de árboles y por rocas. Alargamos el paso para ir a saludar a la señora de Mortsauf, que, de pronto, dejó caer el libro en que leía Magdalena y tomó sobre sus rodillas a Santiago, que era presa de una tos convulsiva.

—¿Qué tiene?—exclamó, palideciendo, el conde.

—Le duele la garganta—respondió la madre, que parecía no verme—; pero no será nada.

Y mientras sujetaba la frente y la espalda del niño, brotaban de sus ojos dos rayos que parecían infundir la vida en aquella débil criatura.

—Cometes imprudencias increíbles—repuso el conde, con aspereza—; le expones a la humedad del río y lo sientas en un banco de piedra...

—Pero, papá, ¡si el banco quema!—exclamó Magdalena.

—Se ahogaban arriba—repuso la condesa.

—Las mujeres siempre quieren tener razón—replicó el conde, mirándome.

Para evitarme el tener que aprobar o reprobar con la mirada, contemplaba a Santiago, que se quejaba de ardor en la garganta, y a quien su madre se llevó. Antes de alejarse pudo aún oír a su marido, que decía:

—Cuando se engendran niños tan delicados, es preciso saber cuidarlos.

Estas palabras eran profundamente injustas; pero su amor propio le arrastraba a justificarse a costa de su mujer. La condesa volaba al subir las rampas y la escalinata; la vi desaparecer tras la puerta-ventana. El señor de Mortsauf se había sentado pensativo en el banco y con la cabeza inclinada. Mi situación hízose intolerable, pues ni me miraba ni me hablaba. ¡Adiós aquel paseo en el que esperaba intimar con ella! ¡No recuerdo haber pasado en mi vida un cuarto de hora más horrible que aquél! Mi frente estaba cubierta de sudor, y me preguntaba si me marcharía o me quedaría. ¿Qué pensamientos tan tristes llenaban la imaginación del conde, para hacerle olvidarse de ir a ver cómo se encontraba Santiago? Se levantó bruscamente, se acercó a mí y nos volvimos para contemplar el risueño valle.

—Dejaremos para otro día nuestro paseo, señor conde—le dije con dulzura.

—No, salgamos—respondió—; desgraciadamente, estoy acostumbrado a ver con frecuencia semejantes crisis, cuando daría mi vida sin sentimiento alguno por conservar la de ese niño.

—Santiago está mejor y se ha dormido, amigo mío—dijo la voz de oro.

La señora de Mortsauf se presentó súbitamente en el extremo de la avenida. Acercóse sin hiel, sin amargura, y, al devolverme el saludo que la hice, me dijo:

—Veo con placer que le agrada a usted Clochegourde.

—¿Quieres, amiga mía, que monte a caballo y que vaya a buscar al señor Deslandes?—preguntó el conde, mostrando deseos de hacerse perdonar su injusticia.

—No te molestes—respondió la condesa—; Santiago no ha dormido esta noche: es todo lo que tiene. Se trata de un niño muy nervioso; tuvo una pesadilla y he pasado gran parte de la noche contándole cuentos para que durmiese. Su tos es puramente nerviosa; la he calmado con una pastilla de goma, y ahora duerme.

—¡Pobre esposa mía!—dijo el conde estrechándole las manos—. ¡Y yo que no sabía nada!

—¿A qué inquietarse por pequeñeces? Ve a tu cebada. Ya sabes que, si no estás allí, los segadores dejarán entrar en el campo a las espigadoras forasteras antes de que estén retirados los haces.

—Señora—le dije—, voy a seguir mi primer curso de agricultura.

—Lleva usted buen maestro—respondió, indicando al conde, cuya boca se contrajo con una sonrisa de contento.

Hasta dos meses después no supe que había pasado aquella noche dominada por angustias horribles, temiendo que su hijo tuviera la difteria. ¡Y yo estaba en la barca, mecido por pensamientos de amor, imaginándome que desde su ventana me vería adorando la luz de aquella bujía que entonces alumbraba su frente, arrugada por mortales alarmas! La difteria reinaba en Tours y hacía grandes

estragos. En la puerta, el conde me dijo con voz conmovida:

—Mi mujer es un ángel.

Esta frase me hizo vacilar. No conocía mas que superficialmente a aquella familia, y el remordimiento, tan natural en un alma joven, me decía: «¿Con qué derecho vas a turbar esta paz profunda?»

Feliz por tener de interlocutor a un joven sobre el cual podía alcanzar fáciles triunfos, el conde me habló del porvenir que la vuelta de los Borbones preparaba a Francia. Entablamos una conversación en la cual le oí verdaderas niñerías, que me sorprendieron profundamente. Ignoraba hechos de una evidencia geométrica, tenía miedo de las gentes instruídas, negaba las superioridades, se burlaba, puede que con razón, de los progresos, y, en fin, reconocí en él una gran cantidad de fibras dolorosas, que obligaban a tomar infinitas precauciones para no herirle, por lo que una conversación con él venía a ser un trabajo ímprobo. Cuando, por decirlo así, hube palpado sus defectos, me plegué a ellos con tanta flexibilidad como demostraba la condesa en acariciarle. En otra época de mi vida le hubiera indudablemente replicado; pero entonces, tímido como un niño, creyendo no saber nada o que los hombres formados lo sabían todo, me maravillaba de los progresos obtenidos por aquel paciente agricultor. Escuché sus planes con admiración, lisonja involuntaria que me valió la benevolencia del viejo noble; envidié aquella tierra, su

posición, aquel paraíso terrestre, poniéndolo muy por encima de Frapesle.

—Frapesle—le dije—es una pieza maciza de plata; pero Clochegourde es un estuche de piedras preciosas.

Frase que después repitió con mucha frecuencia, citando al autor.

—Antes de que viniésemos—dijo—esto era una desolación.

Yo me sentía todo oídos cuando hablaba de sus siembras y de sus recolecciones. Nuevo en los trabajos del campo, le abrumaba a preguntas sobre los precios de los géneros, sobre los medios de explotación, y me pareció feliz al darme a conocer tantos detalles.

—¿Qué le han enseñado a usted?—me preguntaba con asombro.

Después de este primer paseo, el conde dijo a su mujer al entrar:

—El señor don Félix es un joven encantador.

Por la noche escribí a mi madre diciéndole me enviase ropa y anunciándole al mismo tiempo mi resolución de quedarme en Frapesle. Ignorando la gran revolución que entonces se realizaba, y no comprendiendo la influencia que debía ejercer sobre mi destino, creía volver a París para acabar el estudio de Derecho; pero como el curso no empezaba hasta los primeros días de noviembre me quedaban libres dos meses y medio.

Durante los primeros días de mi permanencia intenté unirme al conde, alcanzando crueles im-

presiones. Descubrí en aquel hombre una irascibilidad injustificada y una prontitud de acción en los casos desesperados, que me espantaron. Encontrábanse en él rasgos repentinos del valeroso caballero del ejército de Condé, y algunos relámpagos parabólicos de esas voluntades que pueden, en un día de circunstancias graves, hundir la política a la manera de las bombas, y que, por los azares de la rectitud y del valor, hacen de un hombre condenado a vivir en su señorío un d'Elbée, un Bouchamps, un Charette. Ante ciertas suposiciones, su nariz se contraía, su frente se iluminaba y sus ojos lanzaban un fuego que en seguida desvanecíase. Tenía miedo de que el señor de Mortsauf sorprendiese el lenguaje de mis ojos y me matase en un arrebato. Por aquella época yo no era sino un hombre todo ternura. La voluntad, que tan extrañamente modifica a los hombres, apenas si apuntaba en mí. Mis excesivos deseos me habían comunicado esos rápidos estremecimientos de la sensibilidad que se parecen a las sacudidas del miedo. La lucha no me hacía temblar; pero no quería perder la vida sin haber gozado de la felicidad de un amor correspondido. Las dificultades y mis deseos se agrandaban sobre dos líneas paralelas. ¿Cómo hablar de mis sentimientos? Era presa de crueles perplejidades; esperaba una casualidad; observaba, me familiarizaba con los niños, de quienes me hice querer, y traté de identificarme con las costumbres de la casa. Insensiblemente el conde se hizo más expansivo conmigo, y de este

modo fuí conociendo sus rápidos cambios de carácter, sus profundas tristezas sin motivo, sus bruscos arrebatos, sus amargas quejas, su frialdad envidiosa, sus reprimidos raptos de locura, sus gemidos de niño, sus gritos de hombre desesperado y sus imprevistas cóleras. La naturaleza moral se distingue de la naturaleza física en que nada hay en aquélla de absoluto: la intensidad de los efectos está en razón de la fuerza de los caracteres o de las ideas que reunimos o agrupamos en torno de un hecho. Mis visitas a Clochegourde y el porvenir de mi vida dependían de aquella voluntad caprichosa. No sabía expresar qué angustias oprimían mi alma, tan fácil entonces de contraerse como de dilatarse, cuando al entrar me preguntaba: «¿Cómo me recibirá?» Era una inquietud horrible y continua, y al fin caí bajo el despotismo de aquel hombre. Mis sufrimientos me hicieron adivinar los de la señora de Mortsauf: empezamos a cambiar miradas de inteligencia, y algunas veces mis lágrimas corrían cuando ella contenía las suyas. De este modo la condesa y yo nos probamos por el dolor. ¡Cuántos descubrimientos hice durante aquellos cuarenta primeros días llenos de amarguras reales, de alegrías tácitas, de esperanzas tan pronto sumergidas como flotantes! Una tarde la encontré religiosa mente pensativa ante una puesta de sol, que enro jecía tan voluptuosamente las cimas, dejando ver el valle como un lecho, que era imposible no escuchar la voz de aquel eterno *Cantar de los cantares* con que la Naturaleza convidaba sus criaturas al amor.

¿Rehacía la joven sus ilusiones perdidas? ¿Sufría por alguna comparación secreta? Creí ver en su actitud un abandono muy a propósito para una primera declaración, y la dije:

—Hay días difíciles.

—Lee usted en mi alma—me contestó—; pero ¿cómo es posible?

—¡Tenemos tantos puntos de contacto!—respondí—. ¿No pertenecemos los dos al pequeño número de criaturas privilegiadas para el dolor y para el placer, cuyas cualidades sensibles brillan todas al unísono produciendo grandes ecos interiores, y cuya naturaleza nerviosa está en armonía constante con el principio de las cosas? Colocadas en un medio en que todo sea disonancia, esas personas sufren horriblemente, del mismo modo que su placer llega a la exaltación cuando encuentran ideas, sensaciones y seres que les son simpáticos. Pero hay para nosotros un tercer estado, cuyas desgracias no son conocidas sino de las almas afectadas por la misma enfermedad, y entre las cuales existen comprensiones fraternales. Puede sucedernos no estar impresionados ni bien ni mal. Un órgano expresivo dotado de movimiento muévese entonces en nosotros como en el vacío, se apasiona sin objeto, lanza sonidos sin producir melodías, arroja acentos que se pierden en el silencio: especie de contradicción terrible de un alma que se revuelve contra la inutilidad de la nada; fuego extenuante, en el cual nuestro poder se escapa entero, sin alimento, como la sangre por una herida ignorada. La sensibilidad

corre a torrentes, y esto produce desfallecimientos horribles e inexplicables melancolías, que ni aun en el confesonario pueden revelarse. ¿No he logrado expresar acaso nuestros dolores comunes?

Estremecióse, y, sin apartar la vista del sol, que se ocultaba, me dijo:

—¿Cómo sabe usted todo eso a sus pocos años? ¿Acaso ha sido usted mujer?

—¡Ah!—la respondí—. Mi infancia ha sido como una larga enfermedad.

—Oigo toser a Magdalena—me dijo, levantándose con precipitación.

La condesa me vió frecuentar su casa y no se preocupó, por dos razones: primera, porque era pura como un niño e incapaz de concebir una sospecha; después, porque yo distraía al conde y era como una presa arrojada a aquel león sin uñas y sin melena. En fin, había acabado por encontrar una razón que a todos nos parecía plausible. Yo no sabía jugar al chaquete; el señor Mortsauf me propuso enseñármelo, y acepté. A partir del instante en que nos pusimos de acuerdo, la condesa no pudo menos de dirigirme una mirada de compasión, que quería decir: «Se mete usted en la boca del lobo.» Si el primer día no lo comprendí, al tercero sabía ya a lo que me había comprometido. Mi inagotable paciencia, ese fruto de mi niñez, se maduró durante aquella temporada de prueba. El conde experimentaba un gran contento entregándose a crueles burlas cuando yo ponía en práctica el principio o la regla que me había ex-

plicado; si reflexionaba, se quejaba del fastidio que le proporcionaba el que jugara con mucha lentitud; si jugaba con viveza, decía que le espoleaba, y si cometía torpezas, se aprovechaba de ellas, diciendo que me apresuraba demasiado. Era aquélla una tiranía de maestro, un despotismo de férula del que no se puede tener idea sino suponiendo a Epicteto caído bajo el yugo de un chiquillo malintencionado. Cuando jugábamos dinero, sus constantes ganancias le causaban una alegría mezquina y de mal gusto; pero una palabra de su mujer me consolaba y le devolvía rápidamente el sentimiento de la cortesía y de las conveniencias. Muy pronto me encontré en las hogueras de un suplicio imprevisto; en aquella tarea se fué mi dinero. Aunque el conde permanecía entre su esposa y yo hasta que me retiraba, algunas veces muy tarde, consolábame la esperanza de encontrar un momento oportuno para deslizarme en su corazón; mas para conseguir esta hora, con la dolorosa paciencia del cazador, tenía que continuar aquellas malditas partidas de juego que desgarraban mi alma y se llevaban mi dinero. ¡Cuántas veces nos habíamos quedado silenciosos, ocupados en mirar un efecto de sol en la pradera, las nubes en un cielo gris, las colinas vaporosas o los reflejos de la luna en las piedras del río, sin decir otra cosa que:

—¡Qué hermosa es la noche!

—Como que la noche es mujer, señora.

—¡Qué ambiente de serenidad!

—Sí; aquí no se puede ser completamente desgraciado.

Después de esto, ella volvía a su labor; pero yo había llegado a adivinar que sus entrañas se conmovían a impulsos de un sentimiento que pugnaba por predominar. Sin dinero, ¡adiós las veladas! Escribí a mi madre rogándole que me lo enviase; mi madre me llamó derrochador, se irritó y me mandó una suma insuficiente para ocho días. ¿A quién pedir? ¡Y se trataba de mi vida! Encontré, pues, en medio de mi primera felicidad, los sufrimientos que me habían atormentado en todas partes; pero en París, en el colegio, en la pensión, había podido reducirme a la abstinencia, y mi desgracia había sido negativa; en Frapesle fué activa, y entonces conocí la tentación del robo, esos crímenes soñados, esos furores espantosos que estremecen el alma y que debemos ahogar, so pena de perder la propia estimación. Los recuerdos de las crueles meditaciones, de las terribles angustias que me imponía la tacañería de mi madre, me han inspirado hacia los jóvenes la santa indulgencia de los que, sin haber caído, han llegado al borde del abismo y han podido medir su profundidad. Aunque mi honradez, nutrida de sudores fríos, se haya fortificado en esos momentos en que la vida se entreabre y deja ver su árido fondo, siempre que la terrible justicia humana ha herido con su cuchilla el cuello de un hombre me he dicho que las leyes penales han sido hechas para los que han conocido la desgracia. En tal apuro descubrí en la

biblioteca del señor de Chessel un «Tratado del chaquete», y lo estudié; además, mi huésped me dió algunas lecciones, y. enseñado con menos dureza, pude hacer progresos y aplicar las reglas y los cálculos que había aprendido de memoria. En pocos días estuve en disposición de dominar a mi maestro; pero cuando le ganaba se ponía de un humor execrable, sus ojos relampagueaban como los de un tigre, crispábase su rostro; sus cejas se fruncían como no he visto fruncirlas a nadie. Quejábase como un niño irritado; a veces arrojaba los dados, se enfurecía, pateaba; mordía su cubilete y me llenaba de injurias. Estas violencias tuvieron un término. Cuando hube adquirido una gran superioridad, conducía el juego a mi gusto y me arreglaba de modo que al fin quedásemos iguales, dejándole ganar durante la primera mitad de la partida y restableciendo el equilibrio durante la segunda. El fin del mundo no le hubiera sorprendido tanto como la rápida superioridad de su discípulo; pero nunca la reconoció; y el desenlace constante de nuestras partidas fué un nuevo pasto de que se apoderó su espíritu.

—Decididamente—decía—, mi pobre cabeza se fatiga; al final de la partida gana usted siempre; y es porque entonces he perdido ya mis facultades.

La condesa, que conocía el juego, advirtió mi manejo desde el primer día y adivinó aquel inmenso testimonio de afecto. Estos detalles no pueden ser apreciados sino por los que conocen las horribles dificultades del chaquete. ¡Qué no decía

aquella pequeñez! Pero el amor, como el dios de Bossuet, coloca por encima de las más grandes victorias el vaso de agua del pobre y el esfuerzo del soldado que muere ignoto. La condesa me concedió una de esas pruebas de mudo agradecimiento que hacen estremecerse un corazón joven: me otorgó la mirada que reservaba para sus hijos. Desde aquella noche bienaventurada, me miró siempre al hablarme. No podría explicar en qué estado me separé de ella. Mi alma había absorbido mi cuerpo; no pisaba; no caminaba, volaba; sentía en mí aquella mirada que me había inundado de luz, como su «¡adiós, caballero!» había hecho resonar en mi alma las armonías que contiene el *O filii, o filiæ!* de la resurrección pascual. Nacía a nueva vida, puesto que era algo para ella. Me dormí envuelto en llamas de púrpura, y ante mis ojos cerrados pasaron luces que se perseguían en las tinieblas, como esos puntos de fuego que corren unos tras otros en las pavesas del papel quemado. En mi sueño su voz se convirtió en un no sé qué de palpable, en una atmósfera que me envolvió en luz y en perfumes, en una melodía que acarició mi alma. Al día siguiente, su acogida expresó la plenitud de los sentimientos otorgados; y fuí desde entonces iniciado en los secretos de su voz. Aquel día debía ser uno de los más notables de mi vida. Después de comer fuimos a pasearnos por las alturas y llegamos a una llanura árida, de suelo pedregoso, seco y desprovisto de tierra vegetal. Crecían allí, sin embargo, algunos robles y matorrales espinosos; pero, en vez

de hierbas, extendíase sobre el suelo un tapiz de musgos mezquinos, enrojecidos por el sol poniente, sobre el cual se deslizaban los pies. Yo llevaba a Magdalena de la mano y la condesa daba el brazo a Santiago. De pronto el conde, que iba delante, se volvió, hirió la tierra con su bastón y dijo con acento terrible:

—¡He aquí mi vida!

Mas reprimiéndose y mirando a su mujer, añadió, como para excusarse:

—¡Oh! ¡Pero antes de haberte conocido!

¡Reparación tardía! La condesa había palidecido; pero ¿qué mujer no hubiera vacilado, como ella, al recibir aquel golpe?

—¡Qué aromas tan deliciosos llegan hasta aquí! ¡Qué bellos efectos de luz!—exclamé—; quisiera que esta llanura fuese mía; tal vez labrándola sacaría de ella tesoros, aunque el más seguro sería la vecindad de ustedes. ¿Quién, por otra parte, no pagaría caro ese magnífico panorama, ese río en que el alma se baña entre los fresnos y los sauces? Vea usted la diferencia de gustos: para usted este rincón de tierra es una landa; para mí es un paraíso.

La condesa me dió las gracias con una mirada.

—¡Égloga!—dijo el conde con tono amargo—. No está aquí la vida de un noble que lleva el nombre de usted.

Y, después de un momento de interrupción, añadió:

—¿No oye usted las campanas de Azay? Yo las oigo, positivamente.

La señora de Mortsauf me miró con aire asustado; Magdalena me apretó la mano.

—¿Quiere usted que volvamos a jugar una partida?—le dije—; el ruido de los dados le evitará oír las campanas.

Volvimos a Clochegourde hablando sin cesar. El conde se quejaba de vivos dolores, sin precisarlos. Cuando estuvimos en el salón, reinó entre nosotros una incertidumbre indefinible. El conde estaba sumergido en su sillón, absorto en una contemplación, respetada por su mujer, que conocía los síntomas de la enfermedad y sabía prever los abscesos. Yo imité su silencio. Si no me rogó que me fuera, debióse tal vez a que esperaba que la partida de chaquete distraería al conde y disiparía aquellas fatales crisis nerviosas cuyos estallidos la mataban. Nada más fácil que obligar al conde a empezar aquel juego, al que tenía siempre ganas de jugar. Semejante a una niña voluntariosa, quería que le rogasen, que le obligasen, a fin de que no pareciese que quedaba agradecido, tal vez por lo mismo que era así. Si por consecuencia de una conversación interesante olvidaba yo las voces del juego, se ponía de mal humor y cortaba la conversación contradiciéndolo todo. Advertido por su mal humor, le propuse una partida, y me contestó:

—Ya es tarde; además, ese juego me aburre.

A lo que siguieron mil melindres desordenados, como los que usan las mujeres que acaban por hacernos ignorar sus verdaderos deseos. Me humillé,

le supliqué que me ejercitase en una ciencia tan fácil de olvidar si no se practicaba, y tuve necesidad de fingir una alegría loca para decidirle a jugar. Quejábase de aturdimientos que le impedían calcular; decía que tenía la cabeza oprimida como en un ataúd, estaba sofocado y lanzaba enormes suspiros. Al fin consintió en jugar. La señora de Mortsauf nos dejó para acostar a sus hijos y hacerles rezar antes de que se durmiesen. Durante su ausencia todo fué bien: hice de manera que el señor de Mortsauf ganase, y la felicidad le invadió bruscamente. El paso repentino de una tristeza que le arrancaba terribles predicciones sobre sí mismo a aquella alegría de ebrio, a aquella risa loca y sin razón, me inquietó y me dejó helado. Nunca le había visto en un ataque tan francamente acusado. Nuestras íntimas relaciones daban ya sus frutos y no se contenía conmigo. Cada día trataba de envolverme en su tiranía, asegurando un nuevo pasto a su humor, pues parece verdaderamente que las enfermedades morales son criaturas que tienen sus apetitos, sus instintos, y que tratan de aumentar el espacio de su imperio como un propietario quiere aumentar sus posesiones. Bajó la condesa y se sentó cerca del juego para ver mejor; pero se puso a trabajar con una aprensión mal disimulada. Un golpe funesto, que no pude impedir, cambió la faz del conde: de alegre se puso sombrío, de encendido se tornó amarillo, y sus ojos empezaron a extraviarse. Luego sucedió una nueva desgracia, que no pude prever ni reparar. El señor de Mortsauf echó

un dado que decidió su ruina. En seguida se levantó, arrojó sobre mí el tablero, y el quinqué a tierra; dió un puñetazo en la consola, y empezó a saltar, más bien que andar, a lo largo del salón. El torrente de injurias, de apóstrofes, de imprecaciones, de frases incoherentes que brotó de su boca, le hubiera hecho tomar por uno de aquellos célebres endemoniados de la Edad Media. Calcula mi situación.

—Váyase usted al jardín—me dijo la condesa, estrechándome la mano.

Salí sin que el conde lo advirtiese.

Desde la terraza, donde me puse a pasear lentamente, oía sus voces y sus gemidos, que salían de un cuarto situado junto al comedor. En medio de aquella tempestad oía también la voz del ángel, que a intervalos se elevaba como el canto del ruiseñor en el momento en que cesa la lluvia. Me paseaba bajo las acacias, alumbrado por la hermosa luna de agosto, esperando que la condesa se reuniese a mí: iba a venir; su acento me lo había prometido. Hacía algunos días que una explicación flotaba entre nosotros, y parecía deber estallar a la primera palabra que hiciese brotar el manantial, demasiado lleno, de nuestras almas. ¿Qué pudor retardaba la hora de nuestro perfecto acuerdo? ¿Acaso amaba ella tanto como yo ese estremecimiento, semejante a las emociones del miedo, que martiriza la sensibilidad durante esos instantes en que se detiene la vida pronta a desbordarse, y en que se vacila para mostrar claramente lo que se siente, obe-

deciendo al pudor que agita a las jóvenes antes de presentarse ante el esposo amado? ¿Habíamos engrandecido, por nuestros pensamientos acumulados, aquella primera confidencia que se había hecho necesaria? Pasó una hora. Estaba yo sentado sobre la balaustrada de ladrillos, cuando el ruido de su paso, mezclado con el roce de su falda, animó el aire tranquilo de la noche. Tuve una de esas sensaciones que el corazón no puede resistir.

—El señor de Mortsauf se ha quedado dormido—me dijo—; cuando está así le doy una taza de agua en la que he tenido en infusión algunas adormideras, y las crisis son lo bastante espaciadas para que ese remedio tan sencillo tenga siempre el mismo éxito.

Y, cambiando de tono y haciendo más persuasiva la inflexión de su voz, añadió:

—Caballero: una casualidad desgraciada le ha entregado secretos hasta hoy cuidadosamente guardados; prométame usted guardar en su corazón el recuerdo de esta escena. Hágalo por mí, se lo ruego; no le pido juramento; déme sólo el «sí» del hombre de honor, y me basta.

—¿Tengo necesidad de pronunciar ese «sí»?—la dije—. ¿Acaso no nos hemos comprendido?

—No juzgue usted desfavorablemente al señor de Mortsauf, viendo los largos sufrimientos padecidos durante la emigración—repuso—. Mañana ignorará completamente lo que ha dicho, y le encontrará usted amable y afectuoso.

—Deje usted, señora—la respondí—, de justifi-

car al señor de Mortsauf; haré todo lo que usted quiera. Me arrojaría sin vacilar al Indre si así pudiera cambiar al conde y proporcionarle a usted una vida feliz; lo que no puedo rehacer es mi opinión; nada hay más arraigado en mí. La daría a usted mi vida, pero no puedo darla mi conciencia; podría no escucharla, pero no puedo impedir que hable. Y en mi opinión, el señor de Mortsauf es...

—Le comprendo a usted—me interrumpió con insólita brusquedad—, tiene usted razón: el conde es nervioso como una niña mimada—añadió, para apartar la idea de la locura, suavizando la frase—; pero sólo está así de tiempo en tiempo, una vez al año lo más, en la época de los grandes calores. ¡Cuántos males causados por la emigración! ¡Cuántas hermosas existencias perdidas! Sin esto, estoy segura, hubiera sido un gran hombre de guerra, el orgullo de su país.

—Lo sé—contesté, interrumpiéndola a mi vez y haciéndola comprender que era inútil engañarme.

Se detuvo, pasó una de sus manos por su frente y me dijo:

—¿Quién le ha introducido a usted en nuestra existencia? ¿Acaso Dios ha querido enviarme un socorro, una amistad que me sostenga?—añadió, apoyando su mano con fuerza sobre la mía—. Porque usted es bueno, generoso.

Levantó sus ojos al cielo, como para invocar un visible testimonio que le confirmase sus secretas esperanzas, y luego los fijó en mí. Electrizado por

aquella mirada, que inoculaba su alma en la mía, cometí, según la jurisprudencia mundana, una falta de tacto; pero ¿no es esto en ciertas almas delicadas precipitación generosa ante el peligro, deseo de prevenir un choque, temor de una desgracia que no llega, y con más frecuencia aún, una pregunta brusca hecha al corazón, un golpe dado para saber si encuentra eco? Muchos pensamientos se elevaron en mí como llamas vivas, y me aconsejaron lavar la mancha que ennegrecía mi candor en el momento en que preveía una completa iniciación.

—Antes de ir más lejos—la dije con voz alterada por palpitaciones que se oían fácilmente, a causa del profundo silencio que nos rodeaba—, permítame usted purificar un recuerdo del pasado.

—¡Cállese!—me dijo vivamente, llevando a mis labios un dedo, que retiró al instante.

Después, mirándome con la altivez de una mujer que se cree demasiado alta para que pueda alcanzarla una injuria, me dijo con voz timbrada:

—Sé lo que quiere usted decir; se trata del primero, del último, del único ultraje que he recibido. ¡No me hable usted jamás de aquel baile! Si la cristiana se lo ha perdonado, la mujer sufre todavía.

—No sea usted más implacable que Dios—la dije, reteniendo en mis pestañas las lágrimas que venían a mis ojos.

—Debo ser más severa, porque soy más débil—contestó.

—Pero—repliqué con una especie de rebelión in-

fantil—escúcheme usted, aunque no sea mas que por la primera, la última, la única vez en su vida.

—Bien, hable usted; de otro modo, creería que temo escucharle.

Entonces, comprendiendo que aquel momento era único en nuestra vida, la dije, con ese acento que no pide, sino que impone atención, que cuantas mujeres había visto en el baile y antes del baile me habían sido indiferentes; pero que, al verla, yo, que consagraba mi vida sólo al estudio; yo, que era tan poco atrevido, me sentí como arrebatado por un frenesí que no podrán condenar los que jamás lo hayan sentido, pues cuando el corazón está completamente lleno de un deseo nada le resiste y todo lo vence, aun a la misma muerte...

—¿Y al desprecio?—me interrumpió.

—¿Me ha despreciado usted?—le pregunté.

—No hablemos de eso—repuso.

—Hablemos, sí—exclamé con una exaltación producida por un dolor sobrehumano—; se trata de todo mi ser, de mi vida desconocida, de un secreto que no debe usted ignorar, o moriré de desesperación. ¿Y no se trata también de usted, que, sin saberlo, ha sido la dama en cuyas manos brilló la corona prometida a los vencedores del torneo?

Y la referí mi infancia y mi juventud, no como te las he relatado, sino con las palabras ardientes del joven cuyas heridas sangran todavía. Mi voz resonó como el golpe de hacha de los leñadores en el bosque; y ante ella cayeron con estruendo los años muertos y los largos dolores que los habían

erizado de ramas sin follaje. La pinté con febriles palabras una multitud de detalles terribles, que he omitido en este relato; extendí ante sus ojos el tesoro de mis brillantes aspiraciones, el diamante virgen de mis deseos, todo un corazón ardiente, conservado bajo las nieves de esos Alpes helados por un continuo invierno. Y cuando bajo el peso de mis sufrimientos esperaba una palabra de aquella mujer, que me escuchaba con la cabeza inclinada, su mirada iluminó las tinieblas y su acento animó los mundos terrestres y divinos con una sola frase:

—Hemos tenido la misma infancia—exclamó, dejándome ver un rostro en torno del cual lucía la aureola del martirio.

Y después de una pausa, en la que nuestras almas se desposaron con este mismo sedativo pensamiento: «No era yo solo en sufrir», la condesa me dijo, con la voz que reservaba para hablar a sus niños, que había tenido la desgracia de nacer hija cuando ya los hijos habían muerto. Me explicó las diferencias que su estado de niña, sujeta siempre al lado de su madre, creaba entre sus dolores y los de un niño arrojado al mundo de los colegios. Mi soledad había sido un paraíso, comparada con el contacto de la rueda que había martirizado incesantemente su alma hasta el día en que su verdadera madre, su cariñosa tía, habíala salvado, arrancándola de aquel suplicio, cuyos horribles detalles me relató. Eran éstos inexplicables punzadas, insufribles para las naturalezas

nerviosas que no retroceden ante una puñalada y mueren, sin embargo, ante la sola amenaza de la espada de Damocles; ya era una expansión generosa, detenida por una orden glacial; ya un beso fríamente recibido; un silencio impuesto y luego reprochado; lágrimas devoradas que quemaban el corazón; en fin, las mil tiranías del convento, ocultas a los ojos de los extraños bajo las apariencias de una maternidad gloriosamente exaltada. Su madre fundaba en ella su vanidad y la ostentaba; pero al día siguiente pagaba caras aquellas lisonjas, necesarias para el triunfo de la institutriz. Cuando, a fuerza de obediencia y de dulzura, creía haber alcanzado una victoria y que el corazón de su madre se abría para ella, reaparecía el tirano armado de aquellas confidencias: un espía no hubiera sido ni más bajo ni más traidor. Todos sus placeres, todas sus alegrías de joven la habían sido vendidas a un precio muy caro, pues era reprendida severamente su hermosura, como si hubiera estado en su mano nacer fea. Jamás las enseñanzas de su noble educación la habían sido dadas con amor, sino con una sangrienta ironía. No amaba a su madre, y sólo se reprochaba sentir por ella más terror que cariño. «Tal vez, pensaba aquel ángel, aquellas severidades habían sido necesarias para prepararla a su vida actual.» Escuchándola me parecía que el arpa de Job, de la cual yo había sacado tan salvajes acordes, pulsada ahora por dedos cristianos, respondía cantando las letanías de la Virgen al pie de la cruz.

—Vivíamos en la misma esfera antes de encontrarnos aquí—dije—: usted, viniendo de Oriente; de Occidente, yo.

Ella agitó la cabeza con un movimiento desesperado, y dijo:

—Para usted el Oriente; para mí el Occidente. Usted vivirá feliz; yo moriré de dolor. Los hombres forman por sí mismos los acontecimientos de su vida, y la mía está fijada ya para siempre. Ninguna fuerza humana puede romper esta cadena que la mujer toma por un anillo de oro, emblema de la pureza de los esposos.

Sintiéndonos entonces gemelos en el dolor, la condesa no concibió que las confidencias se hiciesen a medias entre hermanos que beben en la misma fuente. Después del suspiro natural que al abrirse exhalan los corazones puros, me refirió sus primeros días de matrimonio, sus primeras decepciones, toda la renovación de su desgracia. Como yo, había conocido las pequeñeces, tan grandes para las almas cuya límpida substancia se quebranta al menor choque, a la manera como una piedra arrojada en un lago agita igualmente la superficie y el fondo. Al casarse poseía algunos ahorros, ese poco de oro que representa las horas felices, los mil deseos de la edad primera; en un día de escasez los había entregado generosamente, sin decir que eran recuerdos y no monedas; pero jamás su marido se lo había tenido en cuenta, ni se había considerado su deudor; y a cambio de este tesoro, que se perdió en las obscuras aguas

del olvido, no había podido obtener esa mirada cariñosa que todo lo cura y que, para las almas generosas, es como una eterna joya, cuyos fuegos brillan en los días aciagos. ¡Cómo había caminado de dolor en dolor! El señor de Mortsauf olvidaba a veces darla el dinero necesario para la casa, y parecía despertar de un sueño cuando, después de haber vencido sus timideces de mujer, ella se lo pedía. ¡Y ni una sola vez le había evitado estas crueles opresiones del corazón! ¡Qué terror la sobrecogió en el momento de manifestarse la naturaleza enfermiza de aquel hombre en ruinas! ¡Por cuántas reflexiones había pasado antes de considerar como nulo a su marido, esa figura imponente que domina la existencia de una mujer! ¡De qué horribles calamidades fueron seguidos sus dos alumbramientos! ¡Qué sobrecogimiento ante el espectáculo de dos niños medio muertos! ¡Qué valor para decirse: «¡Yo les inocularé la vida! ¡Yo los pariré de nuevo todos los días!» Y luego, ¡qué desesperación al encontrar un obstáculo precisamente en el corazón y en la mano de donde las mujeres sacan sus socorros! Había visto esta inmensa desgracia desarrollando sus sabanas espinosas a cada dificultad vencida, y al llegar a la cima de cada roca había distinguido nuevos desiertos que tenía que atravesar, hasta el día en que, como el joven arrancado por Napoleón a los tiernos cuidados del hogar doméstico, hubo habituado sus pies a marchar por el lodo y por la nieve, y acostumbrado su frente a las balas, y todo su ser a la pasiva

obediencia del soldado. Esto, que yo te refiero en resumen, me lo contó ella con toda su tenebrosa extensión, con su cortejo de hechos desoladores, de tremendas batallas conyugales perdidas, de ensayos infructuosos.

—En fin—me dijo para terminar—, sería preciso que viviese usted aquí algunos meses para saber cuántos sufrimientos me cuestan las mejoras de Clochegourde, cuántas astucias fatigosas tengo que emplear para hacerle querer la cosa más útil a sus intereses. ¡Qué malicia de niño le domina cuando una cosa debida a mis consejos no tiene éxito en seguida! ¡Con qué alegría se atribuye el bien! ¡Qué paciencia necesito para oírle quejarse incesantemente cuando me esfuerzo por endulzar sus horas, por embalsamar su ambiente, por cubrir de flores los caminos que él siembra de piedras! Mi recompensa es esta terrible frase: «¡Quiero morir! ¡La vida me pesa!» Si por casualidad hay gente extraña en casa, entonces todo se borra, y es amable y cortés. ¿Por qué no es así para su familia? Yo no sé cómo explicar esa falta de lealtad en un hombre a veces caballeroso y que es capaz de ir secretamente a París a rienda suelta para traerme un adorno, como hizo últimamente para el baile de la ciudad. Avaro en su casa, sería pródigo para mí, si yo quisiera; debiera ser al contrario, porque nada necesito y la casa cuesta mucho. En mi deseo de hacerle feliz, y sin pensar que sería madre, le he acostumbrado tal vez a tomarme por víctima, cuando, empleando algunas lisonjas,

lo manejaría como a un niño, si pudiera rebajarme hasta representar un papel que me parece infame. El interés de nuestra casa exige que sea tranquila y severa como la estatua de la Justicia, y, sin embargo, tengo el alma expansiva y tierna.

—¿Por qué—la dije—no usa usted de sea influencia para hacerse dueña de él, para gobernarle?

—Si no se tratase mas que de mí, no sabría ni vencer su obtuso silencio, opuesto durante horas enteras a justos argumentos, ni responder a razones sin lógica, verdaderas razones de niño. No tengo valor contra la debilidad ni contra la infancia, que pueden herirme sin que les oponga resistencia; tal vez opondría la fuerza a la fuerza; pero carezco de energía contra los que se quejan. Si para salvar a Magdalena fuera preciso contradecirle en algo, moriría con ella. La lástima distiende mis fibras y embota mis nervios. Las violentas sacudidas de estos diez años me han abatido; ahora mi sensibilidad, tan frecuentemente atacada, se encuentra a veces sin consistencia y nada la regenera; a veces también me falta la energía con que antes sufría las tempestades. Sí, en ocasiones me siento vencida; falta de reposo y de baños de mar que regeneren mis nervios, moriré. El señor de Mortsauf me habrá matado, y mi muerte le matará.

—¿Por qué no deja usted Clochegourde por algunos meses? ¿Por qué no va con los niños a la orilla del mar?

—Primero, porque el señor de Mortsauf se creería perdido si yo me alejara. Aunque no quiere creer en su situación, tiene conciencia de ella; convienen en él el hombre y el enfermo, dos naturalezas distintas, cuyas contradicciones explican sus rarezas. Después, porque tendría razón en temblar: ausente yo, todo iría mal aquí. Tal vez ha visto usted en mí la madre de familia ocupada en proteger a sus hijos contra el milano que se cierne sobre ellos, terrible tarea aumentada con los cuidados exigidos por el señor de Mortsauf, que va siempre preguntando: «¿Dónde está la señora?» Pues no es esto todo; soy también el preceptor de Santiago y el aya de Magdalena. Y esto tampoco es nada; soy el intendente y el administrador. Comprenderá usted el alcance de mis palabras cuando sepa que la explotación de una tierra es aquí la más fatigosa de las industrias. Tenemos muy pocas rentas en dinero, y nuestras haciendas son cultivadas a medias, sistema que exige una vigilancia continua. Es preciso vender por sí mismo el grano, el ganado, los productos de todo género; nos hacen competencia nuestros propios colonos, que en la taberna se entienden con nuestros compradores y sientan los precios después de haber acudido ellos los primeros. Le aburriría si le explicase las mil dificultades de nuestra industria. Por mucha que sea mi actividad, no puedo vigilar para que nuestros colonos no beneficien sus tierras propias con nuestros abonos; no puedo ir a ver si nuestros segadores se entienden con ellos

cuando se parte la cosecha, ni puedo tampoco saber el momento oportuno para la venta. Luego, si tiene usted en cuenta la poca memoria del señor de Mortsauf y el trabajo que me ha visto usted tomar para obligarle a ocuparse de sus negocios, comprenderá lo pesado de mi cargo y la imposibilidad de que lo suelte un momento. Si me ausentase, quedaríamos arruinados: nadie le escucharía y sus órdenes serían discutidas. Por otra parte, nadie le quiere: es demasiado áspero, demasiado absoluto; además, como todos los seres débiles, escucha demasiado fácilmente a sus inferiores para que pueda inspirar en torno suyo ese afecto que une a las familias. Si me marchase, ningún criado permanecería aquí ocho días. Ya ve usted que estoy sujeta a Clochegourde como esos ramos de plomo lo están al tejado. No le callo nada, caballero: todo el mundo ignora los secretos de Clochegourde, y usted los sabe; no diga nada que no sea bueno y digno de elogio y tendrá mi estimación y reconocimiento—añadió con voz más dulce todavía—; a este precio, puede usted volver siempre a Clochegourde, y encontrará aquí corazones amigos...

—Pero—dije—yo jamás he sufrido. Usted sola...

—No—repuso, dejando ver esa sonrisa de las mujeres resignadas capaces de conmover al granito—; esta confidencia le presenta la vida tal cual es y no como su imaginación se la ha hecho esperar. Todos tenemos defectos y cualidades. Si me hubiera casado con algún pródigo, me habría arruinado;

si mi marido hubiera sido un joven ardiente y voluptuoso, habría tenido otros amores; tal vez no hubiera sabido conservarle, me habría abandonado, y yo habría muerto de celos..., porque ¡soy celosa!—dijo con un acento de exaltación que parecía el trueno de una tormenta—. Pues bien, el señor de Mortsauf me ama cuanto puede amar, y todo el afecto que su corazón encierra lo derrama a mis pies, como la Magdalena vertió el resto de sus perfumes a los pies del Salvador. Créalo usted: una vida de amor es una fatal excepción de la ley terrestre; toda flor se marchita y muere. Los grandes júbilos tienen siempre un mañana doloroso, si llegan a tener ese día siguiente. La vida real es una vida de angustias; su imagen es como esa ortiga que nació al pie de la terraza, y que, sin sol, permanece verde en su tallo. Aquí, como en los países del Norte, hay en el cielo sonrisas que compensan sobradamente nuestras penas. En fin, las mujeres que son exclusivamente madres, ¿no se unen más bien por los sacrificios que por los placeres? Yo atraigo hacia mis hombros las borrascas que han de estallar sobre los demás o sobre mis hijos, y, haciendo esto, experimento cierta sensación inexplicable, que me da una fuerza secreta. La resignación de la víspera me ha proporcionado siempre la del día siguiente; y Dios, por otra parte, tampoco me ha dejado sin esperanzas. Si en un principio me desesperó la salud de mis hijos, hoy, cuanto más avanzan en la vida, van mejorándose más. Por otra parte, nuestra casa se ha embe-

llecido, nuestra fortuna se repara..., ¿quién sabe si al fin haré feliz la vejez del señor de Mortsauf? Créame usted: si un ser se presenta ante el Juez Supremo con una palma verde en la mano, habiendo consolado a los que maldecían la vida, ese ser habrá convertido sus dolores en delicias. Si mis sufrimientos sirven para la felicidad de mi familia, ¿podré decir entonces que son sufrimientos?

—Sí—contesté—; pero habrán sido necesarios, como lo son los míos, para hacernos apreciar el delicioso sabor del fruto nacido en las rocas de nuestra vida. ¡Tal vez ahora lo gustaremos juntos! ¡Tal vez admiraremos los prodigios de esos torrentes de afección con que inunda las almas de esa savia que reanima las hojas marchitas! ¡Dios mío! ¿No me oís?—repuse sirviéndome del lenguaje místico a que nuestra educación nos había acostumbrado—. ¡Ved por qué vías hemos marchado el uno hacia el otro, qué imán nos ha dirigido por este amargo océano hacia el manantial de agua dulce que corre al pie de los montes, sobre un lecho de blanca arena, entre riberas verdes y floridas! ¿No hemos seguido, como los magos, la mis ma estrella? Estamos aquí ante el lugar bíblico donde se levanta un divino niño, que hará brotar las hojas de los árboles desnudos, que animará el mundo con sus alegres gritos, que hará dichosa la vida con placeres incesantes, que devolverá a las noches el sueño y el júbilo a los días. ¿Quién ha estrechado cada año nuevos lazos entre nosotros? ¿No somos más que hermano y hermana? No des-

una usted jamás lo que el cielo ha unido. Los sufrimientos de que habla son el grano sembrado por la mano del labrador para hacer brotar la cosecha, ya dorada por el más hermoso de los soles. ¿No iremos juntos a recogerla? ¿Qué fuerza hay en mí para que me atreva a hablarla de ese modo? Respóndame usted, o no volveré a atravesar el Indre.

—Me ha ahorrado usted la palabra «amor»—dijo, interrumpiéndome con voz severa—; pero ha hablado de un sentimiento que ignoro y que no me está permitido; es usted un niño y le perdono aún, pero por última vez. Mi corazón, sépalo usted, está embriagado de maternidad. No amo al señor de Mortsauf ni por deber social, ni por ganar la felicidad eterna, sino por un sentimiento irresistible, que le une a todas las fibras de mi corazón. ¿Fuí acaso violentada en mi matrimonio? No; lo decidió mi simpatía por los infortunios. ¿No es la misión de la mujer reparar los males del tiempo y consolar a los que caen sobre la brecha y vuelven heridos? ¿Qué le diré a usted? He sentido cierto contento egoísta al ver que usted le distraía; y ¿no es esto maternidad pura? ¿No le ha mostrado mi confesión los tres «niños» a quienes nunca debo faltar, sobre los que debo hacer llover un rocío generador? ¡No agríe usted la leche de una madre! Aunque en mí la esposa sea invulnerable, no me hable usted nunca de ese modo. Si no respeta usted esta prohibición tan sencilla, las puertas de esta casa, se lo prevengo, se cerrarán para usted.

Yo creía en las amistades puras, en las fraternidades voluntarias, más ciertas que todas las fraternidades impuestas, y me he engañado; quería un amigo que no fuese un juez, un amigo que me escuchase en estos momentos de debilidad, en que la voz que riñe es una voz asesina; un amigo santo de quien nada tuviera que temer. La juventud es noble sin doblez, capaz de sacrificios, desinteresada; viendo la persistencia de usted, he creído, lo confieso, en un designio del cielo; he creído que había un alma que me pertenecía a mí sola, como el sacerdote pertenece a todos; un corazón en el cual podría desahogar mis dolores cuando rebosaran, y que respondería a mis sollozos cuando el sollozo se hace irresistible y mortal de seguir devorándolo. De este modo, mi existencia, tan preciosa para esos niños, hubiera podido prolongarse hasta el momento en que Santiago fuese hombre. ¿No es esto egoísmo? ¿Acaso la Laura de Petrarca puede reproducirse? Me he engañado... ¡Dios no lo quiere! Será preciso morir en mi puesto, como el soldado, sin amigo; mi confesor es duro, austero... Por otra parte, mi tía no existe ya.

Dos gruesas lágrimas, iluminadas por un rayo de luna, rodaron por sus mejillas e iban a caer en tierra; pero extendí la mano a tiempo para recibirlas, y las bebí con una avidez piadosa, excitada por aquellas palabras selladas por diez años de lágrimas secretas, de sensibilidad gastada, de cuidados constantes, de alarmas perpetuas, de elevado heroísmo, el más alto de que es capaz su sexo.

— He aquí — la dije — la santa comunión del amor. Acabo de participar de sus dolores, de unirme a su alma, como nos unimos a Cristo bebiendo su divina substancia. Amar sin esperanza es también una felicidad. ¡Oh! ¿Qué mujer podría darme en la tierra una alegría más grande que la de haber sorbido sus lágrimas? Yo acepto ese contrato, que debe resolverse en sufrimientos para mí; me entrego a usted sin reserva, y seré lo que usted quiera que sea.

Me detuvo con un gesto y me dijo con voz grave:

—Consiento en ese pacto, con tal que nunca pretenda usted estrechar los lazos que nos unen.

—Sí—contesté—; cuanto menos me conceda usted, más cierto estaré de poseer más.

—¿Empieza usted por una desconfianza?—replicó, expresando la melancolía de la duda.

—No, sino por una alegría pura. Escúcheme: quiero de usted un nombre que nadie posea, como es único el sentimiento que nos confesamos.

—Es mucho—respondió—; no soy tan niña como cree usted. El señor de Mortsauf me llama Blanca; una sola persona en el mundo, la que más he amado, mi adorable tía, me llamaba Enriqueta; volveré a ser Enriqueta para usted.

Tomé su mano y la besé; ella me la abandonó con esa confianza que hace a la mujer tan superior a nosotros y que nos anonada. Luego se apoyó sobre la balaustrada y miró al río.

—Ha hecho usted mal—me dijo—en llegar del primer salto al fin de la carrera, en agotar del pri-

mer sorbo una copa que el candor le ofrecía. Pero un verdadero sentimiento no se divide: o existe entero o no existe.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El señor de Mortsauf es, sobre todo, leal y altivo. Tal vez por hacerme un favor tendrá usted la intención de olvidar lo que le ha dicho; pero si él no sabe nada, mañana yo le informaré de todo. No venga usted en algún tiempo a Clochegourde, y le estimará más aún. El domingo que viene, al salir de la iglesia, él irá a su encuentro; lo conozco bien: borrará sus faltas y le agradecerá que le haya tratado como un hombre responsable de sus acciones y de sus palabras.

—¡Cinco días sin verla, sin oírla!...

—No ponga usted nunca ese calor en las frases que me dirija—contestó.

Quise besar su mano, y vaciló; me la dió, al fin, y me dijo en tono de súplica:

—No la tome usted sino cuando yo se la dé; déjeme mi libre albedrío: sin él sería como una cosa suya, y eso no debe ser.

En medio del mayor silencio dimos dos vueltas por la terraza, y luego me dijo, con un tono de mando que probaba que había tomado posesión de mi alma:

—Es tarde; separémonos.

—Adiós—contesté.

Me abrió la puertecilla baja y salí. En el momento en que iba a cerrar se detuvo, me tendió la mano y me dijo:

—En verdad, ha sido usted muy bueno esta noche; me ha consolado para el porvenir. Tome, amigo mío, tome.

Besé aquella mano repetidas veces, y, cuando abrí los ojos, vi lágrimas en los suyos. Volvió a subir a la azotea, y me miró un momento, mientras atravesaba la pradera. Cuando estuve en el camino de Frapesle, vi su traje blanco iluminado por la luna, y algunos momentos después brilló una luz en su cuarto.

—¡Ah, Enriqueta!—exclamé—. ¡Para ti el amor más puro que haya existido jamás en la tierra!

Llegué a Frapesle volviéndome a cada paso. Sentía en mí un contento desconocido e inefable. Una brillante carrera se abría en fin a la ternura de que está lleno todo corazón joven y que hasta entonces había sido en mí una fuerza inerte. Semejante al sacerdote que con un solo paso entra en una vida nueva, yo estaba consagrado. Un simple «¡sí, señora!» me había comprometido a guardar para mí solo, en el fondo de mi corazón, un amor irresistible, a no abusar de la amistad para llevarla poco a poco al amor. Todos los sentimientos nobles despertados en mí hacían oír sus voces confusas, y antes de encerrarme en la estrechez de mi cuarto quise gozar aún de aquel cielo azul sembrado de estrellas, oír en mi alma aquellos arrullos de paloma querida y reunir en el aire todos los efluvios de aquella alma para aspirarlos como el perfume de una flor. ¡Cuán grande me parecía aquella mujer, con su profundo olvido de sí mis-

ma, con su religión por los seres débiles o heridos por el dolor, con su adhesión superior a los vínculos legales! ¡Allí estaba, severa y tranquila, sobre la pira del martirio y de la santidad! Admiraba su hermoso rostro, que se me aparecía en medio de las tinieblas, cuando de pronto creí encontrar a sus palabras un sentido, una significación misteriosa, que la sublimó más y más. ¿Quería tal vez que yo fuese para ella lo que ella era para su familia? ¿Sacar de mí su fuerza y sus consuelos, colocándome así en su esfera, a su nivel, o más alto aún? Los astros, según dicen algunos atrevidos constructores de mundos, se comunican así el movimiento y la luz. Este pensamiento me elevó de pronto a las alturas etéreas; me remonté al cielo de mis antiguos sueños, y me expliqué las penas de mi infancia por la felicidad inmensa en que nadaba.

¡Genios extinguidos en lágrimas; corazones desconocidos; santas Clarisa Harlowe ignoradas; hijos abandonados; proscriptos inocentes; vosotros, todos los que habéis encontrado por doquiera rostros indiferentes, corazones fríos, oídos cerrados, ¡no os quejéis! Sólo vosotros podéis conocer lo infinito de la alegría en el momento en que un corazón os ama, en que un oído os escucha, en que una mirada os responde. ¡Un día feliz borra todos los días desgraciados! Los dolores, las meditaciones, la desesperación, las melancolías pasadas y no olvidadas, son otros tantos lazos que unen el alma con el alma confidente. Embellecida por nuestros reprimidos deseos, una mujer recoge entonces sus

suspiros y sus amores perdidos; nos restituye, engrandecidos, todos los afectos engañados, y explica los anteriores pesares como la compensación exigida por el destino a cambio de los desposorios del alma. Sólo los ángeles dicen el nuevo nombre que debe llevar su santo amor, del mismo modo que sólo vosotros, mártires queridos, podéis saber lo que la señora de Mortsauf había llegado a ser para mí.

Esta escena había pasado un martes, y esperé hasta el domingo, sin atravesar el Indre en mis paseos. Durante estos cinco días, grandes acontecimientos ocurrieron en Clochegourde. El conde recibió el despacho de mariscal de campo, la cruz de San Luis y una pensión de cuatro mil francos. El duque de Lenoncourt-Givry, nombrado par de Francia, recobró dos magníficos bosques, volvió a su puesto en la corte, y su mujer entró en posesión de sus bienes no vendidos que habían formado parte del dominio de la corona imperial. La condesa de Mortsauf venía a ser así una de las herederas más ricas del Maine. Su madre había venido a traerle cien mil francos, economizados sobre las rentas de Givry, cantidad a que ascendía su dote, que aun no había sido pagada, y de la cual el conde no hablaba jamás, a pesar de sus apuros, porque en lo relativo a la vida exterior la conducta de este hombre demostraba el más altivo desinterés. Uniendo a esta suma sus economías, el conde podía comprar dos posesiones vecinas, que producían cerca de nueve mil libras

anuales de renta. Debiendo su hijo suceder en el cargo de par de Francia a su abuelo, preciso era constituirle un mayorazgo, que se compondría de la fortuna territorial de las dos familias, sin cuidarse de Magdalena, la cual, mediante la influencia y el favor de su abuelo, podría sin duda hacer un buen matrimonio. Estos arreglos y esta felicidad aliviaron en cierto modo los dolores del emigrado. La llegada de la duquesa de Lenoncourt a Clochegourde fué un verdadero acontecimiento para el país; pensé dolorosamente que aquella mujer era una gran dama, y advertí entonces en su hija el espíritu de raza, velado a mis ojos por la nobleza de sus sentimientos. ¿Quién era yo, pobre y sin otro porvenir que mi valor y mis facultades? No pensé en las consecuèncias de la Restauración, ni para mí ni para los demás. El domingo, en la iglesia, desde la capilla reservada en que me hallaba con la señora de Chessel y el abate de Quelús, mis miradas se dirigieron ávidamente a otra capilla lateral, en la que estaban la duquesa y su hija, el conde y sus hijos. El sombrero de paja que me ocultaba a mi ídolo no se movió, y este olvido de mí pareció enlazarme con ella más vivamente que todo el pasado. Aquella hermosa Enriqueta de Lenoncourt, que era ya mi amada Enriqueta, y cuya vida quería hacer dichosa, rogaba con ardor, y la fe comunicaba a su actitud una expresión tan humilde, tan devota, que hacía de ella una especie de estatua religiosa que conmovió mi alma.

Según la costumbre de los curas de aldea, las vísperas debían cantarse poco tiempo después de la misa. Al salir de la iglesia, la señora de Chessel propuso a sus vecinos pasar en Frapesle las dos horas de espera, en vez de atravesar dos veces el Indre y la llanura, con tanto calor. El ofrecimiento fué aceptado. El señor de Chessel dió el brazo a la duquesa, la señora de Chessel aceptó el del conde y yo presenté el mío a la condesa, sintiendo por primera vez en mi costado aquel brazo tan hermoso.

Durante el trayecto desde la parroquia a Frapesle, trayecto que se hacía a través del bosque de Saché, cuyas frondas, interceptando la luz del sol, proyectaban sobre la arena del camino sombras confusas, sentí un orgullo inexplicable y tuve ideas que me causaron violentas palpitaciones.

—¿Qué tiene usted?—me preguntó Enriqueta después de un silencio que yo no osaba romper—. Su corazón late violentamente.

—Han llegado a mí noticias de sucesos felices para usted—contesté—; y, como los que aman de veras, siento temores vagos. Sus grandezas, ¿perjudicarán acaso sus afectos?

—¿Yo? Otra idea como ésa, y no le despreciaré, sino que le olvidaré para siempre.

La miré, dominado por una embriaguez que debió ser comunicativa.

—Nos aprovechamos del beneficio de leyes que no hemos provocado ni pedido; pero no seremos mendicantes ni ávidos; y, además, bien sabe us-

ted—repuso—que ni el señor de Mortsauf ni yo podemos salir de Clochegourde; así es que, por consejo mío, ha renunciado al mando a que tenía derecho en la Casa Roja. Nos basta con que mi padre vuelva al ejercicio de su cargo; pero nuestra modestia forzada ha servido ya a nuestro hijo, porque el rey, al lado del cual está de servicio mi padre, ha dicho bondadosamente que haría recaer sobre Santiago el favor a que nosotros renunciamos. La educación de Santiago, de la que es preciso cuidar, es ahora objeto de serias discusiones, porque va a representar dos casas ilustres: la de Lenoncourt y la de Mortsauf. Yo no puedo tener ambición sino por él, y esto aumenta mis inquietudes, pues no solamente Santiago debe vivir, sino que debe también hacerse digno de su nombre: dos obligaciones que se contrarían. Hasta hoy he podido atender a su educación, subordinando el trabajo a la medida de sus fuerzas; pero ahora, ¿cómo encontrar un preceptor que me convenga? Y luego, pasado algún tiempo, ¿qué amigo me lo conservará en ese horrible París, donde todo son lazos para el alma y peligros para el cuerpo? Amigo mío—me dijo con voz conmovida—, al ver su frente y sus ojos, ¿quién no adivinará en usted una de esas aves que deben vivir en las grandes alturas? Tome usted vuelo, y sea un día el padrino de mi querido hijo. Vaya usted a París; si su hermano y su padre no le secundan, nuestra familia, mi madre sobre todo, que tiene el genio de los negocios, le protegerá con su influencia; aprové-

Aprovéchese de nuestro crédito

chese de nuestro crédito y no le faltarán apoyo ni socorros en la carrera que elija; emplee lo superfluo de sus fuerzas en una noble ambición...

—La entiendo a usted—dije, interrumpiéndola—; la ambición será mi querida: no tengo necesidad de eso para ser todo de usted. No quiero que recompense usted mi discreción aquí con favores allá. Iré a la corte y me elevaré solo, por mí mismo: de usted lo aceptaría todo; de los demás nada quiero.

—¡Niñerías!—murmuró, disimulando mal una sonrisa de contento.

—Por otra parte—repuse—, me he consagrado a usted; y, meditando sobre nuestra situación, he pensado ligarme a usted con lazos que jamás puedan romperse.

Estremecióse ligeramente y me miró con fijeza.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó, dejando que se adelantasen las dos parejas que nos precedían y reteniendo a sus hijos a su lado.

—Pues bien—respondí—: dígame francamente cómo quiere que la ame.

—Ámeme usted como me amaba mi tía, cuyos derechos le he dado al autorizarle para que me llamase con el nombre que ella había elegido entre los míos.

—La amaré, pues, sin esperanza, con una abnegación completa, y haré por usted lo que el hombre hace por Dios. ¿No me ha pedido eso? Voy a entrar en un seminario, saldré sacerdote y edu-

caré a Santiago. Su hijo será como otro yo: concepciones políticas, paciencia, pensamientos, energía..., todo se lo daré. De este modo permaneceré a su lado, sin que mi amor, protegido por la religión como una imagen de plata por un fanal, pueda ser sospechado. No tendrá que temer ninguno de esos arranques inmoderados que dominan a un hombre y por los cuales ya una vez me dejé vencer; me consumiré en su fuego, y consagraré a usted un amor purificado.

Enriqueta palideció y dijo:

—Félix, no se sujete usted con lazos que un día podrían ser un obstáculo para su felicidad: moriría de dolor si fuese la causa de ese suicidio. Además, niño, ¿acaso la desesperación del amor es una vocación? Espere usted las pruebas de la vida para juzgarla; lo quiero, lo mando. No se case ni con la Iglesia ni con una mujer; no se case de ningún modo, ¡se lo prohibo! Permanezca libre. Tiene usted veintiún años y no sabe lo que le reserva el porvenir. ¡Dios mío! ¿Acaso le habré juzgado mal? Sin embargo, he creído que dos meses bastaban para conocer ciertas almas.

—¿Qué esperanzas tiene usted?—exclamé, con los ojos brillantes de ansiedad.

—Amigo mío, acepte usted mi ayuda, elévese, haga fortuna y sabrá cuál es mi esperanza. En fin—añadió con un acento que parecía revelar un secreto—, jamás deje usted la mano de Magdalena, que ahora tiene en las suyas.

Se había inclinado hacia mi oído para decirme

estas palabras, que probaban cuánto se ocupaba de mi porvenir.

—¡Magdalena—exclamé—, jamás!

Estas dos palabras nos sumieron en un silencio lleno de agitaciones. Nuestras almas estaban dominadas por esos estremecimientos que las conmueven, dejando en ellas eternas huellas.

Estábamos ya a la vista de una puerta de madera que daba entrada al parque de Frapesle, y aun me parece ver sus dos pilastras arruinadas, cubiertas de plantas trepadoras, de musgos y de hiedras. De pronto, una idea, la de la muerte del conde, hirió como una luz mi inteligencia, y dije a la condesa:

—La comprendo a usted.

—Es una felicidad—repuso con un acento que me hizo ver que la suponía un pensamiento que no habría tenido jamás.

Su pureza me arrancó una lágrima de admiración, que hizo amargo el egoísmo del amor; y, pensando luego en mí, me dije que no me amaba lo bastante para desear su libertad. Cuando el amor retrocede ante un crimen, nos parece que tiene límites, y el amor debe ser infinito. El corazón oprimióseme de una manera dolorosa.

—¡No me ama!—pensé.

Y para no dejar que leyese en mi alma, besé a Magdalena en los cabellos.

—Tengo miedo de su madre de usted—dije a la condesa para reanudar la conversación.

—Yo también lo tengo—respondió Enriqueta,

haciendo un gesto de niña—; pero no olvide usted llamarla siempre señora duquesa y darle el tratamiento en tercera persona. La juventud actual ha perdido las costumbres de esas formas de etiqueta; recóbrelas usted; hágalo por mí. Por otra parte, es de muy buen gusto respetar a las mujeres, sea cualquiera su edad, y reconocer las distinciones sociales, sin someterlas a discusión. Los honores que rendimos a las superioridades establecidas son una garantía de los que nosotros merecemos, porque en la sociedad todo es solidario. El cardenal de la Rovère y Rafael de Urbino eran en otro tiempo dos poderes igualmente respetados. En las Universidades y en los Liceos han bebido ustedes la leche de la revolución, y sus ideas políticas pueden tal vez resentirse de eso; pero, avanzando en la vida, comprenderá usted que los principios de libertad mal definidos son impotentes para dar felicidad a los pueblos. Antes de pensar, en mi calidad de Lenoncourt, en lo que debe ser una aristocracia, mi buen sentido de campesina me dijo que las sociedades no existen sino por la jerarquía. Está usted en un momento de la vida en que es preciso elegir bien... Sea de nuestro partido; sobre todo—añadió riendo—, ahora que triunfa.

Me conmovieron vivamente estas palabras, cuya profundidad política se ocultaba bajo el calor del afecto, alianza que da a las mujeres gran poder de seducción, porque saben prestar a los razonamientos más poderosos las formas del sentimiento. Pa-

recía que, en su deseo de justificar las acciones del conde, Enriqueta había previsto las reflexiones que debían surgir en mi mente cuando vi por primera vez los efectos de las costumbres cortesanas. El señor de Mortsauf, rey de su castillo, rodeado de su aureola histórica, había tomado a mis ojos proporciones grandiosas, y confieso que me sorprendió singularmente la distancia que estableció entre la duquesa y él por medio de maneras obsequiosas. El esclavo tiene su vanidad, y no quiere obedecer sino al más grande de los déspotas: yo me sentía como humillado al ver el rebajamiento de aquel que me hacía temblar, dominando todo mi amor. Este movimiento interior me hizo comprender el suplicio de esas mujeres cuyas almas generosas están unidas a la de un hombre cuyas cobardías y bajezas tienen que sepultar diariamente. El respeto es una barrera que protege igualmente al grande que al pequeño, y cada uno, por su parte, puede mirarse de frente. Fuí respetuoso con la duquesa, a causa de mi juventud; pero allí donde otros veían una duquesa, yo veía la madre de mi Enriqueta, y di a mis homenajes una especie de santidad. Entramos en el gran patio de Frapesle, donde encontramos a nuestros compañeros. El conde de Mortsauf me presentó muy graciosamente a la duquesa, quien me examinó con aire frío y reservado. La señora de Lenoncourt era entonces una mujer de cincuenta y seis años, perfectamente conservada y de maneras de gran dama. Viendo sus ojos de un azul

duro, sus sienes surcadas de arrugas, su rostro seco y macerado, su estatura elevada e imponente, sus ademanes sobrios y su blancura lívida, reconocí la raza fría de que procedía mi madre, con más prontitud que un mineralogista reconoce el hierro de Suecia. Su lenguaje era el de la antigua corte, y, por consiguiente, pronunciaba de peculiar modo algunas palabras. No fuí cortesano ni grosero: me conduje tan bien, que, cuando íbamos a vísperas, la condesa me dijo al oído:

—Está usted perfectamente.

El conde se dirigió hacia mí, me cogió de la mano y me dijo:

—¿Verdad que no estamos enfadados, Félix? Vamos, perdone las vivezas de su viejo camarada. Hoy comeremos probablemente aquí, y le convidaremos para el jueves, víspera de la marcha de la duquesa. Voy a Tours a terminar unos negocios. No se olvide de ir a Clochegourde, pues mi madre política es un conocimiento a cuyo cultivo le invito; su salón dará el tono en el barrio de Saint-Germain; tiene las tradiciones de la antigua corte; posee una instrucción inmensa, y conoce los blasones de todos los nobles de Europa.

El buen gusto del conde, tal vez los consejos de su buen genio doméstico, se dieron a conocer bajo la nueva situación en que le colocaba el triunfo de su causa. No tuvo arrogancia, habló sin énfasis, y la duquesa no hizo alardes de aires protectores. Los señores de Chessel aceptaron la invitación para el jueves; yo agradé a la duquesa, y sus miradas

me dieron a conocer que examinaba en mí al hombre de quien su hija le había hablado. Cuando volvíamos de vísperas, me habló de mi familia y me preguntó si el Vandenesse empleado ya en la diplomacia era pariente mío.

—Es mi hermano—le contesté.

Entonces me demostró algún afecto, y me dijo que mi tía, la vieja marquesa de Listomère, era una Grandlieu. Sus maneras fueron corteses, como lo habían sido las del señor de Mortsauf el día en que me vió por primera vez; su mirada perdió aquella expresión de altanería con que los príncipes de la tierra nos señalan la distancia que hay entre ellos y nosotros. Yo no sabía casi nada respecto de mi familia, y la duquesa me hizo saber que mi tío segundo, un viejo abate a quien no conocía ni aun de nombre, formaba parte del Consejo privado; que mi hermano había recibido un ascenso, y, en fin, que mi padre, por un artículo de la Carta, que yo ignoraba por completo, volvía a ser marqués de Vandenesse.

—Yo no soy mas que el siervo de Clochegourde—dije en voz baja a la condesa.

La Restauración se realizaba con una rapidez que sorprendía a los jóvenes educados bajo el régimen imperial; pero esta revolución no fué nada para mí. La menor palabra, el más pequeño gesto de la señora de Mortsauf eran los únicos acontecimientos a que yo daba importancia. Ignoraba lo que era el Consejo privado; no conocía nada de la política, ni de las cosas del mundo; no tenía otra ambición que

la de amar a Enriqueta mejor que Petrarca a Laura; esta ignorancia hizo que la duquesa me tomase por un niño. Aquel día hubo mucha gente en Frapeslc, y nos sentamos a la mesa treinta personas. ¡Qué embriaguez tan dulce para un joven ver a la mujer que ama, siendo la más bella de todas, saber que él solo recibe la casta luz de sus ojos y conocer bastante las inflexiones de su voz para encontrar en su palabra, en apariencia ligera y festiva, las pruebas de un pensamiento constante, aun cuando sienta en el corazón celos devoradores por las distracciones de la sociedad! El conde, feliz por las atenciones de que era objeto, se mostró casi joven; su mujer esperaba algún cambio de carácter, y yo reía con Magdalena, que, semejante a los niños cuyo cuerpo sucumbe bajo las expansiones del alma, provocaba mi risa con observaciones sorprendentes, llenas de un talento burlón, exento de malicia, pero que no perdonaba a nadie. Fué un hermoso día. Una palabra, una esperanza nacida por la mañana, fué bastante para dar luz a la naturaleza. Viéndome tan alegre, Enriqueta estaba alegre también.

—Esta felicidad en medio de su vida sombría y obscura me parece de buen agüero—me dijo al día siguiente, que también pasé en Clochegourde.

Había estado desterrado cinco días, y tenía sed de vida. El conde partió a las seis, dirigiéndose a Tours para redactar sus contratos de compra. Entre la madre y la hija había surgido un grave motivo de discordia. La duquesa quería que Enri-

queta la siguiera a París, comprometiéndose a obtener para ella un cargo en la corte, donde el conde, volviendo sobre su acuerdo, podía ocupar un puesto elevado. Enriqueta, que pasaba por una mujer feliz, no quería descubrir a nadie, ni aun al corazón de una madre, sus horribles sufrimientos, ni revelar la incapacidad de su marido; y, con objeto de que su madre no penetrase el secreto del hogar doméstico, había enviado al señor de Mortsauf a Tours, donde tenía que entenderse con la gente de la curia. Sólo yo, como me había dicho, conocía los misterios de Clochegourde. Después de haber experimentado hasta qué punto el aire puro y el cielo azul de aquel valle calmaban las irritaciones del espíritu o los intensos dolores de la enfermedad, y qué influencia ejercía la habitación de Clochegourde sobre la salud de sus hijos, Enriqueta oponía a las exigencias de su madre negativas fundadas, que combatía la duquesa, mujer envanecida, menos disgustada que humillada por el matrimonio de su hija. ¡Descubrimiento espantoso! Enriqueta comprendió al fin que su madre se cuidaba muy poco de Santiago y de Magdalena. Como todas las madres acostumbradas a continuar sobre la mujer casada la tiranía que ejercían sobre la joven soltera, la duquesa se apoyaba en consideraciones que no admitían réplica: tan pronto afectaba un cariño capcioso, a fin de arrancar un consentimiento a sus deseos, como empleaba una amarga frialdad para obtener por el temor lo que con dulzura no conseguía; después, viendo que sus esfuerzos

eran inútiles, desplegó el mismo espíritu de sangrienta ironía que tantas veces había observado en mi madre. En diez días, Enriqueta conoció todos los dolores que causan a las jóvenes esas rebeliones necesarias para establecer su independencia. Tú, que posees, por fortuna, la mejor de las madres, no puedes comprender esto. Para tener idea de esta lucha entre una mujer seca, fría, calculadora, ambiciosa, y su hija, llena de esa bondad fresca y dulce que jamás se agota, sería preciso suponer la azucena, a que mi corazón la ha comparado incesantemente, metida entre el engranaje de una máquina de acero bruñido. Aquella madre no había tenido jamás la menor semejanza con su hija, y no supo adivinar ninguna de las verdaderas causas que la obligaban a no aprovecharse de las ventajas de la Restauración, y a continuar su vida solitaria; creyó en algún amorcillo entre su hija y yo. Esta frase, de que se servía para expresar sus sospechas, abrió entre aquellas dos mujeres abismos que nada en adelante pudo llenar. Aunque las familias sepulten cuidadosamente esas intolerables disidencias, penetrad en ellas, y encontraréis llagas profundas, incurables, que disminuyen los sentimientos naturales; ya pasiones reales y tiernísimas que la consecuencia de los caracteres hace eternas y que dan a la muerte un golpe cuyas señales son indelebles, ya odios latentes que hielan lentamente el corazón y secan las lágrimas el día de las despedidas eternas. Atormentada ayer, atormentada hoy, herida por todos, aun por aquellos dos ángeles dolo-

ridos que no eran cómplices ni de los males que sufrían ni de los que causaban, ¿cómo aquella pobre alma no había de amar al que, no sólo no la lastimaba, sino que quería rodearla de un seto de espinas para defenderla de las borrascas, de todo contacto, de toda herida? Si estos debates me hacían sufrir, a veces era feliz sintiendo que Enriqueta se refugiaba en mi corazón, puesto que me confiaba sus penas. Entonces pude apreciar su calma estoica en medio del dolor y la enérgica paciencia que sabía desplegar. Cada día comprendía mejor el sentido de estas palabras suyas: «Ameme usted como me amaba mi tía.»

—¿Usted no tiene ambición?—me dijo la duquesa, a la hora de la comida, con un tono duro.

—Señora—respondí lanzándola una mirada profunda—, me siento con fuerzas para dominar al mundo; pero no tengo mas que veintiún años y estoy solo.

La duquesa miró a su hija con cierto asombro: creía que, por conservarme a su lado, extinguía en mí toda ambición. La estancia de la señora de Lenoncourt en Clochegourde fué para nosotros un verdadero tormento. La condesa me recomendaba el decoro, se asustaba de una palabra dicha con dulzura, y, por darle gusto, me vi obligado a disimular. Llegó el jueves, día de enojoso ceremonial, uno de esos días que odian los amantes acostumbrados al descuido de la vida diaria, pues el amor aborrece todo lo que a él no se refiere. Al fin, la du-

quesa se fué a gozar de las pompas de la corte, y todo entró en orden en Clochegourde.

Mi ligera disputa con el conde dió por resultado adentrarme más y más en la casa. Pude ir a cada momento sin excitar desconfianza, y los antecedentes de mi vida me hicieron ser como una planta trepadora para aquella hermosa alma que abría ante mí el mundo encantador de los sentimientos compartidos. A cada hora, de momento en momento, nuestra unión fraternal, fundada en la confianza, se hizo más coherente, más intima; cada cual nos establecíamos en nuestra posición; la condesa me envolvía en la vivificadora protección de un amor completamente maternal, en tanto que mi pasión, seráfica en apariencia, se hacía lejos de ella abrasadora como un hierro candente; la amaba con un doble amor, que despuntaba una a una las mil flechas del deseo, lanzándolas al cielo, donde se perdían en un éter infranqueable. Si me preguntas por qué, joven y lleno de fogosos deseos, procuraba yo mantenerme en las abusivas creencias del amor platónico, te confesaré que no era aún bastante hombre para atormentar a aquella mujer, temerosa siempre de que una catástrofe le robase sus hijos, esperando siempre una tempestuosa variación del carácter de su marido, atormentada por él cuando no estaba afligida por la enfermedad de Santiago o Magdalena, o sentada a la cabecera de la cama de uno de ellos cuando su marido le dejaba un momento de reposo. Una palabra demasiado viva quebrantaba su ser, un deseo la ofendía; para

ella era preciso el amor velado, fuerza mezclada con ternura; en fin, lo que ella sentía hacia los demás. A ti, a quien tanto amo, puedo decírtelo: esta situación traía consigo, por otra parte, encantadoras languideces, momentos de suavidad divina y satisfacciones seguidas de tácitos sacrificios. Su conciencia era contagiosa; su abnegación, sin recompensa terrestre, imponía por su persistencia, y aquella viva y secreta piedad que servía de lazo a sus demás virtudes obraba en derredor suyo como un incienso espiritual. Además, yo era joven, bastante joven para reconcentrar mi naturaleza en el beso que tan pocas veces me permitió depositar en su mano, por más que me presentase siempre el dorso y jamás la palma, límite en que tal vez empezaba para ella la voluptuosidad del sensualismo. Nunca dos almas se han enlazado con más ardor, pero tampoco fué nunca el cuerpo más intrépidamente domado. En fin, más tarde reconocí la causa de esta felicidad. A mis años, ningún interés distraía mi corazón, ninguna ambición atravesaba el curso de aquel sentimiento desencadenado como un torrente y que anulaba todos los demás afectos. Sí; más tarde amamos solamente la mujer en una mujer, en tanto que de la primera mujer amada lo amamos todo: sus hijos son los nuestros, su casa es la nuestra, sus intereses son los nuestros, su desgracia es nuestra desgracia mayor; amamos sus vestidos y sus muebles, sentimos más sus pérdidas que nuestra ruina, y nos enfadamos con las visitas que desordenan los adornos de su chimenea. Este

santo amor nos hace vivir el uno en el otro, en tanto que más tarde, ¡ay!, atraemos una vida a nosotros, pidiendo a la mujer que enriquezca con la frescura de sus sentimientos nuestras facultades empobrecidas. Pronto fuí de la casa, y experimenté por primera vez en mi vida una de esas dulzuras infinitas que son para el alma atormentada lo que un baño para el cuerpo fatigado: el alma entonces se siente refrescada hasta sus pliegues más profundos. Tú no puedes comprender esto: eres mujer, y se trata de una felicidad que vosotras dais, sin recibirla nunca igual. Sólo un hombre conoce el placer dulcísimo de ser, en una casa extraña, el privilegiado del ángel de aquel hogar, y el centro secreto de sus afectos; los perros no le persiguen con sus ladridos, los criados reconocen, tan bien como los perros, las insignias ocultas que lleva, y los niños, para los cuales nada se ha falseado, que saben que su parte no disminuye jamás, que conocen su benevolencia y poseen su espíritu de adoración, le lisonjean y adoran, tienen para él esas dulces tiranías que reservan a los seres adorados, hacen gala de discreciones llenas de gracia, son cómplices inocentes, se acercan a él andando de puntillas, le sonríen y se van sin hacer ruido. Las pasiones verdaderas parecen hermosas flores que dan tanto más placer cuanto más ingratos son los terrenos en que nacen; pero si alcancé los deliciosos beneficios de aquella naturalización en una familia donde se encontraban parientes del corazón mejores que los de la sangre, tuve también sus cargas. Hasta entonces

el señor de Mortsauf se había contenido delante de mí, y no había visto sino parte de sus defectos; pero bien pronto los conocí extensamente y con todos sus detalles, y vi cuán noblemente caritativa era la condesa al descubrirme sus luchas cotidianas. Conocí entonces todas las asperezas de aquel carácter intolerable, vi sus burlas continuas a propósito de nada, sus quejas de males imaginarios; comprendí aquel descontento innato que marchitaba su vida y aquella incesante necesidad tiránica que le hubiera hecho devorar cada año nuevas víctimas. Cuando paseábamos por la tarde, él era quien dirigía el paseo; pero, fuese el que fuese, lo encontraba siempre fastidioso, y, ya en casa, tachaba a los demás de causantes de su fatiga. Decía que su mujer tenía la culpa, llevándole contra su gusto a donde ella quería ir, sin acordarse de que era él quien nos había guiado; se quejaba de que ella le gobernase hasta en los menores detalles de la vida, y añadía que no podía tener voluntad ni pensamiento propios, y que era verdaderamente un cero a la izquierda en su casa. Si sus durezas encontraban un silencio paciente, se irritaba viendo en él un límite a su poder; preguntaba bruscamente si la religión no mandaba a las mujeres complacer a sus maridos, si estaba en el orden despreciar al padre de sus hijos, y concluía siempre por atacar en su mujer una cuerda sensible, experimentando, cuando conseguía herirla, un placer particular en aquellos alardes dominadores. Algunas veces afectaba un mutismo sombrío, un abatimiento mor-

boso que aterraba a su mujer, de quien recibía entonces los cuidados más tiernos. Semejante a esos niños voluntariosos que ejercen su poder sin cuidarse de las alarmas maternales, dejábase mimar como Santiago y Magdalena, de quienes estaba celoso. En fin, descubrí que, lo mismo en las circunstancias más grandes que en las más pequeñas, el conde obraba con sus criados, con sus hijos y con su mujer de igual manera que conmigo en el juego del chaquete. El día que abarqué en todas sus raíces y en todas sus ramas aquellas dificultades que, semejantes a las lianas, ahogaban y oprimían los movimientos y la respiración de aquella familia, haciendo cada día más difícil el buen gobierno de la casa, retardando el acrecentamiento de la fortuna y complicando las acciones más sencillas y necesarias, sentí una sobrecogida admiración que dominó a mi amor, rechazándolo al fondo de mi corazón. ¿Qué era yo, Dios mío? Las lágrimas que había bebido engendraron en mí una embriaguez sublime, y hallé una especie de felicidad en participar de los sufrimientos de aquella mujer. Me había doblegado al despotismo del conde como un contrabandista se somete a pagar las multas; pero desde entonces me ofrecí voluntariamente a los golpes del déspota, para estar más cerca de mi Enriqueta. La condesa me adivinó, me dejó tener un sitio a su lado y me recompensó permitiéndome tomar parte en sus dolores, como en otro tiempo el apóstata arrepentido, ganoso de volar al cielo con sus hermanos, obtuvo la gracia de morir en el circo.

—Sin usted, esta vida me hubiera matado—me dijo Enriqueta una tarde en que el conde estuvo, como las moscas en verano, más picante, más mordaz y más cruel que de ordinario.

El conde se había acostado, y Enriqueta y yo nos quedamos bajo las acacias durante las primeras horas de la noche: los niños jugaban a poca distancia, bañados por los rayos del sol poniente. Nuestras palabras, raras y casi reducidas a exclamaciones, nos revelaban la semejanza de ideas mutuas, con lo que nos reponíamos de nuestros comunes sufrimientos. Cuando las palabras faltaban, el silencio secundaba fielmente a nuestras almas, que, por decirlo así, entraban la una en la otra sin obstáculo, pero sin ser invitadas por el beso; y saboreando ambas los encantos de un éxtasis pensativo, se aventuraban en las ondulaciones de un mismo sueño, se sumergían juntas en el río y salían de sus aguas frescas como dos ninfas, tan perfectamente unidas como los celos pudieran desear, pero sin ningún lazo terrestre. Nos arrojábamos en un abismo sin fondo, volviendo a la superficie con las manos vacías, y nos preguntábamos con una mirada:

—¿Tendremos entre tantos días uno solo nuestro?

Cuando la voluptuosidad nos coge flores nacidas sin raíces, ¿por qué la carne murmura? A pesar de la enervante poesía de la noche, que daba a los ladrillos de la balaustrada aquellos tonos anaranjados tan tranquilos y tan puros; a pesar de aquella religiosa atmósfera, que nos comunicaba en so-

nes dulcísimos los gritos de dos niños, el deseo serpenteaba en nuestras venas como la señal de un fuego de alegría. Después de tres meses, empezaba a no contentarme con la parte que me concedían, y acaricié dulcemente la mano de Enriqueta, tratando así de hacerla sentir el voluptuoso sensualismo que me abrasaba. Enriqueta volvió a ser la señora de Mortsauf, y me retiró su mano: algunas lágrimas brotaron de mis ojos; las vió, y me dirigió una mirada llena de dulzura, llevando una mano a mis labios.

—Sabe usted—me dijo—que esto me cuesta lágrimas. La amistad que desea tan grandes favores es muy peligrosa.

No pude contenerme, y estallé en reproches, haciendo valer mis sufrimientos y la pequeña recompensa que pedía por soportarlos. Me atreví a declararle que a mi edad, si los sentidos se reconcentraban en el alma, el alma tenía un sexo; que sabría morir, pero que no moriría con los labios callados. Enriqueta me impuso silencio lanzándome su altiva mirada, donde creí leer el «Y yo, ¿estoy sobre rosas?»

¡Ay!, tal vez me engañaba de nuevo. Desde el día en que, ante la puerta de Frapesle, había supuesto en ella aquel pensamiento que hacía brotar de una tumba nuestra felicidad, tenía vergüenza de manchar su alma con los deseos de una pasión brutal. Tomó la palabra, y con voz dulcísima me dijo que no podía ser toda para mí, que yo ya lo sabía; y en el momento en que decía estas palabras, com-

prendí que, si obedecía a mi pasión, se abrirían entre nosotros abismos insondables. Bajé la cabeza, y ella continuó diciendo que tenía la certidumbre religiosa de poder amar a un hermano sin ofender a Dios ni a los hombres, y que experimentaba cierta dulzura haciendo de ese culto una imagen real del amor divino, que, según aquel buen San Martín, es la vida del mundo. Si yo no podía ser para ella algo semejante a su viejo confesor, menos que un amante, pero más que un hermano, sería preciso que no volviésemos a vernos, y ella sabría morir llevando a Dios aquel exceso de vivos sufrimientos, soportados no sin lágrimas y heridas.

—Le he dado a usted—dijo al terminar—más de lo que debía, a fin de que no tuviese nada que tomar, y ya estoy castigada.

Tuve que calmarla, prometiéndole no causarle jamás un dolor y amarla a los veinte años como aman los viejos a su hijo último.

Al día siguiente fuí muy temprano; Enriqueta no tenía flores para los vasos de su salón, y me lancé a los campos y a las viñas buscando flores para hacerle dos ramilletes. Pero, cogiéndolas una a una, cortándolas por el pie, admirándolas, pensé que los colores y los follajes tienen una armonía, una poesía que habla a las inteligencias, encantando la mirada, como las frases musicales despiertan mil recuerdos en los corazones amantes y amados. Si el color es la luz organizada, ¿no debe tener un sentido, como las combinaciones del aire tienen el suyo? Ayudado por Santiago y Magdalena, felices los tres al pre-

parar una sorpresa agradable para la que amábamos, empecé en los últimos escalones de la escalinata exterior, donde habíamos establecido el cuartel general de nuestras flores, dos ramilletes, a los cuales intenté dar un sentimiento. Figúrate una fuente de flores brotando a borbotones de los vasos, cayendo en olas bordadas, y del seno del cual se levantaban mil votos, simulados por rosas blancas que rodeaban un magnífico lirio de cáliz de plata; sobre este fresco tejido brillaban las violetas, las miosotis, las viperinas, todas las flores azules cuyos celestes matices armonizaban tan bien con el blanco. ¿No era esto dos inocencias, la que no sabe nada y la que lo sabe todo, un pensamiento de niño y un pensamiento de mártir? El amor tenía su blasón, y la condesa lo descifró secretamente; dirigióme una de esas miradas incisivas que parecen el grito de un enfermo tocado en su herida; estaba a la vez timorata y encantada. ¡Qué recompensa habría en aquella mirada! ¡Hacerla feliz, refrescar su corazón!... ¡Cuánto valor! Apliqué, pues, al amor la teoría del padre Castel, y resucité para ella una ciencia perdida en Europa, donde las flores de la escritura reemplazan a las páginas escritas en Oriente con colores perfumados. ¡Qué delicia expresar sus sensaciones por medio de esas hijas del sol, hermanas de las flores abiertas bajo los rayos del amor! Pronto me entendí con las producciones de la flora campestre, como cierto hombre, que más tarde conocí en Grandlieu, se entendía con las abejas.

Dos veces por semana, durante el resto de mi permanencia en Frapesle, emprendí el largo trabajo de aquella obra poética, para la cual eran necesarias todas las variedades de gramíneas, de las que hice un estudio profundo, menos de botánico que de poeta, ocupándome más su espíritu que su forma. Para encontrar una flor allí donde nacía, con frecuencia íbame muy lejos, a orillas de los arroyos, al fondo de los valles, a la cima de las rocas, en medio de las llanuras; y con estas correrías llegué a iniciarme en placeres desconocidos para el sabio que vive en la meditación, para el agricultor ocupado en sus cosechas, para el obrero clavado en las ciudades, para el comerciante sujeto a su mostrador, pero conocidos de algunos pastores, de algunos hortelanos, de algunos soñadores. Hay en la Naturaleza efectos cuyos significados no tienen límites y que se elevan a la altura de las más grandes concepciones morales: ora un arbusto florido, cubierto de diamantes del rocío que le baña y con los cuales juega el sol, belleza inmensa dispuesta para una sola mirada; ora un pedazo de bosque rodeado de rocas ruinosas, vestido de musgo, guarnecido de hiedra que os cautiva por no sé qué de salvaje y espantoso, y de donde sale el graznido del quebrantahuesos; a veces una landa sin vegetación, pedregosa, cuyos horizontes se parecen a los del desierto, y donde yo encuentro una flor magnífica y solitaria, imagen conmovedora de mi blanco ídolo, sola en su valle; a veces, grandes extensiones de agua sobre

las cuales arroja la Naturaleza manchas de verdura, especie de transición entre la planta y el animal, donde llega la vida en algunos, y donde flotan hierbas e insectos como flotan los mundos en el éter; ya es una cabaña con un jardín lleno de verdura, rodeado de algunos campos de centeno, símbolo de tantas humildes existencias; ya, en fin, es un descampado semejante a una nave de catedral, en que los árboles son pilares, en que las ramas forman los arcos de las bóvedas, y en cuyas ábsides una claridad lejana, matizada por los tintes rojizos del sol poniente, parece que penetra por los cristales de un coro lleno de pájaros que cantan. Después, al salir de este bosque fresco y frondoso, veréis un barbecho, donde, sobre musgos ardientes y sonoros, unas culebras hartas entran en su casa levantando sus cabezas elegantes y orgullosas. Poned en estos cuadros, ya torrentes de luz, bien nubes grises alineadas como las arrugas en la frente de un anciano, o ya los tonos fríos de una tarde de otoño, y escuchad: oiréis armonías indefinibles en medio de un silencio que conmueve. Durante los meses de septiembre y octubre no hice un solo ramillete que no me costara tres horas de pesquisas: tanto admiraba, con el suave abandono de los poetas, esas fugitivas alegrías en que para mí se juntaban las fases más opuestas de la vida humana, majestuoso espectáculo que va a registrar ahora mi memoria. Hoy me sucede con frecuencia unir a estas grandes escenas el recuerdo del alma antes dilatada en la Naturaleza; aun sigue siendo para mí la soberana

cuyo vestido blanco ondeaba en los setos, flotaba sobre el césped, y cuyo pensamiento se alzaba como un fruto prometido de cada cáliz, lleno de estambres amorosos. Ninguna declaración, ninguna prueba de pasión insensata tuvo contagio más violento que aquellas sinfonías de flores en que mi deseo engañado me hacía desplegar los esfuerzos que Beethoven expresaba en sus notas: vueltas profundas sobre sí mismo, arranques prodigiosos hacia el cielo. La señora de Mortsauf no era más que Enriqueta ante aquellas flores; comprendía todos los pensamientos que yo expresaba con ellas, y me sentía recompensado cuando, para recibirlas, alzaba la cabeza diciendo:

—¡Dios mío! ¡Qué hermoso es esto!

Se comprende esta deliciosa correspondencia por el detalle de un ramillete, como se comprende a Saadí por un fragmento de poesía. ¿Has sentido en el campo, durante el mes de mayo, ese perfume que comunica a todos los seres la embriaguez de la fecundación; que hace, cuando logras deslizar tus manos en el agua del río, que entregues a merced del viento tu cabellera y que tus pensamientos se eleven con los tallos de las flores? Una hierbecilla, la menta odorífera, es uno de los más poderosos principios de esta armonía inexplicable; así nadie puede tenerla impunemente junto a sí. Poned en un ramillete sus hojas brillantes y rayadas como una tela de listas blancas y verdes: exhalaciones inagotables removerían en el fondo de vuestro corazón las rosas en capullo que el pudor aplasta con su

peso. En derredor de la boca del vaso de porcelana suponed una fuerte margen compuesta únicamente de esas hojas, peculiares de las viñas de Turena, vaga imagen de las formas queridas, plegadas como las de una esclava sumisa. De allí salen las espirales de las enredaderas de campanillas blancas, las ramitas de la onónide rosa, mezclada con algunos helechos, tallos nuevos de encina con hojas lustrosas y magníficamente coloreadas; todas avanzan prosternadas humildemente como sauces llorones, tímidas y suplicantes como plegarias. Por encima de esto, ved las fibrillas sueltas, floridas y sin cesar agitadas de brizna purpurina que vierten en oleadas su polen amarillo; las pirámides de la hierba del campo, los penachos puntiagudos de esas gramas llamadas las espigas del viento, violadas esperanzas de que se coronan los primeros sueños y que se destacan sobre el fondo gris del lino, donde la luz brilla entre sus matas en flor. Más arriba, algunas rosas de Bengala entre las dentadas hojas de la zanahoria silvestre, las plumas del lino, los marabúes de la reina de los prados, los blondos cabellos de la clemátide en fruto, las aspitas de cruciata, blanca como la leche; los corumbos de mil hojas, los tallos de la fumaria de flores rosadas y negras, los ensortijados de la vid, los vástagos tortuosos de la madreselva, en fin, todo lo que esas cándidas criaturas tienen de más desmelenado, de más desgarrado, de llamas y de triples dardos, de hojas lanceoladas, desbriznadas, de tallos atormentados como los deseos enroscados en el fondo del alma. Del seno de

este prolijo torrente de amor que se desborda se alza una magnífica y doble adormidera roja, acompañada de sus botones próximos a abrirse, desplegando las llamas de su incendio por encima de los jazmines estrellados y dominando la lluvia incesante de polen, nube hermosa que revolotea en el aire reflejando la luz de sus mil partículas brillantes. ¿Qué mujer, embriagada por el aroma de Afrodisio oculto en la menta, no comprenderá el lujo de ideas sumisas, la ternura turbada por movimientos indomables, el ardiente deseo del amor que pide una felicidad rehusada en las luchas cien veces entabladas de la pasión continua, infatigable, eterna? Poned uno de estos ramilletes, de estos discursos de flores, en plena luz, a fin de mostrar sus frescos detalles, sus delicadas oposiciones, sus arabescos para que vuestra reina vea conmovida una flor de la que cae una lágrima, y estará tan a punto de ceder, que será necesario que un ángel o la voz de sus hijos la retengan al borde del abismo. ¿Qué damos a Dios? Perfumes, luz y cantos, las expresiones más puras de nuestra naturaleza. Pues bien; todo lo que se ofrece a Dios, ¿no lo ofrecemos también al amor en ese poema de las flores que despierta incesantemente las melancolías del corazón, acariciando voluptuosidades ocultas, esperanzas no confesadas, ilusiones que se inflaman y se extinguen como las estrellas errantes en una noche templada?

Estos placeres neutrales nos sirvieron de mucho para engañar la Naturaleza, irritada por la continua

contemplación de la persona amada, y fueron para mí, pues no me atrevo a decir para ella, como esas hendeduras por las cuales brotan las aguas contenidas por una barrera invencible y que impiden con frecuencia una desgracia, dando su parte a la necesidad. Sin embargo, más de una vez he sorprendido a Enriqueta ante uno de aquellos ramilletes, con los brazos caídos, abismada en esos ensueños tempestuosos durante los cuales los deseos hinchan el pecho, animan la frente, llegan a oleadas, se estrellan espumosos y dejan en el alma una lasitud enervante. ¡Desde entonces no he hecho un ramillete para nadie! Cuando hubimos creado ese lenguaje para nuestro uso, experimentamos un contento análogo al del esclavo que consigue engañar a su amo.

Durante el resto de aquel mes, cuando corría yo por los jardines, veía a veces su rostro pegado a los cristales; pero al entrar en el salón la encontraba junto a su bastidor. Si no llegaba a la hora convenida, sin que jamás nos la hubiéramos indicado, con frecuencia veía su blanca forma sobre la azotea, y cuando la sorprendía esperándome me decía:

—He venido antes que usted. ¿No hay que tener un poco de coquetería para el último hijo?

Los crueles partidos de chaquete entre el conde y yo habían quedado interrumpidos. Sus últimas adquisiciones le obligaban a una porción de correrías, de reconocimientos y de mediciones, y estaba ocupado en dar órdenes para vigilar los trabajos campestres, que reclamaban el ojo del amo y que

se decidían entre su mujer y él. La condesa y yo íbamos con frecuencia a encontrarle en sus nuevas posesiones, acompañados de los dos niños, los cuales, durante el camino, corrían detrás de las mariposas, y hacían también ramilletes o, mejor dicho, informes grupos de flores. ¡Pasearse con la mujer amada, darle el brazo, facilitarle el camino!... Esas alegrías infinitas bastan para una vida. ¡Era entonces tan confiada nuestra conversación! Ibamos solos y volvíamos con el general, sobrenombre de cariñosa broma que dábamos al conde cuando éste estaba de buen humor. Estas dos maneras de hacer el camino matizaban nuestros placeres con oposiciones y contrariedades cuyo secreto sólo conocen los corazones turbados en su unión. A la vuelta, las mismas felicitaciones, una mirada, un apretón de manos, pero entremezclados de inquietudes. La palabra, tan libre a la ida, tenía a la vuelta misteriosas significaciones, cuando uno de nosotros encontraba después de algún intervalo una respuesta a interrogaciones insidiosas, o cuando una discusión comenzada continuaba bajo esas formas enigmáticas a las cuales se presta tan bien nuestro lenguaje y que crean tan ingeniosamente las mujeres. ¿Quién no ha gozado el placer de entenderse así, como en una esfera desconocida, en que las almas se separan de la multitud y se unen, engañando las leyes vulgares? Un día tuve una loca esperanza, prontamente desvanecida, cuando, a una pregunta del conde, que quería saber de qué hablábamos, contestó Enriqueta con una frase de doble sentido que le dejó

satisfecho. Esta inocente broma hizo reír a Magdalena y ruborizarse a su madre, que con una mirada severa me dió a entender que, queriendo ser siempre una esposa irreprochable, podía retirarme su alma como me retiraba su mano. Pero esta unión puramente espiritual tenía tantos atractivos para nosotros, que al día siguiente volvimos a empezar. Las horas, los días, las semanas pasaron así, llenas de dichas inefables, y llegamos a la época de las vendimias, que son en Turena verdaderas fiestas.

Hacia fines de septiembre, el sol, menos ardiente que durante la siega, permite permanecer en los campos sin ningún temor; por otra parte, es más fácil recoger los racimos que segar los trigos. La uva está madura, la recolección está hecha, el pan cuesta más barato, y esta abundancia da júbilo a la vida; en fin, los temores que inspiraba el resultado de los trabajos agrícolas, en que tanto dinero y tanto sudor se gasta, han desaparecido ante los graneros llenos y las cubas prestas a llenarse. La vendimia es entonces como el alegre postre de la recolección, y precisamente en tal época el cielo sonríe siempre en Turena, donde los otoños son magníficos. En aquel país hospitalario, los vendimiadores comen y duermen en la misma casa, y estas comidas son las únicas en que aquellas pobres gentes tienen cada año alimentos substanciosos y bien preparados. Les dan el valor que en las familias patriarcales dan los niños a las fiestas de los aniversarios; así corren en pelotones a las casas cuyos dueños los tratan sin tacañería. Clochegourde estaba lleno de gente y de

provisiones; la despensa, constantemente abierta, y parecía que todo se animaba con aquel movimiento de obreros, de carretas en que llegaban grupos de alegres jóvenes y de pobres labriegos que, esperando mayores salarios que durante el resto del año, cantaban por cualquier motivo. Por otra parte, y ésta era otra causa de placer, las clases se confundían: mujeres y niños, amos y trabajadores, todo el mundo participaba de la divina cosecha, y estas diversas circunstancias pueden explicar la hilaridad transmitida de edad en edad que se desarrolla en esos últimos hermosos días del año, cuyo recuerdo inspiró en otro tiempo a Rabelais la forma báquica de su obra maestra. Los niños, Santiago y Magdalena, siempre enfermos, no habían estado nunca en las vendimias; yo me hallaba en el mismo caso, y tuvieron una alegría infantil viendo que yo participaba de sus emociones; su madre había prometido acompañarnos. Habíamos ido a Villaines, donde se fabricaban las cestas, a encargarlas muy bonitas, pues tratábamos de vendimiar algunas cepas reservadas a nuestras tijeras; se había convenido en que no comeríamos demasiada uva. Santiago me hizo jurar que no iría a ver vendimiar a ninguna parte y que no faltaría en Clochegourde. Nunca aquellos dos niños, habitualmente pálidos y enfermizos, estuvieron más frescos, más sonrosados ni más revoltosos que aquella mañana. Iban y venían, y gritaban llenando de júbilo a sus padres, que nunca los habían visto así. Yo llegué a ser tan niño como ellos, más niño tal vez, pues esperaba también mi parte

en la recolección. Fuimos a las viñas con un tiempo hermosísimo. ¡Cómo disputábamos sobre quién encontraría los racimos más hermosos y sobre quién llenaría antes su cesta! ¡Qué idas y venidas desde las cepas a la madre! No se cogía un racimo que no se la enseñase. Enriqueta se echó a reír con esa gozosa risa de la juventud. Llegando detrás de su hija, le dije, como Magdalena.

—¿Y los míos, mamá?

Y me respondió sonriendo:

—Querido hijo, no te sofoques tanto.

Luego me pasó la mano por los cabellos y, dándome una palmadita en la mejilla, añadió:

—¡Estás sudando!

Fué la única vez que oí esa caricia de la voz, el «tú» de los amantes.

Miré los bonitos setos cubiertos de frutos rojos, escuché los gritos de los niños, contemplé los grupos de vendimiadores, la carreta llena de uva y los hombres cargados de racimos, y grabé todo aquello en mi memoria, hasta aquel almendro joven debajo del cual permanecía Enriqueta en pie, fresca, sonrosada y risueña con su sombrilla desplegada. Luego me puse a recoger racimos, a llenar un cesto y a vaciarlo en la carreta, con una aplicación corporal, silenciosa y sostenida, con paso lento y mesurado, que dejó libre mi alma. Experimentaba el inefable placer de un trabajo exterior que sostenía la vida, limitando el curso de la pasión, que sin aquel movimiento mecánico estaba a punto de incendiarlo todo. Entonces supe cuánta sabiduría contiene el

trabajo uniforme y comprendí las reglas monásticas. Por la primera vez en mucho tiempo, el conde no tuvo rarezas ni crueldades; la vista de su hijo, el futuro conde de Lenoncourt-Mortsauf, blanco y sonrosado, con la cara llena de mosto, le alegraba el corazón. Siendo aquel día el último de la vendimia, el general prometió que por la noche habría baile delante de Clochegourde, en honor a la vuelta de los Borbones, siendo la fiesta completa para todo el mundo. Al regresar, la condesa me cogió del brazo, se apoyó en él de manera que hacía sentir a mi corazón los latidos del suyo, movimiento de madre que trata de comunicar su alegría, y me dijo al oído:

—¡Usted nos trae la felicidad!

En verdad, para mí, que no conocía sus noches de insomnio, sus alarmas y su vida anterior, en la que la mano de Dios la había sostenido, pero en que todo era árido y fatigoso, aquella frase, acentuada por su voz tan rica de inflexiones, me revelaba placeres que no podía darme ninguna otra mujer.

—La desgraciada uniformidad de mis días está ya rota, y la esperanza embellece mi vida—me dijo después de una pausa—. ¡Oh! ¡No me abandone usted! ¡No haga traición jamás a mis inocentes supersticiones! ¡Sea el primogénito que se constituye en providencia de sus hermanos!

Nada hay aquí de novelesco, Natalia. Para descubrir el infinito de los sufrimientos profundos, preciso es haber echado en la juventud la sonda en esos grandes lagos al borde de los cuales se ha

vivido. Si para muchos seres son las pasiones torrentes de lava que corren entre riberas abrasadas, ¿no hay también almas en que la pasión, contenida por dificultades invencibles, llena de un agua pura el cráter del volcán?

Tuvimos aún otra fiesta parecida. La señora de Mortsauf quería acostumbrar a sus hijos a las cosas de la vida y darles la conciencia de los penosos trabajos por medio de los cuales se obtiene el dinero, y les había constituído rentas sometidas a los vaivenes de la agricultura; Santiago tenía el producto de los nogales; Magdalena, el de los castaños. Algunos días después se hizo la recolección de las castañas y de las nueces. Sacudir los castaños de Magdalena; oír caer los frutos que su cubierta hace rebotar sobre la superficie dura y seca de los ingratos terrenos donde se cría el castaño; ver la seria gravedad con que la niña examinaba los montones, calculando su valor, que representaba para ella placeres inagotables; las felicitaciones de Manette, el ama de gobierno, que suplía a la condesa cerca de sus hijos; las enseñanzas que preparaba el espectáculo de los trabajos necesarios para recoger los menores bienes, con tanta frecuencia puestos en peligro por las alternativas del clima; todo esto constituía una escena en que las ingenuas felicidades de la infancia parecían encantadoras, en medio de los tintes graves del otoño incipiente. Magdalena tenía su granero particular, donde quise ver encerrada su riqueza, participando de su alegría. Pues bien; todavía me estremezco hoy acordándo-

me del ruido que hacía cada banasta de castañas rodando por la tierra que servía de pavimento. El conde compraba para el consumo de la casa, y los jornaleros, los pastores, todas las gentes de Clochegourde procuraban compradores a la *mignonne*, apelativo amistoso que los campesinos conceden también a los extraños, pero que parecía pertenecer exclusivamente a Magdalena.

Santiago fué menos feliz en la cosecha de sus nueces y lloró durante algunos días; pero le consolé aconsejándole que guardase sus frutos para venderlos algo más tarde. El señor de Chessel me había enseñado que los nogales no producen nada en Brehémont ni en las comarcas de Amboise y de Veuvray. El aceite de nuez se usa mucho en Turena; Santiago debía sacar, por lo menos, dos pesetas de cada nogal, y tenía doscientos; la suma era, pues, considerable; pero el niño quería comprarse un equipo para montar a caballo. Su deseo dió lugar a una discusión pública, en la que su padre le hizo algunas reflexiones sobre la inseguridad de las cosechas y la necesidad de crearse reservas para los años en que los árboles fuesen infecundos, a fin de tener siempre un capital regular. En medio de su silencio, reconocí el alma de la condesa, que era feliz viendo cómo Santiago escuchaba a su padre, y cómo éste reconquistaba un poco la santidad que tanta falta le hacía, todo ello gracias a la sublime mentira por ella preparada. ¿No te he dicho ya, al describirte a esta mujer, que el lenguaje humano sería impotente para pintar sus facciones y su ge-

nio? Cuando llegan escenas de esta índole, el alma saborea sus delicias sin analizarlas; pero ¡con qué vigor se destacan más tarde sobre el fondo tenebroso de una vida agitada! Igual que los diamantes, brillan, engarzados en pensamientos, mezcla de pesares como disueltas en el recuerdo de las dichas desvanecidas. ¿Por qué los nombres de las dos posesiones recientemente compradas, y de las que el conde y su mujer se ocupaban tanto, la Cassine y la Rhétorière, me conmueven más que los más hermosos nombres de la Tierra Santa o de Grecia? «¡Quien ame, lo diga!» ha exclamado La Fontaine. Estos nombres poseen las virtudes mágicas de las palabras que constelan las evocaciones; me explican la magia; despiertan fantasmas adormecidos que se levantan y me hablan; me trasladan a ese valle feliz y crean cielos y paisajes. Pero, ¿no pasan siempre las evocaciones dentro del mundo espiritual? No te asombre, pues, ver que te entretengo con escenas tan familiares; los menores detalles de esa vida sencilla y casi común han sido como otros tantos lazos, débiles en apariencia, por medio de los cuales me unía estrechamente a la condesa.

FIN DEL TOMO PRIMERO

VOLÚMENES PUBLICADOS

1.—**Química general**, por el Dr. Luanco. Pts. 2.
2.—**Historia Natural**, por el Dr. De Buen. Pts. 2.
3.—**Física**, por el Dr. Lozano. Pts. 2.
4.—**Geometría general**, por el Dr. Mundi. Pts. 2.
5.—**Química orgánica**, por el Dr. Carracido. Pts. 2.
6.—**La Guerra Moderna**, por D. M. Rubió. Pts. 2.
7.—**Mineralogía**, por el Dr. S. Calderón. Pts. 2.
8.—**Ciencia Política**, por D. Adolfo Posada. Pts. 2.
9.—**Economía Política**, por el Dr. J. Piernas. Pts. 2.
10.—**Armas de guerra**, por D. J. Génova. Pts. 2.
11.—**Hongos comestibles y venenosos**, por don Blas Lázaro. Pts. 2.
12.—**La ignorancia del Derecho**, por D. J. Costa. Pts. 2.
13.—**El sufragio**, por el Dr. A. Posada. Pts. 2.
14.—**Geología**, por D. José Macpherson. Pts. 2.
15.—**Pólvoras y explosivos**, por D. C. Banús. Pts. 2.
16.—**Armas de caza**, por D. J. Génova. Pts. 2.
17.—**La Guinea Española**, por D. R. Beltrán. Pts. 2.
18.—**Meteorología**, por D. A. Arcimis. Pts. 2.
19.—**Análisis químico**, por D. J. Casares. Pts. 2.
20.—**Abonos industriales**, por D. A. Maylín. Pts. 2.
21.—**Unidades**, por D. C. Banús. Pts. 2.
22.—**Química biológica**, por el Dr. Carracido. Pts. 2.
23.—**Bases para un nuevo Derecho penal**, por el Dr. Dorado. Pts. 2.
24.—**Fuerzas y motores**, por D. M. Rubió. Pts. 2.
25.—**Gusanos parásitos en el hombre**, por el doctor Marcelo Rivas. Pts. 2.
26.—**Fabricación del pan**, por D. N. Amorós. Pts. 3.
27.—**Aire atmosférico**, por D. E. Mascareñas. Pts. 2.
28.—**Hidrología médica**, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 2.
29.—**Historia de la civilización española**, por D. Rafael Altamira. Pts. 3.
30.—**Las epidemias**, por D. F. Montaldo. Pts. 2.
31.—**Cristalografía**, por L. Fernández. Pts. 3.
32.—**Artificios de fuego de guerra**, por D. José de Lossada y Canterac. Pts. 2.
33.—**Agronomía**, por don A. López. Pts. 2.
34.—**Bases del Derecho**

mercantil, por D. L. Benito. Pts. 2.

35.—**Antropometría**, por D. T. de Aranzadi. Pts. 2.

36.—**Las provincias de España**, por D. M. Villaescusa. Pts. 3,50.

37.—**Formulario químico industrial**, por D. Trías. Pts. 2.

38.—**Valor social de leyes y autoridades**, por don Pedro Dorado. Pts. 2.

39.—**Canales de riego**, por D. J. Zulueta. Pts. 3.

40.—**Arte de estudiar**, por D. M. Rubió. Pts. 2.

41.—**Plantas medicinales**, por D. B. Lázaro. Pts. 3,50.

42.—**A b c del instalador y montador electricista.—Tomo I.—Instalaciones privadas**, por D. Ricardo Yesares. Pts. 3,50.

43.—**A b c del instalador y montador electricista.—Tomo II.—Estaciones centrales y canalizaciones**, por D. R. Yesares. Pts. 3,50.

44.—**Medicina doméstica**, por D. A. Opisso. Pts. 3.

45.—**Contabilidad comercial**, por D. J. Prats. Pts. 4.

46.—**Sociología contemporánea**, por D. A. Posada. Pts. 2.

47.—**Higiene de los alimentos y bebidas**, por D. J. Madrid. Pts. 2.

48.—**Operaciones de Bolsa**, por D. J. Bertrán. Pts. 2.

49.—**Higiene industrial**, por D. J. Eleizegui. Pts. 3,50.

50.—**Formulario de correspondencia francés-español**, por D. J. Meca. Pts. 3,50.

51.—**Motores de gas, petróleo y aire**, por R. Yesares. Pts. 3,50.

52.—**Las bebidas alcohólicas.— El alcoholismo**, por D. A. Piga y don D. Aguado Marinoni. Pts. 2.

53.—**Formulario de correspondencia inglés-español**, por D. J. Meca. Pts. 3,50.

54.—**Carpintería práctica**, por D. E. Heras. Pts. 3.

55.—**Instituciones de Economía social**, por don J. Torrembó. Pts. 3.

56.—**Prontuario del idioma**, por D. E. Oliver. Pts. 4.

57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas**, por D. J. de Igual. Pts. 3,50.

58.—**Pedagogía universitaria**, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 3,50.

59.—**Gallinero práctico**, por D. C. de Torres. Pts. 4.

60.—**Dai Nipón (El Japón)**, por D. A. García. Pts. 4.

61.—**Cultivo del algodonero**, por D. Diego de Rueda. Pts. 3.

62.—**Galvanoplastia y electrólisis**, por R. Yesares. Pts. 3,50.

63.—**Educación de los niños**, por F. Climent. Pts. 4.

64.—El microscopio, por D. Ernesto Caballero. Pts. 2.

65.—Diccionario de argot español, por L. Besses. Pts. 3,50.

66.—Piedras preciosas, por Marcos J. Bertrán. Pts. 3,50.

67, 68 **Manual de Mecánica elemental,** por Forner Carratalá. Tomo I: Mecánica general. Pts. 3. Tomo II: Mecánica aplicada. Pts. 3.

69.—Los remedios vegetales, por Alfredo Opisso. Pts. 3.

70, 71 **Las Repúblicas hispanoamericanas,** por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 7.

72.—Vinificación moderna, por D. Diego de Rueda. Pts. 3,50.

73.—Plantas industriales, por D. Alfredo Opisso. Pts. 3.

74.—Cerrajería práctica, por Eusebio Heras. Pts. 3.

75.—El arte del periodista, por D. Rafael Mainar. Pts. 3,50.

76.—La electricidad en la agricultura, por don R. Yesares. Pts. 3.

77.—Telegrafía eléctrica, por F. Villaverde Navarro. Pts. 3.

78.—Medicina social, por A. Opisso. Pts. 3.

79.—Geografía general, por Emilio H. del Villar. Pts. 4,50.

80.—La familia y los enfermos, por D. J. L. Eleizegui. Pts. 3.

81, 82 **Elementos de cálculo mercantil,** por L. de la Fuente. Dos tomos. Pts. 7

83.—Teoría de la literatura y de las artes, por D. H. Giner de los Ríos. Pts. 3

84.—Manual del naturalista preparador, por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 2

85.—Documentos mercantiles, por Francisco Grau Granell. Pts. 4

86.—Pozos artesianos, por Lucas F. Navarro. Pts. 2

87.—Investigación y alumbramiento de aguas, por Lucas F Navarro. Pts. 2

88.—Manual de Pirotecnia, por J. B. Ferré. Pts. 3

89.—Elementos de arquitectura naval (buques de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 3.

90.—Rudimentos de cultura marítima, por Alfonso Arnáu. Tomo I Pts. 4

91.—Rudimentos de cultura marítima, por Alfonso Arnáu. Tomo II Pts. 4

92.—Ascensores hidráulicos y eléctricos, por R Yesares. Pts. 3

93.—Maravillas de la Ciencia, por D. J Usunáriz. Pts. 2

94.—Derecho internacional, por D. Aniceto Sela. Pts. 3

95.—El boxeo y la esgrima del bastón, por A Barba. Pts. 3

96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis**, por A. Barba. Pts. 2.

97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción**, por M. R. y Bellvé. Pts. 3.

98.—**La abeja y sus productos.** (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 3.

99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 3.

100.—**Manual del pintor decorador**, por D. José Cuchy. Pts. 2.

101.—**El dibujo para todos**, por V. Masriera. Pts. 4.

102.—**América Sajona**, por Emilio H. del Villar. Pts. 4.

103.—**Agrimensura**, por J. Ferré. Pts. 4.

104.—**Estética**, por D. A. Opisso. Pts. 4.

105.—**Floricultura**, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 4.50.

106.—**Flores artificiales**, por Dolores Andréu. Pts. 4,50.

107.—**Formulario práctico de artes y oficios**, por F. Climent Terrer. Pts. 4.

108} **Astronomía**, por J.
109} Comas Solá. Pts. 9.

110.—**El arte de pensar**, por Alfredo Opisso. Pts. 4.

111.—**Máximas de Epicteto**, traducidas por Apeles Mestres. Pts. 3,50.

112.—**Manual del maquinista fogonero**, por Balbino Vázquez. Pts. 5,50.

113.—**Perspectiva**, por Francisco Arola Sala. Pts. 6.

114.—**Educación cívica**, por Federico Climent Terrer. Pts. 5.

115.—**A b c de la Música**, por Eliseo Carbó. Pts. 5,50.

116.—**Teoría y concepto del Arte**, por Francisco Arola Sala. Pts. 7,50.

H. de Balzac

—

AZUCENA EN EL VALLE

TOMO II Y ÚLTIMO

MCMXXII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

H. DE BALZAC

Azucena en el valle

NOVELA

TOMO II Y ÚLTIMO

La traducción del francés ha sido hecha por M. A. Bedoya



MADRID, 1922

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID

AZUCENA EN EL VALLE

TOMO II

Tanto los intereses de sus hijos como su débil salud daban igual cuidado a la condesa. Muy pronto reconocí la verdad de lo que me había dicho acerca de su papel secreto en los negocios de la casa, en los cuales me inicié lentamente, aprendiendo detalles que debe conocer el hombre de Estado. Tras diez años de esfuerzos, la condesa de Mortsauf había cambiado el cultivo de sus tierras, poniéndolas «a cuatro», expresión de que se sirven en el país para explicar los resultados del nuevo método, según el cual los labradores no siembran trigo en una tierra sino cada cuatro años, a fin de sacarle en los otros tres otros productos diferentes. Para vencer la obstinación de los labriegos, tuvo que dividir las tierras en cuatro grandes alquerías, y arrendarlas «a medias», género de arrendamiento particular en Turena y en los países cercanos. El propietario da la vivienda, las dependencias de explotación y las simientes a los colonos de buena voluntad, con los cuales comparte los gastos de cultivo y los produc-

tos; este reparto es vigilado por un capataz encargado de recoger la mitad del propietario, sistema costoso y complicado por una contabilidad que varía a cada momento la naturaleza de los repartos. La condesa había hecho que su marido cultivase una quinta granja, compuesta de tierras reservadas alrededor de Clochegourde, tanto para tenerle ocupado como para demostrar a sus arrendatarios «a medias», por la evidencia de los hechos, la superioridad del nuevo método. Como era dueña de dirigir los trabajos, había hecho edificar lentamente, y con su persistencia de mujer, dos de sus alquerías sobre el mismo plan de las granjas del Artois y de Flandes, siendo muy fácil adivinar su designio. Al expirar los arrendamientos «a medias», la condesa quería componer, con las alquerías, dos hermosas granjas, y arrendarlas por dinero a gentes activas y avispadas, a fin de unificar las rentas de Clochegourde. Temiendo morir la primera, trataba de dejar al conde rentas fáciles de cobrar, y a sus hijos bienes que ninguna torpeza pudiera poner en peligro. En aquella época los árboles frutales, plantados hacía dos años, estaban en pleno rendimiento. Las cercas que garantizaban las fincas de toda disputa futura estaban ya crecidas; los álamos, los olmos, todo se había dado bien. Con estas nuevas adquisiciones e introduciendo por todas partes el nuevo sistema de explotación, las tierras de Clochegourde, divididas en cuatro grandes granjas, de las cuales había que edificar dos, podían rentar diez y seis mil francos en dinero a

razón de cuatro mil francos por granja, sin contar las viñas, la granja modelo, ni la parte de bosque. Los caminos de las cuatro granjas debían afluir a una carretera que, desde Clochegourde, iría a enlazarse con el camino de Chinón, y no siendo mas que de cinco leguas la distancia entre esta carretera y Tours, los arrendatarios no debían faltar, sobre todo a la sazón, en que todo el mundo hablaba de las mejoras hechas por el conde, de sus éxitos y de la bonificación de sus tierras. La condesa quería gastar unos quince mil francos en cada una de las posesiones compradas, para convertirlas en dos grandes granjas, con el objeto de arrendarlas mejor después de haberlas cultivado durante un año o dos, teniendo al frente de ellas a un tal Martineau, el mejor y el más probo de los capataces, el cual iba a encontrarse sin colocación, porque estaban para finalizar los arrendamientos «a medias» de las cuatro alquerías y había llegado el momento de reunirlas en dos granjas para arrendarlas por dinero. Sus ideas, tan sencillas, pero complicadas con un gasto de treinta mil francos, eran en aquel momento objeto de largas discusiones entre el conde y ella, disputas en las cuales no estaba sostenida mas que por el interés de sus dos hijos. Este pensamiento: «Si yo muriese mañana, ¿qué sería de ellos?» la hacía estremecer. Sólo las almas dulces y pacíficas, en las cuales es imposible la cólera, y que tratan de hacer reinar en torno suyo su profunda paz interior, pueden saber cuánta fuerza es necesaria para esta lucha, qué oleadas de sangre afluyen al corazón antes

de entablar el combate, y qué cansancio se apodera de ellas cuando nada han conseguido después de haber luchado. Cuando sus hijos estaban más robustos, más ágiles, más alegres, pues la estación había producido en ellos este saludable efecto; cuando los seguía en sus juegos, experimentando un contento que renovaba sus fuerzas y refrescaba su corazón, la pobre madre tenía que sufrir los quisquilleos injuriosos y los punzantes ataques de una áspera oposición. El conde, asustado por aquellos cambios, negaba sus ventajas y su posibilidad con una terquedad inaudita, y a razonamientos concluyentes oponía las objeciones de un niño que discutiese la influencia del sol en verano. La condesa le venció, y esta victoria del buen sentido sobre la locura calmó sus penas y la hizo olvidar sus heridas. Aquel día fué a pasear por la Cassine y la Rhétorière, a fin de decidir las construcciones. El conde iba solo delante, los niños nos separaban, y nosotros marchábamos detrás andando lentamente, pues Enriqueta me hablaba con un tono dulce y bajo, que hacía semejar sus frases al murmullo de las olas que se tienden sobre la fina arena.

Estaba—decía—segura del éxito. Iba a establecerse una competencia para el servicio de Tours a Chinón, emprendida por un hombre activo, por un primo de Manette, que quería tener una granja en el camino. Su familia era numerosa; el hijo mayor conduciría los coches; el segundo se dedicaría al carreteo; el padre, situado en el camino, en la Rabelaye, una de las granjas que iban a arrendarse,

podía cuidar de los relevos y cultivar las tierras, abonándolas con el estiércol de las cuadras. En cuanto a la otra granja, la Baude, que se encontraba a dos pasos de Clochegourde, uno de los cuatro colonos, hombre probo, inteligente, activo y que comprendía las ventajas del nuevo cultivo, ofrecía ya tomarla en arriendo. Quedaban la Cassine y la Rhétorière; pero aquellas tierras eran las mejores del país, y una vez construídas las granjas y los cultivos en pleno valor bastaría anunciarlas en Tours. En dos años, Clochegourde produciría así veinticuatro mil francos de renta aproximadamente. La Gravelotte, que pertenece al señor de Mortsauf, y estaba situada en el Maine, acababa de ser arrendada en siete mil francos por nueve años; la pensión de mariscal de campo era de cuatro mil francos. Si estas rentas no constituían aún una fortuna, procuraban, por lo menos, un gran bienestar, y más tarde otras mejoras permitirían tal vez ir a París para velar por la educación de Santiago, dentro de dos años, cuando la salud del presunto heredero estuviese asegurada.

¡Con qué estremecimiento pronunció la palabra «París»! Yo estaba en el fondo del proyecto; quería separarse lo menos posible del amigo. Esta palabra inflamó mi entusiasmo: la dije que no me conocía, y que, sin decirlo, había resuelto terminar mi educación, trabajando día y noche, para ser el preceptor de Santiago, pues no podía soportar la idea de que conviviese con ella, dentro de la misma casa, otro joven. Estas palabras la hicieron ponerse seria.

—No, Félix—me dijo—, eso no será, como no será tampoco lo de hacerse cura. Si por una sola palabra ha penetrado usted en el corazón de la madre, la mujer le ama demasiado sinceramente para permitir que sea usted víctima de esa misma devoción. No quiero permitir eso, ¡no quiero serle funesta en nada! ¡Usted, vizconde de Vandenesse, preceptor! ¡Usted, cuya noble divisa es: «¡No se vende!» Aunque fuera un Richelieu, se habría cerrado para siempre la carrera. Causaría usted a su familia las más grandes contrariedades. Amigo mío, ¡usted no sabe cuánta impertinencia pone una mujer como mi madre en una mirada protectora, cuánto rebajamiento en una palabra, cuánto desprecio en un saludo!

—Y si usted me ama, ¿qué me importa el mundo?

Fingió no haberme oído, y continuó:

—Aunque mi padre sea un hombre excelente y esté dispuesto a concederme todo lo que pida, no le perdonaría a usted haberse colocado mal en sociedad, y se negaría a protegerle. No quisiera verle a usted preceptor ni del delfín. Acepte la sociedad tal cual es y no cometa torpezas. Amigo mío, esa proposición insensata de...

—De amor—dije en voz baja.

—No, de caridad—respondió conteniendo las lágrimas—, ese loco pensamiento me ilumina respecto a su carácter; su corazón le perjudicaría. Desde este momento reclamo el derecho de enseñarle ciertas cosas; deje usted a mis ojos de mujer el cuidado de ver alguna vez por usted. Si; desde el fondo de

Clochegourde quiero asistir, muda y extasiada, a sus triunfos. Respecto al preceptor, esté usted tranquilo; encontraremos algún viejo abate, un antiguo sabio jesuíta, y mi padre sacrificará con gusto alguna cantidad para la educación del niño que debe llevar su nombre. Santiago es mi orgullo; tiene once años; pero le sucede lo que a usted: cuando le vi a usted por primera vez, creí que no pasaba de trece.

Habíamos llegado a la Cassine, por donde Santiago, Magdalena y yo la seguimos como los niños siguen a su madre. La dejé un momento y me dirigí al sitio en que Martineau el guarda examinaba, con su hermano, si los árboles debían o no ser derribados. Discutían este punto como si se tratase de cosa propia, y entonces vi cuán amada era la condesa. Se lo dije así a un pobre jornalero que con el pie sobre el hierro de su hacha y el codo en el mango escuchaba a los dos doctores en pomología.

—¡Oh!, sí, señor; es una buena señora, y nada orgullosa, como todos esos bribones de Azay, que nos verían reventar como perros antes de adelantarnos una perra chica para labrar una toesa. El día que la señora deje el país, la santa Virgen llorará y nosotros también. Ella defiende sus derechos, pero conoce nuestras penas y las tiene en cuenta.

—¡Con qué placer hubiera dado a aquel pobre hombre todo mi dinero!

Algunos días después llegó un caballito para Santiago, a quien su padre, excelente jinete, quería acostumbrar lentamente a las fatigas de la equitación. El niño tuvo, pues, un precioso traje de mon-

tar, comprado con el producto de los nogales. La mañana en que tomó la primera lección, acompañado de su padre, y en medio de los gritos de sorpresa de Magdalena, que saltaba sobre el fresco césped, en medio del círculo que recorría su hermano, fué para la condesa la primera fiesta verdadera de su maternidad. Santiago llevaba un cuellecito bordado por su madre, un gabancito de paño azul celeste ceñido con un cinturón de charol, pantalón blanco y una gorrita escocesa, de la que se escapaban, en gruesos rizos, sus cabellos dorados: estaba hermosísimo. Todas las gentes de la casa se agruparon junto al picadero, participando de aquella felicidad doméstica. El joven heredero sonreía a su modo al pasar y se mantenía sin miedo. Aquel primer acto de hombre en un niño que con tanta frecuencia había estado cerca de la muerte; la esperanza de un hermoso porvenir, garantizado por aquel paseo, que lo presentaba tan hermoso y fresco, ¡qué deliciosa recompensa! La alegría del padre, que se remozaba y sonreía por vez primera después de mucho tiempo; la felicidad pintada en los rostros de todas las gentes de la casa; el grito de un viejo picador de Lenoncourt, que volvía de Tours y que, viendo la gallardía del novel jinete, exclamó: «¡Bravo, señor vizconde!», todo aquello era demasiado. La señora de Mortsauf se inundó en lágrimas. Ella, tan tranquila en el dolor, se encontraba débil para soportar la alegría de admirar a su hijo cabalgando sobre la arena en que le había llorado por muerto, mientras lo paseaba al sol. En

aquel momento se apoyó en mi brazo sin remordimiento alguno, y me dijo:

—¡Creo que jamás he sufrido! ¡No me abandone usted hoy!

Terminada la lección, Santiago se arrojó en los brazos de su madre, quien lo estrechó con esa fuerza que comunica el exceso de cariño y lo cubrió de besos y caricias. Fuí con Magdalena a hacer dos ramilletes para adornar la mesa en honor del infantil caballero, y cuando volvimos al salón, la condesa me dijo:

—El 15 de octubre será seguramente un gran día. En él ha tomado Santiago su primera lección de equitación y yo acabo de dar la última puntada a mi trabajo.

—Pues bien, Blanca—dijo el conde riendo—, voy a pagarte.

Y ofreciéndole el brazo, la llevó al primer patio, donde vió una carretela que su padre le regalaba y para la cual el conde había comprado en Inglaterra dos caballos, traídos con los del duque de Lenoncourt. El viejo picador lo había preparado todo en el patio durante la lección. Entramos en el carruaje y fuimos a ver el trazado de la alameda que debía ir en línea recta desde Clochegourde hasta el camino de Chinón y que las últimas adquisiciones permitían abrir a través de los nuevos dominios. Al volver, la condesa me dijo:

—Soy demasiado feliz; la dicha es para mí como una enfermedad; me aniquila y tengo miedo de que se esfume como un sueño.

Yo la amaba demasiado apasionadamente para no estar celoso, y no podía darle nada; en mi despecho buscaba un medio de morir por ella. Preguntóme qué pensamientos velaban mis ojos y se los dije sencillamente; conmovióse más por mis palabras que por todos los regalos, y, llevándome luego a la galería, alivió mi corazón oprimido, diciéndome al oído:

—¡Ameme usted como me amaba mi tía! Amarme así, ¿no es darme su vida? Y al aceptarla yo, ¿no me convierto para siempre en su obligada? Ya era tiempo de que concluyese mi puntilla—continuó volviendo al salón, donde la besé la mano, como para renovar mi pensamiento—. ¿Sabe usted, Félix, por qué me impuse esa larga tarea? Los hombres encuentran en las ocupaciones de su vida recursos contra los pesares; el movimiento de los negocios les distrae; pero las mujeres no tenemos ningún punto de apoyo contra los dolores. A fin de poder sonreír a mis hijos y a mi marido cuando me embargaban horribles desvaríos tuve necesidad de regularizar el pensamiento por medio de un movimiento físico, y así cortaba las atonías que siguen a los grandes gastos de fuerza, como también los relámpagos de la exaltación. La acción de levantar los brazos en tiempos iguales mecía mi pensamiento y comunicaba a mi alma, donde rugía la tempestad, el ritmo del flujo y reflujo, regularizando así mis emociones. Cada punto tenía la confidencia de mis secretos, ¿comprende usted? Lo que usted decía en sus ramilletes se lo confiaba yo a mis dibujos.

La comida fué alegre. Santiago, feliz como todos los niños cuando ven que se ocupan de ellos, me saltó al cuello al ver las flores en forma de corona que para él había cogido. Su madre afectó reñirme por aquella infidelidad; pero ¡con qué gracia le ofreció el niño aquel ramillete envidiado! Por la tarde jugamos al chaquete los tres, yo solo contra los señores de Mortsauf, y el conde estuvo encantador. En fin, a la caída de la tarde me condujeron hasta el camino de Frapesle, gozando de uno de esos crepúsculos tranquilos cuyas armonías dan en profundidad a los sentidos todo lo que pierden en vivacidad. Fué aquel un día único en la vida de aquella pobre mujer, un punto brillante que vino con frecuencia a acariciar un recuerdo en las horas difíciles. En efecto, las lecciones de equitación fueron bien pronto motivo de discordias; la condesa temía, con razón, los duros apóstrofes del padre para el hijo. Santiago enflaquecía otra vez; sus bellos ojos azules perdían la viveza y, para no entristecer a su madre, el niño sufría en silencio. Yo encontré un remedio al mal, aconsejándole que, cuando su padre se encolerizase, le dijera que estaba fatigado; pero estos paliativos no eran suficientes y hubo necesidad de substituir al padre por el viejo picador. El conde no se dejó arrancar su discípulo sin oponer una gran resistencia. Las riñas y las disputas volvieron: el conde encontró pretextos para sus quejas en el poco agradecimiento de las mujeres, y más de veinte veces cada día echó en cara a su esposa las libreas, la carretela

y los caballos. Por fin ocurrió uno de esos sucesos a los cuales se agarran con tanto gusto los caracteres de ese género y los enfermos de esa especie. Los edificios de la Cassine y la Rhétorière estaban completamente ruinosos; los gastos que se hicieron para prepararlos subieron a mucho más de lo calculado, por haberse venido abajo algunos techos y paredes. Un obrero cometió la torpeza de anunciar esta nueva al señor de Mortsauf, en lugar de dársela a la condesa, y esto fué objeto de una disputa que empezó dulcemente, pero que se envenenó por grados, y en la que la hipocondría del conde, apaciguada desde hacía algunos días, cobró, por decirlo así, sus atrasos a la pobre Enriqueta.

Este día salí de Frapesle a las diez y media, después de almorzar, y me dirigí a Clochegourde para hacer un ramillete con Magdalena. La niña había puesto los dos floreros sobre la balaustrada de la terraza, y yo recorría los jardines y el campo, buscando esas flores de otoño tan bellas y tan escasas. Al volver de mi última correría no vi en la azotea a mi pequeño ayudante y oí gritos en Clochegourde. A poco volvió Magdalena.

—El general—dijo llorando (esta palabra era, en su boca, un epíteto hacia su padre)—, el general riñe a nuestra madre; vaya usted a defenderla.

Subí volando las escaleras y llegué al salón sin que el conde ni su mujer me viesen. Al oír los gritos del loco, fuí a cerrar las puertas; volví en seguida, y vi a Enriqueta tan blanca como la cera.

—No se case usted jamás, Félix—me dijo el

conde—; las mujeres están aconsejadas por el diablo; la más virtuosa inventaría el mal, si no existiese; son animales feroces.

Oí entonces razonamientos sin principio ni fin. Apoyándose en sus negativas anteriores, el conde repitió las tonterías de los labriegos que rechazaban el nuevo método de cultivo y aseguró que, si él hubiera dirigido la explotación de Clochegourde. sería dos veces más rico que era. Formulando sus blasfemias de una manera violenta e injuriosa, juraba como un energúmeno, golpeaba los muebles y no se estaba quieto; de pronto, en medio de una frase, se interrumpía para decir que su cabeza ardía o que el cerebro se le escapaba a oleadas como el dinero; su mujer le arruinaba. El desgraciado olvidaba que, de las treinta mil libras de renta que poseía, la condesa había aportado ya más de veinte, y los bienes del duque de Lenoncourt, que estaban reservados a Santiago, producían más de cincuenta mil francos al año. La condesa sonreía soberbiamente y miraba al cielo.

—Sí—exclamaba el conde—, sí, Blanca, eres mi verdugo... me asesinas... Te peso, y quieres desembarazarte de mí... Eres un monstruo de hipocresía. ¡Y se ríe! ¿Sabe usted por qué se ríe, Félix?

Yo guardaba silencio y bajé la cabeza.

—Esta mujer—repuso dándose él mismo la respuesta—me tiene privado de todo goce; es tanto mía como de ustedes, ¡y pretende ser mi esposa! Lleva mi nombre y no cumple ninguno de los de-

beres que las leyes divinas y humanas la imponen, y engaña así a los hombres y a Dios. Me obliga a andar de un lado para otro a fin de que me abrume el cansancio y la deje sola; le desagrado, me odia, y dedica todo su arte a permanecer como soltera. Me vuelvo loco con las privaciones a que me sujeta, porque todo refluye a mi pobre cabeza; me mata a fuego lento, y, sin embargo, se cree una santa y comulga todos los meses.

La condesa lloraba a mares, humillada por el rebajamiento de aquel hombre, y se limitaba a decir por toda respuesta:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!

Aunque las palabras del conde me habían avergonzado, tanto por él como por Enriqueta, agitaron violentamente mi corazón, pues respondía a los sentimientos de castidad, de delicadeza, que son, por decirlo así, la base de los primeros amores.

—¡Es casta a costa mía!—exclamó el conde.

—¡Señor!...—gimió la condesa.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir ese acento imperioso? ¿No soy el amo? ¿Tendré que verme en la precisión de hacértelo conocer?

Y avanzó hacia ella, presentándole su cabeza de lobo blanco, que aparecía espantosa, pues sus ojos tomaron una expresión que le hacía parecerse a una fiera hambrienta saliendo de un bosque. Enriqueta se deslizó del sillón al suelo para recibir el golpe, que no fué asestado; pero permaneció tendida, inmóvil, sin conocimiento. El conde se quedó atontado como un asesino que siente saltar a su rostro

la sangre de su víctima. Tomé en mis brazos a la pobre mujer, sin que el conde me ayudara, como si se considerase indigno de tocarla; pero se adelantó para abrir la puerta de su aposento, contiguo al salón, estancia sagrada donde jamás había yo entrado. Puse a la condesa en pie y la sostuve con un brazo, pasando el otro en torno de su talle, en tanto que el conde quitaba la colcha y el almohadón de la cama; luego la levantamos y la acostamos vestida. Al volver en sí, Enriqueta nos hizo seña de que desatásemos su cinturón. El señor de Mortsauf buscó unas tijeras y lo cortó; yo la hice aspirar un frasco de sales, y abrió los ojos. El conde salió del cuarto, más bien avergonzado que pesaroso. Transcurrieron dos horas en un silencio profundo. Enriqueta tenía su mano en la mía y la estrechaba sin poder hablar. De cuando en cuando levantaba los ojos para decirme con una mirada que quería permanecer tranquila y en silencio; luego hubo un momento de tregua, en que se incorporó sobre el codo y me dijo al oído:

—¡El desgraciado!... Si usted supiera...

Y volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada. El recuerdo de sus penas pasadas, unido a los dolores presentes, la produjo convulsiones nerviosas que no pude calmar sino por medio del magnetismo del amor, efecto que me era todavía desconocido, pero del cual usé por instinto. La sostuve con tanta fuerza como ternura, y durante aquella última crisis me dirigió miradas que me hicieron llorar. Cuando cesaron aquellos movimientos nerviosos, arreglé

sus cabellos, tocándolos por primera y última vez en mi vida; luego volví a coger su mano, y contemplé aquella estancia sencillamente decorada, aquel lecho con cortinas de indiana, aquella mesa con su tocador de moda antigua, aquel sofá con mezquinos almohadones. ¡Qué poesía en aquel lugar! ¡Qué olvido de lujo! ¡Su lujo era la más exquisita limpieza! ¡Noble celda de monja casada, llena de santa resignación, cuyo solo adorno era el crucifijo de su lecho, sobre el cual se veía el retrato de su tía y a los lados los de sus dos hijos, hechos por ella a lápiz! ¡Qué retiro para una mujer cuya aparición en el gran mundo hubiera hecho palidecer a la más hermosa! Tal era la estancia en donde lloraba la hija de una ilustre familia, inundada en aquel momento de amargura y negándose al amor que la hubiera consolado. ¡Desgracia secreta, irreparable! ¡Y lágrimas en la víctima para el verdugo! ¡Y lágrimas en el verdugo para la víctima! Cuando sus hijos y la doncella entraron, salí de la habitación. El conde me esperaba; considerábame ya como un poder mediador entre su mujer y él, y, cogiéndome de las manos, exclamó:

—¡Quédese usted, Félix, quédese!

—¡Desgraciadamente—le contesté—, el señor de Chessel tiene invitados y no sería conveniente que investigase los motivos de mi ausencia! Después de comer, volveré.

Salió conmigo, me condujo hasta la puerta sin decirme una palabra, y luego me acompañó hasta Frapesle, sin saber lo que hacía. Por fin, allí le dije:

—En nombre del cielo, señor conde, déjela usted dirigir su casa, si eso le agrada, y no la atormente más.

—Me queda poco tiempo de vida—me contestó con aire sombrío—, y no será mucho lo que tenga que sufrir conmigo; siento que mi cabeza estalla.

Y se separó de mí en un acceso de egoísmo involuntario.

Después de comer volví a Clochegourde para saber noticias de la condesa, a la que encontré mejor. Si tales eran para ella las alegrías del matrimonio, si semejantes escenas se renovaban con frecuencia, ¿cómo podía vivir? ¡Qué lento e impune asesinato! Durante aquella noche comprendí con qué tortura inaudita aniquilaba el conde a su mujer. ¿Ante qué tribunal llevar tales litigios? Estas reflexiones me confundían, y no habiendo podido decir nada a Enriqueta pasé la noche escribiéndole.

De las tres o cuatro cartas que escribí no conservo mas que este principio, del que no quedé contento; me pareció que no expresaba nada o que hablaba demasiado de mí, cuando no debía ocuparme sino de ella. El te dirá el estado de mi alma:

«A LA SEÑORA DE MORTSAUF:

»¡Cuántas cosas tenía ayer que decirle, en las cuales pensé durante el camino y se me olvidaron al verla! Sí; desde que la veo, querida Enriqueta, no encuentro mis palabras en armonía con los refle-

jos de su alma, que tanto engrandecen su belleza; además, cerca de usted experimento una felicidad tan infinita, que el sentimiento actual borra todos los sentimientos de la vida anterior. Cada vez que la veo nazco a una vida más extensa, y soy como el viajero que, subiendo a una roca, descubre a cada paso un nuevo horizonte. A cada nueva conversación, ¿no añado a mis inmensos tesoros otro de más precio? Ese es, según creo, el secreto de las largas, de las eternas amistades. No puedo hablarla a usted de usted misma sino de lejos. En su presencia estoy demasiado fascinado para ver, soy demasiado feliz para interrogar a mi felicidad, estoy demasiado lleno de usted para ser mío, demasiado elocuente para hablarla, con demasiado ardor para aprovechar el presente, para acordarme del pasado. Es preciso que conozca usted bien esta constante embriaguez para que me perdone mis errores; acerca de usted no sé mas que sentir. Sin embargo, me atreveré a decirla, mi adorada Enriqueta, que jamás, en las numerosas alegrías que me ha causado, he sentido delicias semejantes a la felicidad que ayer llenó mi alma, cuando, después de aquella horrible tempestad en que usted luchó contra el mal con un valor sobrehumano, quedó sola conmigo en la media luz de su estancia, adonde aquella desgraciada escena me había llevado. Sólo yo he sabido con qué resplandores puede brillar una mujer cuando llega de las puertas de la muerte a las puertas de la vida, viendo matizar su frente con los tintes de la aurora. ¡Qué armoniosa era

su voz! ¡Qué pequeñas me parecían las palabras, aun siendo de usted, cuando en el sonido de su voz adorada reaparecían los vagos resentimientos de un dolor pasado, mezclados a los consuelos divinos con que al fin me tranquilizó, dedicándome así sus primeros pensamientos! Sabía que brillaban en usted todos los resplandores humanos; pero ayer adiviné una nueva Enriqueta que sería mía, si Dios quisiera; ayer entreví un ser desprendido de las trabas que nos impiden lucir los fuegos del alma! ¡Cuán majestuosa en su debilidad! Ayer encontré algo más bello que tu hermosura, algo más dulce que tu voz, luces más brillantes que las de tus ojos; perfumes para los que no hay palabras: ayer tu alma fué visible y palpable. ¡Ah! ¡Cuánto sufrí con no haberte podido abrir mi corazón para hacerte revivir en él! En fin, ayer deseché el terror respetuoso que me inspirabas, porque esa debilidad nos había aproximado. Entonces supe lo que era respirar respirando contigo, cuando la crisis te permitió respirar nuestro aire. ¡Cuántas súplicas elevadas al cielo en un momento! Si no he expirado atravesando los espacios que franqueé para ir a pedir a Dios que te dejase vivir, es porque no se muere de alegría ni de dolor. Aquel momento ha dejado recuerdos sepultados en mi alma, que jamás reaparecerán en su superficie, sin que mis ojos se bañen de lágrimas; cada alegría aumentará su surco, cada dolor lo hará más profundo. Si; los temores que ayer agitaron mi alma serán un término de comparación para todos sus

dolores del porvenir, como las alegrías que tú me has prodigado, querido y eterno pensamiento de mi vida, dominarán a todas las alegrías que la mano de Dios se digne concederme. Sí; tú me has hecho conocer el amor divino, ese amor que, seguro de su fuerza, de su eternidad, no conoce celos ni sospechas.»

Una profunda melancolía me roía el alma, pues el espectáculo de aquella vida interior era demasiado aflictivo para un corazón nuevo ante las emociones sociales. ¡Encontrar ese abismo a la entrada del mundo, un abismo sin fondo, un mar muerto! Ese horrible concierto de infortunios me sugirió pensamientos infinitos, y tuve en mi primer paso en la vida social una medida a la que, ajustando las otras escenas, tenían que resultar éstas muy pequeñas. Mi tristeza hizo creer a los señores de Chessel que mis amores eran desgraciados, y tuve la suerte de que mi pasión no perjudicase en nada a Enriqueta.

Al día siguiente, cuando entré en el salón, la encontré sola. Me contempló durante un momento, me tendió la mano y me dijo:

—¿Ha de ser usted siempre un amigo demasiado tierno?

Bañáronse en lágrimas sus ojos, se levantó y añadió con un acento de súplica desesperada:

—No vuelva usted a escribirme así.

El señor de Mortsauf estaba obsequioso; la condesa había recobrado su valor y la serenidad de

su frente; pero su palidez revelaba los sufrimientos de la víspera, calmados sin haberse extinguido.

Por la tarde, paseándonos sobre las hojas secas del otoño, que rechinaban bajo nuestros pies, me dijo:

—El dolor es infinito; la alegría tiene límites.

Palabras que revelaban sus dolores por la comparación que de ellos hacía con sus felicidades fugitivas.

—No maldiga usted la vida—la dije—; aun no conoce usted el amor, que tiene voluptuosidades que irradian hasta en el cielo.

—Calle usted—repuso—, no quiero conocerlo. El esquimal moriría en Italia. A su lado estoy tranquila y feliz, pudiendo decirle todos mis pensamientos; no destruya mi confianza. ¿Por qué no ha de tener usted la virtud del sacerdote y el encanto del hombre libre?

—Me haría usted beber copas de cicuta—la dije, apoyando su mano en mi corazón, que latía violentamente.

—¡Todavía!—exclamó, retirando su mano, como si hubiese sentido en ella un dolor vivo—. ¿Quiere usted quitarme el triste encanto de hacer que una mano amiga restañe la sangre de mis heridas? No aumente mis sufrimientos; no los sabe usted todos, y los más secretos son, precisamente, los más difíciles de devorar. Si fuese usted mujer, comprendería qué amarga melancolía domina a un alma altiva cuando se ve objeto de atenciones que nada reparan y con las que se cree repararlo todo. Du-

rante algunos días voy a ser mimada; querrá hacerse perdonar el daño que me ha causado, y entonces podría, si quisiera, obtener un asentimiento a los caprichos más infundados. Me siento humillada por esta bajeza, por estas caricias, que cesarán el día en que crea que lo he olvidado todo. No deber la amabilidad de su amo sino a sus propias faltas...

—A sus crímenes—la interrumpí con viveza.

—¿No es una existencia horrorosa?—continuó, sonriendo de una manera tristísima—. Por otra parte, yo no sé usar de ese poder pasajero; en tales momentos me parezco a los antiguos caballeros, que nunca herían al enemigo caído. Ver en tierra al que debemos honrar, levantarle para recibir nuevos golpes, sufrir con su caída más que él mismo; encontrarse deshonrada al aprovecharse de una pasajera influencia, aun cuando sea con un objeto útil; gastar la fuerza y agotar los tesoros del alma en estas luchas sin nobleza; no reinar sino en el momento en que se reciben heridas mortales... ¿No vale más morir? Si no tuviera hijos dejaría que la corriente de esta vida me arrastrase; pero sin mi valor desconocido, ¿qué sería de ellos? ¿Me habla usted de amor? ¡Ay, amigo mío! Figúrese usted en qué infierno caería si diese a ese ser sin piedad, como todos los seres débiles, el derecho de despreciarme. Yo no sufriría una sospecha; la pureza de mi virtud, querido niño, tiene aguas santas en que se baña el alma, saliendo de ellas renovada por el amor de Dios.

—Escuche, querida Enriqueta: sólo me queda una semana de permanencia aquí, y quiero que...

—¿Va usted a dejarnos?—dijo, interrumpiéndome.

—¿No debo enterarme de lo que mi padre decide respecto a mí? Pronto hará tres meses...

—No he contado los días—respondió, con el abandono de la mujer conmovida.

Y, después de un momento de silencio, añadió:

—Vamos a Frapesle.

Llamó al conde y a sus hijos y pidió su chal. Cuando todo estuvo dispuesto, ella, tan lenta, tan tranquila en todo, tuvo la aturdida actividad de una parisina y nos dirigimos juntos a Frapesle, para hacer una visita que la condesa no debía. Enriqueta se esforzó en hablar a la señora de Chessel, que felizmente fué muy prolija en sus respuestas. En tanto, el conde y el señor de Chessel hablaban de negocios. Yo temía que el señor de Mortsauf alabase su carretela y sus caballos; pero tuvo el buen gusto de no hacerlo. Su vecino le interrogó acerca de las obras que emprendía en la Cassine y la Rhétorière; al oír la pregunta miré al conde, creyendo que eludiría un asunto tan fatal en recuerdos y tan cruelmente amargo para él; pero, lejos de eso, probó cuán urgente era mejorar el estado de la agricultura en el cantón y edificar hermosas granjas, cuyos locales fuesen cómodos y salubres; en fin, se atribuyó gloriosamente las ideas de su mujer. Contemplé a la condesa, ruborizándome. Aquella falta de delicadeza en un hombre

que en ciertas ocasiones demostraba tanta; aquel olvido de una escena; aquella adopción de ideas que tan violentamente había combatido, me dejaron petrificado.

—¿Y cree usted recuperar todos esos gastos?—preguntó el señor de Chessel.

—Con grandes ventajas—respondió el conde.

Semejantes crisis no podían explicarse sino por la palabra «locura». Enriqueta, aquella celeste criatura, estaba radiante. ¿No parecía el conde hombre de buen sentido, buen administrador, excelente agrónomo? Feliz por ella, feliz por su marido, feliz también por sus hijos, acariciaba con delicadeza los cabellos de Santiago. ¡Qué comedia tan horrible! ¡Qué drama tan sarcástico! Aquello me espantó. Más tarde, cuando se levantó ante mí el telón de la escena social, ¡cuántos matrimonios Mortsauf he visto, pero sin los relámpagos de lealtad, sin la religión de aquél! ¿Qué singular y sarcástico poder es el que une perpetuamente al loco con el ángel, al hombre de amor púdico y sincero con una mujer grosera, al ser deforme con una bella y sublime criatura, al pequeño con el grande, a la noble Juana con el capitán Diard, cuya historia en Burdeos ya conoces, a la señora de Beauseant con un Ajuda, a la señora de Aiglemont con su marido, al marqués de Espard con su mujer? Mucho tiempo he buscado, lo confieso, el sentido de este enigma. He penetrado muchos misterios, he descubierto la razón de muchas leyes naturales y el sentido de algunos jeroglíficos divinos; pero de éste no sé

nada, y lo estudio como una figura de rompecabezas indios, cuya construcción simbólica se han reservado los brahmanes. Aquí el genio del mal es visiblemente el amo, y yo no me atrevo a acusar a Dios. ¿Tendrían razón Enriqueta y su filósofo desconocido? ¿Contendría su misticismo el sentido general de la humanidad?

Los últimos días que pasé en aquel país fueron los de la caída de las hojas, días obscurecidos por nubes que a veces ocultaron el cielo de Turena, siempre tan puro y tan templado en aquella estación. La víspera de mi partida, antes de comer, la señora de Mortsauf me llevó a la terraza, y, después de dar en silencio una vuelta bajo los árboles deshojados, me dijo:

—Mi querido Félix, va usted a entrar en sociedad y quiero acompañarle allí con el pensamiento. Los que han sufrido mucho han vivido mucho; no crea, pues, que las almas solitarias no saben nada del mundo. Si debo vivir para mi amigo, no quiero estar con dificultad en su corazón ni en su conciencia. El día del combate es muy difícil acordarse de todas las reglas; permítame usted que le dé algunos consejos de madre. El día de su partida le entregaré una carta en la que encontrará mis pensamientos de mujer sobre la sociedad, sobre los hombres y sobre la manera de abordar las dificultades de esa gran agitación de intereses; prométame no leerla hasta que esté en París. Mi súplica es la expresión de uno de esos caprichos del sentimiento, que son nuestro secreto de mujer: no creo que sea

imposible comprenderlo, pero tal vez no quisiéramos haberlo comprendido. Déjeme esos pequeños senderos en que a la mujer le gusta pasearse sola.

—Se lo prometo—dije, besándola las manos.

—Aun tengo que pedirle otro juramento. ¿Se compromete usted a suscribirlo de antemano?

—¡Oh, sí!—contesté, creyendo que se trataba de fidelidad.

—No se trata de mí—repuso, sonriendo, con voz de amargura—; Félix, no juegue usted más, aunque se encuentre en un salón del gran mundo: no exceptúo ninguno.

—No jugaré—respondí.

—Bien, he encontrado un medio de que haga usted buen uso del tiempo que había de disipar en el juego, y ya verá cómo, mientras los demás pierden más o menos pronto, usted gana siempre.

—¿Cómo?

—Mi carta se lo dirá—respondió con aquel acento grave que quitaba a sus recomendaciones el carácter de seriedad de que van acompañadas las de los padres.

Hablamos aún durante una hora, y Enriqueta me probó la profundidad de su afecto revelándome el cuidado con que me había estudiado durante aquellos tres meses: entró en los últimos pliegues de mi corazón, tratando de inocularme el suyo; su acento era convincente, persuasivo; sus palabras brotaban como de labios maternales, y tanto por su acento como por su pensamiento mostraba cuántos lazos nos unían ya el uno al otro.

—¡Si supiera usted—dijo para concluir—con qué ansiedad le seguiré en su camino! ¡Qué alegría si camina rectamente! ¡Qué llanto si tropieza usted con las espinas! Créame usted, mi afecto no tiene igual: es a la vez involuntario y escogido. ¡Ah! ¡Quisiera verle a usted feliz, poderoso, considerado, a usted, que será para mí como un ensueño querido!

Me hizo llorar. Era a la vez dulce y terrible: sus sentimientos se ponían al descubierto con demasiada audacia, y era sobradamente pura para permitir la menor esperanza al joven sediento de placer. En compensación de mi materia rechazada por su corazón, Enriqueta vertió sobre mí raudales incesantes e incorruptibles de ese amor divino que sólo satisface al alma. Se remontaba a esferas donde no podían llevarme las alas diamantinas del amor, pues para alcanzar su altura el hombre tendría que haber conquistado las blancas alas de un arcángel.

—Siempre—la dije—, en todos los casos, tendré este pensamiento: «¿Qué dirá mi Enriqueta?»

—Está bien; quiero ser para usted la estrella y el santuario—dijo, aludiendo a los ensueños de mi infancia y ofreciéndome su realización para engañar mis deseos.

—Será usted mi religión y mi luz; lo será usted todo—exclamé.

—No—respondió—; yo no puedo ser la fuente de sus placeres.

Suspiró y dirigióme la sonrisa de sus penas se-

cretas, esa sonrisa del esclavo que se rebela un momento.

Desde aquel día fué no la bien amada, sino la más amada; estuvo en mi corazón, no como una mujer que busca en él un lugar y que en él se graba por el sacrificio o por el exceso de placer, no; tuvo todo mi corazón y fué como algo necesario al juego de los músculos; vino a ser lo que Beatriz para el poeta florentino, la Laura sin tacha del poeta veneciano, la madre de los grandes pensamientos, la causa desconocida de las resoluciones que salvan, el sostén del porvenir, la luz que brilla en la obscuridad, como la azucena entre el follaje sombrío; sí, ella me ha dado esa constancia que vence a los vencedores, que se alza más fuerte después de la derrota, que cansa a los más duros combatientes.

Al día siguiente, después de haber almorzado en Frapesle y de haberme despedido de mis huéspedes, tan complaciente al egoísmo de mi amor, me dirigía a Clochegourde. Los señores de Mortsauf habían proyectado acompañarme hasta Tours, de donde, por la noche, debía marchar a París. Durante el camino, la condesa permaneció afectuosamente muda. Primero dijo que tenía jaqueca; después se ruborizó de esta mentira y la encubrió diciendo que no me veía partir sin sentimiento. El conde me invitó a ir a su casa cuando, ausentes los Chessel, tuviera deseos de ver otra vez el valle del Indre. Nos separamos heroicamente, sin lágrimas visibles; pero, como algunos niños enfer-

mizos, Santiago tuvo un momento de sensibilidad que le hizo derramar algunas lágrimas, en tanto que Magdalena, ya mujer, estrechaba la mano de su madre.

—¡Hijo querido!—exclamó la condesa, besando al niño con pasión.

Cuando me encontré solo en Tours, después de la comida, me acometió una de esas rabias inexplicables que se experimentan en la juventud. Alquilé un caballo, y en cinco cuartos de hora franqueé la distancia que separa a Tours de Pont-de-Ruán. Allí, avergonzado de mi locura, tomé el camino a pie y llegué como un espía, a paso de lobo, junto a la terraza. No estaba en ella la condesa e imaginé que sufría; conservaba en mi poder la llave de la puerta pequeña y entré. Enriqueta bajaba en aquel momento la escalinata con sus dos hijos para ir a respirar, triste y lenta, la dulce melancolía impresa en el paisaje por el sol poniente.

—¡Mamá, aquí está Félix!—exclamó Magdalena.

—Sí, soy yo—la dije en voz baja—; me he preguntado por qué estaba en Tours cuando aun me era fácil verla a usted. ¿Por qué no cumplir un deseo que dentro de ocho días ya no podré realizar?

—¿Ya no se va, mamá?—gritó Santiago saltando de alegría.

—Calla—dijo Magdalena—, vas a llamar la atención del general.

—Esto no es cuerdo—dijo Enriqueta—; ¡qué locura!

Esto, dicho con lágrimas en la voz, ¡qué pago de lo que pudiera llamarse cálculos usurarios del amor!

—Había olvidado devolverle a usted esta llave—dije sonriendo.

—¿No volverá usted, pues?—me preguntó.

—¿Acaso nos separamos?—pregunté a mi vez, dirigiéndola una mirada que le hizo bajar los párpados, para velar su muda respuesta.

Partí después de pasar algunos momentos en ese feliz estupor de las almas que han llegado al punto donde concluye la exaltación y comienza el éxtasis. Caminaba con paso lento y volviéndome sin cesar. Cuando, desde la cima del montecillo, contemplé aquel valle por última vez, sorprendióme el contraste que me ofrecía comparándolo con lo que él era cuando llegué a él. No verdeaba, no llameaba entonces, como llameaban, como verdeaban mis deseos y mis esperanzas. Iniciado ahora en los sombríos y melancólicos misterios de una familia, participando de las angustias de una Niobe cristiana, triste como ella, ennegrecida mi alma, encontraba en aquel momento el valle en consonancia con mis deseos. Los campos estaban despojados, las hojas de los árboles caídas, las que quedaban tenían el color del hierro oxidado, los pámpanos estaban secos, y la cima de los bosques ofrecía los tintes graves de ese color oterado que en otro tiempo adoptaron los reyes para su traje y que

ocultaba la púrpura del poder bajo lo pardo de las penas. Siempre en armonía con mis pensamientos, el valle, donde agonizaban los rojizos rayos del sol poniente, me presentaba una viva imagen de mi alma. Dejar a una mujer amada es una situación sencilla u horrible, según las naturalezas; me encontré de repente como en un país extraño cuya lengua no conociese. No podía fijarme en nada, viendo cosas con las que mi alma no se ligaba. Entonces se desarrolló mi amor en toda su extensión, y mi adorada Enriqueta se levantó en medio de aquel desierto en que no vivía sino por su recuerdo. Fué una figura tan religiosamente adorada, que resolví permanecer sin mancha en presencia de mi divinidad secreta, y me revestí idealmente de la túnica blanca de los levitas, imitando así al Petrarca, que jamás se presentó ante Laura de Nove sino vestido de blanco. ¡Con qué impaciencia esperé la noche en que, ya de vuelta a casa de mi padre, podría leer aquella carta que en mi viaje había tocado tantas veces, como toca el avaro un fajo de billetes que se ve obligado a llevar encima! Durante la noche besé mil veces el papel en que Enriqueta había manifestado su voluntad, en el cual debía aspirar los misteriosos efluvios escapados de su mano y del que se llevarían los acentos de su voz para penetrar en mi inteligencia. Jamás he leído sus cartas sino como leí la primera, en el lecho y en medio de un silencio absoluto, pues no comprendo cómo se pueden leer de otro modo las cartas escritas por una persona amada. Hay,

sin embargo, hombres, indignos de ser amados, que mezclan la lectura de esas cartas con las preocupaciones del día, la suspenden y luego la reanudan con tranquilidad odiosa.

He aquí, Natalia, la voz adorable que de pronto resonó en el silencio de la noche; he aquí la figura sublime que se levantó para mostrarme con el dedo el camino, en la encrucijada a que había llegado:

«¡Qué felicidad, amigo mío, tener que reunir los elementos dispersos de mi experiencia para transmitírsela y armarle contra los peligros del mundo a través del cual debe usted conducirse hábilmente. Ocupándome de usted durante algunas noches, he sentido los placeres permitidos del afecto maternal; y en tanto que esto escribía, frase a frase, transportándome de antemano a la vida que tendrá, he ido varias veces a mi ventana, viendo desde ella las torres de Frapesle iluminadas por la luna, y me he dicho: «¡Duerme, y yo velo por él!» Sensaciones deliciosas que me han recordado las primeras felicidades de mi vida, cuando contemplaba a Santiago dormido en su cuna, esperando que despertase para darle el pecho. ¿No es usted un hombre-niño cuya alma debe ser fortalecida por algunos preceptos de que no ha podido usted nutrirse en esos horribles colegios donde tanto ha sufrido, pero que las mujeres tenemos el privilegio de presentarles? Estas nonadas influyen en los triunfos, los preparan y los consolidan. ¿No es una maternidad espiritual engendrar el sistema al cual un

hombre debe ajustar las acciones de su vida, una maternidad bien comprendida por el niño? Querido Félix, aun cuando aquí cometa algunos errores, déjeme imprimir a nuestra amistad el desinterés que la santifica. Entregarle al mundo ¿no es renunciar a usted? Pero yo le amo lo bastante para sacrificar mis goces a su hermoso porvenir.

»Bien pronto hará cuatro meses que de una manera muy extraña me hizo usted reflexionar en las leyes y costumbres que rigen nuestra época. Las conversaciones que tuve con mi tía, a quien usted reemplaza; los acontecimientos de su vida, que el señor de Mortsauf me ha referido; las palabras de mi padre, a quien la antigua corte fué familiar; las más grandes como las más pequeñas circunstancias, todo ha surgido en mi memoria para beneficio de mi hijo adoptivo, a quien veo en peligro de lanzarse solo en medio de los hombres, de dirigirse sin consejo en un país donde muchos perecen por sus buenas cualidades, torpemente desplegadas, y otros triunfan con cualidades malas, desplegadas mejor. Ante todo, medite usted la expresión concisa de mi opinión sobre la sociedad considerada en conjunto, pues con usted pocas palabras bastan. Ignoro si las sociedades son de origen divino o inventadas por el hombre; ignoro igualmente en qué sentido se mueven; lo que me parece indudable es su existencia, y desde que usted la acepta, en vez de vivir aislado, debe tener por buenas sus condiciones constitutivas, porque entre ellas y usted existirá mañana un contrato.

¿La sociedad actual se sirve del hombre, mejor que el hombre de ella? Yo lo creo así; pero que el hombre encuentre más cargas o más beneficios, que compre demasiado caras las ventajas que recoge, son cuestiones que incumben al legislador y no al individuo. En mi concepto, debe usted obedecer en todo a la ley general, sin discutirla, tanto si le hiere como si halaga su interés. Por sencillo que este principio pueda parecerle, es difícil en sus aplicaciones; es como la savia que debe infiltrarse en los menores tubos capilares para dar vida al árbol, conservar su verdor, desarrollar sus flores y bonificar sus frutos de tal modo que excite la admiración general. Hijo mío, no todas las leyes están escritas en un libro; las costumbres crean también leyes; las más importantes son las menos conocidas, y no hay profesores, ni tratados, ni escuelas para ese derecho que rige las acciones, los discursos, la vida exterior, la manera de presentarse en el mundo o de alcanzar la fortuna. Faltar a esas leyes secretas es quedar en el fondo de la sociedad, en vez de dominarla. Aunque esta carta establezca frecuentes pleonasmos con sus pensamientos, déjeme confiarle mi política de mujer.

»Explicar la sociedad por la teoría de la felicidad individual alcanzada por la astucia a costa de los demás es una doctrina fatal cuyas severas deducciones llevan al hombre a creer que todo lo que se atribuye secretamente, sin que la ley, el mundo o el individuo adviertan una lesión, está bien o debidamente adquirido. Según esta doctri-

na, el ladrón hábil queda absuelto; la mujer que falta a sus deberes sin que nada se descubra es feliz y discreta; matad a un hombre sin que la justicia tenga una sola prueba, si así conquistáis alguna corona a lo Macbeth, y habréis obrado perfectamente; el interés es una ley suprema; la cuestión consiste en esquivar, sin testigos ni pruebas, las dificultades que las costumbres y las leyes ponen entre el deseo y su satisfacción. Para el que así considera la sociedad, el problema de adquirir una fortuna se reduce a jugar una partida cuyas puestas son un millón o el presidio, una posición política o la deshonra. Muchas veces el tapete verde no es bastante grande para todos los jugadores, y es preciso una especie de genio para combinar un golpe. No le hablo de creencias religiosas ni de sentimientos; se trata solamente de los rodajes de una máquina de oro y hierro y de sus resultados inmediatos, de que se ocupan los hombres. ¡Hijo de mi corazón! Si participa usted de mi horror hacia esa teoría de criminales, no se explicará usted la sociedad sino como se la explica todo juicio recto: por la teoría de los deberes. Sí; nos debemos los unos a los otros bajo mil formas diversas. En mi concepto, el duque y el par se deben más al artesano y al pobre que el pobre y el artesano se deben al duque y al par. Las obligaciones contraídas crecen en razón de los beneficios que la sociedad ofrece al hombre, por este principio, verdadero en el comercio como en la política, de que la gravedad en los cuidados está en razón de la

extensión de los provechos. Cada cual paga su deuda a su manera. Cuando nuestro pobre labrador de la Rhétorière viene a acostarse fatigado de su tarea, ¿cree usted que no ha cumplido sus de beres? Pues seguramente los ha llenado mucho mejor que otras personas colocadas en altas posiciones. Considerando así la sociedad, en la que quiere usted ocupar un puesto en armonía con su inteligencia y sus facultades, tiene usted que sentar, como principio general, esta máxima: «No permitirse nada ni contra la propia conciencia, ni »contra la conciencia pública.» Aunque mi insistencia pueda parecerle superflua, le suplico, sí, su Enriqueta se lo suplica, que piense bien en el sentido de estas frases, que, sencillas en apariencia, significan, hijo mío, que la rectitud, el honor, la lealtad y la cortesanía son los instrumentos más rápidos y más seguros de fortuna. En ese mundo de egoístas habrá muchos que le dirán que no se anda el camino con los sentimientos y que las consideraciones morales demasiado respetadas retardarán su marcha; verá también hombres mal educados e incapaces de medir el porvenir maltratando a un niño, haciéndose culpables de descortesía con una anciana, o rehusando molestarse por un pobre viejo, bajo pretexto de que ya no son útiles para nada; más tarde verá a esos hombres enganchados en espinas que no han despuntado y fracasando por una pequeñez su fortuna; en tanto que el hombre consagrado de corazón desde el principio a esta teoría de los deberes no encon-

trará obstáculos, llegará acaso menos rápidamente a su objeto, pero su fortuna será sólida y permanecerá cuando la de los otros haya desaparecido.

»Cuando le diga a usted que la aplicación de esta doctrina exige, ante todo, la ciencia de los modales, creerá usted que mi jurisprudencia huele un poco a la corte y a la enseñanza que he recibido en la casa de Lenoncourt. Amigo mío, concedo la mayor importancia a esta instrucción, tan pequeña en apariencia. Las costumbres del gran tono le son tan necesarias como pueden serle los extensos y variados conocimientos que posee, y aun con frecuencia los suplen; por eso ciertos ignorantes de hecho, pero dotados de talento natural, han podido alcanzar una grandeza que huía de otros realmente más dignos que ellos. Le he estudiado a usted bien, Félix, a fin de saber si la educación, adquirida en común en los colegios, no le había perjudicado, y la alegría con que he reconocido que puede adquirir lo poco que le falta sólo Dios la sabe. En muchas personas educadas bajo estas tradiciones, las maneras son puramente exteriores, porque la verdadera cortesía, las bellas formas vienen del corazón y del gran sentimiento de dignidad personal; y he aquí por qué, a pesar de su educación, algunos nobles tienen mal tono, en tanto que ciertas personas nacidas en humilde cuna tienen naturalmente buen gusto y no necesitan mas que tomar algunas lecciones para adquirir, sin falsa imitación, excelentes maneras. Crea us-

ted a una pobre mujer que jamás saldrá de su valle: ese tono noble, esa sencillez graciosa impresa en la palabra, en el gesto, en el traje y hasta en la casa constituyen una especie de poesía física cuyo encanto es irresistible; juzgue, pues, de su poder cuando tiene su fuente en el corazón. La cortesía, hijo querido, consiste en parecer que uno se olvida de sí mismo por los demás; en muchas personas es un gesto social que no resiste a las pruebas del interés, y en tal caso un grande se convierte entonces en innoble; pero, y así deseo que sea usted, Félix, la verdadera cortesía implica un pensamiento cristiano; es como la flor de la caridad, y consiste en olvidarse realmente de sí mismo. En recuerdo de Enriqueta, no sea usted una fuente sin agua; tenga el espíritu y la forma. No tema usted ser con frecuencia la víctima de esa virtud social, pues tarde o temprano recogerá el fruto de esas semillas, en apariencia arrojadas al viento. Mi padre ha hecho la observación de que una de las maneras más ofensivas de la cortesía mal entendida es el abuso de las promesas. Cuando le pidan alguna cosa que no pueda hacer, rehuse lisa y llanamente, sin dejar una falsa esperanza, pero conceda con presteza lo que quiera otorgar; así adquirirá la gracia de la negativa y la de la concesión, doble lealtad que eleva maravillosamente un carácter: no sé si se nos odia más por una esperanza fallida que se nos quiere por el agradecimiento de un favor. Sobre todo, amigo mío, pues esto está en mis atribuciones, no sea usted confiado, ni vulgar, ni precipitado:

¡tres escollos! La demasiada confianza disminuye el respeto, la vulgaridad nos vale el desprecio, el celo excesivo hace que nos exploten. Por otra parte, hijo querido, no tenga en el mundo mas que dos o tres amigos; su confianza entera es su patrimonio, y dársela a muchos, ¿no es hacerles traición? Si se une con algunos hombres más íntimamente que con otros, sea discreto consigo mismo, sea reservado como si algún día debiera tenerlos por competidores, por adversarios o por enemigos; los azares de la vida pueden disponerlo así. Guarde, pues, una actitud que no revele frialdad ni efusión, y sepa encontrar esa línea media en que un hombre puede permanecer sin compromiso alguno. Sí: el hombre galante está tan lejos de la baja complacencia de Filinto como de la áspera virtud de Alcestes. El genio del poeta cómico brilla en la indicación del justo medio que agrada a los espectadores de buen gusto; ciertamente que más se inclinarán hacia los ridículos de la virtud que hacia el soberano desprecio oculto bajo la honradez del egoísmo; pero sabrán preservarse del uno y del otro. En cuanto a la vulgaridad, si puede hacer que algunos necios digan que es usted un hombre encantador, en cambio las personas acostumbradas a sondar, a valuar las capacidades humanas, rebajarán la tasa, y pronto perderá la consideración, porque la vulgaridad es el recurso de los débiles, y los débiles son desgraciadamente despreciados en una sociedad que no ve mas que un órgano en cada uno de sus miembros; y tal vez tenga razón,

porque la Naturaleza condena a muerte a los seres imperfectos. Así, puede ser que las conmovedoras protecciones de la mujer sean engendradas por el placer que encuentra en luchar contra una fuerza ciega, y en hacer triunfar la inteligencia del corazón sobre la brutalidad de la materia; pero la sociedad, más madrastra que madre, adora a los hijos que halagan su vanidad. En cuanto al celo, ese primero y sublime error de la juventud, que encuentra un placer real en desplegar sus fuerzas y empieza así por ser víctima de sí mismo antes de serlo de otro, guárdelo para los sentimientos correspondidos; guárdelo para la mujer y para Dios; no traiga usted al bazar del mundo ni a las especulaciones de la política tesoros, a cambio de los cuales sólo le darán quincalla. Debe creer la voz que le ordena la nobleza en todo, tanto más cuanto que le suplica que no la prodigue inútilmente, porque por desgracia los hombres se estiman en razón de la utilidad, sin tener en cuenta para nada el valor intrínseco: para emplear una imagen que se grabe en su poético espíritu, aunque la cifra sea de grandeza desmesurada, esté grabada en oro, esté escrita en lápiz, nunca será mas que una cifra. Como ha dicho un hombre de esta época: «Y, sobre todo, nada de celo.» El celo está muy cerca del engaño y causa grandes errores; jamás encontrará usted a su lado un calor en armonía con el suyo; los reyes, como las mujeres, creen que todo les es debido. Por triste que sea este principio, es verdadero, pero no desflora el alma. Co-

loque usted sentimientos puros en lugares inaccesibles, donde sus flores sean miradas con pasión, donde el artista sueñe con amor en su obra maestra. Los deberes, amigo mío, no son sentimientos; hacer lo que se debe no es hacer lo que place. Un hombre debe ir fríamente a morir por su patria y puede dar con alegría su vida a una mujer. Una de las reglas más importantes de la ciencia del buen tono es un silencio casi absoluto sobre uno mismo. Tenga el capricho de hablar de usted a gentes simplemente conocidas; entéreles de sus sufrimientos, de sus placeres o de sus negocios, y verá la indiferencia sucediendo al interés ficticio, y luego, si la señora de la casa no le interrumpe políticamente, cada cual se alejará bajo pretextos buscados con habilidad. ¿Quiere usted, por el contrario, reunir todas las simpatías, pasar por un hombre amable y espiritual? Hable de los demás; busque un medio de ponerlos en escena, aunque sea iniciando cuestiones en apariencia inconciliables con los individuos; las frentes se inclinarán, los labios le sonreirán, y, cuando haya partido, todos harán su elogio. Su conciencia y la voz del corazón le dirán el límite en que empieza la bajeza de la lisonja y concluye la gracia de la conversación. Una palabra todavía sobre los discursos en público: la juventud se inclina siempre hacia una rapidez de juicio que le honra, pero que le perjudica, y de ahí nace el silencio impuesto por la antigua educación a los jóvenes que permanecían cerca de los grandes una temporada, durante la cual

estudiaban la vida, pues entonces la nobleza, como el arte, tenía sus aprendices, sus pajes adictos a los señores que los mantenían. Hoy la juventud posee una ciencia de estufa que la impulsa a juzgar con severidad las acciones, las ideas y los escritos y que corta como el filo de una espada que aun no ha servido. No caiga usted en ese error; sus sentencias serían censuras que herirían muchas susceptibilidades, y tal vez se perdona menos una herida secreta que una ofensa públicamente causada. Los jóvenes no tienen indulgencia, porque no conocen la vida ni sus dificultades; la crítica de los viejos es benévola y dulce; la de los jóvenes es implacable; aquélla lo sabe todo, ésta no sabe nada. Por otra parte, hay en el fondo de todas las acciones humanas un laberinto de razones determinantes, de las cuales se ha reservado Dios el juicio definitivo. No sea usted severo sino para sí mismo. Su fortuna está delante de usted; pero nadie en el mundo puede hacer la suya sin ayuda de otro. Frecuente usted la casa de mi padre; tiene sus puertas abiertas; las relaciones que allí se cree le servirán en muchas ocasiones; pero no ceda una pulgada de terreno a mi madre, que aplasta al que se le entrega y admira la altivez del que la resiste: se parece al hierro, que batido puede unirse al hierro, pero que rompe con su contacto todo lo que no tiene su dureza; cultive su trato, y si le quiere bien, ella le introducirá en los salones donde adquirirá esa fatal ciencia del mundo, el arte de escuchar, de hablar, de responder, de presentarse,

de salir; el lenguaje adecuado, esa «cosa» especial que no es mas que la superioridad de la costumbre, que no constituye el genio, pero sin la cual el talento más brillante jamás sería admitido. Le conozco demasiado para estar segura de no engañarme viéndole de antemano como yo anhelo que sea: sencillo en las maneras, dulce en las palabras, altivo sin fatuidad, respetuoso con los ancianos, previsor sin servilismo, y discreto, sobre todo. Despliegue su talento, pero no sirva de diversión a los demás, pues, si su superioridad hiere a una medianía, ésta dirá de usted: «Es muy divertido», lo cual es un término de desprecio. Que su superioridad sea siempre leonina. No trate de complacer a los hombres; le recomiendo en sus relaciones con ellos esa frialdad que a veces llega hasta la impertinencia; todos respetan al que los desdeña, y ese desdén le valdrá el favor de las mujeres, que le estimarán en razón del poco caso que haga de los hombres. No admita usted nunca cerca de sí personas desconsideradas, aun cuando no merezcan su reputación, porque el mundo nos pide cuenta de nuestras amistades lo mismo que de nuestros odios; que sus juicios sean en este punto bien y maduramente meditados, pero irrevocables. Cuando los hombres rechazados por usted hayan justificado esa repulsión, los demás buscarán su aprecio; así inspirará ese respeto tácito que tanto engrandece al hombre entre los hombres. Posee usted ya la juventud que agrada, la gracia que seduce, la discreción que conserva las conquistas. Todo lo que

acabo de decirle puede encerrarse en este antiguo lema: «¡Nobleza obliga!»

»Aplique ahora estos preceptos a la política de los negocios. Oirá decir a muchas personas que la flexibilidad y la astucia son elementos de éxito, y que el medio de atravesar la multitud es dividirla para hacerse sitio. Amigo mío, esos principios eran buenos en la Edad Media, cuando los príncipes luchaban con fuerzas rivales, sirviéndose de las unas para destruir a las otras; pero hoy todo está a la vista, y ese sistema le perjudicaría. Con frecuencia encontrará delante de sí bien un hombre leal y verdadero o bien un enemigo traidor, un hombre que procederá por la calumnia, por la maledicencia, por el engaño. Sepa, pues, que en este caso no tiene usted auxiliar más poderoso; el enemigo de ese hombre es él mismo; combátalo con armas nobles, y, tarde o temprano, será despreciado. En cuanto al primero, su franqueza de usted le acarreará su estimación, y conciliando los intereses de ambos (que todo se concilia) le servirá bien. No tema usted hacerse enemigos; desgraciado de aquel que no los tiene en el mundo en que va a entrar; pero trate de no dar motivo ni al ridículo ni a la desconsideración; y digo trate, porque en París un hombre no siempre se pertenece: está sometido a circunstancias fatales y no podrá evitar ni el barro del arroyo, ni la teja que cae. La moral tiene sus arroyos, cuyo lodo arrojan los infames sobre los hombres honrados; pero puede usted hacerse respetar mostrándose siempre, y en todas las

esferas, implacable en sus últimas determinaciones. En este conflicto de ambiciones, en medio de estas dificultades entrecruzadas, vaya siempre derecho al objeto, marche resueltamente a la cuestión, y nunca combata mas que sobre un punto, pero con todas sus fuerzas. Ya sabe usted cuánto odia el señor de Morsauf a Napoleón; le maldice, lo vigila como la justicia al criminal, le pide cuenta de la sangre del duque de Enghien, único infortunio que le ha hecho verter lágrimas; pero, sin embargo, le admira como el mejor de los capitanes, y con frecuencia me ha explicado su táctica. ¿No puede aplicarse esta estrategia a la guerra de intereses? Con ella se economizará tiempo, como en la guerra se economizan hombres y espacio; medite usted esto, porque una mujer se engaña con frecuencia en estas cuestiones, que juzgamos con el instinto y con el sentimiento. Insisto, no obstante, sobre un punto: toda astucia, todo engaño, es al fin descubierto y acaba por perjudicar, en tanto que la situación es clara cuando el hombre se coloca en el terreno de la franqueza. Si pudiese citarle mi ejemplo, le diría que en Clochegourde, obligada por el carácter del señor de Mortsauf a prevenir toda disputa y a resolver en el acto toda cuestión, he ido siempre derecha al objeto y he dicho a mi adversario: «Desatemos o cortemos.» Con frecuencia podrá usted ser útil a los demás y hacerles un favor, sin encontrar recompensas; pero no imite a los que se quejan de los hombres y se alaban de no encontrar mas que ingratos. ¿No es esto po-

nerse sobre un pedestal? ¿Y no es, además, una necedad confesar su poco conocimiento del mundo? ¿Hará usted el bien como un usurero que presta su oro? ¿No lo hará por el bien mismo? *¡Nobleza obliga!* Sin embargo, no haga tales favores que exciten a los hombres a ser ingratos, porque luego serán sus irreconciliables enemigos: hay la desesperación del reconocimiento, como la desesperación de la ruina, que presta fuerzas incalculables. Respecto a usted, acepte de los demás lo menos posible; no sea vasallo de nadie, no dependa sino de sí mismo. Mis advertencias, hijo mío, se refieren sólo a las pequeñeces de la vida. En el mundo político todo cambia de aspecto, y las reglas que rigen la personalidad se doblan ante los grandes intereses; pero, si llega usted a la esfera en que viven los grandes hombres, será, como Dios, el único juez de sus resoluciones; no será entonces un hombre, sino la ley viviente; no será un individuo, sino la encarnación del país. Pero si juzga, también será juzgado: más tarde comparecerá ante los siglos, y usted conoce bastante la Historia para haber apreciado los sentimientos y los actos que engendran la verdadera grandeza.

»Llego a la cuestión grave, a su conducta con las mujeres. En los salones que frecuente, tenga por principio no prodigarse entregándose a las pequeñeces de la coquetería. Uno de los hombres que en el siglo anterior alcanzó mayores triunfos tenía la costumbre de no ocuparse mas que de una sola persona en la misma noche, y de dirigirse a aquellas

que parecían más olvidadas. Y aquel hombre dominó su época. Había calculado sabiamente que en un tiempo dado todo el mundo le elogiaría. La mayor parte de los jóvenes pierden su más valiosa fortuna, el tiempo necesario para crearse relaciones, que son la mitad de la vida social. Como agradan por sí mismos, tienen poco que hacer por lo que se refiere a sus intereses; pero esa primavera es rápida y hay que saber emplearla. Cultive usted el trato de las mujeres influyentes, que son las viejas, las cuales le enseñarán las alianzas y los secretos de todas las familias y las trochas que puedan llevarle a su objeto. Serán suyas de corazón, porque la protección es su último amor, cuando no se hacen devotas; le servirán maravillosamente, le encomiarán y le harán desear. Huya usted de las jóvenes. No crea usted que hay el menor interés personal en lo que le digo. La mujer de cincuenta años lo hará todo por usted, y la de veinte no hará nada; ésta quiere toda su vida; la otra no le pedirá mas que un momento, una atención. Ría con las jóvenes, tómelo todo a broma con ellas, porque no son capaces de tener un pensamiento serio; generalmente, son egoístas, pequeñas, sin amistad verdadera, no aman mas que a sí mismas, y lo sacrifican todo a un éxito. Por otra parte, todas quieren que se sacrifiquen por ellas, y su situación exige que tengan para usted pretensiones inconciliables. Ninguna tendrá en cuenta sus intereses; pensarán todas en sí, y no en usted; le perjudicarán con su vanidad más de lo que puedan servirle con su ad-

hesión; devorarán sin escrúpulo su tiempo, le harán olvidar su fortuna y le destruirán con la mayor gracia del mundo. Si se queja usted, la más estúpida le probará que su guante vale más que el mundo entero y que nada hay más glorioso que servirla. Todas le dirán que dan la felicidad y le harán olvidar su porvenir. La felicidad de ellas es variable, y la grandeza de usted será cierta. No sabe usted qué pérfido arte tienen para satisfacer sus caprichos, para convertir un gusto pasajero en un amor que empieza sobre la tierra y debe continuarse en el cielo. El día que le dejen, le dirán que la frase «le amo» excusaba su amor, y que el amor es involuntario. ¡Doctrina absurda, hijo querido! Créalo: el verdadero amor es eterno e infinito, semejante sólo a sí mismo; es igual y puro, sin demostraciones violentas, y muéstrase con los cabellos blancos, siempre joven de corazón. Nada de eso se encuentra en las mujeres mundanas; todas representan una comedia; ésta le interesará por sus desgracias y parecerá la más dulce y menos exigente de las mujeres, pero cuando se haya hecho necesaria, le hará sentir su voluntad. ¿Quiere usted ser diplomático, ir, venir, estudiar los hombres, los intereses y el país? No; se quedará en París y en sus posesiones, ella le coserá a sus faldas, y será con usted más ingrata cuanta más adhesión le demuestre. Otra intentará interesarle con su sumisión, se hará su paje, le seguirá románticamente al fin del mundo, se comprometerá por conservarle y será como una piedra colgada a su cuello; pero

un día se ahogará usted, y ella sobrenadará. Las mujeres menos astutas tienen infinitos lazos; la más imbécil triunfa, por la poca desconfianza que inspira. La menos peligrosa sería una mujer galante que le amase sin saber por qué, que le dejase sin motivo y volviera a tomarle por vanidad; pero todas le perjudicarán en el presente y en el porvenir. Toda joven que frecuenta el mundo, que vive de placeres y satisfacciones vanidosas, es una mujer medio corrompida, que le corromperá. No será, no, la criatura casta y modesta en cuya alma reine usted siempre. La que le ame vivirá solitaria; sus fiestas más hermosas serán sus miradas; vivirá de sus palabras. Que esa mujer sea para usted el mundo entero, pues usted lo será para ella; ámela mucho, no le cause penas ni le dé rivales, no excite sus celos. Ser amado, hijo mío, y, más que esto, ser comprendido es la felicidad más grande; yo deseo que usted la tenga; pero esté bien seguro del corazón en que deposita sus afectos antes de comprometer la flor de su alma. Esa mujer jamás se pertenecerá, jamás pensará en sí, sino en usted; nada le disputará, no mirará jamás sus propios intereses y adivinará para usted un peligro allí donde usted no lo vea; en fin, si sufre, sufrirá sin quejarse; no tendrá coquetería personal, pero no descuidará lo que le agrade a usted en ella. Responda a ese amor, sobrepujándolo. Si es usted bastante feliz para encontrar lo que le faltará siempre a su amiga, un amor igualmente inspirado, igualmente sentido, recuerde, por mucha que

sea la perfección de ese amor, que en este valle vive para usted una madre cuyo corazón está tan saturado y que jamás podrá medir su profundidad. Sí; le doy un afecto cuya extensión jamás le será conocida; para que se mostrase tal cual es, sería preciso que hubiera usted perdido esa hermosa inteligencia, y entonces no sabría hasta dónde podría llegar mi devoción. ¿Pareceré sospechosa diciéndole que evite la sociedad de las jóvenes, todas más o menos artificiosas, burlonas, vanidosas y livianas, y que se dirija a las mujeres influyentes, a esas imponentes damas llenas de discreción y de experiencia, como lo era mi tía, y que le servirán tan bien, que le defenderán contra las acusaciones secretas, destruyéndolas, y dirán de usted lo que usted no podrá decir? En fin, ¿no me muestro generosa al manifestarle que reserve sus adoraciones para un ángel puro? Si esta frase: «¡Nobleza obliga!» contiene una gran parte de mis primeras recomendaciones, mis advertencias respecto a sus relaciones con las mujeres se encierran también en este lema caballeresco: «Servir a todas, amar a una.»

»Su instrucción es inmensa; su corazón, conservado por el sufrimiento, permanece sin mancha; todo es en usted bello y bueno. No tiene usted mas que querer. Su porvenir está ahora en esta sola palabra: querer, la palabra de los grandes hombres. ¿No es verdad, hijo mío, que obedecerá a su Enriqueta y que le permitirá continuar diciéndole lo que piensa de usted y de sus relaciones en la sociedad? Tengo en el alma una segunda vista que

penetra el porvenir, tanto para usted como para mis hijos; déjeme, pues, usar en su provecho esta facultad, don precioso que ha sido la paz de mi vida y que, lejos de debilitarse, se robustece en la soledad y el silencio. En cambio le pido que me dé una felicidad: quiero verle grande entre los hombres, sin que uno solo de sus triunfos me haga bajar la frente; quiero que eleve rápidamente su fortuna a la altura de su nombre y pueda yo decirme que he contribuído con algo más que con el deseo a su engrandecimiento. Esta secreta cooperación es el único placer que puedo permitirme. Esperaré; no le digo adiós. Estamos separados, no puedo tener mi mano en sus labios, pero sabe perfectamente qué lugar ocupa en el corazón de su

ENRIQUETA.»

Cuando acabé de leer aquella carta, sentí palpitar bajo mis dedos un corazón maternal, precisamente en el momento en que el frío y severo recibimiento de mi madre había extendido sobre mi alma una capa de hielo. Adiviné entonces por qué la condesa me había prohibido leer aquella carta antes de salir de Turena; temía sin duda verme caer a sus pies y sentirlos regados por mis lágrimas.

Por fin conocí a mi hermano Carlos, que hasta entonces había sido para mí casi un extraño, pero en sus menores relaciones me mostró una especie de desdén, que establecía demasiada distancia en-

tre nosotros para que pudiésemos amarnos fraternalmente. Los sentimientos dulces reposan generalmente en la igualdad de las almas, y entre nosotros no había ningún punto de cohesión. Me enseñó doctoralmente esas pequeñeces que la inteligencia o el corazón adivinan.

A propósito de todo parecía desconfiar de mí, y, si no hubiera tenido un gran punto de apoyo en mi amor, me hubiera vuelto tonto afectando creerme un ignorante completo. Sin embargo, me presentó en el medio social donde mi sencillez debía hacer resaltar sus cualidades. Sin las desgracias de mi infancia, hubiera podido tomar por cariño fraternal su vanidad de protector; pero la soledad moral produce los mismos efectos que la soledad terrestre, y así como el silencio permite apreciar los más ligeros ruidos, la costumbre de refugiarse uno en sí mismo desarrolla una sensibilidad cuya delicadeza revela los menores matices del afecto que se nos tiene. Antes de haber conocido a la señora de Mortsauf, una mirada me hería, el sonido de una palabra brusca me desgarraba el corazón, y lloraba sin conocer nada de la vida del cariño; pero a mi vuelta de Clochegourde pude establecer comparaciones que perfeccionaron mi ciencia prematura. La observación que solamente se funda en el dolor es incompleta, porque la felicidad tiene también su luz, y yo me dejé avasallar tanto más voluntariamente por la superioridad del derecho de primogenitura cuanto menos me engañaba Carlos.

Fuí solo a casa de la duquesa de Lenoncourt, donde no oí hablar de Enriqueta, y en donde nadie, a excepción del anciano duque, que era la sencillez misma, me habló de ella; pero en la manera como fuí recibido adiviné las secretas recomendaciones de su hija. Cuando empezaba a perder el cándido asombro que causa a todo principiante la vida del gran mundo; cuando entreveía grandes placeres, comprendiendo los recursos que ofrece a los ambiciosos; cuando me preparaba a poner en práctica los consejos de Enriqueta, admirando su profunda sabiduría, llegaron los acontecimientos del 20 de marzo. Mi hermano se fué con la corte a Gante, y yo, por consejo de la condesa, con quien sostenía activa correspondencia, por mi parte solamente, acompañé al duque de Lenoncourt. La benevolencia habitual del duque se trocó en una sincera protección cuando me vió unido de corazón a los Borbones, y él mismo me presentó a Su Majestad. Los cortesanos de la desgracia son poco numerosos; la juventud tiene sencillas admiraciones, fidelidades desinteresadas; el rey sabía juzgar a los hombres, y tuve la fortuna de agradar a Luis XVIII. Es verdad que lo que en las Tullerías hubiera pasado inadvertido, en Gante, por el contrario, debía ser muy notado. Una carta de la señora de Mortsauf a su padre, traída con varios despachos por un emisario de los vendeanos, y en la que había una palabra para mí, me hizo saber que Santiago estaba malo. El señor de Mortsauf, verdaderamente desesperado, tanto por la enfermedad de su hijo

como por ver que una segunda emigración empezaba sin él, había añadido algunas frases que me hicieron adivinar la situación de mi amada. Atormentada indudablemente por su marido, cuando pasaba todos sus instantes a la cabecera de la cama de Santiago; no teniendo reposo de día ni de noche; superior a las incomodidades, pero sin fuerzas para dominarse cuando consagraba toda su alma a cuidar a su hijo, Enriqueta debía necesariamente desear el socorro de una amistad que había hecho su vida menos pesada, aunque no fuese mas que para servirla entreteniendo al señor de Mortsauf. Muchas veces había yo conseguido alejar al conde cuando trataba de atormentarla, inocente astucia cuyo éxito me había valido algunas de esas miradas que expresan un reconocimiento apasionado en que el amor ve promesas. Aunque estaba impaciente por marchar sobre las huellas de Carlos, enviado recientemente al Congreso de Viena; aunque quería, a riesgo de mi existencia, justificar las predicciones de Enriqueta y emanciparme de la tutela fraternal, mi ambición, mis deseos de independencia, el interés que tenía en no separarme del rey, todo palideció ante la dolorida imagen de la señora de Mortsauf, y resolví abandonar la corte de Gante para ir a servir a mi verdadera soberana. Dios me recompensó. El emisario enviado por los vendeanos no podía volver a Francia, y el rey necesitaba un hombre adicto que se atreviese a llevar sus instrucciones. El duque de Lenoncourt sabía que el rey no olvidaría jamás

al que se encargase de aquella peligrosa empresa; me ofreció al rey, sin consultarme, y yo acepté con alegría, feliz con poder volver a Clochegourde sirviendo a la buena causa. Después de haber sido recibido en audiencia secreta por el rey, volví a Francia, y tanto en París como en la Vendée tuve la dicha de cumplir los deseos de Su Majestad.

Hacia fines de mayo, perseguido por las autoridades bonapartistas, a las cuales había sido señalado, me vi obligado a huir disfrazado de labrador, caminando a pie a través de la Alta Vendée, del Bocage y del Poitou, y cambiando de ruta siempre que me era necesario, Llegué a Saumur, de Saumur fuí a Chinon, y de Chinon, en una sola noche, gané los bosques de Nueil, donde encontré al conde a caballo y en medio de una landa. Me tomó a la grupa y me llevó a su casa, sin que encontrásemos a nadie que hubiera podido reconocerme.

—Santiago está mejor—fué su primera palabra.

Le confesé mi posición de emisario político perseguido como una bestia feroz, y el noble se atrincheró en su realismo para disputar a Chessel el peligro de recibirme.

Al percibir Clochegourde me pareció que los ocho meses que acababan de pasar eran un sueño. Cuando entramos en el salón, el conde dijo a su mujer:

—Adivina quién viene conmigo... ¡Félix!

—¡Es posible!—exclamó la condesa dejando caer los brazos; tanta era su sorpresa.

Me dejé ver, y los dos permanecimos inmóviles:

ella, clavada en su sillón; yo, en el umbral de la puerta, contemplándonos con la fija avidez de dos amantes que quieren indemnizarse con una sola mirada de todo el tiempo perdido; pero, avergonzada de una sorpresa que dejaba al descubierto su corazón, se levantó y se acercó a mí.

—¡Mucho he rezado por usted!—me dijo después de darme a besar su mano.

Me pidió noticias de su padre, y luego, adivinando mi fatiga, fué a ocuparse de mi habitación, en tanto que el conde me hacía dar de comer, porque me estaba muriendo de hambre. Enriqueta me destinó la habitación que estaba encima de la suya, es decir, la de su tía, adonde hizo que el conde me condujese, después de poner el pie sobre el primer peldaño de la escalera, dudando tal vez si hacía bien en acompañarme: yo me volví; ella se ruborizó, me deseó buena noche y se retiró precipitadamente. Cuando bajé para comer supe la derrota de Waterloo, la fuga de Napoleón, la marcha de los aliados sobre París y la vuelta probable de los Borbones. Estos acontecimientos, que lo eran todo para el conde, no fueron nada para nosotros. La noticia más importante para mí, pues no hablo de mis alarmas viendo a la condesa pálida y delgada, porque comprendía el estrago que podía causar un solo gesto de extrañeza y no demostraba mas que el placer de verla, la noticia más importante para mí, repito, y para ella fué ésta:

—¡Tendrá usted hielo!

Muchas veces, durante el último verano, había

sentido no tener agua bastante fresca para mí, que, no bebiendo otra cosa, la prefería helada, y al precio de infinitos trabajos e importunidades había hecho construir una nevera. Sabes mejor que nadie que al amor le basta una palabra, una mirada, una inflexión de voz, una atención ligera en apariencia; su más bello privilegio es probarse por sí mismo. Pues bien: su acento, su mirada, su placer, me revelaron la existencia de sus sentimientos, como antes yo le había mostrado los míos por medio de mi conducta en el juego. Pero los testimonios de su ternura no pararon en esto; siete días después de mi llegada, Enriqueta había recobrado su frescura, brillante de salud, de alegría y de juventud; volví, pues, a encontrar mi gentil azucena embellecida, del mismo modo que encontraba aumentados los tesoros de mi corazón. Solamente en los espíritus mezquinos, en los corazones vulgares, puede la ausencia debilitar los sentimientos, borrar los rasgos del alma y disminuir las bellezas de la persona amada. Para las imaginaciones ardientes, para esos seres a cuya sangre presta el entusiasmo más color y más vida, y en quienes la pasión toma la forma de la constancia, ¿no produce la ausencia el mismo efecto de los tormentos que afirmaban la fe de los primeros cristianos y les hacían visible el propio Dios? ¿No existen en un corazón lleno de amor deseos incesantes que dan más precio a las formas ansiadas, haciéndolas entrever iluminadas por el fuego de los sueños? ¿No se experimentan irritaciones que comunican la be-

lleza de lo ideal a las facciones preferidas? El pasado, recogido recuerdo a recuerdo, se engrandece, y el porvenir se puebla de esperanzas. Entre dos corazones en que abundan esos celajes eléctricos, la primera entrevista viene a ser como una tempestad bienhechora que reanima la tierra y la fecunda, llevándole las súbitas luces del rayo. ¡Cuán dulces placeres experimentaba viendo que en nosotros estos pensamientos y estos afectos eran recíprocos! ¡Con qué alegría contemplaba los progresos de la felicidad de Enriqueta! Una mujer que revive bajo las miradas del hombre amado da una prueba de amor más grande tal vez que la que da la que muere asesinada por una duda o marchita como una flor por falta de savia: no sé cuál de las dos es más conmovedora. El renacimiento de la señora de Mortsauf fué natural, como los efectos del mes de mayo en las praderas, como los del sol y el agua sobre las plantas agostadas. Como nuestro valle de amor, Enriqueta había tenido su invierno, y como él, renacía en la primavera. Antes de comer bajamos a la azotea, y allí, acariciando los bucles de su pobre niño, me refirió las noches pasadas a la cabecera del enfermo. Según me dijo, durante aquellos tres meses había tenido una vida completamente interna; había habitado como en un palacio sombrío, temiendo entrar en suntuosos departamentos donde brillaban luces, donde se daban fiestas para ella prohibidas, y a las puertas de las cuales permanecía con un ojo sobre su hijo y el otro sobre un fantasma indeciso;

con un oído para escuchar sus dolores y otro para oír su voz. Me recitó poesías inspiradas por la soledad, tan bellas como no las ha escrito ningún poeta, pero sencillamente sin comprender que hubiese en ellas el menor vestigio de amor, ni la menor huella de pensamientos voluptuosos, ni ese perfume oriental del sentimiento, suave como una rosa de Frangistán. Cuando el conde se unió a nosotros, Enriqueta continuó en el mismo tono, a fuer de mujer altiva que puede mirar a su marido y depositar sin ruborizarse un beso en la frente de su hijo. Había orado mucho y había tenido a Santiago noches enteras bajo sus manos juntas, no queriendo que muriese.

—Iba—decía—hasta las puertas del santuario a pedir a Dios por su vida.

Había tenido visiones y me las refirió; pero en el momento en que su voz angelical pronunciaba estas palabras maravillosas: «Cuando yo dormía, mi corazón velaba», el conde la interrumpió diciendo:

—Es decir, que casi has estado loca.

Enriqueta calló, presa de un vivo dolor, como si fuese aquella la primera herida que recibía, como si hubiera olvidado que nunca, en el espacio de trece años, había dejado aquel hombre de dirigirle una flecha al corazón. Ave sublime, alcanzada en su vuelo por aquel plomo grosero, cayó en una especie de abatimiento estúpido.

—Caballero—dijo después de una pausa—¿jamás ha de encontrar gracia una de mis palabras

ante el tribunal de su talento? ¿Jamás tendrá usted indulgencia para mi debilidad, ni ha de comprender mis ideas de mujer?

Se detuvo: aquel ángel se arrepentía ya de sus murmullos, y medía con una mirada su pasado y su porvenir. ¿Podría ser comprendida? ¿No iba, por el contrario, a sufrir un violento apóstrofe? Sus venas azuladas latieron vigorosamente en sus sienes, sus ojos permanecieron secos, sus pupilas azules languidecieron, y bajó la mirada hacia el suelo para no ver en la mía su pena engrandecida, sus sentimientos adivinados, su alma acariciada en mi alma, y, sobre todo, la compasiva cólera de un amor joven, dispuesto como un perro fiel a devorar al que hiriese a su dueña, sin discutir la fuerza ni la calidad del agresor. Había que ver en aquellos momentos el aire de superioridad que tomaba el conde; creía triunfar de su mujer, y la anonadaba con una granizada de frases que repetían la misma idea y que se asemejaban a hachazos que devolvían el mismo eco.

—¿Continúa siempre el mismo?—pregunté cuando el conde se alejó, llamado por el picador, que venía a buscarle.

—Siempre—me respondió Santiago.

—Siempre excelente, hijo mío—repuso Enriqueta, tratando así de substraer al señor de Mortsauf al juicio de sus hijos—. Tú ves el presente, pero ignoras el pasado, y no podrías juzgar a tu padre sin cometer alguna injusticia. De todos modos, aunque tuvieses el dolor de ver que tu padre caía

en alguna falta, el honor de la familia exige que sepultes tales secretos en el silencio más profundo

—¿Y cómo van las obras de la Cassine y la Rhétorière?—le pregunté para sacarla de sus amargos pensamientos.

—Mejor de lo que yo esperaba—me respondió—. Concluídos hace poco tiempo los edificios, hemos encontrado arrendatarios excelentes, que han tomado la una en cuatro mil quinientos francos, pagados los impuestos, y la otra en cinco mil, siendo el arrendamiento por quince años. Hemos plantado tres mil pies de árboles en las dos nuevas posesiones: el pariente de Manette está muy encantado con la Rabelaye, y Martineau tiene la Baude. La hacienda de nuestros cuatro arrendatarios consiste en prados y bosques, a los cuales no llevan, como hacen otros colonos poco concienzudos, los abonos destinados a nuestras tierras de labor; así, pues, «nuestros» esfuerzos han sido coronados por el mayor éxito. Clochegourde, sin las reservas, a las que llamamos la hacienda del castillo, sin los bosques y los cercados, produce diez y nueve mil francos, y las plantaciones hechas nos han preparado muy buena anualidad. Ahora trato de conseguir que se den nuestras tierras reservadas a Martineau, el guarda, a quien su hijo reemplazará en este puesto, y que ofrece tres mil francos si el señor conde le construye una granja en la *commanderie*. Podríamos entonces limpiar las tierras de Clochegourde, acabar la alameda proyectada hasta el camino de Chinon y no tener que cuidar mas que

de las viñas y el arbolado. Si el rey, como es probable, vuelve, cobraremos otra vez «nuestra» pensión y consentiremos en todo, después de algunos días de lucha contra el buen sentido de «nuestra» mujer. La fortuna de Santiago será, pues, indestructible; obtenidos estos resultados, dejaré a mi esposo atesorar para Magdalena, a quien, por otra parte, el rey dotará, según costumbre. Mi misión está cumplida y tengo tranquila la conciencia. ¿Y usted?

Le expliqué mi misión y le hice ver hasta qué punto su consejo había sido sabio y fructuoso. ¿Estaba acaso dotada de segunda vista para presentir así los acontecimientos?

—¿No se lo he escrito a usted?—me respondió—. Sólo para usted puedo ejercer esa facultad sorprendente, de la cual no he hablado mas que al señor de la Berge, mi confesor, que se la ha explicado por una intervención divina. Con frecuencia, después de algunas profundas meditaciones provocadas por temores respecto al estado de mis hijos, mis ojos se cerraban para las cosas de la tierra y penetraban en otra región. Cuando veía a Santiago y a Magdalena rodeados de una aureola luminosa, mis hijos estaban seguros de disfrutar durante algún tiempo de buena salud; si los veía envueltos en niebla, pronto caían enfermos. A usted no solamente lo veo siempre brillante, sino que oigo una voz dulcísima que, sin palabras, por una comunicación mental, me participa lo que usted debe hacer.

—¿Por qué ley no puedo usar de ese don mara-

villoso sino para mis hijos y para usted?—dijo cayendo en el ensueño—. ¿Acaso Dios quiere servirles de padre?—se preguntó después de una pausa.

—Déjeme usted creer—le dije—que no obedezco mas que a usted.

Dirigióme una de aquellas sonrisas que me removían tanto el corazón, que no hubiera sentido entonces un golpe mortal.

—Así que el rey esté en París, deje Clóchegourde y marche allá—repuso—. Tan degradante como pedir empleos y gracias es ridículo no estar preparado para aceptarlos. Van a realizarse grandes cambios; los hombres capaces y seguros serán necesarios al rey, y no debe usted faltarle. Entrará usted joven en los negocios, y le será muy conveniente, porque para los hombres de Estado, como para los actores, hay ciertas pequeñeces del oficio que el genio no revela y que es preciso aprender. Mi padre ha oído esto al duque de Choiseul.

Y, después de una pausa, añadió:

—Piense usted en mí; hágame experimentar los placeres de la superioridad en un alma toda pura. ¿No es usted mi hijo?

—¡Su hijo!—repuse con cierta tristeza.

—Nada más que mi hijo—dijo burlándose de mí—. ¿No es tener un buen puesto en mi corazón?

Sonó la campana para comer. Tomó mi brazo y se apoyó en él con placer.

—Ha crecido usted—me dijo al subir la escalera.

Cuando estuvimos en la escalinata me agitó el brazo, como si mis miradas la hiriesen demasiado

vivamente, pues, aunque tenía los ojos bajos, sabía muy bien que sólo a ella miraba, y me dijo con un aire de falsa impaciencia, lleno de gracia y de coquetería:

—Vamos a ver un momento nuestro querido valle.

Se volvió, cubrió nuestras cabezas con su sombrilla de seda blanca, poniendo a su lado a Santiago, y el movimiento de cabeza con que me mostró el Indre, la barca, los prados y las colinas me probó que desde mi estancia y nuestros paseos había contemplado muchas veces aquellos desvanecidos horizontes con sus sinuosidades vaporosas. La Naturaleza era el manto con que abrigaba sus pensamientos. Ahora sabía ya lo que suspira el ruiseñor durante la noche, y lo que repite el cantor del pantano, lanzando su quejumbrosa nota.

Por la noche, a las ocho, fuí testigo de una escena que me conmovió profundamente y que jamás había podido ver, pues siempre me quedaba a jugar con el señor de Mortsauf, en tanto que la condesa pasaba al comedor antes de acostar a sus hijos. La campana sonó dos veces y acudieron todas las gentes de la casa.

—Es usted nuestro huésped; sométase a la regla general del convento—dijo Enriqueta cogiéndome por la mano con ese aire de broma inocente que distingue a las mujeres verdaderamente piadosas.

El conde nos siguió. Amos, niños, criados, todos descubrieron sus cabezas y se arrodillaron, colo-

cándose en los sitios de costumbre. Tocaba a Magdalena decir las oraciones: la hermosa niña las recitó con voz infantil, cuyos tonos ingenuos se destacaron claramente en el armonioso silencio del campo y prestaron a sus frases ese santo candor de la inocencia, que es la gracia de los ángeles. Fué la oración más conmovedora que he oído en mi vida. La Naturaleza respondía a las palabras de la niña con esos mil murmullos de la tarde, semejantes al sonido de un órgano ligeramente pulsado. Magdalena estaba a la derecha de la condesa, y Santiago a la izquierda. Los graciosos rizos de aquellas dos cabezas, entre las cuales se elevaba el elegante peinado de su madre, y que dominaban los cabellos enteramente blancos y el cráneo desnudo del señor de Mortsauf, componían un cuadro cuyos colores repetían, en cierto modo, al espíritu las ideas inspiradas por la melodía de la oración; en fin, para satisfacer las condiciones de unidad que exige lo sublime, aquella recogida asamblea estaba envuelta por la dulce luz del sol poniente, cuyos tintes rojizos coloreaban la sala, dejando creer a las almas poéticas o supersticiosas que el fuego del cielo visitaba a aquellos fieles servidores de Dios, arrodillados ante él sin distinción de rangos, en la santa igualdad apetecida por la Iglesia. Mis pensamientos, recordando los días de la vida patriarcal, engrandecían todavía más aquella escena, tan grande ya por su sencillez.

Los niños dieron las buenas noches a su padre, y los criados nos saludaron; la condesa salió lle-

vando de la mano a sus dos hijos, y yo fuí al salón con el conde.

—Le obligaremos a ganar su salvación por allá y su infierno por aquí—me dijo alegremente, indicándome el chaquete.

La condesa se reunió con nosotros media hora después y puso su bastidor cerca de la mesa de juego.

—Esto es para usted—dijo extendiendo el cañamazo—; pero durante tres meses mi obra ha adelantado muy poco; entre este clavel rojo y esta rosa mi hijo ha estado enfermo.

—Vamos, vamos—repuso el señor de Mortsauf—, no hablemos más de eso. El cinco seis, señor enviado del rey.

Cuando fuí a acostarme me quedé inmóvil y en silencio para oirla ir y venir por su cuarto. Si ella permanecía tranquila y pura, yo en cambio estaba asediado por locas ideas que me inspiraban intolerables deseos. ¿Por qué no había de ser mía? ¿Estaba, acaso, sumergida como yo en la tormentosa agitación de los sentidos? A la una de la madrugada salí de mi cuarto, bajé la escalera sin hacer el menor ruido, llegué delante de su puerta y permanecí inmóvil: apliqué el oído a la cerradura y oí su respiración, dulce e igual como la de un niño. Cuando me dominó el frío, volví a subir, me metí en la cama y dormí tranquilamente hasta muy entrado el día. No sé a qué predestinación, a qué naturaleza debo atribuir el placer que experimento en adelantar hasta el borde del abismo, sondar el

precipicio del mal, interrogar su fondo, sentir su frío y retirarme después sobrecogido. Aquella hora de la noche pasada en el umbral de su puerta, donde lloré de rabia, sin que Enriqueta supiese jamás que al día siguiente ella misma había pisado mis lágrimas y mis besos; su virtud, tan pronto destruída como respetada, maldecida como adorada; aquella hora, estúpida a los ojos de muchos, fué una inspiración de ese sentimiento desconocido que impulsa a los militares, pues muchos me han dicho haber jugado así su vida, arrojándose delante de una batería para saber si escaparían a la metralla y si serían felices sondeando de ese modo el abismo de las probabilidades, fumando, como Juan Bart, sobre un barril de pólvora. Al día siguiente, fuí a coger flores e hice dos ramilletes; admirólos el conde, a quien nada de esto conmovía, y para quien parecía hecha la frase de Champcenetz: «Hace calabozos en el aire.»

Pasé algunos días en Clochegourde, haciendo cortas visitas a Frapesle, donde, sin embargo, comí tres veces. El ejército francés ocupó Tours, y aunque yo fuese evidentemente la vida y la salud de la señora de Mortsauf, ésta me obligó a marchar a Chateauroux, para volver a toda prisa a París, por Issoudún y Orleans. Quise resistir, pero me impuso silencio, diciéndome que el genio familiar había hablado, y obedecí. Nuestra despedida fué, aquella vez, acompañada de lágrimas. Enriqueta temía la fuerza de seducción del mundo en que iba a vivir. ¿No era preciso entrar seriamente en el

torbellino de pasiones, de intereses y de placeres, que hacen de París un mar tan peligroso para los amores castos como para la pureza de las conciencias? Le prometí escribirle cada noche los sucesos y los pensamientos del día, aun los más triviales, y a este ofrecimiento apoyó su lánguida cabeza sobre uno de mis hombros, diciendo:

—No olvide usted nada; todo me interesará.

Me dió cartas para los duques de Lenoncourt, en cuya casa me presenté al día siguiente de mi llegada.

—Tiene usted suerte—me dijo el duque—; coma usted aquí, venga conmigo esta noche a palacio: su fortuna está hecha. El rey le ha nombrado esta mañana diciendo: «Es joven, capaz y fiel.» El rey sentía no saber si estaba usted muerto o vivo, y adónde lo habían llevado los sucesos, después de haber cumplido tan bien su misión.

Aquella noche era ya auditor del Consejo de Estado y tenía al lado de Luis XVIII un empleo secreto de duración igual a la de su reinado, puesto de confianza, sin favor aparente, pero sin peligro de desgracia, que me colocó en el corazón del Gobierno y fué el origen de mi prosperidad. La señora de Mortsauf había visto bien, y, por consiguiente, se lo debía todo: placer y riqueza, felicidad y ciencia. Ella me guiaba y me fortalecía, purificaba mi corazón y daba a mis deseos esa unidad sin la cual las fuerzas de la juventud se gastan inútilmente. Más tarde tuve un colega. Cada uno de nosotros estaba de servicio durante seis meses, y podíamos suplirnos uno a otro en el tra-

bajo. Teníamos cuarto en palacio, carruaje y buenas retribuciones para nuestros gastos, cuando viajábamos. ¡Singular situación! Eramos los discípulos secretos de un monarca, a cuya política han hecho después sus enemigos brillante justicia; nos veíamos obligados a juzgarlo todo, así lo interior como lo exterior; no teníamos influencia aparente, siendo a veces consultados como Laforêt por Molière, y sentíamos las vacilaciones de una vieja experiencia afirmada por la conciencia de la juventud. Nuestro porvenir, por otra parte, se había fijado de manera que podía satisfacer nuestra ambición. Además de mi sueldo de auditor, pagado por la tesorería del Consejo, el rey me daba mil francos mensuales de su caja, y con frecuencia añadía algunas gratificaciones. Aunque el rey comprendía que un joven de veintitrés años no resistiría mucho tiempo al trabajo con que me cargaba, mi colega, hoy par de Francia, no fué elegido hasta el mes de agosto de 1817. Esta elección era tan difícil, exigían nuestras funciones tantas cualidades, que el rey tardó mucho tiempo en decidirse, y aun me hizo el honor de preguntarme con cuál de los jóvenes entre quienes vacilaba me avendría mejor. Uno de ellos era un antiguo camarada mío de la pensión Lepître, y no se lo indiqué. Su majestad me preguntó el porqué.

—El rey—le dije—ha escogido hombres igualmente fieles, pero de capacidades diferentes, y he nombrado al que creo más hábil, seguro de avenirme bien con él.

Mi juicio coincidió con el del rey, que siempre me agradeció el sacrificio que le había hecho en aquella ocasión. Me dijo:

—Usted será el primero.

Y no dejó ignorar esta circunstancia a mi colega, quien, en pago de este servicio, me concedió su amistad. La consideración que me mostró el duque de Lenoncburt fué la medida del aprecio con que me distinguió la sociedad. «El rey se interesa vivamente por ese joven; ese joven tiene un gran porvenir.» Estas frases comunicaban a la graciosa acogida de que los jóvenes son objeto ese no sé qué concedido generalmente al poder. Ya en casa del duque de Lenoncourt, ya en casa de mi hermana, que por aquella época se casó con mi primo el marqués de Listomère, hijo de aquella vieja dama a quien en mi juventud visitaba en la isla de San Luis, fuí insensiblemente conociendo a las personas más influyentes del barrio de Saint-Germain.

Enriqueta, por medio de la princesa de Blamont-Chauvry, de quien era sobrina, me introdujo muy pronto en el corazón de la alta sociedad, y escribía tan calurosamente a su tía respecto de mí, que la princesa me invitó a frecuentar su casa. Cultivé su trato, supe agradarla y llegó a ser, no mi protectora, sino una amiga, cuyos sentimientos tenían algo de maternal. La anciana princesa se empeñó en hacer que intimase con su hija la señora de Espard, con la duquesa de Langeais, con la vizcondesa de Beauséant y con la duquesa de Maufrigneuse, mujeres que unas tras otras empu-

ñaron el cetro de la moda, y que fueron tanto más amables conmigo cuanto que estaba siempre dispuesto a servirlas, sin tener respecto a ellas pretensión ninguna. Mi hermano Carlos, lejos de tratarme con despego, se apoyó entonces en mí; pero aquel rápido exito le inspiró una secreta envidia, que más tarde me causó muchos disgustos. Mi padre y mi madre, sorprendidos por aquella fortuna inesperada, sintieron halagada su vanidad y me adoptaron al fin como hijo suyo; pero como su sentimiento era en cierto modo artificial, por no decir falso, este cambio tuvo poca influencia en mi corazón ulcerado; además, los afectos teñidos de egoísmo excitan pocas simpatías: el corazón aborrece los cálculos interesados, de cualquier género que sean.

Yo escribía fielmente a mi querida Enriqueta, que me contestaba una o dos cartas al mes. Su espíritu se cernía aún sobre mí, su pensamiento atravesaba las distancias y me creaba una atmósfera pura. Ninguna mujer podía cautivarme, y el rey llegó a conocer mi reserva; en este punto era de la escuela de Luis XV, y me llamaba riendo la «señorita de Vandenesse»; pero la pureza de mi conducta le agradaba mucho. Tengo la convicción de que la paciencia a que me había acostumbrado durante mi infancia, y sobre todo en Clochegourde, me sirvió de mucho para cautivar la merced del rey, que fué siempre excelente para mí. Tuvo sin duda el capricho de leer mis cartas, pues no siguió mucho tiempo engañándose sobre mi vida de señorita.

Un día estaba escribiendo bajo el dictado del rey, y viendo éste entrar al duque de Lenoncourt, que estaba de servicio, nos envolvió en una mirada maliciosa.

—¡Qué! ¿Quiere vivir siempre ese diablo de Mortsauf?—dijo con aquella voz a la que sabía comunicar tan bien la mordacidad del epigrama.

—Siempre—respondió el duque.

—La condesa de Mortsauf es un ángel, a quien quisiera ver por aquí—repuso el rey—; pero si yo no puedo conseguirlo, mi canciller será más feliz.

Y, dirigiéndose a mí, añadió:

—Tiene usted seis meses de licencia; me decido a darle por colega al joven de quien hablamos ayer. Diviértase usted mucho en Clochegourde, caballero Catón.

Y salió del gabinete sonriendo.

Volé como una golondrina a Turena. Por primera vez iba a presentarme ante la que amaba, no solamente un poco menos cándido, sino también con el aspecto de un joven elegante, cuyas maneras se habían formado en los salones más aristocráticos, a cuya educación habían contribuído las mujeres de mejor tono, que había recogido el precio de sus sufrimientos y puesto en práctica las inspiraciones del ángel más bello a quien el cielo haya encomendado la guarda de un niño. Ya sabes cómo estaba equipado durante los tres meses de mi primera estancia en Frapesle. Cuando volví a Clochegourde, después de mi misión en la Vendée, estaba vestido como un cazador; llevaba chaqueta

verde con botones blancos, pantalón rayado, polainas de cuero y zapatos, y la marcha y los obstáculos me habían destrozado tanto, que el conde tuvo que prestarme ropa blanca. Dos años de permanencia en París, la costumbre de estar al lado del rey, las caricias de la fortuna, terminado mi desarrollo, una fisonomía joven que recibía un lustre inexplicable de la palidez de un alma magnéticamente unida al alma pura que desde Clochegourde irradiaba sobre mí, todo me había transformado: tenía firmeza sin fatuidad, estaba interiormente satisfecho de encontrarme, a pesar de mi juventud, en la cúspide de los negocios, y tenía la conciencia de ser el secreto sostén y la oculta esperanza de la mujer más adorable de la tierra. Tal vez me dominó un pequeño sentimiento de vanidad cuando el látigo de los postillones resonó en la nueva avenida que desde el camino de Chinon conducía a Clochegourde, y cuando una verja que yo desconocía se abrió en medio de una cerca circular recientemente construída. Queriendo causar una sorpresa a mi amada Enriqueta, no le había escrito mi llegada, e hice doblemente mal, primero, porque experimentó el sobrecogimiento que produce un placer mucho tiempo esperado, pero considerado imposible, y después, porque me probó que todas las sorpresas calculadas son de mal gusto.

Cuando Enriqueta vió un hombre en quien no había visto mas que un niño, bajó sus ojos hacia la tierra con un movimiento de trágica lentitud, se dejó coger y besar la mano sin demostrar aquel pla-

cer íntimo que me advertía casi siempre un estremecimiento de sensitiva, y cuando alzó el rostro para mirarme la vi pálida.

—Vamos, veo que no olvida usted a sus viejos amigos—me dijo el señor de Mortsauf, que no estaba cambiado ni envejecido.

Los dos niños me saltaron al cuello, y distinguí en la puerta la grave figura del abate Dominis, preceptor de Santiago.

—No—respondí—, y desde hoy tendré cada año seis meses de licencia, que siempre les pertenecerán.

Y volviéndome a la condesa, y pasándole el brazo por la cintura para sostenerla en presencia de toda la familia, añadí:

—Y usted, ¿qué tiene?

—Déjeme usted—me respondió retrocediendo—, no es nada.

Leí en su alma, y respondí a aquel pensamiento secreto diciendo:

—¿No reconoce usted ya a su fiel esclavo?

Tomó luego mi brazo, dejó al conde, a sus hijos, al abate y a los criados reunidos, y me llevó lejos de todos hacia el jardín, pero quedando al alcance de sus miradas. Cuando juzgó que su voz no podía ser oída me dijo:

—Félix, amigo mío; perdone usted el miedo a quien no tiene mas que un hilo para dirigirse en un laberinto subterráneo y tiembla al ver que se rompe. Repítame que más que nunca soy Enriqueta para usted, que no me abandonará, que nada prevalecerá contra mí, que será siempre un amigo

íntimo. He visto de repente en el porvenir, y no estaba usted en él, como siempre, con la faz brillante y los ojos en mí; me volvía usted la espalda.

—Enriqueta, ídolo de mi alma, cuyo culto es para mí más sagrado que el de Dios; Azucena, flor de mi vida, ¿cómo no sabe usted, usted que es mi conciencia, que estoy de tal manera encarnado en su corazón, que mi alma está aquí cuando mi cuerpo está en París? ¿Tendré que decirle que he venido en diez y seis horas, y que cada vuelta de las ruedas arrastraba un mundo de pensamientos y de deseos, que han estallado como una tempestad apenas la he visto?

—Siga usted, siga usted; estoy segura de mí y puedo oírle sin pecar. Dios no quiere que muera y lo envía hasta mí como dispensa su aliento a sus creaciones, como derrama la lluvia sobre una tierra árida. Hable usted, hable usted. ¿No me ama santamente?

—Santamente.

—¿Por siempre?

—Por siempre.

—¿Como a una Virgen María que debe permanecer digna de sus velos y de su blanca corona?

—Como a una Virgen María visible.

—¿Como a una hermana?

—Como a una hermana demasiado amada.

—¿Como a una madre?

—Como a una madre secretamente deseada.

—¿Caballerosamente? ¿Sin esperanza?

—Caballerosamente, pero con esperanza.

—En fin, ¿como si no tuviera usted mas que veinte años y llevara aquel traje azul del baile?

—¡Oh! Mejor... La amo a usted así, y además...

Me miró con viva ansiedad, y repuse:

—Como la amaba su tía.

—Soy feliz, ha disipado usted mis errores—dijo dirigiéndose hacia su familia, sorprendida de nuestra conferencia secreta—; pero sea usted niño aquí, porque todavía es un niño. Si su política es ser hombre con el rey, aquí consiste en permanecer niño. Niño, será usted amado. Resistiré siempre a la fuerza del hombre; pero ¿qué podré negar al niño? Mi hijo no puede querer nada que yo no le pueda conceder.

Y mirando al conde, a quien nos habíamos reunido, con una expresión maliciosa, en la que reaparecía la joven y su primitivo carácter, exclamó:

—Ya están dichos los secretos. Les dejo y voy a vestirme.

Nunca, desde hacía tres años, había oído su voz tan llena de felicidad. Por primera vez conocí aquellos preciosos gritos de golondrina, aquellas notas infantiles de que te he hablado. Yo había traído de París un traje de caza para Santiago, y para Magdalena un estuche de labor, parecido al que su madre usaba; de este modo reparé la mezquindad a que en otro tiempo me había condenado la tacañería de mi madre. El júbilo que demostraban los dos niños, encantados de enseñarse el uno al otro sus regalos, pareció importunar al conde, siempre disgustado cuando no se ocupaban de él.

Hice, pues, una señal de inteligencia a Magdalena, y seguí al conde, que quería hablarme de sí mismo. Me llevó hacia la azotea, pero nos deteníamos en la escalinata a cada hecho grave que me contaba.

—Mi pobre Félix—me dijo—, ya lo ve usted, todos felices; sólo yo hago sombra en el cuadro; sus males han venido a mí, y bendigo a Dios por habérmelos dado. En otro tiempo ignoraba lo que tenía; pero ahora ya lo sé: tengo atacado el píloro y no puedo digerir.

—Y ¿por qué casualidad es usted ahora tan sabio como un profesor de la Escuela de Medicina?—le dije sonriendo—. ¿Acaso su médico ha sido bastante indiscreto para...?

—¡Dios me libre de consultar a los médicos!—exclamó manifestando esa repulsión que experimenta por la Medicina la mayor parte de los enfermos imaginarios.

Sufrí entonces una conversación desatinada, durante la cual me hizo las confidencias más ridículas, quejándose de su mujer, de sus criados, de sus hijos y de la vida; experimentando un placer evidente en repetir sus temas de todos los días a un amigo que, no conociéndolos, podía tomarlos en serio, y a quien la cortesía obligaba a escuchar con interés. Debió quedar contento de mí, pues le prestaba una atención profunda, tratando de penetrar aquel carácter incomprensible y de adivinar los nuevos tormentos que infligía a su mujer, y que ésta me ocultaba. Enriqueta puso fin a esta

conferencia apareciendo en el vestíbulo. El conde la vió, movió la cabeza y me dijo:

—Usted me escucha, Félix, pero aquí nadie me hace caso.

Marchóse, como si tuviera conciencia de la turbación que hubiera producido en mi conversación con Enriqueta, o tal vez porque, con una atención caballeresca hacia ella, hubiera adivinado que la complacía dejándonos solos. Su carácter ofrecía diferencias verdaderamente inexplicables; era celoso como lo son todos los seres débiles; pero del mismo modo era también verdaderamente ilimitada la confianza que tenía en la santidad de su mujer. Tal vez los sufrimientos de su amor propio, herido por la superioridad de aquella virtud sublime, engendraban una oposición constante a la voluntad de la condesa, a quien desafiaba como los niños desafían a sus maestros o a sus madres. Santiago estaba dando la lección, y Magdalena se ocupaba de su atavío, y durante una hora aproximadamente pude pasearme solo con la condesa por la azotea.

—¿Qué, ángel querido?—le dije—. ¿Se hace pesada la cadena, se eriza de obstáculos el camino, se multiplican las espinas?...

—Calle usted—respondió adivinando los pensamientos que la conversación con el conde me había sugerido—; ya está usted aquí, y todo está olvidado. No sufro, no he sufrido.

Y dió algunos pasos ligeros, como para entregar al viento sus cintas de tul, sus mangas flotantes y los sedosos bucles de sus cabellos peinados

a lo Sevigné. Por primera vez la vi joven, alegre, dispuesta a jugar como un niño, y entonces conocí la dicha y el júbilo que experimenta un hombre dando placer a otro.

—¡Bella flor humana que mi pensamiento acaricia y que mi alma besa!—le dije—. ¡Azucena mía, siempre firme y derecha sobre su tallo; siempre blanca, altiva, perfumada, solitaria!...

—Basta, caballero—dijo sonriendo—; hábleme de usted, cuéntemelo todo.

Tuvimos entonces, bajo aquella móvil bóveda de follajes estremecidos por la brisa, una larga conversación llena de paréntesis interminables, cortada, vuelta a reanudar, en que la puse al corriente de mi vida, de mis ocupaciones; le describí mi habitación en París, porque todo quería saberlo, y, ¡felicidad inapreciable!, nada tenía que ocultarle. Conociendo así mi alma y todos los detalles de una existencia dedicada a penosos trabajos; comprendiendo la importancia de aquellas funciones en que, sin una probidad intachable, podía tan fácilmente engañar y enriquecerme, pero que ejercía con tal rigorismo que el rey había llegado a llamarme «señorita de Vandenesse», Enriqueta me cogió una mano y la besó, dejando caer en ella una lágrima de alegría. Aquella súbita transposición de nuestros papeles, aquel elogio tan magnífico, aquel pensamiento tan rápidamente expresado como prontamente comprendido: «¡Este es el amo que yo hubiera deseado, este es mi sueño!», aquella acción en la que había una confesión explícita, en que el

abatimiento era la grandeza, en que el amor se revelaba en una esfera prohibida a los sentidos, aquella tempestad de sentimientos celestiales cayó sobre mi corazón y me anonadó. Me sentí pequeño y hubiera querido morir a sus pies.

—¡Ah!—le dije—. ¡Me sobrepuja usted en todo! ¿Cómo ha podido dudar de mí, pues ha dudado hace un momento, Enriqueta?

—No por el presente—respondió mirándome con una dulzura inefable, que para mí solamente velaba la luz de sus ojos—; pero al verle tan hermoso me he dicho que nuestros proyectos respecto a Magdalena serán turbados por una mujer que adivinará los tesoros ocultos en su corazón, que le adorará, que nos robará nuestro Félix y lo romperá todo.

—¡Siempre Magdalena!—exclamé demostrando una sorpresa de la que no se afligió mas que a medias—. ¿Es, pues, a Magdalena a quien soy fiel?

Caimos en un silencio de que el señor de Mortsauf vino, desgraciadamente, a sacarnos. Entonces, con el corazón lleno de dulces sentimientos, tuve que sostener una conversación erizada de dificultades, en que mis sinceras respuestas sobre la política entonces seguida por el rey contrariaban las ideas del conde, y me obligó a explicarle las intenciones de Su Majestad. A pesar de mis preguntas sobre sus caballos, sobre la situación de sus negocios agrícolas y sobre los rendimientos de sus cinco granjas, sobre los árboles que pensaba cortar en una vieja alameda, volvía siempre a la política con una terquedad de solterona y una persistencia de

niño, porque esta clase de seres se lanzan siempre adonde brilla la luz, giran en torno de ella sin penetrar nada y fatigan el alma como los moscardones fatigan el oído zumbando en los cristales. Enriqueta callaba. Para apagar aquella conversación que el ardor de la juventud podía inflamar, respondí solamente con monosílabos afirmativos, evitando así discusiones inútiles; pero el señor de Mortsauf tenía demasiada inteligencia para no comprender lo que había de injurioso en mi cortesía. En el momento en que, cansado de que le diera siempre la razón, se irguió, se fruncieron sus cejas y se pronunciaron las arrugas de su frente, relucieron sus ojos amarillos, se coloreó más y más su nariz encendida, como el día en que por primera vez fuí testigo de sus accesos de demencia; Enriqueta me miró con expresión suplicante, para hacerme comprender que no podía desplegar en mi favor la autoridad de que hacía uso con frecuencia para justificar o defender a sus hijos. Respondí entonces al conde tomando en serio sus objeciones y manejando con toda la destreza de que fuí capaz su sombría inteligencia.

—¡Pobre amigo mío; pobre amigo mío!—murmuraba Enriqueta, repitiendo estas palabras, que llegaban a mi oído como el murmullo de la brisa.

Luego, cuando creyó que podía intervenir con éxito, dijo:

—¿Saben ustedes, señores, que están excesivamente fastidiosos?

Reducido por aquella interrogación a la caballe-

resca y galante obediencia debida a las mujeres, el conde cesó de hablar de política; procuramos a nuestra vez fastidiarle diciéndole pequeñeces, y nos dejó en libertad de pasearnos, pretendiendo que la cabeza se le iba, y volviendo así continuamente al mismo tema.

Mis tristes conjeturas eran ciertas. Los bellos paisajes, la atmósfera templada, el cielo puro y la embriagadora poesía de aquel valle, que durante quince años habían calmado los extraños caprichos de aquel enfermo, empezaban ya a ser impotentes. En la época de la vida en que, por regla general, para los demás hombres desaparecen las asperezas y se desgastan, el carácter del viejo caballero había llegado a ser, por el contrario, más agresivo que antes. De algunos meses a esta fecha contradecía por contradecir, sin razón alguna, sin justificar sus opiniones; preguntaba el porqué de todo; se inquietaba de un retraso o de una omisión; se mezclaba con todo intento en las interioridades de todos los asuntos; se hacía dar cuenta hasta de las más pequeñas minuciosidades del gobierno de la casa, y fatigaba así a su mujer y a los criados, a quienes no dejaba el menor albedrío. Antes no se irritaba jamás sin un motivo especial; ahora su irritación era constante. Acaso los cuidados de su fortuna, las especulaciones de la agricultura, una vida de movimiento habían hasta entonces distraído su carácter atrabiliario, dando paso a sus inquietudes y empleo a la actividad de su espíritu; y acaso entonces la falta de ocupaciones dió des-

pués entera libertad a su dolencia, que, no ejerciéndose ya al exterior, por decirlo así, se manifestó por ideas fijas, y el «yo» moral dominó por completo al «yo» físico. Se había constituído en su propio médico, consultaba libros de medicina, creía padecer las enfermedades cuyas descripciones leía, y tomaba por su salud precauciones inauditas, variables, imposibles de prever, y, por consiguiente, imposibles de satisfacer. Unas veces no quería oír ruido, y cuando la condesa establecía en torno suyo un silencio absoluto, de pronto se quejaba de hallarse como en una tumba, y decía que había un término medio entre el ruido de las ciudades y el silencio de los cartujos. Otras veces demostraba a todo una completa indiferencia; entonces la casa entera respiraba, los niños podían jugar, los trabajos domésticos se hacían sin provocar ninguna crítica; pero de repente, en medio del rumor, empezaba a quejarse, gritando que le querían matar, y decía a su esposa, agravando la injusticia de sus palabras con el acento frío y agresivo con que las acompañaba:

—Querida, si se tratase de tus hijos, sabrías adivinar perfectamente lo que les acomoda.

Desnudábase y vestíase a cada momento, estudiando las más ligeras variaciones de la atmósfera, y no hacía nada sin consultar el barómetro. A pesar de las maternales atenciones de su mujer, no encontraba ningún alimento a su gusto, pues pretendía tener el estómago completamente perdido, añadiendo que lo doloroso de las digestiones le

causaba insomnios continuos, siendo así que comía, bebía y dormía con una regularidad tan perfecta que habría causado admiración al médico más sabio. Sus inconstantes caprichos cansaban a los criados de la casa, que, rutinarios como son, por regla general, todos los domésticos, eran incapaces de conformarse a las exigencias y necesidades de sistemas constantemente variados. A veces mandaba tener las ventanas abiertas, bajo pretexto de que el aire libre era absolutamente necesario para su salud, y algunos días después la temperatura, demasiado fría o demasiado templada, se le hacía intolerable; entonces se irritaba, provocaba una disputa, y para tener razón no reparaba en negar la consigna anterior. Esta falta de memoria o sobra de mala fe le daba grandes ventajas en todas las discusiones en que su mujer trataba de oponerle sus mismas palabras. La permanencia en Clochegourde se había hecho para todos tan insoportable, que el abate Dominis, hombre profundamente instruído, había tomado el partido de fingir que buscaba la resolución de algunos problemas, refugiándose en una distracción afectada. La condesa no tenía ya, como en otro tiempo, la esperanza de poder encerrar en el círculo de la familia aquellos accesos de cólera demente: los criados de la casa habían sido testigos de escenas en que la exaltación inmotivada de aquel viejo prematuro había traspasado los límites normales; pero eran tan adictos a la condesa, que nada había trascendido fuera; sin embargo, ella temía a cada momento una ex-

plosión en público de aquel tremendo delirio, que los respetos humanos no eran ya capaces de contener. Pasado algún tiempo, llegaron a mi noticia detalles verdaderamente espantosos de la conducta que el conde observaba con su mujer; en vez de consolarla, la aniquilaba bajo el peso de siniestras predicciones y la hacía responsable de futuras desgracias, sólo porque se negaba a dar a sus hijos las incesantes medicaciones a que quería someterlos. Si la condesa se paseaba con Santiago y Magdalena, el conde no dejaba de anunciar una tempestad a pesar de la pureza del cielo; y si por casualidad los acontecimientos justificaban el pronóstico, la satisfacción de su amor propio le hacía insensible al mal de sus hijos. Si uno de éstos se sentía indispuesto, empleaba toda su inteligencia en buscar la causa de este sufrimiento en el sistema de cuidados adoptados por su mujer, del cual criticaba hasta los detalles más insignificantes, concluyendo siempre con estas palabras asesinas:

—Si tus hijos caen enfermos, tú lo habrás querido.

Del mismo modo obraba también en los pormenores de la administración doméstica, no viendo las cosas sino por el lado peor y haciéndose a todo intento el «abogado del diablo», según una expresión de su viejo cochero. La condesa había señalado para Santiago y Magdalena horas de comer distintas de las suyas, y de este modo los había substraído a la terrible acción de la enfermedad del conde, atrayendo sobre sí todas las tormentas.

Los dos niños veían, pues, rara vez a su padre. Por una de esas alucinaciones peculiares de los egoístas, el conde no tenía la menor conciencia del mal que ocasionaba. En la conversación confidencial que habíamos tenido, se había quejado, sobre todo, de ser demasiado bueno para los suyos. Todo lo dañaba, todo lo rompía en torno suyo, como hubiera hecho un mono; luego, tras haber herido a su víctima, negaba terminantemente haberla tocado. Comprendí entonces de dónde provenían las líneas impresas, como por un buril, en la frente de la condesa, y que había advertido al fijar en ella mi primera mirada. Hay en las almas nobles un poder que les impide expresar sus sufrimientos, cuya extensión ocultan orgullosamente a los que aman, por un sentimiento voluptuoso de caridad. Así, pues, a pesar de mis instancias, no me era posible arrancar por completo esta confidencia a Enriqueta; temía, sin duda, causarme un pesar, y sus confesiones eran generalmente interrumpidas por súbitos rubores; pero muy pronto adiviné toda la exacerbación que el desquiciamiento del conde había dado a los pesares domésticos en Clochegourde.

—Enriqueta—le dije algunos días después, probándole que había medido la profundidad de sus nuevas congojas—, ¿no habrá hecho usted mal en arreglar tan bien sus haciendas, puesto que el conde no tiene ya en qué ocuparse?

—Amigo mío—me dijo sonriendo—, mi situación es bastante crítica para merecer toda mi aten-

ción; crea usted que he estudiado bien todos los recursos, y todos están agotados. En efecto, las rarezas del señor de Mortsauf han ido creciendo, y como no estamos siempre el uno en presencia del otro, no puedo debilitarlas dividiéndolas en muchos puntos, porque todos serían igualmente dolorosos para mí. He tratado, hace algún tiempo, de proporcionar alguna distracción a mi marido, aconsejándole que estableciese una cámara de gusanos de seda en Clochegourde, donde aun existen varias moreras, vestigios de la antigua industria de Turena; pero he tenido que recordar que sería tan déspota y tirano como en casa, y que tendría yo además, sobre los que tengo, los mil cuidados de esa empresa. Aprenda usted, señor observador—me dijo—que durante la juventud las malas cualidades del hombre están contenidas por la sociedad, detenidas en su vuelo por el juego de las pasiones y dominadas por el respeto humano; pero más tarde, a solas y en un hombre de edad, esos pequeños defectos se muestran tanto más terribles cuanto más largo tiempo han estado comprimidos. Las debilidades humanas son esencialmente cobardes y no admiten paz ni tregua; lo que se les concedió ayer lo exigen hoy, y lo exigirán mañana y siempre, porque se afirman principalmente en las concesiones y las extienden. La fuerza es clemente y se rinde a la evidencia; es justa y pacifica, en tanto que las pasiones engendradas por la debilidad son implacables. Son felices cuando pueden obrar a la manera de los niños, que prefieren las

frutas robadas en secreto a las que pueden comer en la mesa. Así, el señor de Mortsauf experimenta una verdadera alegría cuando logra sorprenderme, y él, que no engañaría a nadie, me engaña con deleite, siempre que su astucia quede en su fuero interno.

Un mes aproximadamente después de mi llegada, cierta mañana, al concluir de almorzar, la condesa me cogió por un brazo, abrió una puerta que daba la jardín, y me llevó hacia las viñas.

—¡Oh! ¡Me matará—dijo—, y, sin embargo, quiero vivir, aunque no sea mas que por mis hijos! ¡Dios mío! ¡Ni un día de descanso! ¡Marchar siempre sobre abrojos, verse expuesta a caer a cada momento, y a cada momento reunir sus fuerzas para conservar el equilibrio! No hay criatura que pueda sufrir tales gastos de energía. Si conociera bien el terreno a que debo llevar mis esfuerzos, si mi resistencia estuviera determinada, mi alma se doblegaría a todo; pero no, cada día, por el contrario, sus ataques cambian de carácter y me sorprenden sin defensa; mi dolor no es uno, es múltiple. ¡Félix, Félix!, es imposible que imagine usted la odiosa forma que ha tomado su tiranía, y las salvajes exigencias que le han sugerido sus libros de medicina. ¡Ay, amigo mío!...

Y apoyó su cabeza sobre mis hombros sin acabar su confidencia.

—¿Qué hacer? ¿A qué recurrir?—repuso después de un momento, revolviéndose contra los pensamientos que no había expresado—. ¿Cómo

resistir?... Me matará... No, me mataré yo misma... ¡Y, sin embargo, es un crimen!... ¡Huir! ¿Y mis hijos? ¡Separarnos!... Pero ¿cómo, después de quince años de matrimonio, decir a mi padre que no puedo vivir con el señor de Mortsauf, cuando si mi padre o mi madre vinieran se mostraría discreto, cortés, espiritual? Por otra parte, ¿tienen padres las mujeres casadas? ¿Tienen madres? No; pertenecen en cuerpo y bienes a sus maridos. Mi casta soledad, lo confieso, me daba algunas fuerzas, y vivía tranquila, ya que no podía ser feliz; pero, si quedo privada de esta felicidad negativa, me volveré también loca. Mi resistencia se funda en razones poderosas que no me son personales. ¿No es un crimen dar el ser a pobres criaturas condenadas de antemano a perpetuos dolores? Sin embargo, mi conducta da lugar a cuestiones tan graves, que no puedo decidir sola, porque soy juez y parte. Mañana iré a Tours a consultar al abate Birotteau, mi nuevo director espiritual, pues el virtuoso abate de la Berge ha muerto. Aunque era severo, siempre echaré de menos su fuerza apostólica; su sucesor es un ángel de dulzura, que se enternece en lugar de reprender... Y, sin embargo, ¿qué valor no se adquiere en el seno de la religión? ¿Qué razón no se afirma a la voz del Espíritu Santo?

Y, alzando sus ojos al cielo y secando sus lágrimas, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Por qué culpa me castigáis? Es preciso creerlo; sí, creámoslo, Félix; debemos pasar por pruebas terribles antes de llegar perfectos y

purificados a las esferas superiores. ¿Debo callar? ¿Me prohibís, Dios mío, desahogar mis penas en el seno de un amigo? ¿Le amo acaso demasiado?

Y me estrechó contra su corazón como si temiese perderme, exclamando:

—¿Quién resolverá mis dudas? Mi conciencia nada me reprocha. Las estrellas irradian desde lo alto su luz sobre los hombres; ¿por qué el alma, esa estrella del ser humano, no ha de envolver en sus fuegos a un amigo, cuando no se tienen para él mas que pensamientos puros?

Yo escuchaba en silencio aquel terrible clamor, con la mano trémula de aquella mujer en la mía, más trémula aún, y estrechándola con una fuerza a la que Enriqueta respondía con una fuerza igual.

—¿Estáis por ahí?—exclamó el conde, que se dirigía hacia nosotros con la cabeza descubierta.

Desde mi vuelta tenía cierta obstinación en mezclarse en nuestras conversaciones, sea porque esperase de ellas alguna distracción, ya porque creyera que la condesa me refería sus dolores y se desahogaba en mi seno, o bien porque estuviera también celoso de un placer de que no participaba.

—¡Cómo me sigue!—exclamó ella con un acento desesperado—. Vamos a ver las viñas, y así lo evitaremos. Vamos agachados a lo largo del seto para que no nos vea.

Penetramos en una espesa alameda, ganamos, corriendo, las viñas, y pronto nos encontramos lejos del conde, en un bosquecillo de almendros.

—Querida Enriqueta—dije entonces estrechando

su brazo sobre mi corazón, y deteniéndome para contemplarla en su dolor—, usted es la que con tanta sabiduría me ha conducido por las vías peligrosas e intrincadas del gran mundo; permítame ahora darle algunas instrucciones para ayudarla a concluir este duelo sin testigos, en el que sucumbiría usted infaliblemente, pues se bate con armas sobradamente desiguales. No luche más tiempo contra un loco...

—¡Calle usted!—exclamó reprimiendo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Escúcheme usted, amada mía. Tras una hora de esas conversaciones que por amor hacia usted me veo obligado a sufrir, me sucede con frecuencia que mi pensamiento queda pervertido y que mi cabeza se pone pesada: el conde me hace dudar de mi inteligencia, y las mismas ideas, repetidas, se graban, a pesar mío, en mi cerebro. Las monomanías bien caracterizadas no son en modo alguno contagiosas; pero cuando la demencia reside principalmente en la manera de ver los asuntos y se oculta astutamente bajo discusiones constantes, entonces puede causar verdaderos estragos en los que están en contacto con ella. Su paciencia es sublime; pero ¿no la llevará al embrutecimiento? Así, pues, por usted, por sus hijos, cambie de sistema con el conde. Su adorable complacencia ha desarrollado su egoísmo: le ha tratado usted como una madre a un niño mimado; pero hoy, si anhela usted vivir—dije mirándola—debe hacer uso del imperio que tiene sobre él. Demasiado sabe usted

que la ama y la teme; hágase temer aún más: oponga a su difusa voluntad una voluntad recta y clara. Extienda su poder como ha sabido él extender el suyo, apoyándole en las concesiones que usted le ha hecho, y encierre su enfermedad en una esfera moral, como se encierra a los locos en una celda.

—Amigo mío—respondió Enriqueta sonriendo con amargura,— sólo una mujer sin corazón puede resolverse a representar ese papel. Soy madre, y seré, por consiguiente, mal verdugo. Sé sufrir; pero ¡hacer sufrir a los demás! no, de ningún modo, ni aun para alcanzar un resultado honroso o grande. Por otra parte, tendría que hacer mentir a mi corazón, disfrazar mi voz, armar de cólera mi frente, corromper mi expresión... ¡No me pida usted tales mentiras! Puedo colocarme entre el señor de Mortsauf y mis hijos; recibiré sus golpes para que no alcancen aquí a nadie; pero eso es todo lo que puedo hacer para conciliar tantos intereses contrarios.

—¡Déjame adorarte, santa, tres veces santa y noble mujer!—dije poniendo una rodilla en tierra, besando la orla de su falda y enjugando las lágrimas que brotaron de mis ojos—; pero ¿y si la mata a usted?

Enriqueta palideció, y respondió alzando los ojos al cielo:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

—¿Sabe usted lo que decía el rey a su padre hablando de usted? Decía: «¡Qué! ¿Quiere seguir viviendo ese diablo de Mortsauf?»

—Lo que era una broma en la boca del rey—repuso con severidad—, sería un crimen en la nuestra.

A pesar de nuestras precauciones, el conde nos había seguido la pista y nos alcanzó, bañada su frente en sudor, bajo un nogal donde la condesa se había detenido, para decirme sus últimas y gravísimas palabras. Al verle, me puse a hablar de la vendimia. ¿Concibió injustas sospechas? No lo sé; pero permaneció examinándonos sin decir esta boca es mía y sin cuidarse de la humedad que destilaban los nogales. Después de algunos momentos, empleados en algunas palabras insignificantes, entrecortadas por causas muy significativas, el conde dijo que sentía dolores en el corazón y en la cabeza; se quejó con dulzura, sin pintarnos sus dolores con imágenes exageradas. No le concedimos ninguna atención. Al entrar en casa se sintió peor; dijo que iba a acostarse, y lo hizo sin ceremonia, con una naturalidad que era en él extraordinaria. Nos aprovechamos de aquella tregua que nos concedía su carácter hipocondríaco, y bajamos a la terraza acompañados de Magdalena.

—Vamos a pasearnos por el río—dijo la condesa después que dimos algunas vueltas—; el guarda está pescando y podremos ver qué resultado alcanza.

Salimos por la puerta pequeña, llegamos a la barca, saltamos en ella y empezamos a subir lentamente por el Indre. Como los niños que con todo se divierten, mirábamos las hierbas de las orillas, las moscas verdes y azules; la condesa se sorpren-

día de poder gozar tan tranquilos placeres en medio de sus punzantes dolores. Pero la calma de la Naturaleza, que nuestras luchas no puede turbar, ¿no ejerce sobre nosotros un encanto consolador? La agitación de un amor lleno de deseos contenidos se armoniza con la del agua; las flores que la mano del hombre no ha marchitado expresan sus sueños más secretos, y el voluptuoso balanceo de una barca imita vagamente los pensamientos que flotan en el alma. Aquella doble poesía nos hacía sentir su conmovedora influencia. Las palabras, elevadas a la armonía de la Naturaleza, desplegaron una gracia misteriosa, y las miradas tuvieron rayos más brillantes, participando de la luz tan pródigamente derramada por el sol en la pradera; el río era como un sendero sobre el cual volábamos, y, finalmente, no estando distraído por el movimiento que exige la marcha a pie, nuestro espíritu se apoderaba de la creación. La alegría tumultuosa de una niña en libertad, tan graciosa en sus movimientos, tan seductora en sus palabras, ¿no era también la expresión viviente de dos almas libres que se complacían en formar idealmente esa maravillosa criatura soñada por Platón y conocida de todos aquellos cuya juventud estuvo llena de un amor feliz? Para pintarte aquella hora, no en sus detalles indescriptibles, sino en su conjunto, te diré que nos amábamos en todos los seres, en todas las cosas que nos rodeaban; que sentíamos fuera de nosotros la felicidad que cada uno ansiaba, y que esta felicidad penetraba en nosotros tan vivamente, que la

condesa se quitó los guantes y sumergió sus bellas manos en el agua como para calmar un secreto ardor. Sus ojos hablaban; pero su boca, que se abría como el capullo de una rosa, se hubiera cerrado a un deseo. Ya conocéis la armonía de los sonidos graves perfectamente unidos a la de los sonidos agudos. Pues bien: esa armonía me ha recordado siempre la de nuestras almas en aquel momento, que no volverá jamás.

—¿Dónde están pescando?—le pregunté—, porque sus criados no tienen derecho a pescar sino en las orillas que le pertenecen.

—Cerca del puente de Ruán—me contestó—: ahora el río nos pertenece desde el puente de Ruán hasta Clochegourde. El señor de Mortsauf acaba de comprar cuarenta aranzadas de pradera con las economías de los dos últimos años y los atrasos de su pensión. ¿Le sorprende a ested esto?

—¡Oh! ¡Yo quisiera que todo el valle fuese de usted!—exclamé.

Enriqueta me contestó con una sonrisa.

Llegamos cerca del puente de Ruán, a un lugar donde el río se ensancha. Unos hombres estaban pescando.

—¿Qué tal, Martineau?—preguntó ella.

—¡Ay, señora condesa! ¡Fracaso completo! Tres horas hace que estamos recorriendo desde el molino hasta aquí, y nada hemos cogido.

Arrimamos la barca hacia la orilla a fin de asistir a la última redada y nos colocamos los tres a la sombra de un *bouillard*, especie de álamo de

corteza blanca que se encuentra en las orillas del Danubio, Loira y, probablemente, en todos los grandes ríos, y que por la primavera echa una especie de algodón blanco y sedoso, que es la envoltura de la flor. La condesa había recobrado su augusta serenidad, y casi se arrepentía de haberme confiado sus dolores y de haberse quejado como Job, en vez de llorar como la Magdalena, una Magdalena sin amores, sin fiestas y sin disipaciones, pero no sin perfumes y bellezas. La red cogida en su presencia vino cargada de peces, truchas, anguilas, barbos y de una enorme carpa, que saltaban sobre la hierba.

—¡Parece que lo han hecho a propósito!—dijo el guarda.

Los criados abrían desmesuradamente los ojos, admirando a aquella mujer, que se parecía a una hada que con su vara mágica hubiera tocado las redes. En aquel momento apareció el picador, atravesando a todo galope la pradera, y su aparición produjo a Enriqueta un horrible estremecimiento. Santiago no estaba con nosotros, y el primer pensamiento de las madres, como tan poéticamente ha dicho Virgilio, es estrechar a sus hijos contra su seno al menor acontecimiento.

—¡Santiago!—exclamó la condesa—¿Dónde está Santiago? ¿Qué le ha sucedido a mi hijo?

¡Ay! ¡No me amaba! Si me hubiese amado, habría tenido para mis sufrimientos aquella expresión de leona desesperada.

—Señora condesa—respondió el anciano—, el señor conde está peor.

Enriqueta respiró, pero echó a correr conmigo, siguiéndonos Magdalena.

—Vuelva usted despacio—me dijo—, que no se sofoque la niña. Ya lo ve usted, la carrera que dió el señor de Mortsauf con este tiempo tan caluroso le hizo sudar, y su permanencia bajo el nogal puede ser causa de una desgracia.

Estas palabras, dichas en medio de su turbación, demostraban la pureza de su alma. ¡La muerte del conde una desgracia! Enriqueta llegó rápidamente a Clochegourde, pasó por una brecha de la cerca, y a través de las viñas se dirigió a la casa. Yo volví lentamente. La expresión de Enriqueta me había iluminado, pero como ilumina el rayo que incendia las mieses ya granadas. Durante aquel paseo por el río me había creído el predilecto, y comprendí con amargura que sus palabras eran sinceras e hijas de su buena fe. El amante que no lo es todo no es nada. Yo amaba, pues, sólo con los deseos de un amor que sabe todo lo que quiere, que se nutre de antemano con caricias esperadas, que se contenta con voluptuosidades del alma, porque mezcla a ellas las que le reserva el porvenir. Si Enriqueta amaba, no conocía nada de los placeres ni de las tempestades del amor: vivía del sentimiento mismo, como unasanta con Dios. Yo era el objeto a que se referían todos sus pensamientos, todas sus sensaciones desconocidas, como un enjambre de abejas que revolotea en torno de las

ramas de un árbol florido; pero no era el principio, sino un accidente de la vida. Rey destronado, iba preguntándome si podría recuperar mi reino; en mis locos celos, me reprochaba no haberme atrevido a nada, no haber estrechado los vínculos de una ternura que me parecía entonces más sutil que verdadera, con las cadenas del derecho positivo que crea la posesión.

La indisposición del conde, determinada tal vez por la humedad del nogal, se hizo grave en algunas horas. Fuí a buscar a Tours un médico renombrado, el señor Origet, quien no pudo venir antes del anochecer, pero que permaneció en Clochegourde durante toda la noche y el día siguiente. Aunque había enviado a buscar una gran cantidad de sanguijuelas para aplicárselas, juzgó que era urgente una sangría, y por desgracia no había traído la lanceta. En seguida corrí a Azay, con un tiempo espantoso; desperté al cirujano, señor Deslandes, y le obligué a seguirme con la ligereza de un pájaro. Diez minutos más tarde el conde hubiera sucumbido; la sangría le salvó. A pesar de aquel primer éxito, el médico pronosticó una fiebre inflamatoria de las más perniciosas, una de esas enfermedades que atacan generalmente a las gentes que han gozado siempre de perfecta salud. La condesa, aterrada, creía ser la causa de aquella crisis fatal. Sin fuerzas para darme las gracias por mis cuidados, se contentaba con dirigirme algunas sonrisas, cuya expresión equivalía al beso que habría depositado en mi mano: yo hubiera querido leer en su mirada

el remordimiento de un amor ilícito, pero no veía sino el acto de contrición de un arrepentimiento que hacía daño ver en un alma tan pura, y la expresión de su ternura admiraba para aquel a quien consideraba un alma noble, acusándose ella de un crimen imaginario. Sí; amaba como Laura de Noves amó a Petrarca, y no como Francisca de Rímini amó a Paolo. ¡Descubrimiento terrible para el que soñaba con la unión de aquellos dos géneros de amor! La condesa, con el cuerpo doblegado y los brazos caídos, yacía en un sucio sillón en aquel aposento que se parecía a la guarida de un jabalí. Al día siguiente por la tarde, antes de partir, viendo que había pasado la noche en vela, el médico le dijo que tomase una enfermera, porque la enfermedad debía ser larga.

—¡Una enfermera!—respondió—. ¡No, no! ¡Nosotros, sólo nosotros le cuidaremos!

Y añadió mirándome:

—¡Debemos salvarle!

A estas palabras, el médico nos dirigió una mirada escrutadora y llena de asombro. La expresión de aquella frase era muy a propósito para hacer sospechar algún atentado frustrado. Prometió volver dos veces a la semana, indicó al señor Deslandes la marcha que debía seguir y manifestó los síntomas amenazadores que requiriesen el ir a buscarle a Tours.

A fin de procurar a la condesa por lo menos una noche de descanso cada dos, le pedí que me dejase velar al conde alternativamente con ella; así pude

decidirla, no sin trabajo, a que se acostase la tercera noche. Cuando todo dormía en la casa, durante un momento en que el conde se adormeció, oí en el cuarto de Enriqueta un doloroso gemido. Dominado por una viva inquietud, fuí a buscarla. Estaba arrodillada ante su reclinatorio, derramando amargas lágrimas, y se acusaba diciendo:

—¡Dios mío, si tal es el precio de una queja, no me quejaré!

Volvióse al ruido que hice, y dijo al verme:

—¿Le ha dejado usted?

—La he oído llorar y gemir, y temí por usted.

—¡Oh, yo estoy bien!—repuso.

Quiso asegurarse de que el señor de Mortsauf dormía; bajamos los dos, y juntos lo contemplamos a la claridad de un quinqué; el conde estaba, más bien que dormido, debilitado por la pérdida de la sangre que le habían sacado, y sus manos agitadas cogían la ropa, crispándose sobre ella.

—Se dice que eso es señal de muerte—dijo Enriqueta—. ¡Oh! Si muriese de esta enfermedad, que nosotros hemos causado, no me casaría jamás: ¡lo juro!

Y extendió la mano sobre la cabeza del conde con ademán solemne.

—He hecho todo lo posible para salvarle—le dije.

—¡Oh! ¡Usted es bueno! ¡Yo, yo sola soy la culpable!

Se inclinó sobre aquella frente descompuesta, enjugó su sudor con sus cabellos y la besó santa-

mente; pero no pude ver sin una secreta alegría que consideraba aquella caricia como una expiación.

—¡Blanca, de beber!—dijo el conde con voz débil.

—¿Lo ve usted? No conoce a nadie sino a mí—me dijo llevando un vaso.

Y con su acento, con sus maneras afectuosas, trataba de insultar los sentimientos que nos ligaban, inmolándolos al enfermo.

—Enriqueta—le dije—, vaya usted a reposar un poco; se lo suplico.

—¡Nada de Enriqueta!—me dijo interrumpiéndome con imperiosa precipitación.

—Acuéstese usted para no caer enferma. Sus hijos, «él mismo», le ordenan cuidarse, y hay casos en que el egoísmo es una virtud sublime.

—Sí—respondió.

Y se retiró, recomendándome su marido con ademanes que hubieran sido síntomas de un próximo delirio, si no hubiesen tenido las gracias de la infancia mezcladas a la fuerza suplicante del arrepentimiento. Aquella escena terrible, midiéndola por el estado habitual de aquella alma pura, me asustó: tenía la exaltación de la conciencia. Cuando el médico volvió, le revelé los infundados escrúpulos que asesinaban a mi blanca Enriqueta, y, aunque discreta, aquella confidencia disipó las sospechas del señor Origet, que calmó las agitaciones de aquella hermosa alma diciéndole que el conde debía, en todo caso, sufrir aquella crisis, y

que su permanencia bajo el nogal le había sido más beneficiosa que perjudicial, determinando la enfermedad.

Durante cincuenta y dos días el conde estuvo entre la vida y la muerte, y Enriqueta y yo, turnando, lo velamos veinte y seis noches cada uno. El señor de Mortsauf debió su salvación a nuestros cuidados y a la escrupulosa exactitud con que ejecutamos las órdenes del señor Origet. Semejante a esos filósofos a quienes sabias observaciones autorizan a dudar de las buenas acciones, cuando no son mas que el secreto cumplimiento del deber, aquel hombre, asistiendo a aquel combate de heroísmo entre la condesa y yo, no podía menos de espiarnos con miradas inquisidoras, temiendo sin duda engañarse en su admiración.

—En una enfermedad de ese género—me dijo al hacer su tercera visita—, la muerte encuentra un pronto auxiliar en la parte moral, cuando está tan gravemente alterada como la del conde. El médico, los cuidados, las gentes que rodean al enfermo tienen su vida entre las manos, porque en semejantes casos una sola palabra, un temor vivo expresado por un gesto, tienen la fuerza de un veneno.

Hablándome así, Origet estudiaba mi rostro y mi aspecto; pero vió en mis ojos la clara expresión de un alma cándida. En efecto, durante el curso de aquella cruel enfermedad no se formó en mi inteligencia la más ligera de esas malas ideas involuntarias que a veces manchan las conciencias más

inocentes. Para quien contempla grandiosa la Naturaleza, todo tiende a la unidad por asimilación. El mundo moral debe estar regido por un principio análogo: en una esfera pura todo es puro. Junto a Enriqueta se respiraba un perfume celestial, y parecía que un deseo reprochable debía para siempre alejarme de ella; no solamente era la felicidad, sino también la virtud. Encontrándonos siempre igualmente atentos y cuidadosos, el doctor tenía por nosotros cierta expresión de piedad y de enternecimiento en las palabras y en las maneras, como si se dijera: «He aquí los verdaderos enfermos, aunque ocultan su herida y la olvidan.» Por un contraste que, según aquel excelente hombre, es bastante común en las naturalezas así destruídas, el señor de Mortsauf se mostraba paciente, lleno de obediencia, no se quejaba jamás, y denotaba una maravillosa docilidad, cuando, sintiéndose bueno, no hacía la cosa más insignificante sin mil observaciones. El secreto de aquella sumisión a la medicina, tan negada antes, era un miedo cerval a la muerte: otro contraste en un hombre de bravura tan irrecusable. Este miedo podía ser la explicación de muchas rarezas del nuevo carácter que le habían impreso sus desgracias.

¿Lo creerás, Natalia? Te lo confesaré, sin embargo: aquellos cincuenta días y el mes que les siguió fueron los más hermosos de mi vida. El amor es, en los espacios infinitos del alma, lo que en un hermoso valle el gran río al que convergen las lluvias, los arroyos y los torrentes, en que caen las flores

y los árboles, los guijarros de la orilla y las rocas más elevadas: tanto se engrandece por las tempestades como por el lento tributo de las claras fuentes. Sí, cuando se ama, todo se refiere al amor. Pasados los primeros peligros, la condesa y yo nos acostumbramos a la enfermedad. A pesar del desorden incesante introducido por los cuidados que exigía el conde, su cuarto, que habíamos encontrado tan sucio, se vió limpio y bien arreglado. Bien pronto nos encontramos como dos seres arrojados en una isla desierta, pues no solamente las desgracias aislan, sino que hacen callar a las mezquinas convicciones de la sociedad. Además, el interés del enfermo nos obligaba a tener muchos puntos de contacto que ningún otro acontecimiento habría autorizado. ¡Cuántas veces nuestras manos, tan tímidas antes, se encontraron al prestar algún auxilio al conde! ¿No había yo de sostener, de ayudar a Enriqueta? Con frecuencia, obligada por una necesidad sólo comparable a la del soldado que está de centinela, se olvidaba de comer, y entonces yo le servía, algunas veces sobre sus rodillas, una comida que tomaba de prisa y que necesitaba mil pequeños cuidados. Era una escena de niños al lado de una tumba entreabierta. Me pedía las medicinas que podían evitar algún sufrimiento al conde, y me empleaba en mil pequeñas tareas. En los primeros tiempos, en que la intensidad del peligro ahogaba como durante un combate, las sutiles distinciones que caracterizaban los hechos de la vida ordinaria, Enriqueta se despojó necesaria-

mente de esa especie de decoro que todas las mujeres, aun las más naturales y sencillas, tienen en sus palabras, en su miradas y en su conversación cuando están delante de gente o de su familia, y que no es mas que la afectación del descuido. ¿No se presentaba ante mis ojos, entre las tinieblas del amanecer, con sus castos trajes de mañana, que me permitían entrever seductores tesoros de belleza, que en mis locas esperanzas casi consideraba míos? Y aun permaneciendo imponente y altiva, ¿podía no ser familiar? Por otra parte, durante los primeros días el peligro quitó completamente toda significación apasionada a las interioridades de nuestra íntima unión, que no vió en ella nada malo, y luego, cuando la reflexión se hizo lugar, creyó tal vez que sería un insulto tanto para ella como para mí cambiar de maneras. Nos encontramos insensiblemente familiarizados con la situación, casi casados; se mostró noblemente confiada, segura de sí como de mí mismo. Penetré más en su corazón, y la condesa volvió á ser mi Enriqueta, obligada a querer más y más al que se esforzaba por ser su segunda alma. Bien pronto no tuve que esperar su mano, irresistible, abandonada a la primera mirada suplicante, e igualmente podía, sin que se ocultase a mi vista, contemplar con embriaguez las bellas líneas de sus formas durante las largas horas en que velábamos juntos el sueño del enfermo. Las pequeñas voluptuosidades que nos concedíamos, esas miradas enternecidas, esas palabras pronunciadas en voz baja para no despertar al

conde, los temores, las esperanzas dichas y vueltas a decir; en fin, los mil acontecimientos de la fusión completa de dos almas por largo tiempo separadas se destacaban vivamente sobre las sombras dolorosas del cuadro que nos rodeaba. Conocimos por completo nuestras almas en aquella terrible prueba, a la que no resisten con frecuencia los afectos más vivos, que sucumben bajo la costumbre de verse a cada momento y que se separan experimentando esa cohesión constante en que se encuentra ligera o pesada la carga de la vida. Ya sabes qué estrago causa la enfermedad del jefe de una familia, qué interrupción en los negocios, qué desarreglo en las horas marcadas para todo: parece que la vida, turbada en él, turba los movimientos de su casa y de su familia. Aunque todo gravitaba sobre la condesa, el señor de Mortsauf era útil fuera. El hablaba con los arrendatarios, se entendía con los agentes de negocios y cobraba las rentas, y si la condesa era su alma, él era su cuerpo. Me constituí en su mayordomo para que pudiese atender al cuidado del conde sin que peligrasen en nada sus intereses; y ella lo aceptó todo de la manera más sencilla, sin darme siquiera las gracias. Aquellos cuidados repartidos, aquellas órdenes transmitidas en su nombre, fueron una dulce comunicación más establecida entre los dos. Por las tardes, en su cuarto, hablábamos frecuentemente de intereses y de sus hijos; aquellas conversaciones daban una esperanza más a nuestro efímero matrimonio. ¡Con qué alegría se prestaba Enriqueta a

dejarme representar el papel de marido, a hacer que ocupase su lugar a la mesa, a enviarme a dar instrucciones al guarda, y todo esto con el mayor abandono, pero sin ese íntimo placer que experimenta involuntariamente la mujer más virtuosa del mundo cuando encuentra un medio de reunir la más estricta observación de sus deberes y la satisfacción de sus deseos inconfesados! Anulado por la enfermedad, el conde no pesaba sobre su mujer ni sobre su casa; la condesa fué dueña de sí misma y tuvo el derecho de ocuparse de mí y de hacerme objeto de una multitud de cuidados. ¡Qué júbilo cuando descubrí en ella el pensamiento, tal vez vagamente concebido, pero deliciosamente expresado, de revelarme todo el inapreciable valor de su persona y de sus cualidades, de hacerme conocer el cambio notable que se operaría en ella si tuviera la dicha de ser comprendida! Aquella flor, incesantemente cerrada en la fría atmósfera de su hogar, se abría a mis miradas y para mí solo, y tenía tanta complacencia en desplegarse, que era imposible no ver en ella la secreta influencia del amor. De este modo, y hasta en los detalles más pequeños de mi vida, me probaba cuán presente estaba en su pensamiento. El día que, después de haber pasado la noche al lado del lecho del enfermo, me acostaba tarde, Enriqueta se levantaba antes que todo el mundo y hacía reinar en torno mío el silencio más absoluto; sin necesidad de que se lo advirtiese, Magdalena y Santiago se iban a jugar lejos; su madre echaba mano de todas las super-

cherías imaginables para conquistar el derecho de poner la mesa para mí; en fin, me servía con una alegría en los movimientos, con una ligereza de golondrina, con un sonrosado en las mejillas, con un temblor en la voz, con una penetración de lince... ¿Acaso esas expansiones del alma se describen? Con frecuencia se sentaba rendida de fatiga; pero si por casualidad en aquellos momentos de cansancio se trataba de mí o de sus hijos, para mí o para sus hijos reunía nuevas fuerzas y se levantaba ágil, viva y alegre. ¡Se complacía en mostrar su ternura, como el sol muestra sus rayos! ¡Ah!, Natalia. Sí; ciertas mujeres participan en la tierra de los privilegios de los espíritus angélicos, y, como ellos, esparcen esa luz que Saint-Martin, el filósofo desconocido, decía que es inteligente, melodiosa y perfumada. Segura de mi discreción, Enriqueta quiso levantar la pesada cortina que nos ocultaba el porvenir, dejándome ver en ella dos mujeres: la mujer encadenada que me había seducido, a pesar de sus rudezas, y la mujer libre cuya ternura debía eternizar mi amor. ¡Qué diferencia! La señora de Mortsauf era el bengalí transportado a la fría Europa, tristemente posado en su bastón, mudo y moribundo dentro de la jaula en que le guarda el naturalista; Enriqueta era el mismo bengalí cantando sus poemas orientales en la espesura, a la orilla del Ganges, como una pedrería viviente, volando de rama en rama, entre las rosas de una inmensa *volkameria*, siempre florida. Su belleza hízose más espléndida; su inteligencia reavivóse. Aquel con-

tinuo fuego de alegría era un secreto entre nuestras dos almas, pues el ojo del abate Dominis, aquel representante del mundo, era para Enriqueta más temible que el del señor de Mortsauf; pero tenía, como yo, un gran placer en dar a sus pensamientos giros ingeniosos; ocultaba su júbilo bajo el disfraz de la broma, y cubría los testimonios de su ternura con el brillante manto de la gratitud.

—Hemos sometido vuestra amistad a rudas pruebas, Félix.—Bien podemos permitirle las libertades que toleramos a Santiago, ¿no es verdad, señor abate?—decía en la mesa.

El severo abate respondía con esa amable sonrisa del hombre piadoso que lee en los corazones y los encuentra puros; por otra parte, el eclesiástico experimentaba por la condesa ese respeto mezclado de admiración que inspiran los ángeles. Dos veces, en cincuenta días, avanzó la condesa tal vez más allá de los límites en que se encerraba nuestro afecto; pero aquellos dos sucesos quedaron envueltos en ese velo que no se levanta sino el día de las confesiones supremas. Una mañana, durante el primer período de la enfermedad del conde, cuando la condesa se arrepentía de haberme tratado tan severamente retirándome los inocentes privilegios concedidos a mi casta ternura, la esperé para que viniese a reemplazarme. Fatigado en demasía, habíame dormido con la cabeza apoyada en la mano. De pronto desperté sintiendo en la frente cierta frescura, que me produjo una sensación comparable a la que me hubiese causado el contacto de

una flor. Enriqueta estaba a tres pasos de mí, y me dijo:

—¡Ya estoy aquí!

Me retiré, dándole los buenos días, y le cogí la mano, sintiéndola húmeda y temblorosa, y le dije:

—¿Sufre usted?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta?—me interrogó.

La miré, enrojeciendo, confundido, y le respondí:

—He soñado.

Una tarde, durante una de las últimas visitas del señor Origet, que había anunciado positivamente la convalecencia del conde, yo me encontraba con Santiago y Magdalena, sentados los tres en los escalones de la gradería y ocupada nuestra atención en un juego infantil. El señor de Mortsauf dormía, y, en tanto que aparejaban su caballo, el médico hablaba a media voz en el salón con la condesa. El señor Origet se marchó sin que yo lo advirtiese, y, después de haberle acompañado, Enriqueta se apoyó en la ventana, desde la cual estuvo contemplándonos sin duda durante algún largo tiempo sin que nosotros la viésemos. Era una de esas tardes cálidas en que el cielo toma los matices del cobre y en que el campo envía con los ecos mil rumores confusos. El último rayo de sol moría en los tejados, las flores de los jardines perfumaban el aire, y a lo lejos se oía el sonido de las esquilas del ganado que tornaba a los establos. El silencio de aquella hora había llegado a domi-

narnos y ahogábamos nuestros gritos para no despertar el conde. De pronto, a pesar del ruido onduloso de un vestido, oí la contracción gutural de un suspiro violentamente comprimido. Me lancé al salón y vi a la condesa sentada en el hueco de la ventana, con el rostro cubierto con un pañuelo; reconoció mis pasos, y con un ademán dulcemente imperioso me mandó que la dejase sola. Me acerqué a ella con el corazón penetrado de dolor, y quise arrancarle el pañuelo a viva fuerza; ella se refugió en su cuarto, y no salió de él hasta la hora de la oración. Por primera vez, después de cincuenta días, la llevé a la terraza, y una vez allí le pedí cuenta de su emoción; pero afectó la alegría más encantadora y la justificó con la buena noticia que le había dado Origet.

—Enriqueta, Enriqueta—le dije—, ¿usted la ignoraba acaso en el momento en que la sorprendí llorando? Entre nosotros, una mentira sería una monstruosidad. ¿Por qué me ha impedido usted enjugar sus lágrimas? ¿No me pertenecían tal vez?

—He pensado—me respondió—que esta enfermedad ha sido para mí un alto, una tregua, un descanso en el dolor. Ahora que no tiemblo por el señor de Mortsauf, tengo que temblar por mí.

Y tenía razón. El restablecimiento del conde se anunció por la vuelta de su carácter caprichoso y raro; empezó a decir que ni su mujer, ni yo, ni el médico sabíamos cuidarle; que lo ignorábamos todo, su enfermedad y su temperamento, sus dolores y sus remedios convenientes. Según él, el

señor Origet, infatuado por no sé qué doctrina, veía una alteración en los humores, cuando no debía ocuparse mas que del píloro. Un día nos miró maliciosamente, como hombre que nos hubiera espiado y adivinado, y dijo, sonriendo, a su mujer:

—Confiésalo, querida. Si hubiera muerto, me habrías sentido, pero te hubieras resignado.

—Hubiera vestido el luto de corte, rosa y negro—respondió la condesa riendo, a fin de hacer callar a su marido.

Pero hubo, sobre todo a propósito del alimento, que el doctor limitaba sabiamente, oponiéndose a que se satisficiese por completo el apetito del convaleciente, escenas de violencia y disputas que no podían siquiera compararse a las pasadas, pues el carácter del conde se mostraba tanto más temible cuanto que había estado, por decirlo así, dormido. Fuerte con las terminantes recomendaciones del médico y con la obediencia de sus criados, y estimulada además por mí, que veía en aquella lucha un buen medio de enseñarle a ejercer su dominio sobre su marido, la condesa se resolvió a la resistencia; supo oponer una frente tranquila a la vesania y a los gritos y se acostumbró, al fin, tomándole por lo que era verdaderamente, por un niño, a oír sus injuriosos epítetos. Tuve, por último, la felicidad de verla tomar dominio sobre aquel espíritu enfermizo: el conde gritaba, pero obedecía, y obedecía mejor después de haber gritado mucho. A pesar de la evidencia de los resultados, Enriqueta lloraba a veces ante el espectáculo que ofrecía

aquel viejo descarnado, débil, de frente más amarilla que la hoja próxima a caer, de ojos hundidos y manos temblorosas; se reprochaba interiormente sus durezas, y con frecuencia no podía resistir el júbilo que brillaba en los ojos del conde cuando, alargando su comida, iba más allá de las prescripciones del médico. Mostrábase tanto más dulce y cariñosa para él cuanto más lo había sido para mí; pero noté, sin embargo, diferencias que llenaron mi corazón de infinita alegría. No era infatigable y sabía llamar a los criados para servir al conde cuando sus caprichos se sucedían con demasiada rapidez y empezaba a quejarse de no ser comprendido.

La condesa quiso dar gracias a Dios por el restablecimiento del señor de Mortsauf; mandó decir una misa en la iglesia del valle y me pidió el brazo para ir a la iglesia: la acompañé, pero mientras duró la misa me fuí a hacer una visita a los señores de Chessel. A la vuelta, quiso reñirme.

—Enriqueta—le dije—, soy incapaz de una falsedad. Puedo arrojarme al agua para salvar a un enemigo que va a ahogarse, darle mi capa para que se caliente, perdonarle, en fin, pero sin olvidar la ofensa.

Guardó silencio y apretó mi brazo contra su corazón.

—Es usted un ángel, y ha podido ser sincero en sus acciones de gracias—continué—; la madre del príncipe de la Paz fué salvada de las manos de un populacho furioso que quería matarla, y cuando la

reina le preguntó: «¿Qué hacía usted entonces?», la noble dama le respondió: «Oraba poi ellos.» La mujer es así; pero yo soy hombre y necesariamente imperfecto.

—¡No se calumnie usted!—dijo moviendo mi brazo con violencia—. ¡Tal vez valga más que yo!

—Sí—repuse—, porque daría la eternidad por un solo día de dicha, y usted...

—¿Y yo?—dijo mirándome con altivez.

Me detuve y bajé los ojos para evitar el rayo de su mirada.

—¡Yo!—repuso—. ¿De qué «yo» habla usted? En mí hay muchos «yos». Esos dos niños, Santiago y Magdalena, son uno de mis «yos»—añadió indicándome a sus hijos—. Félix, ¿me cree usted egoísta?—dijo con delirante acento—. ¿Me cree capaz de sacrificar una eternidad para recompensar al que me sacrifica la vida? Este pensamiento es horrible y opuesto por completo a los sentimientos religiosos. ¿Puede levantarse una mujer así degradada? ¿Puede absolverla su felicidad? Bien pronto contestará usted a esas preguntas. Sí, le entrego al fin un secreto de mi conciencia: esta idea ha conmovido frecuentemente mi corazón, la he expiado con duras penitencias, y sólo ella produjo las lágrimas de que anteayer me pidió usted cuenta.

—No dé usted—repuse—demasiada importancia a ciertas cosas que las mujeres vulgares colocan altas, y que usted debería...

—¡Oh!—dijo interrumpiéndome—. ¿Se la da usted menos?

Esta lógica detuvo todo razonamiento.

—Pues bien—añadió—, sépalo. Sí, habría cometido la baja cobardía de abandonar a ese pobre viejo cuya vida soy; pero, amigo mío, esas dos débiles criaturas que están delante de nosotros, Santiago y Magdalena, tendrían que quedarse con su padre. ¿Y cree usted, respóndame, que hubieran podido vivir tres meses bajo el dominio insensato de ese hombre? ¡Si al faltar a mis deberes no se tratase mas que de mí!... (Dejó ver una sonrisa soberbia.) Pero ¿no sería eso condenar a muerte a estos dos niños? Sí, su muerte sería segura. Pero, ¡Dios mío! ¿Por qué hablamos de esto?... ¡Cásese... y déjeme morir!

Y pronunció estas palabras con un acento tan amargo, tan profundo, que ahogó por completo la rebeldía de mi pasión.

—Se quejó usted allá arriba, bajo aquel nogal—le dije—, y yo me he quedado bajo estos álamos: he aquí todo. En adelante callaré.

—¡Sus generosidades me matan!—contestó, levantando los ojos al cielo.

Habíamos llegado a la terraza, donde encontramos al conde sentado en un sillón, al sol. El aspecto de aquel rostro descarnado y hundido, animado apenas por una débil sonrisa, extinguió las llamas que habían brotado de las cenizas. Me apoyé en la balaustrada, contemplando el cuadro que ofrecía aquel moribundo entre sus dos hijos, siempre enfermizos, y su mujer, pálida por las vigilias, enflaquecida por trabajos excesivos, por las alar-

mas y, tal vez, por las alegrías de aquellos dos terribles meses, pero cuyas mejillas habían coloreado las emociones de la reciente escena. Al contemplar a aquella familia, rodeada de trémulos follajes, a través de los cuales pasaba la luz gris de un nublado cielo de otoño, sentí que en mi interior se desataban los lazos que sujetan el alma al cuerpo. Por primera vez en mi vida experimenté ese hastío moral que, según se dice, conocen los más robustos combatientes en lo más rudo de sus combates, especie de locura fría que transforma en cobarde al hombre de más valor, en devoto al incrédulo, y que nos vuelve indiferentes para todo, aun para los sentimientos más vitales: honor y amor, pues la duda nos quita el conocimiento de nosotros mismos y hasta el gusto de la vida. Pobres criaturas nerviosas a quienes la riqueza de vuestra organización entrega sin defensa a un genio fatal y desconocido, ¿dónde están vuestros jueces? Comprendí cómo el joven audaz, que ya ponía la mano sobre el bastón de los mariscales de Francia, tan hábil negociador como capitán intrépido, había podido llegar a ser el inocente asesino que yo entreveía. Mis deseos, hoy coronados de rosas, ¿podían tener ese fin? Espantado por la causa tanto como por el efecto, preguntaba, como el impío, dónde estaba la Providencia, y no pude retener dos lágrimas que rodaron por mis mejillas.

—¿Qué tienes, mi buen Félix?—me preguntó Magdalena con su voz infantil.

Enriqueta acabó de disipar aquellos negros va-

pores y aquellas tinieblas con una mirada de solicitud que irradió en mi alma como el sol. En aquel momento, el viejo picador me trajo de Tours una carta cuya vista me arrancó un grito de sorpresa, que de rechazo hizo temblar a la señora de Mortsauf. Estaba cerrada con el sello de la Secretaría real. El rey me llamaba.

Presenté la carta a Enriqueta, que la leyó de una mirada.

—¡Se va!—dijo el conde.

—¿Qué va a ser de mí?—murmuró Enriqueta conociendo por primera vez el desierto sin sol en que se quedaba.

Permanecimos en un estupor de pensamiento que a todos nos oprimió igualmente, pues nunca como entonces habíamos sentido cuán necesarios nos éramos los unos a los otros. La misma condesa tuvo, hablando de todo, aun de las cosas más indiferentes, un tono de voz completamente nuevo, como un instrumento que hubiera perdido muchas cuerdas y estuvieran las otras destempladas. Vi en ella movimientos de apatía y miradas sin luz, y le rogué que me confiase su pensamiento.

—¿Acaso tengo alguno?—me dijo.

Luego me llevó a su cuarto, me hizo sentar en el sofá, abrió el cajón de su tocador, se arrodilló ante mí, y exclamó:

—Aquí tiene usted los cabellos que se me han caído en el espacio de un año; tómelos usted, son suyos, algún día sabrá cómo y por qué.

Me incliné con lentitud sobre su frente, que no

se bajó para evitar mis labios, y los apoyé santamente, sin culpable embriaguez, sin voluptuosidad, pero con solemne enternecimiento. ¿Quería sacrificarlo todo? ¿Llegaba ella solamente, como yo había hecho, al borde del abismo? Si el amor la hubiese impulsado a entregarse, no hubiera tenido aquella calma profunda, aquella mirada religiosa y no me hubiera dicho con su voz pura:

—¿No me guarda usted rencor?

Partí al anochecer, quiso acompañarme por el camino de Frapesle y nos detuvimos bajo el nogal. Yo se lo mostré, diciéndole cómo la había distinguido desde allí cuatro años antes.

—¡Qué hermoso estaba el valle!—exclamé.

—¿Y ahora?

—Ahora—le dije—usted está bajo el nogal y el valle es nuestro.

Bajó la cabeza y nos despedimos. Enriqueta subió a su coche con Magdalena y yo subí al mío, solo.

De vuelta a París, mi atención fué felizmente absorbida por trabajos apremiantes que me proporcionaron una violenta distracción y me obligaron a esquivar la sociedad, que me olvidó. Vivía, sin embargo, para la señora de Mortsauf, a quien enviaba mi diario todas las semanas, y que me contestaba dos veces al mes; vida obscura y plena, semejante a esos senderos espesos floridos e ignorados que en el fondo de los bosques descubriera otro tiempo, mientras hacía poemas de flores durante las dos últimas semanas.

¡Oh, vosotros, los que amáis! Imponeos esas hermosas obligaciones, cargaos con reglas que cumplir, como las que la Iglesia ha dado para cada día a los cristianos. Es una grande idea la observación rigurosa creada por la religión romana; ella traza cada día más honda la huella del deber por la repetición de actos que conservan la esperanza y el temor. Los sentimientos corren siempre vivos por esos hondos arroyos que retienen las aguas, los purifican, refrescan incesantemente el corazón y fertilizan la vida con los abundantes tesoros de una fe oculta, manantial divino en el que se multiplica el pensamiento de un mismo amor.

Mi pasión, que resucitaba la Edad Media y recordaba los tiempos de la Caballería, fué conocida no sé de qué manera: tal vez el rey y el duque de Lenoncourt hablaron de ella, y la historia, a la vez sencilla y romancesca, de un joven que adoraba piadosa y santamente a una hermosa dama ignorada, grande en su soledad, fiel sin el apoyo del deber, se extendió así desde aquella esfera superior hasta el barrio de Saint-Germain. En los salones aristocráticos me veía objeto de una atención verdaderamente molesta, pues la humildad de la vida obscura tiene ventajas evidentes, que, una vez experimentadas, hacen insoportable el brillo de una constante teatralidad.

Del mismo modo que los ojos acostumbrados a no ver mas que colores suaves se deslumbran con la luz del sol, hay también ciertos espíritus a los cuales desagradan los contrastes violentos. Yo era

entonces así. ¿Te sorprende esto? Pues ten un poco de paciencia: las rarezas del Vandenesse actual van a explicarse. Encontraba a las mujeres benévolas y a la sociedad amable para mí. Después del matrimonio del duque de Berry, la corte recobró su fausto; volvieron las fiestas francesas; la ocupación extranjera había cesado, la prosperidad renacía, los placeres eran posibles, y muchos personajes ilustres por su rango o considerables por su fortuna afluían de todos los puntos de Europa a la capital de la inteligencia, donde se encuentran todas las ventajas y todos los vicios de los otros países, engrandecidos y abrillantados por el espíritu francés. Cinco meses después de haber salido de Clochegourde, en medio del invierno, mi hermoso ángel me escribió una carta desesperada, dándome la noticia de una grave enfermedad de su hijo, de la cual había podido escapar, pero que dejaba serios temores para el porvenir. El médico había recomendado que se tuvieran grandes precauciones en todo lo relativo al pecho, palabra terrible que, pronunciada por la ciencia, entristecía todas las horas de una madre. Apenas respiraba un poco Enriqueta, y Santiago acababa de entrar en la convalecencia, cuando su hermana inspiró vivísimas inquietudes. Magdalena, aquella linda planta que tan bien respondía a los cuidados maternales, sufría una crisis prevista, pero formidable para una constitución tan débil. Abatida ya por las fatigas que le había producido la larga enfermedad de Santiago, la condesa se encontraba sin valor para soportar aquel

nuevo golpe, y el espectáculo doloroso que le presentaban aquellos dos seres adorados la hacía insensible a los tormentos redoblados debidos al carácter de su marido. Así, tempestades cada vez más cargadas de granizo desarraigaban con sus ráfagas las esperanzas más profundamente implantadas en el corazón; además, veíase abandonada a la tiranía del conde, que, aprovechándose de su debilidad, había vuelto a ganar el terreno perdido.

«Cuando toda mi fuerza bastaba apenas para cuidar a mis hijos—me escribía—, ¿podía emplearla con el señor de Mortsauf y defenderme de sus agresiones, defendiéndome contra la muerte? Viéndome hoy sola y débil, entre dos niños melancólicos que me acompañaban, me siento dominada por un profundo fastidio de la vida. ¿Qué golpe puedo sentir, a qué afección puedo responder cuando veo en la terraza a Santiago, inmóvil, cuya vida sólo se muestra en sus hermosos ojos, agrandados por su delgadez y hundidos como los de un viejo, y cuya inteligencia fuerte y robusta contrasta, ¡pronóstico fatal!, con su debilidad física? ¿Qué he de sentir y de qué me he de cuidar cuando veo a mi lado a Magdalena, antes tan bonita, tan viva, tan cariñosa, tan sonrosada, pálida hoy como una muerta, delgada y débil, con los ojos lánguidos, que vuelven hacia mí sus miradas melancólicas, como si fueran a darme el último adiós? Nada le inspira deseos; cuando le apetece alguna cosa, al-

guna golosina, me asusta por lo raro y lo extraño de sus gustos, y la cándida criatura, aunque educada en mi corazón, se ruboriza al confiarme sus deseos. A pesar de mis esfuerzos, no puedo distraer a mis hijos: los dos me sonríen; pero esta sonrisa es arrancada por mis mimos y no viene de ellos, que lloran, por el contrario, no pudiendo responder a mis caricias. El sufrimiento ha aflojado todo en sus almas, hasta los lazos que nos unían; así, comprenderá usted cuán triste está Clochegourde; el señor de Mortsauf reina en él sin obstáculo.»

«¡Oh, amigo mío, mi gloria!—me escribía más adelante—, debe usted amarme mucho para amarme aún, para amarme inerte, ingrata, petrificada por el dolor.»

En aquellos momentos, cuando me sentía más que nunca herido en el fondo de mis entrañas, cuando no vivía sino en aquella alma sobre la cual trataba de enviar la brisa refrescante y luminosa del amor y de la esperanza, encontré en los salones del Elíseo-Borbón una de esas ilustres *ladys* que son casi soberanas. Inmensamente rica, nacida de una familia que, desde la conquista, se conservaba pura de toda mezcla, casada con uno de los ancianos más distinguidos de la aristocracia inglesa, todas esas ventajas no eran, sin embargo, mas que accesorios que realzaban la belleza de aquella mujer, sus gracias, sus maneras, su talento y su brillo especial, que seducía antes de fascinar. Fué el ídolo del día,

y reinó tanto mejor en la sociedad parisiense cuanto que tuvo las cualidades necesarias para triunfar: la mano de hierro cubierta con un guante de terciopelo de que hablaba Bernadotte. No desconoces la singular personalidad de los ingleses y ese mar de la Mancha, infranqueable y orgulloso, ese frío canal de San Jorge que colocan entre ellos y las personas que no les han sido presentadas. Consideran la Humanidad como un inmenso hormiguero, sobre el cual marchan; no conocen de su especie sino las gentes admitidas por ellos; de las otras, no entienden su lenguaje, son labios que articulan y ojos que miran, pero ni las palabras ni las miradas les alcanzan. Para ellos esas gentes son como si no fueran. Los ingleses ofrecen así en sus personas una imagen de sus islas, donde la ley lo regula todo, donde todo es uniforme en cada esfera, donde el ejercicio de las virtudes parece el juego necesario de unas ruedas que andan a hora fija. Las fortificaciones de acero bruñido levantadas alrededor de una mujer inglesa, encadenada en su hogar con hilos de oro, pero donde no le rodean mas que maravillas, le prestan atractivos irresistibles. Ningún pueblo ha preparado mejor la hipocresía de la mujer casada, poniéndola a todo intento entre la muerte y la vida social; no hay para ella ningún intervalo entre la vergüenza y el honor: o la falta es completa, o no es falta; o lo es todo, o no es nada; es el *to be, or not to be* de Hamlet. Esta alternativa, unida al desdén constante a que la habitúan las costumbres, hacen de

la mujer inglesa un ser aparte en el mundo. Es una pobre criatura virtuosa a la fuerza y dispuesta a depravarse, condenada a perpetuas mentiras sepultadas en su corazón; pero deliciosa por la forma, porque este pueblo todo lo ha dado a la forma. De ahí las bellezas peculiares de las mujeres de este país; la exaltación de una ternura en que para ellas se resume necesariamente la vida, esa exageración de sus cuidados por sí mismas, esa delicadeza de amor tan graciosamente pintada en la escena de *Romeo y Julieta* en la que el genio de Shakespeare ha hecho de un solo rasgo el retrato de la mujer inglesa. A ti, que tantas cosas les envidias, ¿qué te diré que no sepas de esas blancas sirenas, impenetrables en apariencia y tan pronto conocidas, que creen que el amor basta al amor, y que, si sienten hastío en los goces, no los varían, cuya alma no tiene mas que una nota, cuya voz no tiene mas que una sílaba; océano de amor donde el que no ha navegado ignorará siempre algo de la poesía de los sentidos, como el que no ha visto el mar tendrá menos cuerdas en su lira? Ya sabes el porqué de estas palabras: mi aventura con la marquesa de Dudley tuvo una fatal celebridad. En una edad en que los sentidos tienen tanto influjo en nuestras determinaciones, en una juventud cuyos ardientes deseos habían sido tan violentamete comprimidos, la imagen de la santa que sufría su lento martirio en Clochegourde estaba tan profundamente grabada en mi alma, que pude resistir todas las seducciones. Esta fidelidad me valió la atención de

lady Arabella; mi resistencia avivó su pasión. Lo que deseaba, como muchos ingleses, era lo brillante, lo extraordinario; quería, por decirlo así, pólvora y pimienta para pasto de su corazón, del mismo modo que sus compatriotas quieren condimentos excitantes para despertar su apetito. La atonía que una regularidad metódica en las costumbres y una perfección constante en las cosas introducen en la existencia de esas mujeres las conduce a la adoración de lo romancesco y de lo difícil. No puedo juzgar ese carácter. Cuanto más me encerraba en un frío desdén más se apasionaba lady Dudley, y esta lucha, de la que ella se gloriaba, excitó la curiosidad de algunos salones y fué para ella una primera felicidad que le imponía el triunfo como una obligación. ¡Ah!, me habría salvado si algún amigo me hubiese repetido las atroces palabras que se le escaparon respecto a la señora de Mortsauf y a mí:

—¡Estoy fastidiada de esos suspiros de tórtola!—dijo.

Sin querer por eso justificar mi crimen, te haré observar, Natalia, que un hombre tiene para resistir a una mujer menos recursos que vosotras para escapar a nuestras persecuciones. Nuestras costumbres prohiben a nuestro sexo las brutalidades de la represión, que son en vosotras, por el contrario, cebo para el amante y que además os imponen las conveniencias. Yo no sé qué jurisprudencia de fatuidad masculina ridiculiza la reserva en el hombre, al paso que os dejamos el monopolio de la modestia

para que tengáis el privilegio de los favores; pero invertid los papeles, y el hombre sucumbe bajo la burla. Aunque defendido por mi pasión, no estaba en una edad en que se permanezca insensible a sus triples seducciones del orgullo, de la adhesión y de la belleza. Cuando lady Arabella ponía a mis pies, en medio de un baile en el que era la reina por su elegancia y hermosura, los homenajes que recogía, y espiaba mi mirada para saber si su traje y peinado eran de mi gusto, y se estremecía de placer cuando me agradaba, yo me sentía dominado por su emoción. Manteníase, por otra parte, en un terreno en que yo no podía huir de ella; no me era posible rehusar ciertas invitaciones que partían del círculo diplomático: su alto rango le abría todos los salones, y, con esa destreza que emplean todas las mujeres para obtener lo que desean, hacía que la señora de la casa la colocara a la mesa a mi lado, a fin de poder hablarme al oído. «Si yo fuese amada como la señora de Mortsauf—me decía—se lo sacrificaría a usted todo.» Me proponía, riendo, las condiciones más humildes, me prometía una discreción a toda prueba y me pedía sufriese solamente que ella me amase. Un día me dijo estas palabras, que satisfarían todas las capitulaciones de una conciencia timorata y los reprimidos deseos del joven: «Su amiga siempre..., y su querida cuando usted quiera.» Por último, meditó hacer que sirviese a mi perdición la misma lealtad de mi carácter; sobornó a mi ayuda de cámara, y después de una reunión en que se mostró tan hermosa que estaba

segura de haber excitado mis deseos, la encontré en mi casa. Este rasgo se supo en Inglaterra, y su aristocracia se consternó como el cielo a la caída de su ángel más hermoso. Lady Dudley se rió de la indignación del imperio británico, se redujo a su fortuna y quiso eclipsar con sus sacrificios a AQUELLA cuya virtud causó este célebre desastre. Lady Arabella se complacía, como el demonio sobre la aguja del templo, en mostrarme los más ricos tesoros de su ardiente reino.

Lee estas páginas, te lo ruego, con indulgencia. Se trata aquí de uno de los problemas más interesantes de la vida humana; de una crisis a que han estado sometidos la mayor parte de los hombres, y que quisiera explicar, aunque sólo fuera para encender un faro sobre este escollo. Aquella hermosa lady, tan esbelta, tan delicada; aquella mujer de nácar, tan frágil, tan dulce, de frente tan pura, coronada de finos cabellos rubios; aquella criatura cuyo brillo parecía fosforescente y pasajero, es de una organización de hierro. Por fogoso que sea, ningún caballo resiste a su mano pequeña y rosada, blanda en apariencia y que nada puede fatigar. Tiene el pie de la cierva, un pie pequeño, pero seco y musculoso, bajo una envoltura de gracias indescriptibles. Su fuerza es tal, que nadie la rinde en una lucha; no hay hombre que pueda seguirla a caballo: ganaría a los centauros el premio de un *steeple chase;* tira a los gamos y a los ciervos sin detener su carrera. Su cuerpo no conoce el sudor; aspira el fuego de la atmósfera y vive en el agua,

so pena de no vivir. Así es que su pasión es completamente africana; su deseo marcha como el torbellino del desierto, de un desierto cuya ardiente inmensidad se pinta en sus ojos, de un desierto lleno de grandeza y de amor, con su cielo inalterable y sus frescas noches estrelladas. ¡Qué contraste con Clochegourde! ¡El oriente y el occidente! La una llamando a sí las menores partículas húmedas para alimentarse; la otra, exudando su alma y envolviendo a sus fieles en una atmósfera luminosa; ésta, viva y esbelta; aquélla, lenta y mórbida. En fin, ¿no has reflexionado nunca acerca del sentido general de las costumbres inglesas? ¿No es la divinización de la materia o, si se quiere, un epicureísmo definido, meditado, aplicado sabiamente? Dígase lo que se diga, hágase lo que se haga, Inglaterra es materialista, acaso sin saberlo. Tiene pretensiones religiosas y morales de donde está ausente la espiritualidad divina, el alma católica, cuya gracia fecundante jamás será reemplazada por ninguna hipocresía, por bien representada que sea. Posee en el más alto grado esa ciencia de la vida que mejora las menores partículas de la materia, que hace que vuestra zapatilla sea la más bonita del mundo, que da a vuestras ropas un aroma indecible, que chapea de cedro y perfuma los muebles, que da a hora fija un te suave y sabiamente preparado, que destierra el polvo, cubre de tapices desde la puerta de la calle hasta el último rincón de la casa, limpia las paredes de las cuevas, pule el aldabón de la casa y templa los muelles del carruaje;

que hace de la materia una masa blanca y nutritiva, brillante y limpia, en el seno de la cual expira el alma bajo el peso de la comodidad; que produce la espantosa monotonía del bienestar que da una vida sin oposición, destituída de espontaneidad y, que, por decirlo así, nos convierte en máquinas. De repente, en medio de este lujo inglés, conozco una mujer, tal vez la única en su sexo, que me envuelve en los delirios del amor renaciente de su agonía, y a cuyas prodigalidades llevaba yo una severa continencia, ese amor que tiene bellezas abrumadoras y una electricidad propia, que nos introduce frecuentemente en el cielo por las puertas de marfil de sus ensueños, o nos conduce con sus alas a las más elevadas regiones. Amor horriblemente ingrato, que lanza sarcásticas carcajadas sobre los fríos cadáveres de los que mata, amor sin memoria, amor cruel, que se parece en cierto modo a la política inglesa y en cuyos lazos caen la mayor parte de los hombres. Ya comprendes el problema. El hombre está compuesto de materia y de espíritu; la animalidad viene a concluir en él, y en él igualmente comienza el ángel. De ahí esa lucha que todos experimentamos entre un destino futuro que presentimos y los recuerdos de nuestros instintos anteriores, de los cuales no nos hemos separado enteramente, entre un amor carnal y un amor divino. Hay hombres que los resumen en uno solo; hay otros que se abstienen; éste pasa revista, digámoslo así, al sexo entero, buscando la satisfacción de sus apetitos anteriores; aquél lo realiza en una

sola mujer, en la cual se resume el universo; los unos flotan indecisos entre las voluptuosidades de la materia y las del espíritu; los otros, espiritualizan la carne pidiéndole lo que no puede dar. Si meditando sobre estos rasgos generales del amor tienes en cuenta las repulsiones y las afinidades que resultan de la diversidad de organizaciones y que rompen los pactos concluídos entre los que no se han experimentado; si juzgas los errores producidos por las esperanzas de los que viven más especialmente por el espíritu, por el corazón o por la acción, que piensan, que sienten o que obran, y cuyas aspiraciones se ven engañadas o desconocidas en una asociación en que se encuentran dos seres igualmente débiles, tendrás una grandísima indulgencia para esas desgracias respecto de las cuales se muestra generalmente implacable la sociedad. Lady Arabella contentaba y satisfacía los instintos, los órganos, los apetitos, los vicios y las virtudes de la materia sutil de que estamos formados, y era la querida del cuerpo; pero la señora de Mortsauf era la esposa del alma. El amor que satisface la querida tiene límites, porque la materia es finita, sus propiedades tienen fuerzas calculadas y está sometida a inevitables saturaciones. Así es que, con frecuencia, en París y al lado de lady Dudley, sentía en mi corazón un vacío especial. Lo infinito es el dominio del alma, y, por consiguiente, el amor no tenía límites en Clochegourde. Amaba apasionadamente a lady Arabella; y ciertamente, si la bestia era sublime en ella, tenía tam-

bién la superioridad de la inteligencia; su conversación burlona lo abrazaba todo. Pero yo adoraba a Enriqueta. Por la noche lloraba de placer; por la mañana, de remordimiento. Hay mujeres bastante sabias para ocultar sus celos bajo la bondad más angélica, y son las que, como lady Dudley, han pasado de los treinta años. Estas mujeres saben entonces sentir y calcular, exprimir, y pueden ahogar sus gemidos, frecuentemente legítimos, con la energía del cazador que no advierte una herida mientras persigue la caza. Sin hablar de la señora de Mortsauf, Arabella intentaba matarla en mi alma, donde la encontraba siempre, y su pasión se avivaba al soplo de este amor invencible. A fin de triunfar por medio de comparaciones en que llevase ella la ventaja, no se mostraba suspicaz, inoportuna ni curiosa, como lo son la mayor parte de las jóvenes; pero, semejante a la leona que ha cogido entre sus fauces una presa y la ha llevado a su antro, velaba por que nada turbase su felicidad y me guardaba como una conquista cuya sumisión no es completa. Delante de ella yo escribía a Enriqueta, y jamás leyó una sola línea ni trató por ningún medio de saber las señas escritas en los sobres; conservaba mi libertad y parecía que Arabella se había dicho: «Si lo pierdo, a nadie acusaré sino a mí.» Y se apoyaba orgullosamente en su amor, tan abnegado, que me habría dado su vida sin vacilar si se la hubiera pedido. En fin, me hizo creer que si la abandonaba se mataría en seguida, y era cosa de oírla celebrar, respecto a este punto,

las costumbres de las viudas indias, que se hacen quemar en la hoguera de sus maridos.

—Aunque este uso sea en la India una distinción reservada a la clase noble, y que, bajo este aspecto, sea poco comprendido de los europeos, incapaces de apreciar la desdeñosa grandeza de este privilegio, confieso—me decía algunas veces—que en nuestras sencillas costumbres modernas la aristocracia no puede elevarse sino por medio de lo extraordinario de los sentimientos. ¿Cómo puedo hacer conocer a los plebeyos que la sangre de mis venas no se parece a la suya sino muriendo de una manera muy distinta de como ellos mueren? Las mujeres sin un nacimiento ilustre pueden tener diamantes, cachemiras, caballos y aun también los blasones, que deberían estarnos reservados, pues hoy se compra un nombre; pero amar con la frente alta, a despecho de la ley y contra la ley; morir por el ídolo que se ha elegido, haciéndose un sudario de las sábanas de su lecho; someter el mundo y el cielo a un hombre, robando así al Todopoderoso el derecho de hacer un dios; no faltarle por nada, ni aun por la virtud, pues negarse a él en nombre del deber es entregarse a algo que no es «él», y, sea un hombre o una idea, en ello hay siempre traición: he aquí grandezas a las cuales no pueden alcanzar las mujeres vulgares que no conocen mas que los caminos comunes: el gran camino de la virtud o el tortuoso sendero de la cortesana.

Procedía, pues, por medio del orgullo, halagaba todas las vanidades deificándolas, me colocaba a

tal altura y me rendía tanto culto, que no podía vivir sino a mis pies; así, todas las seducciones de su espíritu eran expresadas por su posición de esclava y por su entera sumisión. Sabía permanecer todo un día apoyada en mis rodillas, silenciosa, ocupada en mirarme, esperando la hora del placer como una odalisca del serrallo, y adelantándola siempre por medio de hábiles coqueterías, pero fingiendo esperarla con paciencia. ¿Con qué palabras podré pintar los seis primeros meses de aquellas relaciones, durante las cuales fuí presa de los enervantes goces de un amor fértil en placeres, y que los variaba con el sabor que da la experiencia, pero ocultando su artificio con los arrebatos de la pasión? Aquellos placeres, revelación súbita de la poesía de los sentidos, constituyen el vigoroso lazo con que los jóvenes se sujetan a las mujeres de más edad que ellos; pero este lazo es el nudo del ahorcado, deja en el alma una señal indeleble, y le inocula un disgusto, un fastidio anticipado por los amores frescos, cándidos, ricos solamente en flores y que no saben servir el alcohol del sensualismo en copas de oro cuidadosamente cinceladas y enriquecidas de piedras que brillan con fuegos inextinguibles. Saboreando esas voluptuosidades que soñaba sin conocerlas, que había expresado en mil ramilletes, y que la unión de las almas hace mil veces más ardientes, no me faltaban paradojas para justificar a mis ojos la complacencia con que apuraba aquella hermosa copa. Con frecuencia, cuando, perdido en lo infinito de aquella laxitud

del deleite, mi alma, desprendida del cuerpo, se mecía lejos de la tierra, pensaba que aquellos placeres eran un medio de anular la materia y de devolver el espíritu a su vuelo sublime. Algunas veces lady Dudley, como muchas mujeres, se aprovechaba de la exaltación a que conduce el exceso de felicidad para ligarme con juramentos, y bajo la influencia del deseo me arrancaba blasfemias contra el ángel de Clochegourde. Una vez traidor, fuí también embustero. Continué escribiendo a la señora de Mortsauf como si fuese siempre el niño de traje azul a quien tanto amaba; pero, lo confieso, su don de ver muy lejos me hacía estremecer cuando pensaba en el desastre que una indiscreción podía causar en el precioso castillo de mis esperanzas. Con frecuencia, en medio de mis alegrías, un dolor repentino me dejaba helado, y oía pronunciar el nombre de Enriqueta a una voz desconocida, como el «Caín, ¿dónde está Abel?» de la Escritura. Mis cartas quedaron sin respuesta: me sobrecogió una viva inquietud y quise partir para Clochegourde. Arabella no se opuso, pero habló con la mayor naturalidad de acompañarme a Turena. Su capricho, aguijoneado por la dificultad; sus presentimientos, justificados por una felicidad inesperada, todo había engendrado en ella un amor real, que deseaba hacer único. Su genio de mujer le hizo ver en aquel viaje un medio de separarme eternamente de la señora de Mortsauf, en tanto que, ciego por el miedo, arrastrado por la ingenuidad de la verdadera pasión, no vi el lazo en que iba a caer.

Lady Dudley propuso las condiciones más humildes y previno todas las objeciones; consintió vivir cerca de Tours, en el campo, desconocida, disfrazada, sin salir de día y escogiendo para nuestras citas las horas de la noche en que nadie podía encontrarnos. Salí de Tours a caballo, dirigiéndome a Clochegourde. Tenía mis razones para no ir en carruaje, pues me hacía falta un caballo para mis excursiones nocturnas, y el mío era un animal árabe que lady Esther Stanhope había enviado a la marquesa y que ésta me había cambiado por aquel famoso cuadro de Rembrandt que tiene en su salón de Londres y que tan singularmente había venido a mi poder. Tomé el camino que seis años antes había recorrido a pie y me detuve bajo el nogal. Desde allí vi sobre la terraza a la señora de Mortsauf vestida de blanco. En seguida me lancé hacia ella con la rapidez del relámpago, y estuve algunos momentos bajo el muro, después de haber franqueado la distancia en línea recta como si se tratase de una carrera de hipodromo. Enriqueta oyó los saltos prodigiosos de la golondrina del desierto, y cuando me detuve al pie de la terraza me dijo:

—¡Ah! ¡Usted aquí!

Estas tres palabras me aterraron. Enriqueta sabía mi aventura. ¿Quién se la había dado a conocer? Su madre, cuya odiosa carta me enseñó algunos días después. La debilidad indiferente de aquella voz, en otro tiempo llena de vida; la palidez mate de su acento revelaban un profundo do-

lor y exhalaban no sé qué olor de flores tronchadas. El huracán de la infidelidad, semejante a esas crecidas del Loira que esterilizan para siempre una tierra, había pasado por su alma, haciendo un desierto allí donde verdeaban opulentas praderas. Hice entrar mi caballo por la puertecilla, echóse sobre el césped a una palabra mía, y la condesa, que se había acercado con lentitud, exclamó:

—¡Hermoso animal!

Tenía los brazos cruzados para que no pudiese cogerla la mano; adiviné su intención.

—Voy a prevenir al señor de Mortsauf—dijo alejándose.

Quedé en pie, confundido, dejándola ir, contemplándola siempre noble, lenta y altiva, más blanca que nunca la había visto, pero llevando en la frente el lívido sello de la más amarga melancolía e inclinando la cabeza como una azucena abrumada de rocío.

—¡Enriqueta!—exclamé con la rabiosa ansiedad del hombre que se siente morir.

No se volvió, no se detuvo, no se dignó decirme que me había retirado su nombre, que no respondía a mi voz, y siguió adelante. En aquel espantoso valle donde deben reunirse, convertidos en polvo, mil pueblos cuyas almas animan ahora la superficie del globo; en el seno de aquella multitud oprimida por las inmensidades luminosas que brotan de su gloria, podré encontrarme pequeño; pero seguramente no quedaría más anonadado que lo fuí ante aquella forma blanca, subiendo como sube el agua

en las calles de una ciudad inundada, subiendo con paso igual al castillo de Clochegourde, la gloria y el suplicio de aquella Dido cristiana. Maldije a Arabella con una sola imprecación, que la hubiera matado de alcanzarla: ¡ella, que lo había dejado todo por mí, como se deja todo por Dios! Quedé sumergido en un mundo de pensamientos, viendo en todas partes el infinito del dolor. Entonces vi que bajaban todos. Santiago corría con la impetuosidad ingenua de sus años; gacela de ojos moribundos, Magdalena acompañaba a su madre. El señor de Mortsauf vino a mí, me tendió los brazos, me estrechó entre ellos, me besó en las mejillas y me dijo:

—¡Félix, he sabido que le debo a usted la vida!

La señora de Mortsauf nos volvió la espalda durante esta escena, bajo pretexto de enseñar el caballo a Magdalena, estupefacta.

—¡Ah, diantre! ¡He aquí lo que son las mujeres!—exclamó el conde con cólera—. ¡Pues no están mirando el caballo!

Magdalena se volvió, vino a mí y le besé la mano mirando a la condesa, que se ruborizó.

—Magdalena está mucho mejor—dije.

—¡Pobre hija mía!—respondió la condesa besándola en la frente.

—Sí, por el momento están todos bien—repuso el conde—; sólo yo, mi querido Félix, estoy quebrantado como una torre vieja que va a caer.

—Parece que el general tiene siempre sus negras ideas—dije, mirando a la señora de Mortsauf.

—Todos tenemos nuestros *blues devils*—respondió ella—. ¿No es así la frase inglesa?

Subimos hacia el cercado paseándonos juntos, y comprendimos todos que había sobrevenido algún acontecimiento. Enriqueta no tenía el menor deseo de quedarse sola conmigo; no me consideraba ya sino como su huésped.

—¡Ah! ¿Y su caballo?—dijo el conde cuando hubimos salido.

—Mi *groom* llegará pronto y cuidará de él—respondí.

—¿El *groom* llega también de Inglaterra?—preguntó la condesa.

—Como que no los hay sino allí—replicó el conde, que se puso alegre al ver a su mujer triste.

La frialdad de su esposa le proporcionó una ocasión de contradecirla y me abrumó con su amistad: entonces conocí la pesadez de la amistad de un marido. No creas que el momento en que sus atenciones asesinan a las almas nobles es cuando las mujeres prodigan una afección que parece robada; se hacen odiosas e insoportables precisamente el día en que ese amor se extingue. La buena inteligencia, condición indispensable y esencial en las amistades de este género, parece entonces un medio y se hace pesada y horrible como todo medio que un fin no justifica.

—Mi querido Félix—me dijo el conde cogiéndome las manos y estrechándomelas afectuosamente—, perdone usted a la señora de Mortsauf; las mujeres tienen necesidad de ser caprichosas; su debilidad

las excusa, y no sabrán tener nunca la igualdad de humor que nos da la fuerza de carácter. Ella le quiere a usted mucho; lo sé, pero..

Mientras el conde hablaba, la señora de Mortsauf se alejó de nosotros insensiblemente a fin de dejarnos solos.

—Félix—me dijo en voz baja el conde contemplando a su mujer, que se dirigía al castillo acompañada de sus dos hijos—, ignoro lo que pasa en el alma de la señora de Mortsauf; pero su carácter ha cambiado completamente desde hace seis semanas. Ella, tan dulce, tan abnegada hasta aquí, tiene unas rarezas increíbles.

Manette me dijo más tarde que la condesa había caído en un abatimiento que la hacía insensible a las importunidades del conde. No encontrando tierra blanda donde clavar sus flechas, aquél se había vuelto inquieto, como el niño que no ve moverse el gusano que atormenta. En aquel momento necesitaba un confidente, como el verdugo necesita un ayudante.

—Procure usted—me dijo después de una pausa—interrogar a la señora de Mortsauf. Una mujer tiene siempre secretos para su marido; pero a usted tal vez le confíe el motivo de sus penas. Aunque debiese costarme la mitad de los días que me quedan de vida y la mitad de mi fortuna, todo lo sacrificaría por hacerla feliz. ¡Me es tan necesaria! Si no siento en mi vejez a ese ángel a mi lado, seré el más desgraciado de los hombres... ¡Y quiero morir tranquilo! Dígale, pues, que no tendrá que su-

frirme mucho tiempo, porque, Félix, yo me voy, lo sé perfectamente. A todo el mundo oculto la fatal verdad, porque ¿para qué afligirlos de antemano? He concluído por saber la causa de mi enfermedad: la sensibilidad me ha matado. En efecto, todas nuestras afecciones hieren el centro gástrico.

—De suerte—le dije sonriendo—que los hombres de corazón perecen por el estómago.

—No se burle usted, Félix, nada es más cierto: las penas demasiado vivas exageran el juego del gran simpático, y esta exaltación de la sensibilidad mantiene en una constante irritación la mucosa del estómago. Si este estado persiste, produce perturbaciones: primero, insensibles en las funciones digestivas, las secreciones se alteran, el apetito se deprava y la digestión se hace caprichosa; bien pronto aparecen dolores punzantes, se agravan, y de día en día se hacen más frecuentes; luego la desorganización llega al extremo, como si algún veneno lento estuviese mezclado con el bolo alimenticio: la mucosa se espesa, se opera la induración de la válvula del píloro y se forma un escirro que produce la muerte. Pues bien, yo he llegado a ese punto, amigo mío. La induración sigue adelante sin que nadie pueda detenerla. Vea usted mi cutis amarillento, mis ojos secos y brillantes, mi excesiva flacura... Es que me deseco. ¡Qué quiere usted! He traído de la emigración el germen de esta enfermedad! ¡He sufrido tanto! Mi matrimonio, que podía reparar los males de la emigración, lejos de calmar mi alma ulcerada, ha

reavivado la herida. ¿Qué he encontrado aquí? Eternas alarmas causadas por mis hijos, disgustos domésticos, una fortuna que rehacer, economías que engendraban mil privaciones impuestas a mi mujer y con las cuales sufría yo más que nadie. En fin, este secreto no lo confiaría mas que a usted; pero he aquí mi pena más dura: aunque es un ángel, no me comprende, no sabe nada de mis dolores, los contraría... y yo la perdono. Mire usted; esto es horrible decirlo, amigo mío; pero una mujer menos virtuosa que ella me habría hecho más feliz prestándose a consuelos que Blanca no imagina, porque es inocente como una niña. Añada usted a esto que mis criados me atormentan, porque son estúpidos; que entienden griego cuando hablo francés. Al fin nuestra fortuna ha sido reconstituída, aunque poco a poco; no tengo ya tantos motivos de irritación y de fastidio; pero el mal ya está hecho; después ha venido mi enfermedad, tan mal comprendida por Origet, y hoy apenas me quedan seis meses de vida.

Yo escuchaba al conde con terror. Cuando volví a ver a la condesa, el brillo de sus ojos secos y el tinte amarillento de su frente casi me horrorizaron, y arrastré al conde hacia la casa, fingiendo escuchar sus quejas mezcladas de disertaciones médicas; pero no me cuidaba mas que de Enriqueta y quería observarla. La encontré en el salón, presenciando una lección de matemáticas que daba a Santiago el abate Dominis y enseñando a Magdalena un punto de encaje. En otro tiempo hu-

biera hallado, el día de mi llegada, el medio de aplazar las ocupaciones para dedicarse enteramente a mí; pero mi amor era tan profundamente verdadero, que rechacé de mi corazón el despecho que me causó este contraste entre el presente y el pasado, porque veía el fatal tinte amarillo pálido que en aquel rostro celestial parecía el reflejo de los fulgores divinos que los pintores italianos han puesto en la cara de los santos. Sentí el soplo helado de la muerte; luego, cuando cayó sobre mí el fuego de sus ojos destituídos de aquella agua límpida en que antes nadaba su mirada, no pude menos de estremecerme. Advertí entonces algunos cambios debidos al pesar y que no había notado al aire libre: aquellas líneas tan menudas, que en mi primera visita no estaban mas que ligeramente impresas sobre su frente, la surcaban ya sus sienes azuladas, parecían ardientes, cóncavas; sus ojos estaban hundidos bajo las cejas, y la veía macilenta y marchita como una fruta prematuramente mordida por un gusano. Yo, cuya gran ambición era verter la dicha a raudales en su alma, ¿no había amargado la fuente en que se refrescaba su vida y se asomaba su valor? Fuí a sentarme a su lado y le dije con voz en que vibraba el arrepentimiento.

—¿Está usted satisfecha de su salud?

—Sí—respondió clavando su mirada en la mía.

E indicando a Santiago y Magdalena, añadió:

—He ahí mi salud.

Victoriosa en su lucha con la Naturaleza, Magdalena era mujer a los quince años; había crecido;

sus colores de rosa de Bengala renacían en sus mejillas amarillentas; había perdido la ingenuidad de la niña que todo lo mira de frente y empezaba a bajar los ojos; sus movimientos se habían hecho lentos y majestuosos, como los de su madre; su talle era esbelto y las gracias de su seno florecían ya; la coquetería ondeaba sus magníficos cabellos negros, separados en dos bandas sobre su frente de española, y se parecía a esas preciosas estatuas de la Edad Media, tan finas de contornos, de formas tan delicadas que la mirada teme romper al contemplarlas; pero la salud, ese fruto alcanzado después de tantos esfuerzos, había puesto en sus mejillas el terciopelo del melocotón y en su cuello el vello sedoso que tanto embellecía a su madre y con el que jugaba la luz. ¡Debía vivir! ¡Dios lo ha escrito, querido capullo de la más bella de las flores humanas, sobre las largas pestañas de tus párpados, sobre la curva de tus hombros, que prometen desarrollarse tan ricamente como los de tu madre! Aquella hermosa niña de talle de palmera contrastaba con Santiago, débil joven de diez y siete años, cuya cabeza había engruesado, cuya frente inquietaba por su rápida extensión, cuyos ojos, febriles y fatigados, estaban en armonía con su voz profundamente sonora. El órgano lanzaba un volumen de sonidos demasiado grande, lo mismo que la mirada dejaba escapar demasiados pensamientos. Eran la inteligencia, el alma, el corazón de Enriqueta, devorando con su ardiente llama un cuerpo sin consistencia, pues Santiago tenía esa

tez lechosa, animada de colores ardientes, que distingue a los jóvenes marcados por la fatalidad para ser abatidos en un tiempo determinado. Obedeciendo a la seña con que Enriqueta, después de haberme mostrado a Magdalena, indicaba a Santiago, que trazaba figuras geométricas y signos algebraicos sobre un encerado ante el abate Dominis, me estremecí al ver el aspecto de aquella muerte oculta por flores y respeté el error de la pobre madre.

—Cuando los veo así—me dijo con la mirada brillante de placer maternal—, la alegría hace callar mis dolores, del mismo modo que calla y desaparece mi júbilo cuando los veo enfermos. Amigo mío; si otros afectos nos engañan, los sentimientos así recompensados, los deberes cumplidos y coronados de éxito compensan la decepción en otra parte sufrida. Santiago será, como usted, un hombre de alta instrucción, lleno de virtuoso saber; será, como usted, el honor de su país; gobernará tal vez un día ayudado por usted, que estará colocado a gran altura; pero yo procuraré que sea fiel a sus primeros afectos. Magdalena, esa querida criatura, tiene ya el corazón sublime; es pura como la nieve de las altas cimas de los Alpes, tendrá la abnegación de la mujer y su graciosa inteligencia, y, como es altiva, será digna de los Lenoncourt. Su madre, en otro tiempo tan atormentada, es ahora muy feliz, feliz con una felicidad infinita y sin mezcla; sí, mi vida está llena, mi vida es rica. Ya lo ve usted; Dios hace florecer mis alegrías en el seno de afectos permitidos, y mezcla de amargura

aquellas hacia las cuales me arrastra una inclinación peligrosa.

—¡Bien!—exclamó alegremente el abate—; el el señor vizconde sabe tanto como yo.

Al terminar su demostración, Santiago tosió ligeramente.

—Basta por hoy, mi querido abate—dijo la condesa conmovida—, y sobre todo, nada de lección de química. Monta a caballo, Santiago, y sé prudente, hijo mío.

Y se dejó besar por su hijo con la acariciadora, pero digna voluptuosidad, de una madre, y con los ojos vueltos hacia mí como para insultar mis recuerdos.

—Pero—le dije mientras seguía a Santiago con una larga mirada—no me ha contestado usted. ¿Siente usted algún dolor?

—Sí, a veces en el estómago. Si estuviera en París tendría los honores de una gastritis, la enfermedad de moda.

—Mi madre sufre mucho y con frecuencia—me dijo Magdalena.

—¡Ah!—repuso Enriqueta—¿Le interesa a usted mi salud?

Magdalena, sorprendida por la profunda ironía impresa en estas palabras, nos miró a uno tras otro; mis ojos contaban las flores bordadas en el almohadón del sofá verde gris que adornaba el salón.

—Esta situación es intolerable—le dije al oído.

—¿Soy yo quien la ha creado?—me preguntó.

Y, afectando esa falsa alegría con que las mu-

jeres recrudecen sus venganzas, añadió en voz alta:

—¿No son siempre enemigas Francia e Inglaterra? Magdalena sabe eso, y sabe también que las separa un mar inmenso, frío, tempestuoso...

Los vasos de la chimenea habían sido reemplazados por candelabros, sin duda con el objeto de quitarme el placer de llenarlos de flores. Más tarde los encontré en su cuarto. Cuando llegó mi criado, salí para darle órdenes: me traía algunos objetos que quise llevar a mi habitación.

—No se equivoque usted, Félix—me dijo la condesa—; el antiguo cuarto de mi tía es ahora el de Magdalena, y el de usted es el que está encima del que ocupa el conde.

Aunque culpable, tenía corazón, y todas estas palabras eran puñaladas fríamente asestadas en los lugares más sensibles, y que ella parecía escoger para herir. Los sufrimientos morales no son absolutos: están en razón de la delicadeza de las almas, y la condesa había recorrido duramente esta escala de los dolores; pero, por esta misma razón, la mujer más bondadosa será siempre más cruel cuanto más bienhechora ha sido. Yo la miré y bajó la cabeza. Fuí a mi nueva habitación, que era bonita, blanca y verde. Allí rompí a llorar. Enriqueta me oyó y vino trayendo un ramillete de flores.

—Enriqueta—le dije—, ¿no perdona usted la más disculpable de las faltas?

—Nunca más me llame usted Enriqueta—me res-

pondió—. Esa pobre mujer no existe ya; pero en la señora de Mortsauf encontrará usted siempre una amiga adicta que le escuchará, que le amará. Félix, más tarde hablaremos. Si aun conserva usted ternura hacia mí, deje que me acostumbre a verle, y cuando haya conseguido un poco de valor, cuando las palabras no me desgarren tanto el corazón... entonces... solamente entonces...

Y mostrándome el Indre, que se desarrollaba a lo lejos como una cinta de plata, añadió:

—¿Ve usted ese valle? Me hace daño, lo amo siempre.

—¡Ah! ¡Perezca Inglaterra y todas sus mujeres!—exclamé—. Voy a presentar mi dimisión al rey, y moriré aquí perdonado.

—No, ame usted a esa mujer. Enriqueta no existe ya. Esto no era un juego... Ya lo sabía usted.

Y se retiró, descubriendo por el acento de su última palabra la extensión de sus heridas.

Salí vivamente, la detuve y le dije:

—¿No me ama usted ya?

—Me ha causado usted mucho más daño que todos los demás juntos. Hoy sufro menos; le amo, pues, menos; sólo en Inglaterra se dice «ni nunca, ni siempre», y aquí decimos «siempre». Sea usted juicioso, no aumente mi dolor, y, si sufre usted, piense que yo vivo.

Me retiró su mano, que tenía entre las mías, fría, húmeda, sin movimiento, y escapó con la ligereza de una flecha, atravesando el corredor en que se había ventilado esta escena verdaderamente trágica.

Durante la comida, el conde me reservaba un suplicio con el cual no había contado.

—¿No está en París la marquesa Dudley?—preguntó.

Enrojecí excesivamente al contestarle:

—No.

—¿No está en Tours?

—Como no se ha divorciado, puede volver a Inglaterra—contesté con viveza—; su marido sería muy feliz si quisiera volver a su lado.

—¿Tiene hijos?—me preguntó la señora de Mortsauf con voz alterada.

—Dos—respondí.

—¿Y dónde están?

—En Inglaterra, con su padre.

—Vamos, Félix, sea usted franco—exclamó el conde—, ¿es tan hermosa como se dice?

—¿Puede hacerse semejante pregunta?—replicó la condesa—. La mujer que se ama ¿no es siempre la más hermosa de las mujeres?

—Sí, siempre—repuse con orgullo, lanzándole una mirada que no sostuvo.

—¡Qué feliz es usted!—exclamó el conde—. Sí, es usted un calavera muy dichoso. ¡Ah! En mi juventud, una conquista como ésa me hubiera vuelto loco...

—Basta, basta—dijo la condesa indicando con una mirada a Magdalena.

—Pero ya no soy un niño—añadió el conde, que se complacía en hacerse el joven.

Al salir del comedor, la condesa me llevó

a la terraza, y, cuando estuvimos solos, me dijo:

—¡Cómo! ¿Hay mujeres que sacrifican sus hijos a un hombre? La fortuna, el mundo, hasta la eternidad, lo concibo; pero ¡los hijos!... ¡Privarse de los hijos!...

—Sí; y esas mujeres quisieran tener aún más que sacrificar, pues lo dan todo...

Enriqueta creyó que el mundo se había vuelto del revés, y sus ideas se confundieron. Sobrecogida por esta grandeza, sospechando que la felicidad debía justificar esta inmolación, oyendo en sí misma los gritos de la carne rebelada, permaneció estupefacta contemplando su existencia perdida. Sí, hubo en ella un momento de terrible duda, del que se levantó grande y santa llevando alta la cabeza.

—Ame usted, pues, mucho a esa mujer, Félix—exclamó con lágrimas en los ojos—; veré en ella una hermana feliz. Le perdonaré el mal que me ha hecho si le da a usted lo que jamás debía encontrar aquí, lo que no podía obtener de mí. Ha tenido usted razón; yo no le he dicho nunca que le amaba, y jamás le he amado como se ama en este mundo. Pero, si no es madre, ¿cómo puede amar?

—Santa querida—repuse—, sería preciso que estuviera menos conmovido de lo que estoy para hacerte comprender que estás colocada en una esfera muy superior a la suya. Ella es una mujer de la tierra, una hija de las razas caídas; tú eres la hija de los cielos, el ángel adorado; tú tienes mi

corazón, y ella no tiene mas que mi carne; ella lo sabe, y esto la desespera; se cambiaría por ti aunque como precio de ese cambio le fuese impuesto el más cruel de los martirios. Pero todo esto es irremediable: para ti el alma, para ti los pensamientos, el amor puro; para ti la juventud y la vejez; para ella los deseos, los placeres de la pasión fugitiva; para ti mi recuerdo en toda su extensión, para ella, el olvido más profundo.

Enriqueta fué a sentarse en un banco y exclamó rompiendo a llorar:

—Diga, diga eso, amigo mío. Félix, ¿no son errores la virtud, la santidad de la vida y el amor maternal? ¡Oh! ¡Vierta ese bálsamo sobre mis heridas! ¡Repita una palabra que me devuelva a las alturas donde quisiera tender el vuelo con usted! ¡Bendígame usted con una mirada, con una palabra sagrada, y le perdonaré las penas que desde hace dos meses estoy sufriendo!

—Enriqueta, hay en nuestra vida misterios que usted ignora. La encontré en una edad en que los sentimientos pueden ahogar los deseos inspirados por nuestra naturaleza; pero muchas escenas cuyo recuerdo me consolará en la hora de la muerte han debido demostrarle que esa edad terminaba, y que su constante triunfo ha consistido en prolongar las mudas delicias. Un amor sin posesión se sostiene por la exasperación misma del deseo; luego llega un momento en que todo es sufrimiento en nosotros, que no nos parecemos en nada a usted, pues poseemos una fuerza que no podría ser

abdicada sino dejando de ser hombres. Privado del alimento que debe nutrirle, el corazón se devora a sí mismo y siente un agotamiento que no es la muerte, pero que la precede. La Naturaleza no puede ser mucho tiempo engañada, y al menor accidente despierta con una energía que se parece a la locura. No, no he amado, pero he tenido sed en medio del desierto.

—¡Del desierto!—exclamó con amargura abarcando el valle con un ademán—. ¡Oh! ¡Cómo razona! ¡Cuántas distinciones sutiles! ¡Los fieles no tienen tanto talento!

—Enriqueta—repuse—, no disputemos por algunas expresiones atrevidas. No, mi alma no ha vacilado, pero no he sido dueño de mis sentidos. Esa mujer no ignora que tú eres la sola amada, que ella sólo juega un papel secundario en mi vida... ¡Lo sabe y se resigna! Tengo el derecho de dejarla como se deja a una cortesana...

—¿Y entonces?

—Me ha dicho que se mataría—respondí creyendo que aquella resolución sorprendería a Enriqueta.

Pero al oírla dejó escapar una de esas desdeñosas sonrisas más expresivas aún que los pensamientos que traducen.

—¡Ah!... Si tuvieses en cuenta mis resistencias y las seducciones que conspiraban para mi pérdida, concebirías esa fatal...

—¡Sí, fatal! He creído demasiado en usted; he creído que no le faltaría la virtud que practi-

ca el sacerdote y que... posee el señor de Mortsauf—añadió dando a su voz el acento punzante del epigrama—. Todo ha concluído—continuó después de una pausa—; le debo mucho, amigo mío: ha apagado en mí los fuegos de la vida corporal. Lo más difícil del camino está andado, la vejez se aproxima; estoy ya delicada y bien pronto estaré enferma; no podré ser para usted la brillante hada que vierte una lluvia de favores. Sea usted fiel a lady Arabella. Magdalena, a la que educaba para usted, ¿qué será de ella? ¡Pobre Magdalena! ¡Pobre Magdalena!—repitió como un doloroso estribillo—. Si la hubiese usted oído decirme: «¡Mamá, no estás amable con Félix!» ¡Pobre criatura!

Me miró a la luz de los tibios rayos del sol poniente, que se deslizaban a través del follaje, y, sumergiéndose en los recuerdos de nuestro pasado tan puro, se dejó arrastrar por contemplaciones que se hicieron mutuas. Volvimos a apoderarnos de los recuerdos; nuestros ojos iban del valle al cercado, de las ventanas de Clochegourde a Frapesle, poblando esta fantasía con nuestros ramilletes embalsamados, con las novelas de nuestros deseos. Aquella fué su última voluptuosidad, saboreada con el candor de un alma cristiana. Esta escena, tan grande para nosotros, nos había sumergido en una misma melancolía; creyó en mis palabras y vió dónde yo la colocaba: en los cielos.

—Amigo mío—me dijo—, obedezco a Dios, pues su dedo está en todo esto.

No conocí hasta más tarde lo profundo de esta

frase. Subimos lentamente por la terraza. Tomó mi brazo y se apoyó en él, resignada, sangrando, pero habiendo puesto un vendaje a sus heridas.

—La vida humana es así—me dijo—. ¿Qué ha hecho el señor de Mortsauf para merecer su suerte? Esto nos demuestra la existencia de un mundo mejor. ¡Desgraciados los que se quejan de haber ido por el buen camino!

Empezó entonces a apreciar la vida, considerándola tan profundamente en sus diversas fases, que sus fríos cálculos me revelaron el asco que había contraído por las cosas terrestres. Al llegar a la gradería dejó mi brazo y pronunció esta última frase:

—Si Dios nos ha dado el sentimiento y el gusto de la felicidad, ¿no debe encargarse de las almas inocentes que sólo han encontrado aflicciones aquí abajo? Sí; eso es, o Dios no existe, o nuestra existencia no sería mas que una amarga burla.

Diciendo esto entró bruscamente en la casa y se apoyó sobre el sofá, doblegada como si la hubiera herido la voz que aterró a San Pablo.

—¿Qué tiene usted?—le pregunté.

—¡No sé ya lo que es virtud! ¡No tengo conciencia de la mía!

Quedamos los dos petrificados, escuchando el sonido de aquella palabra, seco como el que produce una piedra arrojada a un abismo.

—¡Si me he engañado en mi vida, «ella» tiene razón, «ella»!—exclamó la señora de Mortsauf.

Así su último combate siguió a su última volup-

tuosidad. Cuando vino el conde, ella, que no se quejaba nunca, se quejó: le supliqué que me confiase sus sufrimientos; pero se negó a explicarse y se metió en su cuarto, dejándome devorado por remordimientos que nacían los unos de los otros. Magdalena acompañó a su madre, y al día siguiente supe por ella que había sido víctima de frecuentes vómitos, causados, dijo, por las violentas emociones del día. Así, pues, yo, que deseaba dar mi vida por Enriqueta, era quien la mataba.

—Querido conde—dije al señor de Mortsauf, que me obligó a jugar al chaquete—, creo a la condesa seriamente enferma y aun es tiempo de salvarla. Llame usted al señor Origet y supliquela que siga sus prescripciones.

—¿Origet, que me ha matado?—prorrumpió interrumpiéndome—. No, no; consultaré a Carbonneau.

Durante aquella semana, y sobre todo los primeros días, todo fué para mí motivo de sufrimiento, principio de parálisis del corazón, heridas de la vanidad y heridas del alma. Es preciso haber sido el centro de todo, de las miradas y de los suspiros, el principio de la vida, el hogar de que cada cual sacaba su luz, para conocer el horror del vacío. Los mismos objetos estaban allí, pero el espíritu que los animaba se había extinguido como una llama soplada. Entonces comprendí la espantosa necesidad de no verse en que están los amantes cuando el amor ha desaparecido. ¡No ser ya nada allí donde se ha reinado! ¡Encontrar la frialdad de

la muerte allí donde centelleaban los alegres rayos de la vida! Tales comparaciones aniquilan. Pronto llegué a echar de menos la dolorosa ignorancia de toda aventura que había obscurecido mi juventud. Así, pues, mi desesperación se hizo tan profunda, que la condesa se enterneció. Un día, después de comer, paseándonos todos por la orilla del río, hice un postrer esfuerzo para obtener mi perdón. Rogué a Santiago que se adelantase con su hermana, dejé que el conde caminase solo, y, conduciendo a la condesa hacia la barca, le dije:

—Enriqueta, una palabra, por favor, o me tiro al río. He faltado, es verdad; pero, ¿no imito al perro en su sublime adhesión, y no vuelvo, como él, avergonzado? Si el perro hace mal, se le castiga; pero adora la mano que le pega; castígueme, pero devuélvame su corazón.

—¡Pobre niño!—exclamó—. ¿No es usted siempre mi hijo?

Tomó mi brazo y alcanzó silenciosamente a Santiago y a Magdalena, con los cuales volvió a Clochegourde por los cercados, dejándome con el conde, que se puso a hablar de política a propósito de sus vecinos.

—Entremos—le dije—; va usted descubierto y el rocío de la noche podría causarle algún accidente.

—Usted me compadece, mi querido Félix—me respondió engañándose respecto de mis intenciones—. Mi mujer jamás ha querido consolarme, por sistema tal vez.

Nunca Enriqueta me había dejado solo con su marido, y entonces yo tenía necesidad de pretextos para reunirme a ella. Estaba con sus hijos, ocupada en explicar a Santiago las reglas del chaquete.

—He aquí—dijo el conde, siempre celoso del cariño que demostraba a sus hijos—, he aquí los seres por quienes soy siempre abandonado. Los maridos, mi querido Félix, no tienen mas que las sobras; la mujer más virtuosa encuentra medios de satisfacer su necesidad de robar el afecto conyugal.

Enriqueta continuó sus caricias sin responder.

—Santiago—dijo el conde—, ven aquí.

Santiago hizo algunos gestos.

—Tu padre te llama; ve, hijo mío—dijo la madre empujándolo.

—¡Ya lo ve usted, me aman por orden suya!—repuso el anciano, que a veces comprendía su situación.

—Caballero—replicó Enriqueta acariciando repetidas veces los cabellos de Magdalena, que iba peinada a lo hermosa Ferronnière—, no sea usted injusto con las mujeres; su vida no es siempre fácil, y acaso los hijos son las virtudes de una madre.

—Querida—contestó el conde con una lógica verdaderamente horrible—, lo que dice usted significa que, si no fuese por sus hijos, las mujeres faltarían a su virtud y engañarían a sus maridos:

La condesa se levantó bruscamente y se fué con Magdalena a la gradería.

—¡He aquí el matrimonio, querido!—me dijo el conde.

Y tomando por la mano a su hijo y dirigiéndose adonde estaba su mujer, sobre la cual lanzó miradas furiosas, exclamó:

—¿Quiere indicar esa salida que yo he dicho un disparate?

—Al contrario, caballero, me ha asustado usted; su reflexión me ha hecho un daño horrible—dijo con voz trémula, dirigiéndome una mirada criminal—; si la virtud no consiste en sacrificarse por sus hijos y sus maridos, ¿qué es la virtud?

—¡Sa-cri-fi-car-se!—repuso el conde haciendo de cada sílaba una puñalada que atravesaba el corazón de su víctima—. ¿Qué sacrifica usted, pues, a sus hijos? ¿Qué me sacrifica usted a mí? ¡Responda, responda! ¿Qué pasa aquí? ¿Qué quiere usted decir?

—Caballero—repuso Enriqueta—¿estaría usted más satisfecho siendo amado por amor de Dios que sabiendo que su mujer era virtuosa por la virtud misma?

—La condesa tiene razón—dije tomando la palabra con voz conmovida, que vibró en aquellos dos corazones, en quienes arrojaba mis esperanzas perdidas para siempre y que calmé por la expresión de los dolores, cuyo grito sordo puso término a aquella disputa, del mismo modo que todo calla cuando ruge el león—; sí, el más hermoso privilegio que nos ha concedido la razón es relacionar nuestras virtudes con los seres cuya felicidad es nuestra obra y a los cuales hacemos felices, no por

cálculo, sino por una inagotable y voluntaria afección.

Una lágrima brilló en los ojos de Enriqueta.

—Y, querido conde—continué—, si por casualidad una mujer se viera involuntariamente sometida a algún sentimiento extraño a los que la sociedad le impone, confiese usted que cuanto más irresistible fuese aquel sentimiento más virtuosa sería ahogándolo, «sacrificándose» por sus hijos y por su marido. Esta teoría no es, por otra parte, aplicable a mí, que, desgraciadamente, ofrezco un ejemplo de lo contrario, ni a usted, a quien jamás alcanzará.

Una mano, a la vez trémula y ardiente, se posó en la mía y la estrechó en silencio.

—Es usted un alma hermosa, Félix—me dijo el conde.

Y pasando, no sin gracia, el brazo por el talle de su mujer, la atrajo dulcemente hacia sí para decirle:

—Perdona, querida mía, a un pobre enfermo que quisiera sin duda ser amado más de lo que merece.

—Hay corazones que están llenos de generosidad—respondió Enriqueta apoyando la cabeza sobre un hombro del conde, que creyó esta frase dirigida a él.

Este error causó no sé qué estremecimiento a la condesa; cayó su peineta, sus cabellos se destrenzaron y se puso pálida; su marido, que la sostenía, lanzó una especie de rugido sintiéndola desfallecer; la levantó como hubiera hecho con su hija y

la llevó al sofá del salón, donde la rodeamos. Enriqueta conservó su mano en la mía como para decirme que sólo nosotros sabíamos el secreto de aquella escena, tan sencilla en apariencia, pero tan horrible por los tormentos de su alma.

—He hecho mal—me dijo en voz baja en un momento que el conde nos dejó solos para ir a buscar un vaso de agua de azahar—; he sido mil veces cruel con usted, a quien he querido desesperar cuando hubiera debido recibirle con agrado. Querido amigo, tiene usted una adorable bondad, que sólo yo puedo apreciar. Sí, ya lo sé, hay bondades que son inspiradas por la pasión. Los hombres tienen muchas maneras de ser buenos; lo son por desdén, por cálculo, por cariño, por indolencia de carácter; pero usted, amigo mío, acaba de demostrar una bondad absoluta.

—Sí; eso es—dije—; sepa usted que todo lo que de grande y de noble hay en mí viene de usted. ¿No sabe que soy su obra?

—Estas palabras bastan para la felicidad de una mujer—respondió en el momento en que volvía el conde.

Y añadió, levantándose:

—Ya estoy mejor; necesito aire.

Bajamos todos a la terraza, embalsamada por las acacias todavía en flor. Enriqueta había tomado mi brazo derecho y lo oprimía contra su corazón, expresando así pensamientos dolorosos; esos dolores que, según decía, amaba ella. Quería, sin duda, quedarse sola conmigo; pero su imaginación, in-

hábil para las astucias femeniles, no le sugería medio alguno para alejar a sus hijos y a su marido, y hablábamos, pues, de asuntos indiferentes, en tanto que ponía en prensa su cabeza para buscar el medio de proporcionarse un momento en que poder desahogar su corazón en el mío.

—Mucho tiempo hace que no paseo en carruaje—dijo al fin, viendo la belleza de la noche—; da orden de que enganchen, amigo mío, e iré a dar una vuelta por el campo—añadió dirigiéndose a su marido.

Sabía perfectamente que antes de la oración eran imposible las explicaciones, y temía que el conde quisiera jugar al chaquete. Es verdad que podríamos vernos en la terraza después que su marido se acostara; pero no osaba permanecer bajo aquellas sombras embalsamadas, a través de las cuales pasaban resplandores voluptuosos, ni pasearse a lo largo de la balaustrada, desde donde nuestros ojos abarcaban el curso del Indre por la pradera. Del mismo modo que una catedral de bóvedas sombrías y silenciosas aconseja la oración, los follajes iluminados por la luna, impregnados de aromas penetrantes y animados por los sordos murmullos de la primavera, excitan las fibras de la materia y debilitan la voluntad. El campo, que calma las pasiones de los viejos, excita las de los jóvenes. ¡Y nosotros lo sabíamos! Dos campanadas anunciaron la hora de la oración; la condesa se estremeció.

—Mi querida Enriqueta, ¿qué tiene usted?

—Enriqueta ya no existe—me respondió—; no

la haga usted renacer: era exigente, caprichosa; ahora tiene usted una amiga cuya virtud acaba de ser afirmada por palabras que el cielo le ha dictado. Más tarde hablaremos de esto: seamos exactos a la oración; hoy me toca a mí decirla.

Cuando la condesa pronunció las palabras con que pedía a Dios auxilio contra las adversidades de la vida, les dió un acento que me hizo estremecer; parecía haber usado de su don de segunda vista para adivinar la terrible emoción a que debía someterla una torpeza causada por el olvido de mis convenios con Arabella.

—Tenemos tiempo de echar una partida antes de que estén enganchados los caballos—me dijo el conde, llevándome al salón—; luego irá usted a paseo con mi esposa, y yo me acostaré.

Como todas nuestras partidas, aquella fué tempestuosa. Desde su cuarto o desde el de Magdalena, la condesa pudo oír las voces de su marido.

—Abusa usted en demasía de la hospitalidad—dijo al conde cuando volvió al salón.

La miré con aire sorprendido, pues no podía acostumbrarme a sus asperezas. En otro tiempo se hubiera guardado muy bien de substraerme a la tiranía del conde, pues le gustaba verme participar de sus sufrimientos y que los llevase con paciencia por amor hacia ella.

—Daría mi vida—le dije al oído—por oírle murmurar otra vez: «¡Pobre amigo mío! Pobre amigo mío!»

Acordándose del momento a que aludía, Enri-

queta bajó los ojos; luego me miró, y su mirada expresó la alegría de la mujer que ve los más fugitivos acentos de su amor preferidos a las profundas delicias de otro amor cualquiera. Entonces, como siempre que sufría aquella injuria, la perdoné, sintiéndome comprendido. El conde perdía; pretextó estar fatigado para poder dejar el juego, y fuimos a la azotea a tomar el fresco, mientras esperábamos el carruaje. Así que nos dejó, pintóse el placer tan vivamente en mi rostro, que la condesa me interrogó con una mirada curiosa y sorprendida.

—Enriqueta existe—le dije—, y sigo siendo amado; me hiere con la intención ardiente de romperme el corazón, y aun puedo ser feliz.

—No quedaba mas que un resto de la mujer—repuso con espanto—y lo arranca usted en este instante. ¡Loado sea Dios, que me da valor para sufrir un martirio merecido! Sí, le amo a usted demasiado; iba a desfallecer, y la inglesa ha iluminado el abismo.

En aquel momento subimos al coche y el cochero pidió la orden.

—Llévenos usted al camino de Chinon por la avenida; luego volveremos por las landas de Carlomagno y el camino de Saché.

—¿Qué día es hoy?—pregunté con viveza.

—Sábado.

—No vayamos entonces por ahí, amiga mía; el sábado por la noche el camino está lleno de campesinos que van al mercado de Tours y encontraremos sus carretas.

—Haga usted lo que le he dicho—repuso mirando al cochero.

Uno y otro conocíamos demasiado las inflexiones de nuestra voz, por variadas que fuesen, para poder disfrazar la menor de nuestras emociones. Enriqueta lo había comprendido todo.

—No ha pensado usted en los campesinos escogiendo esta noche—me dijo con ligero acento de ironía—. Lady Dudley está en Tours. No mienta usted. Le espera cerca de aquí. «Qué día es hoy? ¡Los campesinos! ¡Las carretas!» ¿Hizo usted nunca semejantes observaciones cuando salíamos juntos en otros tiempos?

—Eso demuestra que todo lo olvido en Clochegourde—respondí sencillamente.

—¿Y le espera a usted?—me preguntó.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Entre once y doce.

—¿Dónde?

—En las landas.

—No me engañe usted. ¿No es bajo el nogal?

—En las landas.

—Iremos a las landas—dijo—y la veré.

Al oír estas palabras consideré mi existencia definitivamente fijada, y durante un momento casi estuve decidido a terminar, con un completo maridaje con lady Dudley, la lucha horrorosa que amenazaba agotar mi sensibilidad y arrebatar con tantos choques repetidos esas voluptuosas delicadezas que se semejan a la flor que precede a los

frutos. Mi feroz silencio hirió a la condesa, cuya grandeza de alma aun no conocía por completo.

—No se irrite usted contra mí—dijo con su voz de oro y poniendo una mano sobre su corazón—; éste, querido, es mi castigo. Jamás será usted amado como lo es aquí. ¿No se lo he confesado? Lady Dudley ha sido mi salvadora. Para ella, los placeres: no se los envidio; para mí, el glorioso amor de los ángeles. Desde su llegada de usted he recorrido campos inmensos y he juzgado la vida. Elevad el alma, y la desgarraréis; cuanto más alto va uno, menos simpatías encuentra, y, en lugar de sufrir en el valle, sufriréis en los aires, como el águila que se cierne llevando en el corazón una flecha disparada por algún campesino salvaje. Hoy comprendo que el cielo y la tierra son incompatibles. Sí, para el que quiere vivir en la esfera celeste, sólo Dios es posible, y nuestra alma debe entonces estar separada de todo lo terrestre. Es preciso amar a sus amigos como se ama a los niños, por ellos y no por sí mismo. El «yo» causa las desgracias y las penas. Mi corazón irá más alto que el águila, y encontrará un amor que no me engañará nunca. En cuanto a vivir con la vida terrestre, nos rebaja demasiado, haciendo dominar el egoísmo de los sentidos sobre la espiritualidad del alma que nos anima. Los goces que da la pasión son horriblemente tempestuosos y se pagan con enervantes inquietudes que rompen los resortes del alma. He llegado a la orilla del mar en que se agitan esas tempestades y las he visto muy de cerca; con frecuen-

cia me han envuelto en sus nubes, no siempre la ola se ha quebrado a mis pies, y he sentido su rudo contacto que helaba el corazón: debo, pues, retirarme a las alturas, pues perecería a la orilla de este mar inmenso. En usted veo, como en todos los que me han afligido, un guardián de mi virtud. Mi vida ha estado mezclada de angustias, felizmente proporcionadas a mis fuerzas, y así se han mantenido puras de las malas pasiones, sin reposo seductor y dispuesta siempre para Dios. Nuestro afecto fué la tentativa insensata, el esfuerzo de dos cándidos niños que trataban de satisfacer a un mismo tiempo a su corazón, a los hombres y a Dios. ¡Locura, Félix!

Y, después de un momento de silencio, añadió:

—¡Ah! ¿Cómo le llama a usted esa mujer?

—Amadeo—respondí—. Félix es un ser aparte que a nadie pertenecerá sino a usted.

—Enriqueta se siente morir—dijo la condesa dejando ver una triste sonrisa—, pero perecerá en el primer esfuerzo de la cristiana humilde, de la madre orgullosa, de la mujer de virtudes vacilantes ayer, afirmadas hoy. ¿Qué puedo decirle a usted? Sí, mi vida está conforme consigo misma en las más grandes circunstancias como en las más pequeñas. El corazón en el cual debía encontrar las primeras raíces de la ternura, el corazón de mi madre, está cerrado para mí, a pesar de mi persistencia en buscar un pliegue donde deslizarme. Era niña, venía después de la muerte de tres varones, y traté vanamente de ocupar su lugar en el afecto

de mis padres; mas no pude curar la herida abierta en el orgullo de la familia. Cuando, después de aquella sombría infancia, conocí a mi adorable tía, la muerte me la arrebató muy pronto, y el señor de Mortsauf, a quien me he consagrado, me ha herido constantemente, sin descanso, y tal vez sin saberlo. ¡Pobre hombre! Su amor tiene el sencillo egoísmo del amor de los niños, y como no está en el secreto de los males que me causa, tengo que perdonarle. Mis hijos, esos queridos hijos que tienen mi carne por todos sus dolores, mi alma por todas sus cualidades, mi naturaleza por sus inocentes alegrías, esos hijos parece que me han sido dados para demostrar cuánta paciencia y cuánta fuerza hay en el seno de las madres. ¡Sí, mis hijos son mis virtudes! Y usted sabe cuánto he padecido por ellos, en ellos y a pesar de ellos, pues para mí ser madre fué comprar el derecho de sufrir siempre. Cuando Agar clamó en el desierto, un ángel hizo brotar para aquella esclava demasiado amada una fuente de agua pura; pero yo, cuando la límpida corriente hacia la cual quería usted guiarme vino a deslizarse en torno de Clochegourde, no encontré en ella sino aguas amargas. Sí, me ha hecho usted sufrir dolores inauditos. Dios perdonará sin duda a quien no ha conocido el cariño mío sinó por el dolor; pero si las penas más vivas que he experimentado me han sido impuestas por usted, tal vez las he merecido. ¡Dios no es injusto! ¡Sí, Félix; un beso furtivamente depositado sobre una frente acaso envuelve crímenes;

tal vez se deben expiar rudamente los pasos que se han dado alejándose de sus hijos y de su marido cuando se paseaba por la noche, a fin de estar a solas con recuerdos y pensamientos que no le pertenecían, porque, marchando así, el alma se había depositado en otro! Cuando el ser interior se recoge y contrae para no ocupar sino el espacio que se ofrece a los besos, tal vez se comete el mayor de los crímenes. Cuando una mujer se inclina a fin de recibir en los cabellos el beso de su marido, conservando así su frente pura, ¿no comete también un crimen? Y hay crimen en forjarse un porvenir apoyándose en la muerte; crimen en figurarse, para lo futuro, una maternidad sin alarmas, y hermosos hijos jugando por la tarde con un padre adorado de toda la familia, y bajo los ojos enternecidos de una madre feliz. ¡Oh! ¡Sí, he pecado, he pecado gravemente! He encontrado placer en las penitencias impuestas por la Iglesia, que no rescataban bastante esas faltas, para las cuales fué el sacerdote demasiado indulgente, y Dios ha puesto sin duda en el corazón el castigo de todos esos errores, encargando su venganza a aquel por quien fueron cometidos. Dar mis cabellos, ¿no era prometerme? ¿Por qué me complacía en vestirme de blanco sino porque así me parecía ser mejor su azucena? ¿No me había visto usted aquí, por vez primera, vestida de blanco? ¡Ay! He amado menos a mis hijos, pues todo afecto vivo roba algo a los afectos debidos. Ya lo ve usted, Félix, todo sufrimiento tiene su signifi-

cación. ¡Hiera, hiera más fuertemente que me han herido el señor de Mortsauf y mis hijos! Esa mujer es un instrumento de la cólera de Dios, y voy a acercarme a ella sin odio, y la sonreiré, porque, so pena de no ser cristiana, ni esposa, ni madre, debo amarla. Si, como usted dice, he podido contribuir a preservar su corazón del contacto que le hubiera marchitado, esa inglesa no puede odiarme: una mujer debe amar a la madre del que ama, y yo soy su madre de usted. ¿Qué he querido en su corazón sino el lugar que dejó vacío la señora de Vandenesse? ¡Oh! Sí, siempre se ha quejado usted de mi frialdad; sí, no soy mas que su madre. Perdóneme las durezas involuntarias que le dije a su llegada, porque una madre debe regocijarse sabiendo que su hijo es amado.

Y apoyó su cabeza sobre mi pecho, exclamando:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Oí entonces acentos desconocidos: no era su voz de niña, con sus alegres notas, ni era tampoco su voz de mujer, con sus terminaciones despóticas, ni los suspiros de madre dolorida: era una voz delirante, una voz nueva, que expresaba nuevos dolores.

—En cuanto a usted, Félix—repuso animándose—, es el amigo a quien no sabría hacer daño. ¡Oh! Nada ha perdido en mi corazón; no se reproche nada; no tenga el menor remordimiento. ¿No era el colmo del egoísmo pedirle que sacrificase a un porvenir imposible los placeres más inmensos, puesto que para gozarlos una mujer abandona a

sus hijos, abdica su rango y renuncia a la eternidad? ¡Cuántas veces le he encontrado a usted superior a mí! ¡Usted era grande y noble; yo, pequeña y criminal! Ahora que todo está dicho, no puedo ser para usted mas que una luz elevada, centelleante y fría, pero inalterable: haga solamente, Félix, que no sea sola en amar al hermano que me ha elegido... ¡Cúreme usted! El amor de una hermana no tiene días malos ni momentos difíciles. No tendrá necesidad de engañar a esta alma indulgente, que vivirá con su hermosa vida, que nunca dejará de afligirse con sus dolores, que participará de sus alegrías, que amará a las mujeres que le hagan feliz y que se indignará con sus traiciones. ¡No he tenido un hermano a quien amar así! Sea usted bastante grande para despojarse de todo su amor propio y para cambiar nuestro cariño, hasta aquí tan dudoso y lleno de tempestades, por ese dulce y santo afecto. Así podré vivir todavía, y tomaré la iniciativa estrechando la mano a lady Dudley.

¡Y no lloraba al pronunciar aquellas palabras llenas de ciencia amarga, con las cuales, arrancando el último velo que me ocultaba su alma y sus dolores, me demostraba con cuántos lazos estaba unida a mí y cuán fuertes eran las cadenas que yo había roto! Estábamos dominados por tal delirio, que no sentíamos la lluvia que caía a torrentes.

—¿Quiere la señora entrar un momento aquí?—dijo el cochero, designando la posada principal de Ballán.

Enriqueta hizo una señal de asentimiento, y durante media hora aproximadamente permanecimos bajo la bóveda de entrada, con gran extrañeza de las personas del parador, que se preguntaban por qué la señora de Mortsauf andaba por los caminos a las once de la noche. ¿Iba a Tours o volvía? Cuando la tempestad hubo cesado y la lluvia quedó convertida en una llovizna que no impedía a la luna iluminar las altas nubes rápidamente llevadas por el viento, el cochero salió, y con no poca alegría de mi parte volvió sobre sus pasos.

—Cumpla usted mi orden—le gritó con dulzura la condesa.

Tomamos, pues, el camino de las landas de Carlomagno; la lluvia volvió a empezar. En medio de la llanura oí los ladridos del perro favorito de Arabella: de repente un caballo se lanzó fuera de la espesura, franqueó de un salto el camino, salvó el foso abierto por los propietarios para distinguir sus terrenos respectivos en aquellos eriales que se creían susceptibles de cultivos, y lady Arabella fué a ponerse en la landa para ver pasar la carretela.

—¡Qué placer esperar así a su amante, cuando se le espera sin recelo!—dijo Enriqueta.

Los ladridos del perro habían advertido a lady Dudley que yo estaba en el carruaje, y creyó sin duda que iba así a buscarla a causa del mal tiempo. Cuando llegamos al sitio en que estaba la marquesa, ésta voló por la orilla del camino con esa destreza de amazona que le es peculiar y que maravilló a Enriqueta como un verdadero prodigio. Por mimo,

Arabella no decía mas que las últimas sílabas de mi nombre, pronunciadas a la inglesa, especie de llamada que en sus labios tenía un encanto digno de una hada, y creía que sólo yo podía oirla gritar: *My dee!*

—El es, señora—contestó la condesa contemplando bajo un pálido rayo de la luna aquella fantástica criatura, cuyo semblante impaciente aparecía entre sus largos bucles medio deshechos.

Ya sabes con qué rapidez se examinan las mujeres. La inglesa reconoció a su rival y fué gloriosamente inglesa: nos dirigió una mirada llena de desprecio inglés y desapareció en la espesura con la rapidez de una flecha.

—¡Pronto a Clochegourde!—exclamó la condesa, para quien aquella áspera mirada fué como un hachazo en el corazón.

El cochero volvió grupas para tomar el camino de Chinon, que era mejor que el de Saché. Cuando la carretela atravesó de nuevo la landa, oímos el furioso galope del caballo de Arabella y los pasos de su perro, que seguían el linde del bosque al otro lado de la espesura.

—¡Se va y la pierde usted para siempre!—me dijo Enriqueta.

—Pues bien—respondí—; que se vaya, no lo sentiré.

—¡Oh, pobres mujeres!—exclamó la condesa manifestando un compasivo horror—; pero, ¿adónde va?

—A la Grenadière, una casita cerca de Saint-Cyr.

—¡Y se va sola!—repuso Enriqueta con un tono que me probó que las mujeres se creen solidarias en amor y no se abandonan jamás.

Cuando entrábamos en la avenida de Clochegourde, el perro de Arabella ladró alegremente delante de la carretela.

—¡Se nos ha adelantado!—exclamó la condesa.

Y, tras un momento de silencio, añadió:

—Jamás he visto una mujer tan hermosa. ¡Qué talle y qué mano! Su cutis sobrepuja al lirio y sus ojos tienen el brillo del diamante. Pero monta demasiado bien a caballo; debe complacerse en desplegar su fuerza; la creo activa y violenta; además, me parece que se coloca con demasiado atrevimiento por encima de las conveniencias, y la mujer que no reconoce leyes está muy cerca de no escuchar mas que sus caprichos. Los que tanto se complacen en brillar y en moverse no han recibido el don de la constancia. Según mis ideas, el amor quiere más tranquilidad; yo me lo he figurado como un lago inmenso, donde la sonda jamás encuentra fondo; donde las tempestades pueden ser violentas, pero raras y contenidas en límites infranqueables; donde dos seres viven en una isla florida, lejos del mundo, cuyo brillo y lujo les ofendería. Pero el amor debe tener el sello de los caracteres: acaso me equivoque. Si los principios de la Naturaleza se plegan a las formas exigidas por los climas, ¿por qué no sucederá así con los sentimientos, que tienen una ley general, no contrastan sino solamente en la expresión y cada alma tiene su

manera? La marquesa es la mujer fuerte que franquea la distancia y obra con la pujanza del hombre, que libraría a su amante matando a carceleros, guardias y verdugos, en tanto que ciertas criaturas no saben mas que amar con toda su alma, y en el peligro se arrodillan, lloran y mueren. ¿Cuál de estas dos mujeres es la que más le agrada? He aquí la cuestión. Pero, si la marquesa le ama y se lo ha sacrificado todo, ¡tal vez le amará siempre, cuando usted no la ame ya!

—Permítame usted, ángel querido, repetir lo que un día me dijo: ¿Cómo sabe usted esas cosas?

—Cada dolor tiene su enseñanza; yo he sufrido de tantas maneras, que mi instrucción es vastísima.

Mi criado había oído dar la orden al cochero; creyendo que volveríamos por los cercados, tenía mi caballo dispuesto en la avenida: el perro de Arabella había olfateado al caballo, y su dueña, guiada por una curiosidad muy legítima, lo había seguido a través del bosque, donde sin duda estaba oculta.

—Vaya usted a hacer las paces—me dijo Enriqueta sonriendo y sin revelar la menor melancolía—, y dígale que se ha engañado respecto a mis intenciones; que sólo quería darle a conocer el valor del tesoro que posee. Mi corazón no encierra sino buenos sentimientos para ella, y no tiene, sobre todo, ni cólera ni desprecio; explíquele que soy su hermana y no su rival.

—No iré—respondí.

—¿Jamás ha comprendido usted—exclamó con la brillante altivez de los mártires—que ciertas atenciones llegan hasta el insulto?... Vaya usted.

Corrí entonces hacia lady Dudley para saber en qué disposición se encontraba.

Si se enfadase y me dejara—pensaba yo—, volvería a Clochegourde.

El perro me condujo bajo un roble, de donde se lanzó la marquesa exclamando.

—*Away! Away!*

Todo lo que pude hacer fué seguirla hasta Saint-Cyr, adonde llegamos a media noche.

—Esa señora está perfectamente buena—dijo Arabella cuando bajó del caballo.

Sólo los que la han conocido pueden imaginarse todos los sarcasmos que contenía esta observación, secamente pronunciada con un aire que quería decir:

—¡Yo me hubiera muerto!

—Te prohibo dirigir una sola de tus saetas a la señora de Mortsauf—le dije.

—¿Sería acaso desagradar a Vuestra Gracia hacer constar la perfecta salud de que goza un ser querido y precioso a su corazón? Se dice que las francesas odian hasta al perro de sus amantes; en Inglaterra, por el contrario, amamos todo lo que nuestros señores aman, y odiamos todo lo que odian, porque vivimos, digámoslo así, bajo la piel de nuestros señores. Permítame, pues, amar a esa señora tanto como la ama usted mismo. Unicamente, querido mío—añadió enlazándome con sus

brazos húmedos por la lluvia—, que, si tú me abandonases, no estaría en pie ni acostada, ni en una carretela flanqueada de lacayos, ni iría a pasearme a las landas de Carlomagno ni a ninguna otra parte, ni me encontraría en mi lecho, ni bajo el techo de mis padres... ¡Porque no existiría! He nacido en el Lancashire, donde las mujeres mueren de amor. ¿Conocerte y cederte? No te cedería a nadie, ni aun a la muerte, porque me iría contigo.

Me llevó a su cuarto y se dispuso a cambiar de traje.

—Amala, querida mía—le dije con calor—, porque ella te ama, y no de una manera burlona, sino sinceramente.

—¿Sinceramente, pequeño?—me preguntó quitándose la amazona.

Por vanidad de amante quise revelar a aquella orgullosa criatura toda la sensibilidad del carácter de Enriqueta, y en tanto que la doncella, que no sabía una palabra de francés, le arreglaba los cabellos, traté de retratar a la señora de Mortsauf delineando su vida, y repetí los grandes pensamientos que le había sugerido esa crisis en que todas las mujeres son pequeñas y cobardes.

Aunque Arabella parecía no prestarme la menor atención, no perdía, sin embargo, ninguna de mis palabras.

—Estoy encantada—dijo, cuando estuvimos solos—de conocer el gusto que tienes por esas conversaciones cristianas. Existe en una de mis tierras un

vicario que entiende como nadie de componer sermones, y nuestros campesinos le comprenden perfectamente, tan apropiada es su prosa a su auditorio. Mañana escribiré a mi padre que me envíe ese buen hombre en el primer buque; lo encontrarás en París, y cuando le hayas oído una sola vez, sólo a él querrás escuchar, tanto más cuanto que goza de perfecta salud. Su moral no te causará esas emociones que hacen llorar, pues corre sin tempestades como una clara fuente y procura un delicioso sueño; todas las noches, si te place, podrás satisfacer tu pasión por los sermones, al mismo tiempo que digieres la comida. La moral inglesa, hijo mío, es tan superior a la de Turena como nuestra cuchillería y nuestros caballos son superiores a los vuestros. Hazme el favor de ver a mi vicario, ¿me lo prometes? Yo no soy mas que una mujer, amor mío; sé amar, puedo morir por ti, si así lo quieres, pero no he estudiado en Eton, ni en Oxford, ni en Edimburgo; no soy doctor ni reverendo; no sabría predicarte la moral, y, si lo intentase, cometería una torpeza incalificable. No reprocho tus gustos; no los tengas más deplorables que ése, y trataré de conformarme, pues quiero que encuentres a mi lado todo lo que te agrada, placeres de la mesa y placeres de la Iglesia, buen clarete y virtudes cristianas. ¿Quieres que esta noche me ponga un cilicio? ¡Qué feliz es esa mujer con su moral! ¿En qué universidad toman sus grados las mujeres francesas? ¡Pobre de mí! Yo no puedo hacer mas que entregarme a ti, yo no soy mas que tu esclava.

—Entonces, ¿por qué has huído cuando yo quería veros juntas?

—¿Estás loco, *mi dee?* Iré de París a Roma disfrazada de lacayo; haré por ti los mayores disparates; pero, ¿cómo puedo hablar en medio de un camino a una mujer que no me ha sido presentada y que iba a empezar un sermón en tres partes? Hablaré a los campesinos, pediré a un trabajador un pedazo de pan, si tengo hambre; le daré algunas guineas, y todo estará bien; pero detener una carretela como hacen los ladrones de camino real en Inglaterra, eso no está en mi código. Tú no sabes mas que amar, hijo mío, pero no sabes vivir. Por otra parte, yo no me parezco a ti y no me gusta la moral; mas, para complacerte, soy capaz de los mayores esfuerzos. Vamos, no tengas cuidado, trataré de hacerme predicadora y no volveré a permitirme caricias sin acompañarlas con versículos de la Biblia.

Arabella usó de su poder y aun abusó de él apenas vió en mis ojos la ardiente expresión que se pintaba en ellos tan pronto como empezaban sus zalamerías. Triunfó de todo y llegué a considerar muy superior a todos los escrúpulos del catolicismo la mujer que se pierde, que renuncia a un porvenir y que hace del amor toda su virtud.

—Esa mujer se ama más que te ama—dijo Arabella—, pues te pospone a algo que no eres tú. ¿Cómo dar a lo que nos pertenece más importancia de lo que vosotros le dais? Ninguna mujer, por moralista que sea, puede ser igual a un hombre. Mar-

chad sobre nosotras, matadnos, no turbéis jamás por nosotras vuestra existencia; a nosotras nos toca morir, y a vosotros vivir grandes y altivos. De vosotros a nosotras, el puñal; de nosotras a vosotros, el amor y el perdón. ¿Se inquieta el sol por los insectos que revolotean en sus rayos y viven de su luz? Cuando desaparece, mueren...

—O vuelan—dije interrumpiéndola.

—O vuelan—repuso con una indiferencia que hubiera hecho saltar al hombre más determinado a usar del extraño poder de que me investía—. ¿Crees tú que es digno de una mujer hacer tragar a un hombre tortas amasadas con virtud para persuadirle de que la religión es incompatible con el amor? ¿Acaso yo soy impía? O entregarse, o negarse; pero negarse y moralizar tiene doble pena y es contrario al derecho de todos los países. Aquí no tendrás mas que excelentes *sandviches* preparados por tu criada Arabella, cuya única moral será imaginar para ti caricias y placeres que ningún hombre haya disfrutado y que los ángeles me inspiran.

No conozco nada más disolvente que la burla manejada por una inglesa que toma el aire de pomposa convicción con que cubren sus compatriotas las grandes pequeñeces de su vida. La burla francesa es una especie de encaje con que las mujeres saben embellecer la alegría que dan y las querellas que inventan; es un adorno moral, gracioso, como su traje; pero la burla inglesa es un ácido que corroe tan bien los seres sobre quienes cae, que los

deja reducidos a esqueletos. La lengua de una inglesa espiritual se parece a la del tigre, que arranca la carne queriendo lamer; arma omnipotente de un demonio que os dice riéndose: «¿No es mas que eso?» Esa burla deja un veneno mortal en las heridas que se complace en abrir. Durante aquella noche, Arabella quiso mostrarme su poder, como un sultán que, para probar su destreza, se divierte en degollar inocentes.

—Angel mío—me dijo cuando me hubo sumergido en un adormecimiento en que todo se olvida, excepto la felicidad—, también yo acabo de moralizar. Me he preguntado si cometía un crimen amándote, si violaba las leyes divinas, y he encontrado que nada hay más religioso ni más natural. ¿Por qué crea Dios algunos seres más bellos que los demás sino para indicar que debemos adorarlos? El crimen sería no amarte: ¿no eres un ángel? Esa señora te insulta confundiéndote con los demás hombres; las reglas de la moral no son aplicables a ti; Dios te ha puesto sobre todo. Amarte, ¿no es acercarse a El? ¿Podría reprochar a una pobre mujer tener ansia de lo divino? Tu grande y luminoso corazón se parece tanto al cielo, que me engañó como las mariposas que se queman en la llama de una vela. ¿Se ha de castigar a las mariposas por su error? Por otra parte, esto no es error, sino una altísima adoración a la luz; perecen por demasiada devoción, si se llama perecer arrojarse al cuello de lo que se ama. Yo tengo la debilidad de amarte, en tanto que esa mujer tiene la fuerza de

permanecer en su capilla católica. No arrugues la frente. ¿Crees que le guardo rencor? No, hijo mío; adoro, por el contrario, su moral, que le ha aconsejado dejarte libre, y así me ha permitido conquistarte y mirarte siempre. Porque tú eres mío para siempre, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Para siempre?

—Sí.

—¿Me concedes una gracia, sultán? ¡Sólo yo he adivinado lo que valías! Dices que esa mujer sabe cultivar las tierras; yo dejo esa ciencia a los colonos y quiero mejor cultivar tu corazón.

Trato de acomodarme a aquel lenguaje embriagador, a fin de pintarte bien esta mujer, justificar lo que te he dicho y darte a conocer todo el secreto del desenlace. Pero ¿cómo describirte el acompañamiento de tan hermosas frases? Locuras comparables a las más estupendas fantasías de nuestros sueños; creaciones semejantes a las erupciones volcánicas del sensualismo; las gradaciones más sabias de la música aplicadas al concierto de nuestros placeres; juegos parecidos a los de las serpientes entrelazadas; en fin, los más tiernos discursos adornados de las más rientes ideas, y toda la poesía que el talento puede añadir al goce de los sentidos. Arabella quería aniquilar con los rayos de su amor impetuoso las impresiones que había dejado en mi corazón el alma casta y recogida de Enriqueta. La marquesa había visto a la señora de Mortsauf tan bien como ésta la vió a ella, y las

dos se habían juzgado bien, pues la grandeza de ataque de Arabella me reveló la extensión de su miedo y la secreta admiración que sentía por su rival. No durmió en toda la noche, y por la mañana la encontré con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—Tengo miedo de que mi extremado amor me perjudique—me respondió—. Todo te lo he dado, y, más diestra que yo, esa mujer posee algo que aún te puede dar. Si la prefieres, no pienses en mí; no te enojaré con mis dolores, con mis remordimientos, con mis penas; no, iré a morir lejos de ti, como una planta sin su sol vivificador.

Supo arrancarme protestas de amor que la colmaron de alegría. ¿Qué decir, en efecto, a una mujer que llora por la mañana? Una dureza parece entonces infame. Si la víspera no la hemos resistido, al día siguiente nos vemos obligados a mentir, porque el código humano, en galantería, hace de la mentira un deber.

—Pues bien, ya soy feliz—dijo, enjugando sus lágrimas—; vuelve a su lado; no quiero deberte a la fuerza de mi amor, sino a tu propia voluntad. Si vuelves, creeré que me amas tanto como te amo, lo que siempre me ha parecido imposible.

Y supo persuadirme de que volviese a Clochegourde. Lo falso de la situación en que iba a encontrarme no podía ser adivinado por un hombre embriagado de placeres. Rehusando ir a Clochegourde, daba ventajas a lady Dudley sobre Enriqueta, y esto me llevaba a París; pero ir, ¿no era

insultar a la condesa? En este caso debía volver con más seguridad al lado de Arabella. Jamás una mujer ha perdonado semejantes crímenes de leso amor. A menos de ser un ángel bajado del cielo y no el espíritu purificado que vuelve a él, una mujer amante prefiere ver al que ama sufriendo una agonía horrible a verle feliz por el amor de otra; cuanto más ama, más herida se siente. Vista, pues, desde estos dos puntos mi situación, una vez fuera de Clochegourde para ir a la Grenadière, era tan mortal para mis amores de elección como provechosa a mis amores de casualidad. La marquesa lo había calculado todo, y más tarde me confesó que, si la señora de Mortsauf no la hubiera encontrado en las landas, estaba resuelta a comprometerme rondando en torno de Clochegourde.

Hallé a la condesa pálida, abatida, como una persona que ha sufrido un gran insomnio; y en seguida, como un niño que, cogiendo flores, ha bajado al fondo de un abismo y luego ve con angustia que le es imposible subir, comprendí que estábamos separados por todo un mundo. Hubo entonces en nuestras almas como un eco del lúgubre *Consummátum est!* que retumba en los templos el Viernes Santo a la hora en que el Salvador expira; horrible escena, que hiela las almas jóvenes, para quienes la religión es un primer amor. Todas las ilusiones de Enriqueta habían muerto de un solo golpe; su corazón había sufrido su pasión. Ella, tan respetada por el placer, que jamás la había enlazado en sus pliegues embriagadores,

¿adivinaba ahora las voluptuosidades del amor feliz para rehusarme así sus miradas? Porque ella me retiró la luz que desde hacía seis años brillaba en mi vida. ¿Sabía, pues, que la fuente de los rayos que brotaban de nuestros ojos estaba en nuestras almas, a las cuales servían de camino para penetrar una en otra o para confundirse en una sola, separarse y acariciarse como dos tiernas amigas? Sentí amargamente la vergüenza de llevar bajo aquel techo, desconocido a los placeres, un rostro en el que las alas del sensualismo habían sembrado su polvo diáfano. Si la víspera hubiera dejado que lady Dudley se marchase sola, si hubiera vuelto a Clochegourde, donde tal vez Enriqueta me esperaba, puede ser que la señora de Mortsauf no se hubiese propuesto tan cruelmente ser mi hermana. Durante el almuerzo tuvo para mí mil atenciones humillantes, y me cuidó como a un enfermo de quien tuviera compasión.

—Muy temprano ha salido usted a paseo—me dijo el conde—; debe usted tener un excelente apetito, usted cuyo estómago no está destruído.

Esta frase, que ni siquiera hizo plegar en una sonrisa los labios de la condesa, acabó de probarme lo ridículo de mi posición. Era imposible permanecer en Clochegourde por el día y por la noche en Saint-Cyr. Arabella lo había comprendido así, contando con mi caballerosidad y la grandeza de la señora de Mortsauf.

Durante aquel largo día conocí cuán difícil es transformarse en amigo íntimo de una mujer mu-

cho tiempo deseada: esta transición, tan sencilla cuando la preparan los años, es una enfermedad en la juventud. Estaba avergonzado, maldecía el placer, y hubiera querido que la señora de Mortsauf me pidiese mi sangre. Yo no podía hacer pedazos a su rival; la condesa evitaba hablarme de ella, y murmurar de Arabella, calumniándola, era una infamia que sólo me hubiera valido el desprecio de Enriqueta, magnífica y noble hasta los últimos pliegues de su corazón. Después de cinco años de deliciosa intimidad, no sabíamos de qué hablar; nuestras palabras no respondían a nuestros pensamientos, y mutuamente nos ocultábamos devorantes temores, cuando el dolor había sido siempre para nosotros un fiel intérprete. Enriqueta afectaba un aire feliz, tanto para ella como para mí; pero estaba triste, y, aunque se decía con todo intento mi hermana, no encontrábamos ninguna idea para sostener la conversación, y permanecíamos la mayor parte del tiempo en un silencio forzoso. A veces aumentaba mi suplicio interior fingiendo creerse la víctima de aquella lady.

—Sufro más, mucho más que usted—le dije un momento en que la hermana dejó escapar una ironía de mujer.

—¿Cómo?—respondió, con ese tono de altivez que toman las mujeres cuando se quiere sobrepujarlas.

—Porque tengo toda la culpa.

Hubo un momento en que la condesa tomó un aire frío e indiferente que me hirió, y resolví mar-

charme. Por la tarde, en la terraza, me despedí de toda la familia reunida, que me siguió hasta el pie de la gradería, donde piafaba mi caballo. Enriqueta se acercó a mí cuando cogía la brida.

—Vayamos solos un rato a pie por la avenida—me dijo.

Le di el brazo; y, caminando lentamente a través de los cercados, como si saboreásemos nuestros movimientos confundidos, alcanzamos un bosquecillo que envolvía una esquina del cercado exterior. Enriqueta se detuvo, me echó los brazos al cuello, dejó caer la cabeza sobre mi pecho, y dijo:

—¡Adiós, amigo mío, adiós! ¡Ya no nos veremos más! ¡Dios me ha dado el triste poder de sondar lo por venir! ¿No recuerda usted el terror que me sobrecogió un día cuando venía usted tan hermoso, tan joven, y le vi volviéndome la espalda, como hoy sale de Clochegourde para ir a la Grenadière? Pues bien, esta noche he sondado otra vez nuestros destinos... y, amigo mío, nos hablamos en este momento por vez postrera. Apenas podré aún decirle algunas palabras, porque ya no seré yo toda entera la que le hable; la muerte ha herido ya algo en mí. Entonces habrá usted arrebatado la madre a sus hijos... ¡Reemplácela, pues, a su lado! Podrá usted hacerlo: Santiago y Magdalena le aman como si siempre les hubiera hecho sufrir.

—¡Morir!—dije, mirándola asustado y contemplando el fuego de sus ojos lucientes, de los cuales no puedo dar una idea a los que no han visto seres queridos atacados de aquella horrible enfer-

medad, sino comparándolos a globos de plata bruñida—. ¡Morir, Enriqueta! Yo te mando vivir... En otro tiempo me has pedido juramentos; pues bien, yo te exijo uno: júrame consultar a Origet y obedecerle en todo.

—¿Quiere usted, pues, oponerse a la clemencia de Dios?—exclamó, interrumpiéndome con el grito de la desesperación indignada de un ser no comprendido.

—¿No me ama usted lo bastante para obedecerme ciegamente en todo, como esa miserable lady?

—¡Sí, todo lo que tú quieras!—dijo impulsada por unos celos que en un momento le hicieron franquear las distancias que hasta entonces había respetado.

—¡Me quedo!—le dije, besándola en los ojos.

Asustada de aquel consentimiento, se escapó de mis brazos y fué a apoyarse en el tronco de un árbol; luego se dirigió precipitadamente a su casa, sin volver la cabeza una sola vez; pero yo la seguí, y la oí rezar y llorar. Al pie de la escalinata le cogí la mano y se la besé respetuosamente; aquella sumisión inesperada la conmovió.

—¡Tuyo para siempre!—le dije—. Te amo como te amaba tu tía.

Enriqueta se estremeció, apretándome violentamente la mano.

—¡Una mirada—repuse—, una de nuestras antiguas miradas!

Y, sintiendo mi alma inundada por la luz de sus ojos, añadí:

—¡La mujer que se da por completo da menos vida y menos alma que la que acabo de recibir! Enriqueta, tú eres la más amada, la sola amada.

—Viviré—me dijo—; pero cúrese usted también.

Aquella mirada había borrado la impresión de los sarcasmos de Arabella. Yo era, pues, el juguete de las dos pasiones inconcebibles que te he descrito, y cuya influencia experimentaba alternativamente. Amaba a un ángel y a un demonio: dos mujeres igualmente bellas, adornada la una de todas las virtudes que maltratamos por odio a nuestras imperfecciones, y la otra, de todos los vicios que deificamos por egoísmo. Recorriendo aquella avenida, desde la cual me volvía de cuando en cuando para ver a la señora de Mortsauf apoyada contra un árbol y rodeada de sus hijos, que agitaban sus pañuelos, sorprendí en mi alma el orgullo de ser la gloria, con títulos bien distintos, de dos mujeres tan superiores; de haber inspirado tan grandes pasiones, que de un lado y de otro sobrevendría la muerte si yo les faltaba. Aquella fatuidad pasajera fué doblemente castigada. No sé qué demonio me aconsejaba esperar al lado de Arabella el momento en que la desesperación o la muerte del conde me entregasen a Enriqueta, pues Enriqueta me amaba siempre: sus durezas, sus lágrimas, sus remordimientos, su cristiana resignación, eran elocuentes muestras de un sentimiento que no podía borrar de su corazón ni del mío. Al hacer estas observaciones caminando lentamente por aquella hermosa avenida, yo no tenía veinti-

cinco años, sino cincuenta. Aunque arrojé de mí aquellos malos pensamientos, debo confesar que me dominaron. ¡Tal vez su principio se encontraba en las Tullerías, bajo los tapices del gabinete real! ¿Quién podía resistir el ingenio desflorador de Luis XVIII, que decía que no hay verdaderas pasiones sino en la edad madura, porque la pasión no es bella e impetuosa sino cuando se mezcla a ella algo de impotencia, pues se entrega entonces a cada placer como un jugador a su última partida? Cuando estuve al final de la avenida, me volví, y vi a Enriqueta todavía sola en la terraza, y le dirigí el último adiós, mojado en lágrimas de expiación, cuya causa se le ocultó. Lágrimas sinceras, concedidas sin saberlo a aquellas emociones virginales, a aquellas flores de la vida que jamás renacen, pues más tarde el hombre no da, sino que recibe, y se ama a sí mismo en su querida, en tanto que en la juventud ama en sí a su querida; más tarde inoculamos nuestros gustos, y tal vez nuestros vicios, a la mujer que amamos, en tanto que al principio de la vida lo que nos ama nos impone sus virtudes y sus delicadezas, nos conduce a lo bello con una sonrisa y nos enseña el sacrificio con su ejemplo. ¡Desgraciado el que no ha tenido su Enriqueta! ¡Desgraciado el que no ha conocido alguna lady Dudley! Si se casa, no conservará su mujer, y será, tal vez, engañado por su querida; pero feliz el que puede encontrar las dos en una sola; feliz, Natalia, el hombre a quien tú ames.

De vuelta a París, Arabella y yo nos ligamos más íntimamente aún, y bien pronto abolimos insensiblemente las leyes de conveniencia social que yo me había impuesto y cuya observación hacía que el mundo perdonase frecuentemente lo falso de la situación en que se había colocado lady Dudley. La sociedad, que tanto se complace en penetrar más allá de las apariencias, las legitima desde que conoce el secreto que las oculta. Los amantes obligados a vivir en el gran mundo harán siempre mal en derribar esas barreras, exigidas por la jurisprudencia de los salones, y en no obedecer escrupulosamente a las convenciones impuestas por las costumbres, porque no se trata tanto de los demás como de ellos mismos. Las distancias que hay que franquear, el respeto exterior que hay que conservar, las medidas que hay que representar, el misterio a que hay que recurrir, toda esa estrategia del amor feliz ocupa la vida, renueva el deseo y protege nuestro corazón contra el hastío de la costumbre; porque las primeras pasiones, esencialmente disipadoras, como el hombre en la juventud, asuelan completamente sus bosques, en vez de contentarse con aclararlos. Arabella no adoptaba estas ideas burguesas, subyugándose a ellas sólo por complacerme, y, semejante al verdugo que de antemano marca su presa para apropiársela, quería comprometerme a la faz de todo París para hacer de mí su «esposo». Empleó, pues, sus coqueterías en conservarme a su lado, pues no estaba aún satisfecha de su elegante

escándalo, que, falto de pruebas, sólo daba lugar a murmuraciones bajo el abanico; y viéndola tan feliz al cometer una imprudencia que dibujara francamente su posición, ¿cómo no había de creer en su amor? Una vez sumergido en las dulzuras de un maridaje ilícito, la desesperación me dominó, pues veía mi existencia fijada completamente, al contrario de las ideas que había recibido y de las recomendaciones de Enriqueta. Viví con esa especie de rabia que domina a los tísicos cuando, presintiendo su fin, no quieren que se interrogue a su respiración. Había en el fondo de mi corazón un lugar adonde no podía retirarme sin sufrimiento, y un espíritu vengador me inspiraba incesantemente ideas en las cuales no me atrevía a fijarme. Mis cartas a Enriqueta pintaban esa enfermedad moral y le causaban un daño infinito. «En cambio de tantos tesoros perdidos, quiero, al menos, que sea usted feliz», me decía en la única respuesta que recibí. ¡Y yo no era feliz!... Querida Natalia, la felicidad es absoluta y no admite comparaciones. Pasado mi primer ardor, comparé, necesariamente, aquellas mujeres una con otra, contraste que aun no había podido estudiar. En efecto, las grandes pasiones pesan tan fuertemente sobre nuestro carácter, que rechazan las asperezas y borran las huellas de las costumbres que constituyen nuestros defectos o nuestras cualidades; pero más tarde, entre dos amantes bien acostumbrados el uno al otro, los rasgos de la fisonomía moral reaparecen: los dos se juzgan entonces

mutuamente, y, durante esta reacción del carácter sobre la pasión, declárase con frecuencia antipatías que preparan esas desuniones de que se acusan las gentes superficiales para acusar de instabilidad al corazón humano. Comenzó, pues, este período. Menos ciego por las seducciones y detallando, por decirlo así, mi placer, emprendí, tal vez sin quererlo, un examen, que perjudicó a lady Dudley.

Primeramente encontré de menos en ella el talento que distingue a la francesa entre todas las mujeres y la hace la más deliciosa para el amor, según confesión de las gentes a quienes los azares de la vida han puesto en el caso de experimentar los modos de amar de cada país. Cuando una francesa ama, se metamorfosea, emplea su coquetería, tan alabada, en adornar su amor; sacrifica su peligrosa vanidad y dirige todas sus protecciones a amar y ser amada. Conoce los intereses, los odios y las amistades de su amante; adquiere en un día la sutil experiencia del hombre de negocios; estudia el Código y comprende el mecanismo del crédito. Aturdida y pródiga, no cometerá una sola falta ni malgastará un solo luis; es, a la vez, madre, ama de gobierno y médico, y da a todas sus transformaciones una gracia, una expresión de felicidad, que hasta en los más ligeros detalles revela un amor infinito; reúne las cualidades especiales que recomiendan a las mujeres de cada país, dando a esta mezcla la unidad del talento y esa alegría esencialmente francesa que todo lo anima,

todo lo permite, todo lo varía, todo lo justifica y destruye la monotonía de un sentimiento apoyado en el primer tiempo de un solo verbo. La mujer francesa ama siempre, sin tregua ni fatiga, en todo momento, en público y a solas: en público, encuentra un acento que no resuena sino en un oído, habla con su mismo silencio y sabe mirar con los ojos bajos; y si la ocasión le veda la palabra y la mirada, empleará la arena, sobre la que imprime su pie para escribir en ella un pensamiento; sola, expresa su pasión aun durante su sueño, y, en fin, subyuga el mundo a su amor. Por el contrario, la inglesa subyuga su amor al mundo. Habituada por su educación a conservar esa actitud glacial, esa rigidez británica tan egoísta de que te he hablado antes, abre y cierra su corazón con la facilidad de una máquina inglesa; posee una máscara impenetrable, que se pone y se quita flemáticamente; se siente apasionada como una italiana cuando nadie la ve y se hace fríamente digna cuando la ve el mundo. El hombre más amado duda entonces de su imperio, viendo la profunda inmovilidad de su rostro, la calma de su voz, la perfecta libertad de continente que distingue a una inglesa que sale de su gabinete. En aquel momento, la hipocresía llega hasta la indiferencia; la inglesa todo lo ha olvidado; ciertamente, la mujer que sabe arrojar su amor como un vestido hace creer que puede cambiarlo. ¡Qué tempestades levantan las olas del corazón cuando son removidas por el amor propio herido, al ver una mujer to-

mando, dejando y volviendo a tomar el amor como un bordado de mano! Estas mujeres son demasiado dueñas de sí mismas para pertenecernos, y conceden demasiada influencia al mundo para que nuestro reinado sea completo. Allí donde la francesa consuela al paciente con una mirada y revela su cólera contra los importunos por medio de graciosas burlas, el silencio de las inglesas es absoluto, hiela el alma y turba el espíritu. Estas mujeres reinan tan constantemente en toda ocasión, que para la mayor parte de ellas la omnipotencia de la *fashion* debe extenderse hasta sus placeres. Quien exagera el pudor debe exagerar el amor; las inglesas son así: todo lo ciñen a la forma, sin que en ellas el amor de la forma produzca el sentimiento del arte. Digan lo que quieran, el protestantismo y el catolicismo explican las diferencias que dan al alma de las francesas tanta superioridad sobre el amor razonado y calculado de las inglesas; el protestantismo duda, examina y mata las creencias y es, pues, la muerte del arte del amor. Donde el mundo manda, las gentes del mundo deben obedecer; pero los seres apasionados lo encuentran insoportable y huyen de él. Fácil es comprender cuán herido fué mi amor propio descubriendo que lady Dudley no podía sobreponerse al mundo y que la transición británica le era familiar; no era un sacrificio que el mundo le imponía, no, sino que se manifestaba naturalmen - bajo dos formas, enemigas la una de la otra. Cuando amaba, amaba con embriaguez; ninguna mu

jer de ningún país podía compararse a ella, y valía tanto como un serrallo; pero una vez tendido el telón ante aquella escena de magia, desterraba hasta su recuerdo. No respondía ni a una mirada, ni a una sonrisa; no era querida esclava, sino una embajadora obligada a medir sus frases; impacientaba con su calma, ofendía al corazón con su tiesura, y así rebajaba el amor hasta convertirlo en necesidad en vez de elevarlo hasta el ideal por el entusiasmo. No expresaba ni temor, ni sentimiento, ni deseos; pero, a una hora dada, su ternura estallaba como fuegos súbitamente encendidos y parecía insultar a sus reservas. ¿Cuál de aquellas dos mujeres debía ser creída? Como alfilerazos sentí las mil diferencias que separaban a Enriqueta de Arabella. Cuando la señora de Mortsauf se alejaba por un momento, parecía dejar al aire el cuidado de hablarme de ella; cuando se iba, los pliegues de su falda se dirigían a mis ojos como su ruido onduloso llegaba alegremente a mi oído cuando volvía; había ternuras infinitas en su manera de bajar los ojos hacia el suelo; su voz, aquella voz musical, era una caricia continua; sus palabras atestiguaban un pensamiento constante; se parecía siempre a sí misma; no dividía su alma en dos atmósferas, la una ardiente y la otra helada; en fin, la señora de Mortsauf reservaba su talento y la flor de su inteligencia para expresar sus afectos, y era coqueta por las ideas con sus hijos y conmigo. El talento de Arabella, por el contrario, no le servía para hacer agradable la vida, no

lo ejercía en mi beneficio y no existía sino por el mundo y para el mundo; era, pues, puramente burlona, y se complacía en desgranar, en morder, no para divertirse, sino para satisfacer un capricho. La señora de Mortsauf hubiera ocultado su felicidad a todo el mundo; lady Arabella quería mostrar la suya a todo París, y, como una horrible burla, permanecía dentro de las conveniencias más estrictas, al mismo tiempo que me exhibía en el Bosque. Aquella extraña amalgama de ostentación y de dignidad, de frialdad y de amor, hería constantemente mi alma, a la vez virgen y apasionada, y como yo no sabía pasar, como ella, de una temperatura a otra, mi carácter se resentía, pues con frecuencia estaba palpitante de pasión al recobrar ella su pudor convencional. Cuando me atreví a quejarme, no sin grandes miramientos volvió contra mí su lengua de triple dardo, mezclando las fanfarronadas de su pasión con esas bromas inglesas que he tratado de describirte, y cuando se encontraba en contradicción conmigo, se complacía en lastimar mi corazón y humillar mi inteligencia, manejándome como a un necio. A mis observaciones sobre el punto medio que se debe buscar en todo, respondía con la caricatura de mis ideas, que llevaba hasta el extremo; cuando le reprochaba su actitud, me preguntaba si quería que me besase delante de todo París, en los Italianos, y se comprometía tan seriamente a hacerlo, que, conociendo su deseo de que se hablase de ella, temblaba de verla ejecutar su promesa.

A pesar de su pasión real, no sentía en ella nada de recogido, de santo, de profundo, como en Enriqueta; era insaciable como una tierra arenosa. La señora de Mortsauf estaba siempre confiada y sentía mi alma en un acento o en una mirada, en tanto que la marquesa jamás se satisfacía con una sonrisa, ni con un apretón de manos, ni con una palabra dulce. Hay más: para ella la felicidad de la víspera no era nada al día siguiente; ninguna prueba de amor la sorprendía; experimentaba un deseo tan grande de agitación, de brillo, de ruido, que nada alcanzaba, sin duda, a su bello ideal en este punto, y de ahí sus furiosos arrebatos de amor; en su fantasía exagerada se trataba, pues, de ella y no de mí. Aquella carta de la señora de Mortsauf, luz que brilla todavía en mi vida y que prueba de qué manera sabe la mujer más virtuosa obedecer al genio de la francesa, demostrando una perpetua vigilancia, un continuo cuidado de mi fortuna, aquella carta ha debido hacerte comprender con qué atención se ocupaba Enriqueta de mis intereses materiales, de mis relaciones políticas, de mis conquistas morales; con qué ardor abrazaba mi vida por todos los lados permitidos. Lady Dudley, por el contrario, afectaba sobre todos estos puntos la reserva de una persona simplemente conocida, y jamás se informó de mis negocios, de mi fortuna, de mis trabajos, de mis dificultades en la vida, de mis odios, ni de mis amistades. Pródiga para sí misma, sin ser generosa, separaba verdaderamente demasiado los intereses del amor, en

tanto que, sin haberlo experimentado, sabía yo que, a fin de evitarme un disgusto, Enriqueta hubiera encontrado para mí lo que no habría buscado para ella. En una de esas desgracias que pueden sobrevenir al hombre más rico y más elevado, como lo demuestran repetidos ejemplos, yo hubiera consultado a Enriqueta; pero me hubiera dejado llevar a una prisión sin decir una palabra a lady Dudley.

Hasta aquí el contraste reposa en los sentimientos, pero lo mismo era en lo demás. El lujo es en Francia la expresión del hombre, la reproducción de sus ideas, de su poesía especial: pinta el carácter y da entre los amantes precio a los menores cuidados, haciendo irradiar en torno nuestro el pensamiento dominante del ser amado; pero aquel lujo inglés, cuyos finos primores me habían seducido, era mecánico también. Lady Dudley no poseía nada suyo; todo venía de los criados, y era, por consiguiente, comprado. Las mil cariñosas atenciones de Clochegourde eran, a los ojos de Arabella, negocio de los criados, cada uno de los cuales tenía su deber y su especialidad. Escoger lacayos era incumbencia del mayordomo, como si se tratase de caballerías. Aquella mujer no se unía en manera alguna a sus criados; la muerte del más fiel de todos ellos no la hubiera afectado absolutamente, y a precio de dinero lo hubiera reemplazado con otro igualmente hábil. En cuanto al prójimo, jamás sorprendí en sus ojos una lágrima por las desgracias ajenas; tenía un egoísmo tan in-

genuo que daba casi risa. Las vestiduras rojas de la gran dama cubrían, pues, una naturaleza de bronce; la deliciosa almea que se enroscaba por la noche sobre los tapices, que hacía sonar todos los cascabeles de su amorosa locura, reconciliaba muy pronto al joven con la inglesa insensible y dura, y así no pude descubrir sino lentamente y paso a paso aquel terreno en que perdía mis semillas y que no debía darme frutos. La señora de Mortsauf había penetrado de una sola ojeada aquella naturaleza en su rápido encuentro, y muchas veces me acordé de sus proféticas palabras. Enriqueta había tenido razón en todo; el amor de Arabella se me hacía insoportable. Después he observado que la mayor parte de las mujeres que montan bien a caballo tienen poca ternura; como a las amazonas, les falta un pecho, y sus corazones están endurecidos en cierto sitio, aunque no sé cuál.

Cuando empezaba a sentir la pesadez de aquel yugo, cuando mi cuerpo y mi alma fatigábanse ya, cuando comprendía bien toda la santidad que da al amor un sentimiento verdadero, cuando estaba abrumado por los recuerdos de Clochegourde, respirando, a pesar de la distancia, el perfume de sus flores, sintiendo el calor de la terraza, oyendo el canto de sus ruiseñores, en aquel momento terrible en que se distinguía el pedregoso cauce bajo las aguas disminuídas, recibí un golpe que aun se hace sentir en mi vida, pues a cada hora, a cada momento encuentro un eco. Trabajaba una tarde en el gabinete del rey, que debía salir a las cuatro;

el duque de Lenoncourt estaba de servicio. Al verle entrar, el rey le pidió noticias de la condesa; levanté bruscamente la cabeza de una manera demasiado significativa, y el rey, sorprendido de aquel movimiento, me dirigió una mirada, que precedía siempre a aquellas frases duras que tan bien sabía decir.

—¡Señor, mi pobre hija se muere!—respondió el duque.

—¿Se dignará el rey concederme una licencia?—dije con las lágrimas en los ojos, desafiando la cólera pronta a estallar.

—Corra usted, milord—me respondió, deseando lanzar un epigrama en cada palabra, y haciéndome merced de su reprimenda en gracia a su talento.

Más cortesano que padre, el duque no pidió licencia alguna y subió al carruaje del rey para acompañarle.

Partí sin despedirme de lady Dudley, que, afortunadamente, había salido, y le escribí diciéndole que iba en comisión del servicio del rey. En la Cruz de Berny encontré a Su Majestad, que volvía de Verrieres. Al mismo tiempo que aceptaba un ramo de flores, que dejó caer a sus pies, el rey me echó una mirada llena de esas ironías reales de profundidad abrumadora y que parecía decirme: «Si quieres ser algo en la política, vuelve; no te detengas en parlamentar con los muertos.»

El duque me hizo con la mano una señal melancólica. Las dos pomposas carretelas, los coroneles dorados, la escolta y los torbellinos de polvo que

levantaban, pasaron rápidamente, a los gritos de: «¡Viva el rey!», y me pareció que la corte había hollado el cuerpo de la señora de Mortsauf con esa insensibilidad que la Naturaleza tiene para nuestras catástrofes. El duque, por más que fuese un hombre excelente, iba sin duda a jugar al *whist* con el Señor, después que el rey se acostase; en cuanto a la duquesa, ella y sólo ella había dado el golpe a su hija hablándole de lady Dudley.

Mi viaje fué rápido como un sueño, pero como un sueño de jugador arruinado: estaba desesperado por no haber recibido noticias. ¿Acaso el confesor había llevado su rigidez hasta prohibirme la entrada en Clochegourde? Acusé a Magdalena, a Santiago, al abate Dominis, a todos, hasta al señor de Mortsauf. Más allá de Tours, al desembocar en el puente de San Salvador para bajar por el camino bordado de álamos que tanto había admirado cuando corría en busca de mi desconocida y que conducía a Poncher, encontré al señor Origet. Adiviné que venía de Clochegourde y él adivinó que yo iba; detuvimos los carruajes y echamos pie a tierra, yo para pedirle noticias, él para dármelas.

—Y bien; ¿cómo está la señora de Mortsauf?—le pregunté.

—Dudo que la encuentre usted viva—me contestó—; muere de una horrible muerte, muere de inanición. Cuando me mandó llamar en junio último no había ya remedio que pudiese combatir el mal; tenía los síntomas que el señor de Mortsauf le habrá descrito sin duda, porque él creía

experimentarlos. La señora condesa no estaba entonces bajo la influencia pasajera de una postración debida a una lucha interior que la medicina dirige y que es luego la causa de un estado mejor, ni bajo el peso de una crisis empezada, cuyo desorden puede repararse, no; la enfermedad había llegado a un punto en que la ciencia es inútil; era el incurable resultado de un disgusto, como una herida mortal es la consecuencia de una puñalada. Esta afección es producida por la inercia de un órgano cuyo juego es tan necesario a la vida como el del corazón: el disgusto ha hecho el orificio del puñal. Desengáñese usted; la señora de Mortsauf muere de alguna pena desconocida.

—¡Desconocida!—exclamé—. ¿Acaso sus hijos no han estado enfermos?

—No—me dijo mirándome con aire significativo—; y desde que está seriamente enferma, el señor de Mortsauf tampoco la ha atormentado. Yo no soy ya útil, el señor Deslandes, de Azay, basta; no existe ningún remedio, y sus sufrimientos son horribles. Rica, joven, bella, y morir enflaquecida por el hambre... ¡porque morirá de hambre! Hace cuarenta días que el estómago está como cerrado y rechaza todo alimento, sea cualquiera la forma en que se le presente.

El señor Origet me estrechó la mano, que le tendí y que casi me había pedido con ademán de respeto.

—¡Valor, caballero!—dijo levantando los ojos al cielo.

Su frase expresaba compasión por una pena que creía igualmente correspondida, y no sospechaba que el dardo envenenado de sus palabras me había herido como una flecha en el corazón. Subí bruscamente al carruaje, prometiendo una buena propina al postillón si llegaba a tiempo.

A pesar de mi impaciencia, creí haber hecho el camino en algunos minutos; tan absorto estaba por las amargas reflexiones que luchaban en mi alma. ¡Enriqueta moría de pena, y sus hijos estaban buenos! ¡Moría, pues, por mí! ¡Yo la mataba! Mi conciencia amenazadora pronunció entonces una de esas sentencias que retumban en la vida entera y algunas veces más allá. ¡Qué debilidad y qué impotencia en la justicia humana, que no venga sino los actos patentes! ¿Por qué la muerte y la vergüenza para el asesino que mata de un solo golpe, que nos sorprende generosamente en el sueño y nos hace dormir para siempre, o que hiere de improviso ahorrándonos el dolor de la agonía? ¿Por qué la vida feliz y la estimación para el asesino que vierte gota a gota la hiel en el alma y mina el cuerpo para destruirlo? ¡Cuántos asesinos impunes! ¡Qué complacencia para el vicio elegante! ¡Qué indiferencia para el homicidio causado por las persecuciones morales! He visto muchas de esas víctimas que te son tan conocidas como a mí: ¡La señora de Beauseant marchando moribunda a Normandía pocos días antes de mi partida; la duquesa de Langeais comprometida; lady Brandon llegada a Turena para morir en aquella humilde

casa en que lady Dudley había vivido dos semanas, asesinada por una horrible abnegación! Nuestra época es fértil en acontecimientos de este género. ¿Quién no ha conocido a aquella pobre joven que se envenenó vencida por esos horribles celos que tal vez matan a la señora de Mortsauf? ¿Quién no se ha estremecido con la suerte de aquella deliciosa niña que, semejante a una flor picada por un tábano, pereció, a los dos años de matrimonio, víctima de su púdica ignorancia, víctima de un miserable a quien Ronquerolles, Montriveau y de Marsay dan la mano porque sirve a sus proyectos políticos? ¿Quién no se ha conmovido con los relatos de los últimos momentos de aquella joven a quien ningún ruego pudo vencer, y que jamás quiso ser de su marido, después de haber pagado noblemente sus deudas? ¿No se ha visto a la señora de Aiglemont muy cerca de la tumba, y hubiera muerto sin los cuidados de mi hermano? El mundo y la ciencia son cómplices en estos crímenes, para los cuales no hay tribunales de justicia. Parece que nadie muere de pena, ni de desesperación, ni de amor, ni de miserias ocultas, ni de esperanzas cultivadas sin fruto, incesantemente replanteadas y desarraigadas. La nomenclatura moderna tiene palabras ingeniosas para expresarlo todo: la gastritis, la pericarditis, las mil enfermedades de la mujer cuyos nombres se dicen al oído, sirven de pasaporte a los ataúdes escoltados de lágrimas hipócritas, que son muy pronto enjugadas por la mano del notario. ¿Hay en el fondo de esta des-

gracia alguna ley que no conozcamos? ¿Debe implacablemente el hombre, para llegar a cien años, sembrar de cadáveres la tierra y disecarla en torno suyo para elevarse, del mismo modo que el millonario se asimila todos los esfuerzos de mil pequeñas industrias? ¿Hay una vida fuerte y ponzoñosa que se alimenta de las criaturas dulces y tiernas? ¿Pertenezco yo a esa raza de tigres? Los remordimientos me apretaban el corazón con sus dedos candentes, y abrasadoras lágrimas corrían por mis mejillas cuando entré en la avenida de Clochegourde, pisando las hojas caídas de los álamos cuya plantación había dirigido Enriqueta en la avenida donde otro tiempo agitaba su pañuelo para llamarme. ¿Vivía? ¿Podría sentir sus manos blancas sobre mi cabeza prosternada? ¡En un momento pagué todos los placeres hallados en Arabella y los encontré muy caros! Juré no volverla a ver y concebí hacia Inglaterra un odio mortal. Aunque lady Dudley sea solamente una variedad de la especie, yo envolví a todas las inglesas en los crespones de mi sentencia.

Al entrar en Clochegourde recibí un nuevo golpe; encontré a Santiago, a Magdalena y al abate Dominis arrodillados al pie de una cruz de madera, plantada al extremo de un pedazo de tierra que había sido comprendido dentro del recinto cuando se construyó la cerca y que ni el conde ni la condesa habían querido derribar. Salté del carruaje y me dirigí hacia ellos con el rostro lleno de lágrimas, con el corazón desgarrado por el espec-

táculo de aquellos dos niños y aquel anciano sacerdote implorando la misericordia de Dios. El viejo picador estaba a poca distancia con la cabeza descubierta.

—¿Y bien, señor?—pregunté al abate, besando en la frente a Santiago y a Magdalena, que sin dejar de rezar me dirigieron una mirada fría.

El abate se levantó, me así a su brazo para apoyarme en él y le dije:

—¿Vive todavía?

El sacerdote inclinó la cabeza con un movimiento triste y dulce.

—¡Hable usted, se lo suplico en nombre de la pasión de Nuestro Señor! ¿Por qué reza al pie de la cruz? ¿Por qué está aquí y no a su lado? ¿Por qué sus hijos están fuera en una mañana tan fría? Dígamelo todo, a fin de que por ignorancia no cause una desgracia.

—Hace algunos días que la condesa no quiere ver a sus hijos sino a horas determinadas—respondió el abate después de un momento de silencio—; pero, señor, creo que debería usted esperar algunas horas antes de ver a la señora de Mortsauf: está muy cambiada; es conveniente prepararla para esta entrevista, porque podría aumentar sus sufrimientos... En cuanto a la muerte, sería para ella un beneficio.

Estreché la mano de aquel hombre divino, cuya mirada y voz acariciaban mis heridas sin aliviarlas.

—Rezábamos por ella—repuso—, pues tan santa y resignada a morir como se ha mostrado siempre,

hace algunos días que siente por la muerte un horror secreto y dirige a los que están llenos de vida miradas en que por vez primera se pintan sentimientos sombríos y envidiosos. Yo creo que sus vértigos son excitados, no tanto por el temor de la muerte, como por una embriaguez interior, por las flores marchitas de su juventud que fermentan estremeciéndose. Sí, el ángel malo disputa al cielo esa hermosa alma. La señora sufre su lucha en el monte de los Olivos y acompaña con sus lágrimas la caída de las rosas blancas que coronaban su frente de Jephté desposada. Espere usted, no se presente todavía; le traería usted los esplendores de la corte, encontraría en su rostro un reflejo de las fiestas mundanas y daría fuerza a sus quejas. Tenga piedad de una debilidad que el mismo Dios perdonó a su Hijo, hecho hombre. ¿Qué mérito hay en vencer sin adversario? Permítame que su confesor y yo, dos ancianos cuyas ruinas no ofenden su vista, la preparemos para una visita inesperada, para emociones a que el abate Birotteau le había exigido que renunciase; pero hay en las cosas del mundo una invisible trama de causas celestes que un ojo religioso advierte, y si ha venido usted aquí, tal vez le trajo una de esas excelentes estrellas que bullen en el mundo moral y que conducen hacia la tumba como hacia la cuna...

Luego, empleando esa misteriosa elocuencia que cae en el corazón como un rocío regenerador, me dijo que hacía seis meses que la condesa sufría cada día más, a pesar de los cuidados del señor

Origet. El doctor había ido todas las tardes, durante dos meses, a Clochegourde, queriendo arrancar aquella presa a la muerte, y la condesa le había dicho: —«¡Sálveme usted!» —«Pero para curar el cuerpo sería preciso curar el corazón»—, le dijo un día el viejo médico.

—A medida que el mal ha ido progresando las palabras de aquella mujer tan dulce han ido haciéndose amargas—me dijo el abate Dominis—. Pide a la tierra que la conserve, en vez de pedir a Dios que la reciba, y luego se arrepiente de murmurar contra los decretos de la Providencia. Estas alternativas le desgarran el corazón y hacen horrible la lucha del cuerpo y del alma. ¡Con frecuencia el cuerpo triunfa!—«¡Muy caros me costáis!»—dijo un día a Santiago y a Magdalena, rechazándolos de su lecho. Pero en el mismo instante, llamada a Dios por mi presencia, dirigió a su hija estas palabras angelicales: —«La felicidad de los demás es el júbilo de los que no pueden ser felices». Y su acento fué tan desgarrador, que sentí brotar las lágrimas de mis ojos. Cae, es verdad, pero a cada paso en falso se levanta más alta hacia el cielo.

Abrumado por aquellos mensajes sucesivos que el azar me enviaba y que en aquel gran concierto de infortunios preparaban para dolorosas modulaciones el tema fúnebre, el gran grito del amor expirante, exclamé:

—¿Cree usted que esa hermosa azucena cortada volverá a florecer en el cielo?

—La dejó usted todavía en flor—me contestó—,

pero la encontrará consumida, purificada en el fuego de los dolores y pura como un diamante escondido aún entre cenizas. Sí, ese brillante espíritu, esa angelical estrella saldrá espléndida de sus nubes para entrar en el reinado de la luz.

Cuando, con el corazón oprimido por la gratitud, estrechaba la mano de aquel hombre evangélico, el conde mostró fuera de la casa su cabeza enteramente blanca, y se lanzó hacia mí con un movimiento en el que se pintaba la sorpresa:

—¡Ella ha dicho verdad!—exclamó—. «Félix, Félix, ya está aquí Félix»—acaba de decir la señora de Mortsauf.

Y dirigiéndome una mirada en la que se pintaba un terror insensato, añadió:

—Amigo mío, la muerte está aquí... ¿Por qué no se ha dirigido a un viejo loco como yo, que ya no valgo nada...?

Reuniendo todo mi valor me dirigí al castillo; pero bajo la arcada de la crujía que, atravesando la casa, conducía desde la terraza al valle, el abate Birotteau me detuvo.

—La señora le ruega que no entre todavía—me dijo.

Dirigiendo una mirada a la casa, vi a los criados yendo y viniendo, agitados, ebrios de dolor, sorprendidos sin duda por las órdenes que Manette les comunicaba.

—¿Qué sucede?—preguntó el conde, asustado de aquel movimiento, tanto por el temor de un horrible suceso como por la inquietud natural de su carácter.

—Un capricho de enferma—respondió el abate—; la señora no quiere recibir al señor vizconde en el estado que se encuentra; desea arreglarse, componerse un poco... ¿Por qué contrariarla?

La doncella fué a buscar a Magdalena, y vimos a la niña que salió algunos momentos después de haber entrado en el cuarto de su madre. Luego, paseándonos los cinco, el conde, Santiago, los dos abates y yo, sumergidos en un triste silencio, a lo largo de la terraza contemplé uno tras otro a Montbazón y a Azay mirando el valle amarillento de otoño, cuyo duelo respondía entonces, como siempre, a los sentimientos que me agitaban. De pronto distinguí a la niña que buscaba flores de otoño y las cogía sin duda para hacer ramilletes. Pensando en lo que significaba aquella réplica de mis cuidados amorosos, sentí conmoverse mis entrañas, se obscureció mi vista, vacilé, y los dos abates, entre los cuales me encontraba, me llevaron al pretil de la terraza, donde permanecí durante algún tiempo como alelado, pero sin perder enteramente el conocimiento.

—¡Pobre Félix!—exclamó el conde—. Ella había prohibido que se le escribiese, pues sabe cuánto la ama usted.

Aunque preparado a sufrir, me había encontrado sin fuerzas contra una atención que resumía todos mis recuerdos de felicidad.

—¡He aquí—pensaba—esa llanura seca como un esqueleto, iluminada por una luz trémula y gris, en medio de la cual se eleva un solo arbusto flo-

rido que en otros tiempos no he podido admirar sin un siniestro estremecimiento y que era la imagen de esta hora lúgubre!

Todo estaba triste en aquella casa, antes tan ruidosa, tan animada; todo lloraba, todo revelaba la desesperación y el abandono: árboles medio podados, trabajos empezados y no concluídos, obreros de pie mirando al castillo. Aunque se estaba en la vendimia, no se oía ningún ruido; las viñas parecían inhabitadas, tan profundo era el silencio. Andábamos como gentes cuyo dolor rechaza las palabras fútiles, y escuchábamos al conde, único de nosotros que hablaba. Después de algunas frases dictadas por ese amor maquinal que profesaba a su mujer, el conde fué conducido por la pendiente de su espíritu a quejarse de la condesa. Según decía, su mujer jamás había querido cuidarse ni escucharle cuando le daba buenos consejos: él había advertido el primero los síntomas del mal, pues los había estudiado en sí mismo, los había combatido y se había curado solo, sin otro auxilio que el de un régimen y evitando toda emoción fuerte; hubiera podido también curar a la condesa; pero un marido no puede aceptar semejantes responsabilidades, y mucho menos cuando tiene la desgracia de ver su experiencia siempre y en todo desdeñada. A pesar de sus observaciones, la condesa había tomado por médico a Origet, y éste, que tan mal le había curado a él, mataba a su mujer. Si aquella enfermedad reconocía por causa disgustos excesivos, él los había tenido de todas

condiciones; pero ¿cuáles podían ser los disgustos de su mujer? La condesa era feliz, no tenía penas ni contrariedades; su fortuna, gracias a sus cuidados y a sus buenas ideas, estaba en estado satisfactorio; dejaba a la señora de Mortsauf reinar en Clochegourde; sus hijos, bien educados y con perfecta salud, no le daban la menor inquietud. ¿De dónde, pues, procedía el mal? Y disentía y mezclaba la expresión de su desesperación con acusaciones insensatas, y en seguida, atraído por algún recuerdo a la admiración que merecía tan noble criatura, algunas lágrimas brotaban de sus ojos, secos hacía ya tiempo.

Magdalena vino a advertirme que su madre me esperaba. El abate Birotteau me siguió. La grave joven permaneció al lado de su padre, diciendo que la condesa deseaba estar sola conmigo y pretextando la molestia que la causaría a su madre la presencia de muchas personas. Las solemnidad de aquel momento produjo en mí esa impresión de calor interior y de frío exterior que se apodera de nosotros en las grandes circunstancias de la vida. El abate Birotteau, uno de esos hombres que Dios ha señalado como suyos revistiéndolos de dulzura y de sencillez y concediéndoles paciencia y misericordia, me llamó aparte.

—Señor—me dijo—, sepa que he hecho todo lo que humanamente era posible para impedir esta reunión. La salud de esa santa lo exigía así. No he visto mas que a ella, y no a usted. Ahora que va usted a entrar en la habitación cuyo acceso debía

haberle sido prohibido por los ángeles, sepa que permaneceré entre ustedes dos para defenderla de usted y tal vez de ella misma. Respete su debilidad. No le pido a usted clemencia para ella como sacerdote, sino como un humilde amigo que no creía usted tener y que sólo quiere evitarle a usted remordimientos. Nuestra querida enferma muere precisamente de hambre y de sed. Desde esta mañana es presa de la irritación febril que precede a esa horrible muerte, y no puedo ocultarle a usted cuánto siente morir. Los gritos de su carne sublevada se apagan en mi corazón, hiriendo ecos demasiado tiernos aún; pero el señor de Dominis y yo hemos aceptado este deber religioso a fin de evitar el espectáculo de esta agonía moral a esa noble familia, que no reconoce ya a su estrella nocturna y matutina; pues su esposo, los niños y los criados, todos preguntan: «¿Dónde está?», tanto ha cambiado. Al verle a usted, las quejas comenzarán. Deje los pensamientos del hombre mundano, olvide las vanidades del corazón y sea al lado de ella el auxiliar del cielo y no el de la tierra. Que no muera esa santa, en una hora de duda, dejando escapar palabras de desesperación.

Yo no respondí nada. Mi silencio consternó al pobre confesor. Yo veía, oía y caminaba, y, sin embargo, no estaba ya en la tierra. Esta reflexión: «¿Qué ha sucedido, pues? ¿En qué estado voy a encontrarla para que todos usen de tales precauciones?» engendraba aprensiones tanto más crueles, cuanto que eran indefinibles: comprendía to-

dos los dolores juntos. Llegamos a la puerta de la habitación, que me abrió su confesor, inquieto. Vi entonces a Enriqueta vestida de blanco y sentada en su pequeño canapé, colocado delante de la chimenea, adornada de nuestros dos jarrones llenos de flores; además, había flores sobre un velador situado ante la ventana. El rostro del abate Birotteau, estupefacto ante el aspecto de aquella fiesta improvisada y del cambio de aquella habitación súbitamente restablecida a su antiguo estado, me dió a entender que la moribunda había desterrado el repugnante aparato que rodea la cama de los enfermos. Había empleado las últimas fuerzas de una fiebre expirante en adornar su desordenada habitación para recibir en ella dignamente a aquel a quien amaba en aquel momento más que todo lo del mundo. Bajo las ondas de los encajes, su rostro adelgazado, que tenía la palidez verdosa de las flores de la magnolia cuando se entreabren, aparecía como aparecen en la tela amarilla de un retrato los primeros contornos de una cabeza querida dibujada a la creta; pero para comprender cómo se hundió en mi corazón la garra del buitre, suponed terminados y llenos de vida los ojos de este diseño, unos ojos hundidos que brillaban con brillo inusitado en un rostro apagado. Ya no tenía la tranquila majestad que le comunicaba la constante victoria que obtenía sobre sus dolores. Su frente, la única parte de su rostro que había conservado sus hermosas proporciones, expresaba la auda-

cia agresiva del deseo y de las amenazas reprimidas. A pesar de los tonos amarillentos de su rostro alargado, fuegos interiores se escapaban de él por medio de un brillo semejante al flúido que llamea por encima de los campos después de un día caluroso. Sus sienes y sus mejillas hundidas dejaban ver las formas interiores de su rostro, y la sonrisa que formaban sus labios pálidos se parecía vagamente a la mueca de la muerte. Su vestido, cruzado sobre su seno, atestiguaba la delgadez de su hermoso cuerpo. La expresión de su cabeza decía bastante claro que había cambiado y que este cambio la desesperaba. Ya no era mi deliciosa Enriqueta, la sublime y santa señora de Mortsauf; era el algo sin nombre de Bossuet que luchaba contra la nada y que el hambre y los deseos engañados empujaban al combate egoísta de la vida contra la muerte. Fuí a sentarme al lado de ella, tomándole, para besarla, su mano, que sentí abrasada y seca. Adivinó mi dolorosa sorpresa por el esfuerzo mismo que hice para disimularla. Sus labios descoloridos se tendieron entonces sobre sus dientes hambrientos, para ensayar una de esas sonrisas forzadas bajo las cuales ocultamos igualmente la ironía de la venganza, la espera del placer, la embriaguez del alma y la rabia de una decepción.

—¡Ah! ¡Es la muerte, mi pobre Félix—me dijo ella—, y usted no ama la muerte! La muerte odiosa, la muerte por la cual toda criatura, hasta el amante más intrépido, siente horror. Aquí ter-

mina el amor; ya lo sabía. Lady Dudley no le verá ya a usted nunca más asombrado de su cambio. ¡Ah! ¿Por qué le he deseado tanto a usted, Félix? Al fin ha venido usted, y yo le recompenso esa adhesión con el horrible espectáculo que hizo antaño del conde de Rancé un trapense; yo que deseaba permanecer hermosa y grande en su mente y vivir en ella como una azucena eterna, le quito sus ilusiones. El verdadero amor no calcula. Pero no huya usted, quédese. El señor Origet me ha encontrado mucho mejor esta mañana; voy a volver a la vida, renaceré bajo sus miradas. Después, cuando haya recobrado algunas fuerzas, cuando empiece a poder tomar algún alimento, entonces volveré a ser hermosa. Apenas tengo treinta y cinco años, y puedo aún esperar hermosos años. La dicha rejuvenece, y quiero conocer la felicidad. Tengo proyectos deliciosos: «les» dejaremos en Clochegourde y nos iremos juntos a Italia.

Las lágrimas humedecieron mis ojos y me volví hacia la ventana como para mirar las flores; el abate Birotteau vino a mí precipitadamente, se inclinó hacia el ramo de flores y me dijo al oído:

—¡No llore!

—Enriqueta, ¿ya no ama usted nuestro querido valle?—le respondí, a fin de justificar mi brusco movimiento.

—Sí—dijo ella colocando su frente en mis labios con un movimiento mimoso—; pero sin us-

ted me es funesto... «Sin ti»—repuso rozando mi oreja con sus labios para dejar en ella estas dos sílabas como dos suspiros.

Me espanté de aquella loca caricia, que agrandaban aún más los terribles discursos de los dos sacerdotes. En este momento, mi primera sorpresa se disipó; pero si pude hacer uso de mi razón, mi voluntad no fué bastante fuerte para reprimir el movimiento nervioso que me agitó durante aquella escena. Yo escuchaba sin responder, o, mejor dicho, respondía por medio de una sonrisa fija y signos de asentimiento para no contrariarla, obrando como una madre con su hijo. Después de haber quedado admirado de la metamorfosis de la persona, me apercibí que la mujer, en otro tiempo tan imponente por sus sublimidades, tenía en la actitud, en la voz, en las maneras, en las miradas y en las ideas la cándida ignorancia de un niño, las gracias ingenuas, la avidez de movimiento y la despreocupación profunda de lo que no es su deseo, o, en fin, todas las debilidades que recomiendan el niño a la protección. ¿Sucede así con todos los moribundos? ¿Se despojan de todos los disfraces sociales, lo mismo que el niño no se ha revestido aún de ellos? O, encontrándose al borde de la eternidad, la condesa, no aceptando de todos los sentimientos humanos mas que el amor, ¿expresaba la suave inocencia a la manera de Cloé?

—Como antes, va usted a devolverme la salud, Félix—dijo ella—, y mi valle me será benéfico.

¿Cómo dejaré de comer lo que usted me presente? ¡Es usted tan buen enfermero! Además, está usted tan rico de vida y de salud, que a su lado la vida es contagiosa. Amigo mío, ¡pruébeme usted, pues, que no puedo morir, morir engañada! Creen que mi mayor dolor es la sed. ¡Oh! Sí, tengo mucha sed, amigo mío. El agua del Indre me causa mucho daño cuando la veo; pero mi corazón tiene una sed más ardiente. Tenía sed de ti—me dijo con voz más apagada, cogiéndome las manos entre las suyas ardientes y atrayéndome hacia ella para decirme estas palabras al oído:—¡Mi agonía ha sido el no verte! ¿No me has dicho que viva? ¡Quiero vivir! También yo quiero montar a caballo, quiero conocerlo todo, París, las fiestas, los placeres.

¡Ah Natalia, este clamor horrible, que el materialismo de los sentidos engañados hace frío a distancia, nos hacía estremecer los oídos al anciano sacerdote y a mí: los acentos de aquella voz magnífica pintaban los combates de toda una vida, las angustias de un verdadero amor engañado. La condesa se levantó con un movimien to de impaciencia, como un niño que quiere un juguete. Cuando el confesor vió a su penitente de aquel modo, cayó de rodillas, juntó las manos y oró.

—¡Sí, vivir!—dijo ella, haciendo que me levantase y apoyándose en mí—. Vivir de realidades y no de mentiras. Todo ha sido mentira en mi vida. Desde hace algunos días he comprobado esas im-

posturas. ¿Es posible que muera, yo que no he vivido, yo que no he ido nunca a buscar a nadie a una landa?

Se detuvo, pareció escuchar y sintió a través de las paredes no sé qué olor.

—¡Félix, las vendimiadoras van a comer, y yo, yo—dijo con voz de niño—que soy la dueña, tengo hambre! También la tengo de amor. ¡Ellas sí que son felices!

—*Kyrie eleison!*—decía el pobre cura, que, con las manos juntas y los ojos elevados al cielo, recitaba la letanía.

Enriqueta pasó sus brazos alrededor de mi cuello, me abrazó violentamente y me estrechó diciendo:

—¡Ya no se me escapará usted más! Quiero ser amada, haré locuras como lady Dudley, aprenderé el inglés para saber decir bien: *My dee*.

Me hizo un signo de cabeza como solía hacerme antaño cuando me dejaba para decirme que volvería al instante.

—Comeremos juntos—me dijo—; voy a prevenir a Manette.

En este momento se detuvo a causa de una debilidad que le sobrevino, y la acosté vestida en su cama.

—Ya me ha llevado usted otra vez así—me dijo abriendo los ojos.

Era muy ligera, pero, sobre todo, muy ardiente; al cogerla, sentí su cuerpo que quemaba atrozmente. El señor Deslandes entró y se asombró

de ver la habitación tan adornada; pero al verme se lo explicó todo.

—Se sufre mucho para morir, señor—le dijo ella con voz alterada.

El médico se sentó, tomó el pulso a la enferma, se levantó bruscamente, fué a hablar en voz baja con el sacerdote, y salió; yo le seguí.

—¿Qué va a hacer usted?—le pregunté.

—Evitarle una espantosa agonía—me dijo—. ¿Quién podría creer en tanto vigor? No comprendemos cómo vive aún mas que pensando en la manera cómo ha vivido. Con hoy hace cuarenta y dos días que la señora condesa no ha bebido, comido ni dormido.

El señor Deslandes llamó a Manette. El abate Birotteau me condujo a los jardines.

—Dejemos obrar al doctor—me dijo—. Ayudado por Manette, va a rodearla de opio. ¡Ya lo ha oído usted—añadió—, si alguna vez es cómplice de esos arrebatos de locura!...

—No—dije yo—, ya no es la misma.

Yo estaba anonadado por el dolor. Cuanto más pensaba, más extensión alcanzaba cada detalle de aquella escena. Salí bruscamente por la puertecita situada debajo de la terraza y fuí a sentarme en la canoa, donde me oculté para poder devorar a solas mis pensamientos. Traté de substraerme a aquella fuerza por la cual vivía, suplicio comparable a aquel por medio del cual los tártaros castigaban el adulterio cogiendo un miembro del culpable entre una pieza de madera y de-

jándole un cuchillo para que se lo cortase, si no quería morir de hambre: lección terrible que sufría mi alma, cuya mitad más hermosa tenía que cortarme. ¡Mi vida estaba destrozada también! La desesperación me sugería las ideas más raras. Tan pronto quería morir con ella, como deseaba ir a encerrarme en la Meilleraye, donde acababan de establecerse los trapenses. Mis ojos, empañados, no veían ya los objetos exteriores. Contemplaba las ventanas del cuarto donde sufría Enriqueta, creyendo ver en él la luz que lo iluminaba durante la noche en que me había prometido a ella. ¿No debía haber obedecido a la sencilla vida que ella me había creado, conservándome para ella entregado al trabajo? ¿No me había ordenado ella que fuese un gran hombre, a fin de preservarme de las pasiones bajas y vergonzosas que yo había sufrido, como todos los hombres? ¿No era la castidad una sublime distinción que yo no había sabido guardar? El amor, como lo concebía Arabella, no tardó en hastiarme. En el momento en que levantaba mi abatida cabeza preguntándome de dónde me provendría en lo sucesivo la luz y la esperanza y qué interés tendría para mí la vida, el aire fué agitado por un ligero ruido. Me volví hacia la terraza y vi en ella a Magdalena, que se paseaba lentamente. Mientras que yo subía a la terraza para pedir cuenta a aquella niña querida de la fría mirada que me había dirigido en la cruz, Magdalena se había sentado en el banco, y cuando me vió a mitad del camino,

se levantó, fingió no haberme visto, para no encontrarse a solas conmigo, y apresuró el paso de una manera significativa.

La pobre me odiaba, huía del asesino de su madre. Cuando volví a Clochegourde pude ver a Magdalena de pie, inmóvil como una estatua en la escalinata exterior, escuchando el ruido de mis pasos. Santiago estaba sentado en un peldaño, y su actitud denotaba la misma insensibilidad que me había admirado cuando nos paseábamos juntos y que me había inspirado esas ideas que dejamos en el fondo de nuestra alma para reflexionar después acerca de ellas con tiempo. Noté que los jóvenes que llevan en sí la muerte son todos insensibles a los funerales. Quise interrogar a aquella alma sensible. ¿Había guardado Magdalena sus pensamientos para sí sola o había comunicado también su odio hacia mí a Santiago?

—Ya sabes que tienes en mí al más cariñoso de los hermanos—le dije para entablar conversación.

—No necesito para nada su amistad, porque no tardaré en seguir a mi madre—me contestó dirigiéndome una mirada huraña.

—¿Tú también, Santiago?—exclamé.

El joven tosió, se apartó de mí, y después, al dar la vuelta, me enseñó su pañuelo ensangrentado diciéndome:

—¿Comprende usted?

Todos tenían en aquella casa su fatal secreto.

Como pude ver más tarde, el hermano y la hermana huían uno de otro. Una vez muerta Enriqueta, todo caía deshecho en Clochegourde.

—La señora duerme—vino a decirnos Manette, satisfecha al saber que la condesa no sufría.

En estos espantosos momentos, aunque todo el mundo conozca el inevitable fin, los afectos verdaderos se exacerban y se aprovechan cuidadosamente de los escasos momentos de dicha. Los minutos son siglos, se desea que los enfermos puedan descansar sobre rosas, anhela uno tener sus sufrimientos y se ansía que el último suspiro sea para ellos inesperado.

—El señor Deslandes ha mandado quitar las flores, porque excitaban demasiado los nervios de la señora—me dijo Manette.

Así, pues, las flores habían causado su delirio, sin que ella resultara cómplice. Los amores de la tierra, las fiestas de la fecundación, las caricias de las plantas la habían embriagado con sus perfumes, y sin duda habían despertado los pensamientos de amor feliz adormecidos en ella desde su juventud.

—Venga usted, don Félix, venga a ver a la señora, que está hermosa como un ángel—añadió Manette.

Entré en la habitación de la moribunda en el mismo momento en que el sol llegaba a su ocaso iluminando la cúspide del palacio de Azay. Todo permanecía tranquilo y puro. Una suave luz iluminaba el lecho en que descansaba Enriqueta, ba-

ñada en opio. En aquel momento el cuerpo estaba, po. decirlo así, anulado; sólo el alma reinaba en aquel rostro, sereno como un cielo puro después de la tempestad. Blanca y Enriqueta, aquellas dos sublimes fases de la misma mujer, volvían a aparecer tanto más hermosas cuanto que mi recuerdo, mi pensamiento y mi imaginación, ayudando a la Naturaleza, reparaban las alteraciones de cada facción en que el alma triunfante enviaba sus resplandores por medio de ondas confundidas con las producidas por la respiración. Los dos sacerdotes estaban sentados a ambos lados de la cama, y el conde permanecía de pie, anonadado al reconocer los estandartes de la muerte, que flotaban ya sobre el cuerpo de aquella criatura adorada. Yo ocupé el mismo canapé en que ella se había sentado un momento antes, y a poco los cuatro cambiamos miradas en que las lágrimas iban mezcladas con la admiración que nos causaba aquella belleza celestial. Las luces del pensamiento anunciaban la vuelta de Dios a uno de sus más hermosos tabernáculos. El abate Dominis y yo nos hablábamos por señas, comunicándonos nuestras ideas mutuas. Sí, los ángeles velaban a Enriqueta. Las líneas de aquel rostro se purificaban, y todo en ella se agrandaba y se hacía majestuoso bajo el influjo de los invisibles incensarios de los serafines que la aguardaban. Los tintes verdes del sufrimiento corporal se tornaban en tonos completamente blancos y en la palidez fría y mate de la muerte próxima. Santiago y Magdalena entraron; Magdalena nos hizo estremecer al

ver el movimiento de adoración con que se precipitó hacia la cama para juntarle las manos a su madre y lanzar esta sublime exclamación:

—¡Madre mía!

Santiago sonrió, como si estuviera seguro de seguir en breve a su madre.

—Ya llega al puerto—dijo el abate Birotteau.

El abate Dominis me miró como para repetirme:

—¿No había dicho yo que la estrella renacería brillante?

Magdalena permaneció con los ojos fijos en su madre, respirando cuando ella respiraba e imitando su ligero aliento, último hilo que la unía a la vida y que era contemplado con terror por nosotros, por temer que se rompiese al menor esfuerzo. Como un ángel a las puertas del santuario, Magdalena permanecía tranquila, fuerte y prosternada. En aquel momento sonó el *Angelus* en el campanario de la aldea. Las ondas del aire trajeron a nuestros oídos el campaneo que anunciaba que a aquella hora toda la cristiandad repetía las palabras dichas por el ángel a la mujer que redimió las faltas de su sexo. Aquella noche el *Ave María* nos pareció la salutación del cielo. La profecía era tan clara y el acontecimiento estaba tan próximo, que todos rompimos en llanto. Los murmullos del obscurecer, la brisa melodiosa del follaje, los últimos gorjeos de los pájaros, los zumbidos de los insectos, el curso de las aguas, el grito plañidero de la rana, todo el campo decía adiós a la azucena más hermosa del valle, a su vida sen-

cilla y campestre. Aquella poesía religiosa, unida a todas estas poesías naturales, expresaba tan bien el canto de partida, que no tardaron en repetirse nuestros sollozos. Aunque la puerta del cuarto estuviese abierta, permanecíamos todos tan sumidos en aquella terrible contemplación, cual si quisiésemos grabar para siempre en nuestra mente su recuerdo, que no habíamos visto a los criados de la casa arrodillados formando un grupo donde se decían fervientes plegarias. Todas aquellas pobres gentes, acostumbradas a la esperanza, creían que podrían conservar aún a su ama, y aquel presagio tan claro los agobió de dolor. Obedeciendo a una seña del abate Birotteau, el anciano piquero salió para ir a buscar al cura de Saché. El médico, de pie al lado de la cama, tranquilo como la ciencia, mantenía entre las suyas la adormecida mano de la enferma, e hizo una seña al confesor para anunciarle que aquel sueño era la última hora que le quedaba al ángel llamado. Había llegado el momento de administrarle los últimos sacramentos de la Iglesia. A las nueve, Enriqueta despertó poco a poco, nos miró con ojos sorprendidos, pero cariñosos, y todos volvimos a ver a nuestro ídolo hermoso como en sus más hermosos días.

—Madre mía, eres demasiado hermosa para morir. Ahora empezarás a recobrar la vida y la salud—dijo Magdalena.

—Hija querida, sí, viviré, pero será en ti—dijo la moribunda sonriendo.

Entonces empezaron los abrazos desgarradores

de la madre a los hijos y de los hijos a la madre. El señor de Mortsauf besó piadosamente a su mujer en la frente, y la condesa, al verle, se ruborizó, y me dijo:

—Querido Félix, esta es la única pena que le habré dado; pero olvide lo que haya podido decirle, porque era una insensata.

Esto diciendo, me tendió la mano, yo se la tomé para besarla, y entonces me dijo con su graciosa sonrisa de virtud:

—¿Cómo antaño, Félix?

Después de esto salimos todos y nos fuimos al salón, mientras duraba la última confesión de la enferma. Me coloqué al lado de Magdalena. En presencia de todos, ésta no podía huir de mí sin mostrarse descortés; pero, al igual que su madre, no miraba a nadie, y guardó silencio sin dirigirme ni una sola vez una mirada.

—Querida Magdalena—le dije en voz baja—, ¿qué tiene usted contra mí? ¿Por qué esa frialdad en un momento en que la muerte nos reconcilia a todos?

—Creo oír lo que dice en este instante mi madre—me respondió la joven.

—¿Y me condena usted en el momento en que su madre me absuelve, si es que en algo he sido culpable?

—¡«Usted» y siempre «usted»!

Su acento denotaba un odio reflexivo como el de un corzo e implacable como el de aquellos que, no habiendo estudiado la vida, no admiten nin-

guna atenuación a las faltas cometidas contra las leyes del corazón.

Transcurrió una hora en profundo silencio. El abate Birotteau volvió a nuestro lado después de haber recibido la confesión general de la condesa de Mortsauf, y entonces volvimos a entrar todos en la habitación de la enferma en el momento en que ésta se ponía un vestido que había de servirle de sudario. La encontramos sentada en la cama, hermosa en medio de sus expiaciones y de sus esperanzas. Vi sobre la chimenea las cenizas negras de mis cartas, que acababan de ser quemadas, sacrificio que, según me dijo el confesor, no había querido hacer hasta el momento de la muerte. Enriqueta nos sonrió a todos con su sonrisa de antaño; sus ojos, bañados en lágrimas, anunciaban que veía ya los goces celestiales de la tierra prometida.

—Querido Félix—me dijo tendiéndome la mano para estrecharme la mía,—quédese aquí. Tiene usted que asistir a una de las últimas escenas de mi vida, en la que entra usted por mucho y que no será la menos penosa de todas.

La moribunda hizo un gesto, y la puerta fué cerrada. A invitación suya, el conde se sentó y el abate Birotteau y yo permanecimos de pie. Ayudada por Manette, la condesa se levantó, se puso de rodillas ante el conde sorprendido y quiso permanecer de aquel modo. Después, cuando la criada se hubo retirado, levantó la cabeza, que había apoyado en las rodillas de su esposo, y le dijo con voz alterada:

—Señor, aunque me haya conducido siempre como una fiel esposa, puede haberme ocurrido que hubiese faltado a veces a mis deberes; acabo de rogar a Dios que me conceda fuerza para pedirle perdón por mis faltas. Habré podido sentir por algún amigo ajeno a la familia cariño más entrañable que el que a usted le debía. Tal vez le he irritado dejándole hacer una comparación entre los cuidados y las atenciones que tenía con esta persona y los que a usted le prodigaba. He sentido —dijo en voz baja—un cariño cuya extensión no ha sido conocida ni aun por aquella misma persona a quien se lo profesaba. Aunque haya sido siempre virtuosa con arreglo a las leyes humanas, y aunque me considere esposa irreprochable, a veces pensamientos voluntarios o involuntarios han acudido a mi mente y han movido mi corazón, tal vez con exceso. Pero aunque yo le haya amado a usted tiernamente, aunque haya sido mujer sumisa, y aunque las nubes, al pasar por el cielo, no hayan alterado la pureza, yo solicito hoy su perdón y su bendición con frente pura. Moriré sin amargura si oigo de sus labios una palabra de cariño para su Blanca, para la madre de sus hijos, y si usted le perdona todas aquellas cosas que ella no se ha perdonado a sí misma, no obstante la absolución del tribunal que tiene facultad para perdonarnos...

—Blanca, Blanca, ¿quieres matarme?—exclamó el anciano, derramando de pronto lágrimas sobre la cabeza de su mujer.

Y acto continuo la levantó en sus brazos, la besó santamente en la frente y, manteniéndola en esta posición, le dijo:

—¿No tengo yo mil perdones para pedirte? ¿No he estado yo a veces duro contigo? ¿Acaso no son tus faltas escrúpulos de niño?

—Tal vez—repuso ella.—Pero, amigo mío, sea usted indulgente con las debilidades de los moribundos, tranquilíceme y, cuando le llegue esta hora, no olvide que yo me fuí de este mundo bendiciéndole. ¿Me permite usted que deje a nuestro amigo, que está aquí presente, esta prueba de profundo cariño?—dijo enseñándole una carta que había sobre la chimenea—. En este momento sólo es mi hijo adoptivo, nada más. El corazón, querido conde, tiene también su testamento: mis últimos deseos imponen a nuestro Félix querido sagrados deberes que cumplir; creo no haber presumido demasiado de él; haced que no lo haya hecho tampoco de usted permitiéndome legarle algunos de mis pensamientos. Sigo siendo mujer—dijo inclinando la cabeza con suave melancolía—; después de mi perdón le pido una gracia. Léala usted; pero únicamente después de mi muerte—añadió dirigiéndose a mí, a la vez que ponía en mis manos el misterioso escrito.

El conde vió palidecer a su mujer, y entonces la tomó en sus brazos y la llevó a su cama.

—Félix—dijo Enriqueta una vez que estuvimos todos a su alrededor—, habré podido ser culpable con usted alguna vez; habré podido causarle al-

gunos dolores, haciéndole esperar goces ante los cuales he retrocedido después; pero ¿no debo a mi valor de esposa y de madre el morir reconciliada con todos? Espero que usted también me perdonará, usted que me ha acusado tantas veces y cuya injusticia me causaba tanto placer.

El abate Birotteau se puso un dedo sobre los labios, y al ver este gesto la muribunda inclinó la cabeza, agitó las manos para decir que hiciese entrar al clero, a sus hijos y a sus criados, y después me mostró con imperioso gesto al conde anonadado y a sus hijos que llegaban. La vista de aquel padre, cuya secreta demencia sólo nosotros conocíamos, convertido en tutor de aquellos seres tan delicados, inspiró a Enriqueta mudas súplicas, que cayeron en mi alma como un fuego sagrado. Antes de recibir la extremaunción, la enferma pidió perdón a sus criados por haberles tratado a veces duramente, imploró sus oraciones, los recomendó al conde, confesó noblemente que había proferido durante aquel último mes quejas poco cristianas, que habían podido escandalizar a sus servidores, declaró que había hecho mal en rechazar a sus hijos y en concebir sentimientos inconvenientes, achacó a sus intolerables dolores su falta de sumisión a la voluntad de Dios, y por fin dió gracias públicamente y con conmovedora efusión de corazón al abate Birotteau por haberle enseñado a conocer la insignificancia de las cosas humanas. Cuando hubo cesado de hablar comenzaron las oraciones, y el cura de Saché le dió

el viático. Algunos momentos después su respiración se hizo difícil; una nube cubrió sus ojos, que no tardaron en volver a abrirse; me dirigió una última mirada, y murió en presencia de todos, oyendo tal vez el concierto de nuestros sollozos. En el momento en que exhaló el postrer suspiro, último sufrimiento de una vida que fué un largo martirio, sentí en mi interior un algo extraño que pareció afectar todas mis facultades. El conde, los dos curas, el párroco y yo permanecimos ante el lecho mortuorio toda la noche, velando, al resplandor de los cirios, a la muerta, tendida sobre aquella cama donde tanto había sufrido.

Aquella fué mi primera comunicación con la muerte. Permanecí toda la noche con los ojos fijos en Enriqueta, fascinado ante la expresión pura que engendra el apaciguamiento de todas las tempestades y ante la blancura del rostro que yo creía aún dotado de innumerables afectos, pero que no respondía ya a mi amor. ¡Qué majestad en aquel silencio y en aquel frío! ¡Cuántas reflexiones no inspira! ¡Qué belleza en aquel reposo absoluto! ¡Qué despotismo en aquella inmovilidad, que resume aún todo lo pasado y que es el punto de partida del porvenir! ¡Ah! ¡La amaba muerta tanto como la había amado viva!

Por la mañana, el conde fué a acostarse. Los sacerdotes, cansados, se quedaron dormidos a esa hora de sopor que tanto conocen los que velan, y yo entonces, sin testigos, pude besarla en la

frente con todo el amor que ella no me había permitido expresarle nunca.

Al día siguiente, en una fresca mañana de otoño, acompañamos a su última morada a la condesa. Fué conducida por el viejo piquero, por los dos Martineau y por el marido de Manette. Bajando por el camino que yo había subido tan alegremente el día que la encontré, atravesamos el vallecito del Indre para llegar al pequeño camposanto de Saché, pobre cementerio de aldea, situado detrás de la iglesia, sobre la cima de una colina, y donde, por humildad cristiana, ella quiso ser enterrada con una sencilla cruz de madera pintada de negro, como una pobre aldeana, según había dicho. Cuando, al estar en medio del valle, percibí la iglesia de la aldea y el sitio del cementerio, fuí presa de un estremecimiento convulsivo. ¡Ay de mí! Todos tenemos en la vida un Gólgota, donde dejamos nuestros treinta y tres primeros años al recibir un lanzazo en el corazón, al sentir en nuestra cabeza la corona de espinas que reemplaza a la de rosas: aquella colina debía ser para mí el monte de las expiaciones. Ibamos seguidos de una multitud inmensa, venida para expresar las penas de aquel valle donde ella había enterrado en silencio multitud de buenas acciones. Se supo por Manette, su confidente, que para socorrer a los pobres economizaba en el tocado cuando sus ahorros no le bastaban. Niños desnudos vestidos, canastillas enviadas, madres socorridas, sacos de trigo entregados en invierno a los molineros para los ancia-

nos impotentes, una vaca regalada a alguna familia pobre, en fin, las obras de la cristiana, de la madre, de la castellana; además, dotes ofrecidas ex profeso para unir a una pareja que se amaba y libramientos de quintos a jóvenes que habían caído soldados, conmovedoras ofertas de la mujer amante que decía: «La dicha ajena es el consuelo de los que no pueden ya ser felices.» Estas cosas, contadas todas las noches desde hacía tres días, habían hecho que la multitud fuera inmensa. Yo iba con Santiago y los dos sacerdotes detrás del ataúd. Según costumbre, ni Magdalena ni el conde venían con nosotros, y se quedaron solos en Clochegourde. Manette quiso ir a toda costa.

—¡Pobre señora! ¡Pobre señora! Ya es feliz—oí varias veces que decían todos en medio de los sollozos.

Cuando el cortejo dejó la calzada de los Molinos, se oyó un gemido unánime, mezclado de sollozos, que hacía creer que aquel valle lloraba su alma. La iglesia estaba llena de gente. Después del oficio, fuimos al cementerio, donde debía ser enterrada al lado de la cruz. Cuando oí rodar los guijarros y los terrones sobre el ataúd, mi valor me abandonó, me tambaleé, rogué a los dos Martineau que me sostuviesen, y me condujeron moribundo al castillo de Saché; los dueños me ofrecieron cortésmente un asilo y yo acepté. Te lo confieso, no quería tornar a Clochegourde, y me repugnaba volver a hallarme en Frapesle, desde donde podía ver el castillo de Enriqueta. Aquí estaba cerca de ella.

Permanecí algunos días en una habitación cuyas ventanas daban a aquel valle tranquilo y solitario de que te he hablado. Es un extenso repliegue de terreno bordeado de robles dos veces centenarios y por donde corre un torrente en las grandes lluvias. Aquel espectáculo convenía a la meditación solemne y severa a que quería entregarme. Había reconocido, durante el día que siguió a la fatal noche, lo importuna que sería mi presencia en Clochegourde. El conde había experimentado violentas emociones con la muerte de Enriqueta; pero, como esperaba aquel desenlace, había en el fondo de su pensamiento una resolución tomada que parecía indiferencia. Me había apercibido de ello varias veces, y cuando la condesa, prosternada, me entregó aquella carta que yo no osaba abrir, cuando habló de su afecto por mí, este hombre sombrío no me dirigió la mirada fulminante que yo esperaba de él. Había atribuído las palabras de Enriqueta a la excesiva delicadeza de aquella conciencia que él sabía que era tan pura. Aquella insensibilidad de egoísta era natural.

Al igual que sus cuerpos, las almas de aquellos dos seres no se habían unido, no habían tenido jamás esas constantes comunicaciones que reavivan los sentimientos, no habían cambiado nunca ni penas ni placeres, esos lazos tan fuertes que nos hacen añicos cuando se rompen, porque tocan todas nuestras fibras, porque se han enlazado en los pliegues de nuestro corazón, al mismo tiempo que han acariciado el alma, que sancionaba cada uno

de aquellos lazos. La hostilidad de Magdalena me cerraba las puertas de Clochegourde. Esta dura joven no estaba dispuesta a hacer un pacto con su odio sobre la tumba de su madre, y me hubiese encontrado horriblemente embarazado entre el conde, que me hablaría de él, y la dueña de la casa, que me daría muestras de una invencible repugnancia. Estar así allí donde en otro tiempo hasta las flores eran cariñosas, donde los peldaños de la escalinata eran elocuentes, donde todos mis recuerdos revestían de poesía los balcones, los balaustres, las terrazas, los árboles y los panoramas; ser odiado allí donde todo me amaba: no podía soportar este pensamiento. De modo que en seguida tomé un partido. ¡Ay de mí! Tal era, pues, la abnegación del amor más vivo que jamás haya sentido el corazón de un hombre. A los ojos de los extraños, mi conducta iba a ser condenable; pero tenía la aprobación de mi conciencia. Así es como terminan los sentimientos más hermosos y los dramas más grandes de la juventud. Salimos todos de madrugada, como yo de Tours para Clochegourde, apoderándonos del mundo, con el corazón ávido de amor; después, cuando nuestras riquezas han pasado por el crisol, cuando estamos mezclados con los hombres y los acontecimientos, todo se empequeñece insensiblemente, encontramos poco oro entre muchas cenizas. ¡He aquí la vida! La vida tal cual es: muchas pretensiones, pocas realidades. Medité largo tiempo sobre mí mismo, preguntándome lo que iba a hacer después de un golpe que segaba todas mis flores. Resolví

lanzarme a la política y a la ciencia por los senderos tortuosos de la ambición, apartar a la mujer de mi vida y ser un hombre de Estado, frío y sin pasiones; permanecer fiel a la santa que había amado. Mis meditaciones se alejaban hasta perderse de vista, en tanto que mis ojos permanecían fijos en el magnífico tapiz de los robles dorados, de copas severas y de pies de bronce: me preguntaba si la virtud de Enriqueta no había sido ignorancia, si yo era culpable de su muerte. Luchaba en medio de mis remordimientos. Por fin, a las doce de la mañana de un día de otoño, una de esas últimas sonrisas del cielo, tan hermoso en Turena, leí su carta, que, según su recomendación, no debía leer hasta después de su muerte. ¡Juzga de mis impresiones al leerla!

CARTA DE LA SEÑORA DE MORTSAUF AL VIZCONDE FELIX DE VANDENESSE

«Félix, mi muy amado amigo: ahora debo abrirle mi corazón, más bien para hacerle saber la grandeza de sus obligaciones descubriendo la profundidad y la gravedad de las llagas que ha abierto usted en él que para demostrarle cuánto le amo. En el momento en que caigo agobiada por las fatigas del viaje, aniquilada por las heridas recibidas durante el combate, felizmente la mujer ha muerto y la única que ha sobrevivido es la madre. Ahora va usted a saber, querido, cómo ha sido la causa de

mis males. Si más tarde me he ofrecido complacientemente a sus golpes, hoy muero de una última herida causada por usted; pero hay excesivas voluptuosidades en sentirse aniquilada por aquel a quien se ama. Pronto, sin duda, los sufrimientos me privarán de mi fuerza, y aprovecho los últimos destellos de mi inteligencia para suplicarle que me reemplace al lado de mis hijos. Le impondría esta carga con autoridad si le amase a usted menos; pero prefiero que salga de usted mismo, por efecto de un arrepentimiento santo, y también como una continuación de mi amor: ¿No estuvo en nosotros el amor constantemente mezclado de arrepentidas meditaciones y de temores expiatorios? Y, lo sé, nos amaremos siempre. Su falta no es tan funesta para usted sino por la resonancia que yo le he dado dentro de mí misma. ¿No le había dicho que era celosa hasta morir? Pues bien, muero. Sin embargo, consuélese usted: no hemos faltado a las leyes humanas. La Iglesia, por medio de una de sus voces más puras, me ha dicho que Dios sería indulgente con los que habían inmolado sus inclinaciones naturales por cumplir sus mandatos. Amado mío, sépalo todo, pues no quiero que ignore usted ni uno solo de mis pensamientos. Lo que confiaré a Dios en mis últimos momentos debe saberlo usted también, usted que es el rey de mi corazón, como El es el rey del cielo. Hasta aquella fiesta dada al duque de Angulema, la única a que he asistido, el matrimonio me había mantenido en la ignorancia que da al alma de las jóvenes la belleza de los

ángeles. Era madre, es verdad; pero el amor no me había rodeado aún de sus placeres permitidos. ¿Cómo he permanecido así? No lo sé, como tampoco sé por qué leyes cambió todo en mí en un instante. ¿Se acuerda usted aun hoy de sus besos? Ellos han dominado mi vida, ellos han surcado mi alma; el ardor de su sangre despertó el ardor de la mía; su juventud penetró en mi juventud; sus deseos entraron en mi corazón. Cuando me levanté tan altiva, experimentaba una sensación para la cual no encuentro palabra en ninguna lengua, pues los niños no han encontrado aún la palabra para expresar el enlace de la luz y de sus ojos, ni el beso de la vida en sus labios, Sí, el sonido llegado con el eco, la luz arrojada en las tinieblas, el movimiento dado al universo, fué por lo menos tan rápido como todas esas cosas; pero mucho más hermoso, ¡porque era la vida del alma! Comprendí que había un no sé qué desconocido para mí en el mundo, una fuerza más hermosa que el pensamiento: todos los pensamientos, todas las fuerzas, todo un porvenir en una emoción compartida. Yo no me sentí madre mas que a medias. Al caer en mi corazón aquel rayo, despertó en él deseos que dormían sin que yo lo supiese, y adiviné al instante lo que quería decir mi tía cuando me besaba en la frente exclamando: «¡Pobre Enriqueta!» Al volver a Clochegourde, la primavera, las primeras hojas, el perfume de las flores, las bonitas nubes blancas, el Indre, el cielo, todo me hablaba con un lenguaje hasta entonces desconocido para mí, y que daba a

mi alma un poco del movimiento que usted había impreso a mis sentidos. Si ha olvidado usted esos besos, yo al menos no he podido borrarlos de mi mente: ¡Muero a causa de ellos! Sí, cada vez que le he visto a usted desde entonces, reanimaba todas estas emociones, y el solo presentimiento de su llegada hacía estremecer todo mi ser. Ni el tiempo ni mi firme voluntad han podido domar esta imperiosa voluptuosidad. Yo me preguntaba involuntariamente: «¿Qué deben ser los placeres?» El cambio de nuestras miradas, los respetuosos besos que depositaba usted en mis manos, mi brazo apoyado en el suyo, su voz impregnada de ternuras, en fin, las menores cosas me conmovían tan violentamente, que casi siempre se nublaban mis ojos y el fragor de los sentidos sublevados zumbaba en mis oídos. ¡Ah! Si en aquellos momentos en que yo procuraba redoblar mi frialdad me hubiese usted cogido en sus brazos, yo habría muerto de placer. Muchas veces he deseado de usted alguna violencia; pero la oración alejaba de mí estos malos pensamientos. El nombre de usted, pronunciado por mis hijos, me llenaba el corazón de una sangre caliente que coloreaba en seguida mi rostro, y entonces tendía lazos a mi pobre Magdalena para hacérselo pronunciar: tanto amaba el hervor de aquella sensación. ¿Qué le diré? Su letra tenía un encanto, miraba sus cartas como se contempla un retrato. Si desde aquel primer día había conquistado usted sobre mí no sé qué fatal poder, comprenderá, amigo mío, que fuese infinito cuando pude leer en

su alma. ¡Qué delicias me inundaron al encontrarle tan puro, tan verdadero, dotado de cualidades tan hermosas, capaz de cosas tan grandes y tan puesto a prueba ya! ¡Hombre y niño, tímido y valiente! ¡Qué alegría cuando nos vimos los dos consagrados por sufrimientos comunes! Después de aquella noche en que nos confiamos el uno al otro, perderle a usted era para mí morir: así, le he conservado a mi lado por egoísmo. La certeza que tuvo el señor de la Berge de la muerte que me causaría el alejamiento de usted, le conmovió mucho, pues leía en mi alma. Juzgó que yo era necesaria a mis hijos y al conde: no me ordenó que le cerrase las puertas de mi casa porque yo le prometí que permanecería pura de acción y de pensamiento. «El pensamiento es involuntario, me dijo. pero puede permanecer oculto en medio de los suplicios.» «Si pienso, le dije, todo se perderá; sálveme de mí misma. Haga que viva a mi lado y que yo permanezca pura.» El buen anciano, aunque severo, fué indulgente al ver tanta buena fe. «Puede usted amarle como se ama a un hijo, destinándole su hija», me dijo. Yo acepté valerosamente una vida de sufrimientos para no perderle a usted, y sufrí con amor al ver que estábamos uncidos al mismo yugo. ¡Dios mío! He permanecido neutral, fiel a mi marido, no dejándole dar ni un solo paso, Félix, en el reino de usted. La grandeza de mis pasiones ha obrado sobre mis facultades; he mirado los tormentos que me infligía el señor de Mortsauf como expiaciones, y los soportaba con paciencia

para insultar a mi culpable inclinación. Antes estaba dispuesta a murmurar; pero desde que usted permaneció a mi lado recobré algo de alegría, la que convino al señor de Mortsauf. Sin aquella fuerza que usted me prestaba, haría tiempo que hubiese sucumbido a la vida interior que le he contado. Si ha entrado usted por mucho en mis faltas, también ha entrado por mucho en el cumplimiento de mis deberes. Lo mismo sucedió con mis hijos. Creía haberles privado de algo, y temía no hacer nunca bastante para ellos. Mi vida fué desde entonces un continuo dolor que me complacía. Al sentir que era menos madre, menos mujer honrada, el remordimiento se alejó de mi corazón, y temiendo faltar a mis deberes he querido constantemente sobrepasarlos. Para no sucumbir, he colocado a Magdalena entre nosotros dos y les he destinado el uno para el otro, levantando así barreras entre usted y yo. ¡Barreras impotentes! Nada podía ahogar los estremecimientos que usted me causaba. Ausente o presente, tenía usted la misma fuerza. He preferido Magdalena a Santiago, porque Magdalena debía ser para usted. Pero no le cedía a mi hija sin combates. Decíame que yo tenía veintiocho años cuando le encontré y que usted apenas tenía veintidós; juntaba las distancias y me entregaba a falsas esperanzas. ¡Oh, Dios mío! Félix, le hago a usted estas revelaciones para evitarle remordimientos y tal vez también con el objeto de hacerle saber que yo no era insensible, que nuestros sufrimientos amorosos eran

cruelmente iguales y que Arabella no tenía ninguna superioridad sobre mí. Era también una de esas jóvenes de la raza caída que tanto aman los hombres. Hubo un momento en que la lucha fué tan terrible, que lloraba todas las noches; mis cabellos caían. ¡Usted los ha poseído todos! Se acordará usted de la enfermedad que tuvo el señor de Mortsauf. La grandeza de alma que demostró usted entonces, en lugar de elevarme me empequeñeció. ¡Ay de mí! Desde ese día deseaba entregarme a usted como una recompensa debida a tanto heroísmo; pero esta locura fué corta. La puse a los pies de Dios durante la misa a la cual no quiso usted asistir. La enfermedad de Santiago y los sufrimientos de Magdalena me parecieron amenazas de Dios, que atraía fuertemente hacia sí a la oveja descarriada. Después, su amor, tan natural, a esa inglesa me ha revelado secretos que yo misma ignoraba. Le amaba a usted más de lo que creía amarle. Magdalena ha desaparecido. Las constantes emociones de mi borrascosa vida, los esfuerzos que hacía para domarme a mí misma sin más recursos que la religión, todo ha contribuído a la enfermedad de que muero. Este terrible golpe ha determinado crisis acerca de las cuales he guardado silencio. Veía en la muerte el único desenlace posible de esta tragedia ignorada, que comprendía toda una vida de celos y de rabia durante los dos meses que han transcurrido entre su llegada y la noticia que me dió mi madre de sus relaciones con lady Dudley. Quería ir a París, tenía sed de venganza, deseaba

la muerte de esa mujer y permanecía insensible a las caricias de mis hijos. La oración, que había sido hasta entonces para mí un bálsamo, dejó de actuar sobre mi alma, y los celos abrieron la larga brecha por donde entró la muerte. No obstante, mi frente permaneció s.rena. Sí, aquella estación de combates fué un secreto entre Dios y yo. Cuando estuve segura de que era amada tanto como yo misma le amaba y que sólo me había traicionado la naturaleza y no el pensamiento, quise vivir. Pero ya era tarde: Dios me había tomado bajo su protección y se había apiadado sin duda de una criatura sincera consigo misma y sincera con él, y cuyos sufrimientos la habían conducido a menudo a las puertas del santuario. Mi muy amado mío, Dios me ha juzgado. El señor de Mortsauf tal vez me perdone; pero ¿será usted clemente? ¿Escuchará la voz que sale en este momento de mi tumba? ¿Reparará las desgracias de que somos ambos culpables, tal vez yo más que usted? Ya sabe lo que quiero pedirle. Permanezca al lado del señor de Mortsauf como una hermana de la caridad al lado de un enfermo; escúchele, ámele, porque nadie le querrá. Interpóngase entre sus hijos y él como yo lo hacía. Su labor no será de larga duración: Santiago no tardará en abandonar la casa paterna para ir a París al lado de su abuelo, y usted me ha prometido guiarle a través de los escollos de este mundo. Respecto a Magdalena, se casará. ¡Ojalá que usted le agrade algún día! Es mi propia figura, y además es fuerte, diestra, penetrante y posee esa fuerza de

voluntad que a mí me faltó y esa energía necesaria para ser la compañera de un hombre destinado por su carrera a las tormentas de la vida política. Si su vida de usted y la suya se unen será más feliz que lo fué su madre. Adquiriendo así el derecho a continuar mi obra en Clochegourde, borrará usted faltas que no fueran suficientemente expiadas, no obstante haber sido perdonadas por el cielo y por la tierra, pues «él» es generoso y me perdonará. Ya lo ve usted, sigo siendo egoísta; pero ¿no es esto una prueba de un amor despótico? Quiero ser amada por usted en los míos. No habiendo podido ser suya, le lego mis pensamientos y mis deberes. Si me ama usted bastante para obedecerme, si no quiere casarse con Magdalena, vele al menos por el reposo de mi alma haciendo al señor de Mortsauf tan feliz como pueda.

»Adiós, hijo querido de mi corazón; este es el adiós completamente inteligente, lleno aun de vida, el adiós de un alma que tú has llenado de demasiados goces para que puedas sentir el menor remordimiento por la catástrofe que han engendrado. Me permito tutearle, porque creo que usted me ama, pues yo llego al lugar del reposo inmolada por el deber. Dios sabrá mejor que yo si he practicado sus santas leyes con arreglo a sus deseos. Sin duda he vacilado a veces, pero no he caído, y la menor excusa de mis faltas es la grandeza misma de las seducciones que me han rodeado. El Señor me verá comparecer ante El con tanto miedo como si hubiera sucumbido. Otra vez adiós. Un adiós seme-

jante al que le di ayer a nuestro hermoso valle, bajo cuyo seno no tardaré en descansar y al cual hará usted frecuentes visitas, ¿verdad?

ENRIQUETA.»

Me sumí en un abismo de reflexiones al percibir las desconocidas profundidades de aquella vida iluminada entonces por esta última llama. Las nubes de mi egoísmo se disiparon. ¿De modo que ella había sufrido tanto como yo, más que yo, porque había muerto? Ella creía que los demás tenían el deber de mostrarse excelentes con su amigo, y había estado tan ciega con su amor, que no había sospechado la enemistad de su hija. Esta última prueba de su ternura me hizo mucho daño. ¡Pobre Enriqueta, que quería legarme Clochegourde y su hija!

Natalia, desde aquel día terrible en que entré por primera vez en un cementerio acompañando los restos mortales de Enriqueta, a quien ya conoces ahora, el sol me pareció menos cálido y menos luminoso, la noche más obscura, el movimiento menos rápido, el pensamiento más torpe. Hay personas a quienes sepultamos en la tierra; pero las hay más particularmente queridas que recibieron nuestro corazón por sudario y cuyo recuerdo ocupa a cada instante nuestras ideas: pensamos en ellas como respiramos, y viven en nosotros obedeciendo a la grata ley de una metempsicosis propia del amor. Un alma vive en mi alma, y cuando

hago algún bien, cuando digo alguna palabra hermosa, esta alma habla, se agita; todo lo bueno que pueda haber en mí emana de aquella tumba, como emanan de un lirio los perfumes que embalsaman la atmósfera. La burla, el mal, todo lo malo que hay en mí proviene de mí mismo. Ahora, cuando mis ojos permanezcan velados por una nube y se fijen en el cielo después de haber contemplado largo tiempo la tierra, cuando mi boca permanezca muda a tus palabras y a tus cuidados, no me preguntes ya más: «¿En qué piensas?»

Querida Natalia, he estado algún tiempo sin escribirte porque mis recuerdos me conmovieron profundamente. Ahora te debo el relato de los acontecimientos que siguieron a aquella catástrofe y que exigen pocas palabras. Cuando una vida no se compone mas que de acción y movimiento, pronto está dicho todo; pero cuando ha transcurrido en las regiones más elevadas del alma, su historia es difusa. La carta de Enriqueta hacía brillar una esperanza ante mis ojos. En aquel gran naufragio veía una isla que podía abordar. Vivir en Clochegourde al lado de Magdalena, consagrándole mi vida, era un porvenir que satisfacía las ideas que agitaban mi corazón. Pero era preciso conocer los verdaderos pensamientos de Magdalena. Tenía que despedirme del conde; fuí a Clochegourde a verle, y le encontré en la terraza. Nos paseamos primero algún rato, hablándome él de la condesa como hombre que conocía la extensión de su pérdida y lo mucho que ésta había de afectar a su vida íntima.

Pero después del primer grito de su dolor se mostró más preocupado por el porvenir que por el presente y, según me dijo, temía a su hija, que no poseía la dulzura de carácter de su madre. El carácter firme de Magdalena, que unía a las cariñosas cualidades de su madre un no sé qué heroico, asustaba a aquel anciano, que estaba acostumbrado a las ternuras de Enriqueta y que presentía su lucha con un carácter indomable. Pero lo que podía consolarle de esta irreparable pérdida era la certidumbre de que no tardaría en unirse a su mujer: las agitaciones y las penas de aquellos últimos días habían agravado su enfermedad y despertado antiguos dolores; el combate que se preparaba entre su autoridad de padre y la de su hija, que pasaba a ser dueña de casa, iba a ocasionarle días muy amargos, pues si había podido luchar con su mujer, tendría que ceder ante su hija. Por otra parte, su hijo se iría y su hija se casaría. ¿Qué yerno iba a tocarle? Aunque hablaba de morir pronto, sentíase solo y sin afectos.

Durante aquella hora, en la que no habló sino de sí mismo, pidiéndome amistad en nombre de su mujer, acabó de dibujar por completo la gran figura del emigrado, uno de los tipos más imponentes de nuestra época. Era en apariencia débil y achacoso; pero la vida parecía desear persistir en él a causa precisamente de sus sobrias costumbres y de sus ocupaciones campestres. En el momento en que escribo vive aún. Aunque Magdalena nos hubiese visto paseando por la terraza, no bajó;

llegó a la escalinata y entró en la casa varias veces, a fin de dejarme ver su desprecio. Yo aproveché el momento en que la vi en la escalinata y rogué al conde que subiese al palacio; le dije que tenía que hablar con Magdalena; pretexté, como único medio de verla, una última voluntad que la condesa me había confiado, y el conde fué a buscarla y nos dejó solos en la terraza.

—Querida Magdalena—le dije—, si he de hablarle, ¿no he de hacerlo aquí, donde su madre me escuchó cuando quiso quejarse más bien de los acontecimientos de la vida que de mí? Conozco sus pensamientos, pero no me condene sin conocer antes los hechos. Mi vida y mi dicha están unidas a estos lugares, ya lo sabe usted, y usted me destierra de ellos con la frialdad que me demuestra después de la amistad fraternal que nos unía, amistad que debiera estrecharse más con los lazos del dolor que nos ha causado una muerte. Magdalena: usted, por quien yo daría al instante la vida sin esperar ninguna recompensa, hasta sin que usted lo supiera, tanto amamos a los hijos de los que nos han protegido en la vida, ignora el proyecto acariciado por su adorable madre durante estos últimos siete años y que modificaría sin duda sus sentimientos; pero no quiero usar de estas ventajas. Todo lo que imploro de usted es que no me quite el derecho de venir a respirar el aire de esta terraza y esperar que el tiempo cambie las ideas que tiene usted de la vida social. En este momento me guardaría bien de chocar con ellas; respeto un dolor que la ex-

travía, pues también a mí me priva de juzgar cuerdamente las circunstancias en que me encuentro. La santa que vela en este momento por nosotros aprobará la reserva que guardo, rogándole solamente que permanezca neutral entre sus sentimientos y yo. La amo a usted demasiado, a pesar de la aversión que usted me demuestra, para explicar al conde un plan que acogería con ardor. Sea usted libre. Más tarde piense que no conocerá a nadie en el mundo mejor que a mí, que no habrá ningún hombre que tenga en el corazón sentimientos más abnegados...

Hasta aquí Magdalena me había escuchado con los ojos bajos; pero me detuvo con un gesto.

—Señor—dijo con voz temblorosa por la emoción—, conozco también todos sus pensamientos; pero no cambiaré de sentimientos a su respecto, y preferiría mejor arrojarme al Indre que unirme a usted. No le hablaré de mí; pero si el nombre de mi madre conserva aún algún poder sobre usted, le ruego, en su nombre, que no venga más a Clochegourde mientras yo viva aquí. La presencia de usted me causa una turbación que no puedo explicar y que no dominaré nunca.

Me saludó con un movimiento lleno de dignidad y subió a Clochegourde, sin volverse, impasible, como lo había sido su madre un solo día, pero despiadada.

Aunque tardíamente, el ojo perspicaz de aquella joven lo había adivinado todo en el corazón de su madre, y tal vez su odio contra un hombre que

le parecía funesto se había aumentado por algunas sospechas de su inocente complicidad. Allí todo era abismo. Magdalena me odiaba, sin querer explicarse si yo era la causa o la víctima de aquellas desgracias: tal vez nos hubiera odiado igualmente a su madre y a mí si hubiésemos sido felices. De modo que todo estaba destruído en el hermoso edificio de mi dicha. Yo solo debía conocer la vida entera de aquella mujer desconocida; yo solo estaba en el secreto de sus sentimientos; yo solo había recorrido su alma en toda su extensión; ni su madre, ni su padre, ni su marido, ni sus hijos la habían conocido. ¡Cosa rara! Remuevo estas cenizas y me complazco en extenderlas delante de ti; podemos encontrar en ellas algo de nuestras fortunas más queridas. ¡Cuántas familias tienen también su Enriqueta! ¡Cuántos nobles seres abandonan la tierra sin haber encontrado un historiador inteligente que haya sondado su corazón, que haya medido su profundidad y su extensión! Esta es la vida humana en toda su desnudez: frecuentemente las madres no conocen a sus hijos, como los hijos no las conocen a ellas. ¡Lo mismo sucede con los esposos, con los amantes, con los hermanos! ¿Sabía yo que un día, sobre la tumba de mi mismo padre, reñiría con Carlos de Vandenesse, con mi hermano, a cuyos ascensos había contribuído yo tanto? ¡Dios mío, cuánta enseñanza hay en la historia más sencilla! Cuando Magdalena desapareció por la puerta de la escalinata, volví, con el corazón destrozado, a decir adiós a mis amigos y partí para

París siguiendo la línea recta del Indre, por la cual había venido por primera vez a aquel valle. Pasé triste a través del bonito pueblo de Pont-de-Ruan. Sin embargo, era rico, la vida política me sonreía, ya no era el peatón fatigado de 1814. En aquella época mi corazón estaba lleno de deseos; hoy mis ojos estaban llenos de lágrimas; antes tenía que llenar una vida; hoy la sentía desierta. Era muy joven, tenía veintinueve años, y mi corazón estaba ya ajado. Unos cuantos años habían bastado para despojar aquel paisaje de su primera magnificencia y para cansarme de la vida. Ahora puedes comprender cuál fué mi emoción cuando, al volverme, vi a Magdalena en la terraza.

Dominado por una imperiosa tristeza, no pensaba ya en el objeto de mi viaje. Lady Dudley estaba muy lejos de mi pensamiento cuando entré en el patio de su casa sin saberlo. Una vez cometida la tontería era preciso sostenerla. Tenía en su casa costumbres conyugales y subí apenado pensando en todas las molestias de una ruptura. Si has comprendido bien el carácter y las costumbres de lady Dudley imaginarás mi chasco cuando su mayordomo me introdujo, vestido de viaje, en un salón, donde la encontré pomposamente vestida y rodeada de cinco personas. Lord Dudley, uno de los viejos hombres de Estado más considerados de Inglaterra, se mantenía de pie ante la chimenea, grave, ceñudo, frío, con el aire socarrón que tiene que tener en el Congreso, y se sonrió al oír pronunciar mi nombre. Los dos hijos de Arabella, que se

parecían prodigiosamente a Enrique de Marsay, uno de los hijos naturales del anciano lord, que estaba allí sentado en un sofá al lado de la marquesa, se hallaban cerca de su madre. Arabella, al verme, tomó un aire altivo, fijó sus ojos en mi gorra de viaje, como si hubiese querido preguntarme qué iba a hacer a su casa, y me miró de pies a cabeza, como hubiese hecho con un noble rural que le hubiesen presentado. Respecto a nuestra intimidad, a aquella pasión eterna, a aquellos juramentos de morir si yo dejaba de amarla, a aquella fantasmagoría de Armida, todo había desaparecido como un sueño. Yo no había estrechado nunca su mano, yo era un extranjero, no me conocía. A pesar de la sangre fría diplomática a que empezaba a acostumbrarme, me sorprendí, y a otro en mi lugar le hubiese sucedido lo mismo. De Marsay sonreía a sus botas, que examinaba con una afectación singular. En seguida tomé mi partido. De cualquiera otra mujer hubiese aceptado modestamente una derrota; pero, furioso al ver de pie a la heroína que quería morir de amor y que se había burlado de la muerte, resolví oponer la impertinencia a la impertinencia. Arabella sabía el desastre de lady Brandon; recordárselo era darle una puñalada en el corazón, aunque el arma tuviera que embotarse en él.

—Señora—le dije—, me perdonará usted que entre en su casa tan caballerescamente cuando sepa que llego de Turena y que lady Brandon me ha encargado para usted un mensaje que no tiene es-

pera. Temía encontrarme con que se hubiese marchado usted para Lancashire; pero, pucsto que permanece en París, esperaré sus órdenes y la hora en que se digne recibirme.

Arabella inclinó la cabeza y salí. Desde ese día no la he encontrado mas que en sociedad, donde cambiamos un saludo amistoso y algunas veces un epigrama. Le hablo de las mujeres inconsolables del Lancashire, y ella me habla de las francesas que hacen honor a su desesperación y a sus enfermedades del estómago. Gracias a estos cuidados tengo un enemigo mortal en de Marsay, a quien Arabel'a quiere mucho. Y yo digo que ella se une con las dos generaciones De suerte que nada faltaba a mi desastre. Seguí el plan que me había fijado durante mi permanencia en Saché. Me entregué al trabajo, me ocupé de las ciencias, de literatura y de política, y entré en la diplomacia al advenimiento de Carlos X, que suprimió el empleo que yo ejercía con el difunto rey. Desde este momento resolví no fijarme en ninguna mujer por hermosa, espiritual y amante que fuese. Esta decisión me fué a maravilla: adquirí una tranquilidad de espíritu increíble, gran fuerza para el trabajo y comprendí todo lo que de nuestra vida disipan las mujeres creyendo pagarnos con algunas palabras graciosas. Pero todas mis resoluciones fallaron: ya sabes cómo y por qué.

Querida Natalia, contándote mi vida sin reserva y sin artificio, como me la diría a mí mismo; contándote sentimientos en los que tú no entrabas para

nada, acaso habré herido alguna de las fibras de tu corazón celoso y delicado; pero lo que enojaría a una mujer vulgar será para ti, estoy seguro de ello, una nueva razón para amarme. Al lado de las almas doloridas y enfermas, las mujeres selectas tienen un papel sublime que representar: el de la hermana de la caridad que cura las heridas, el de la madre que perdona al hijo. Los artistas y los poetas no son los únicos que sufren: los hombres que viven para su país, para el porvenir de los pueblos, alargando el círculo de sus pasiones y de sus pensamientos, se crean frecuentemente una cruel soledad. Tienen necesidad de ver a su lado un amor puro y adicto, y creen que comprenden bien la grandeza y el precio de él. Mañana sabré si me he engañado al amarte.

AL SEÑOR CONDE FELIX DE VANDENESSE

«Querido conde:

»Recibiste una carta de esa pobre señora de Mortsauf, que, según dices, no te ha sido inútil para conducirte en el mundo y a la que debes tu alta fortuna. Permíteme completar tu educación. Por favor, desecha una costumbre detestable; no imites a las viudas que siempre están hablando de su primer marido, que continuamente echan en cara al segundo las virtudes del primero. Soy francesa, querido conde: quisiera casarme con todo hombre a quien amase, y no sabría, en verdad, ca-

sarme con la señora de Mortsauf. Después de haber leído tu relato con la atención que merece—y ya sabes el interés que todo lo tuyo me inspira—, paréceme que has debido aburrir atrozmente a lady Dudley poniéndole delante las perfecciones de la condesa, y a ésta le has hecho mucho daño abrumándola con los encantos del amor inglés. No has tenido tacto conmigo, pobre criatura que no tiene otro mérito que el de gustarte; me has dado a conocer que no te amaba ni como Enriqueta ni como Arabella. Confieso mis imperfecciones, las conozco, pero ¿a qué hacérmelas sentir tan rudamente? ¿Sabes a quien le tengo lástima? A la cuarta mujer que ames. Esa se verá forzosamente obligada a luchar con tres personas; así es que debo prevenirte, tanto en interés tuyo como suyo, contra el peligro de tu memoria. Yo renuncio a la gloria trabajosa de amarte: necesitaría demasiadas cualidades católicas o anglicanas, y no me cuido de combatir fantasmas. Las virtudes de la virgen de Clochegourde desesperarían a la mujer más segura de sí misma, y tu amazona intrépida descorazonaría los más audaces anhelos de dicha. Haga lo que quiera, ninguna mujer puede esperar para ti dichas iguales a su ambición. Ni el corazón ni los sentidos triunfarán jamás sobre tus recuerdos. Has olvidado que nosotras montamos a caballo con frecuencia. No has sabido reavivar el sol entibiado por la muerte de tu santa Enriqueta, y a mi lado sentirías escalofríos. Amigo mío—porque siempre serás mi amigo—, guárdate de hacer en adelante semejantes

confidencias, que presentan al desnudo tu desencanto, que desaniman a la mujer y la hacen dudar de sí misma. El amor, querido conde, sólo vive de la confianza. La mujer que antes de decir una palabra o de montar a caballo se preguntase si una celestial Enriqueta no hablaría mejor, o si una amazona como Arabella no desplegaría más gracias, a esa mujer, tenlo por seguro, le temblarían las piernas y la lengua. Me has hecho entrar en deseos de recibir alguno de tus ramilletes embriagadores; pero ya no los haces. Del mismo modo hay multitud de cosas que ya no te atreves a hacer, pensamientos y goces que no pueden renacer en ti. Ninguna mujer, entiéndelo bien, querrá codearse en tu corazón con la mujer muerta que guardas en él. Me pides que te ame por caridad cristiana; puedo hacer, te lo confieso, una infinidad de cosas por caridad: todo, excepto amar. Estás a veces fastidioso y fastidiado; llamas a tu tristeza melancolía: enhorabuena; pero eres insoportable y das horribles cuidados a la que te ama. He encontrado con demasiada frecuencia entre nosotros dos la tumba de la santa; me he consultado, me conozco, y no quiero morir como ella. Si has llegado a cansar a lady Dudley, que es una mujer extremadamente distinguida, yo, que no tengo sus furiosos deseos, temo enfriarme más pronto que ella todavía. Suprimamos el amor entre nosotros, porque no puedes disfrutar la felicidad mas que entre los muertos, y quedemos amigos; lo quiero. ¡Cómo! ¿Has tenido, querido conde, una mujer por

extremo adorable, una querida perfecta, que pensaba en tu fortuna, que te ha hecho par de Francia, que te amaba con locura, que no te pedía sino que la fueras fiel, y la has hecho morir de pena? No conozco monstruosidad mayor. Entre los jóvenes más desgraciados y ardientes que arrastran sus ambiciones por las calles de París, ¿dónde está el que no permanecería sensato diez años para obtener favores que tú no has sabido reconocer? Cuando se es amado así, ¿qué más puede pedirse? ¡Pobre mujer! ¡Cuánto ha sufrido! ¡Y después de haber hecho unas cuantas frases sentimentales, te crees desquitado para con su memoria! He aquí sin duda el pago que a mi ternura le espera. Gracias, conde; no quiero rivales ni más acá ni más allá de la tumba. Cuando se tienen tales crímenes sobre la conciencia, no deben, por lo menos, decirse. Te hice una pregunta imprudente; estaba en mi papel de mujer, de hija de Eva; el tuyo consistía en calcular la respuesta. Debías engañarme, y más tarde te lo hubiese agradecido. ¿No has comprendido, pues, nunca la virtud de los hombres afortunados en amores? ¿No sientes lo generoso que son al jurarnos que no han amado nunca, que aman por primera vez? Tu programa es irrealizable. ¡Que sea a la vez Enriqueta y lady Dudley! Pero, amigo mío, ¿no es eso querer unir el agua al fuego? ¿No conoces a las mujeres? Son lo que son y deben tener sus defectos y sus cualidades. Encontraste a lady Dudley demasiado pronto para apreciarla, y lo malo que de ella me dices me parece una venganza de tu vani-

dad herida; comprendiste a la señora de Mortsauf demasiado tarde, y has castigado en la una el que no fuera la otra: ¿Qué me sucedería a mí, que no soy ni la una ni la otra? Te quiero lo bastante para haber reflexionado detenidamente sobre nuestro porvenir, pues en verdad te quiero mucho. Tu aire de caballero de la Triste Figura me ha interesado siempre profundamente. Creía en la constancia de las personas melancólicas; pero ignoraba que hubieras matado, a tu entrada en el mundo, a la más bella y virtuosa de las mujeres. Pues bien; me pregunté qué es lo que te quedaba que hacer, y pensé mucho en ello. Creo, amigo mío, que es preciso que te cases con alguna señora Shandy que no sepa nada del amor ni de las pasiones, que no se inquiete ni por lady Dudley ni por la señora de Mortsauf, que sea muy indiferente en esos momentos de fastidio que tú llamas melancolía, durante los cuales eres divertido como la lluvia, y que sea para ti la hermana de la caridad que pides. En cuanto a amar, a estremecerse por una palabra, a saber esperar la dicha, a darla, a recibirla, a compartir las pequeñas vanidades de la mujer amada, querido conde, renuncia a eso. Has seguido demasiado bien los consejos que tu ángel bueno te dió respecto a las mujeres jóvenes; las has evitado tanto, que no las conoces nada. Ahora es ya tarde para comenzar tus estudios, para aprender a decirnos lo que nos agrada escuchar, para ser grande a tiempo para adorar nuestras pequeñeces cuando nos place ser pequeñas. No somos tan tontas como crees. Cuando

amamos colocamos sobre todo al hombre escogido. Lo que quebranta nuestra fe en nuestra superioridad quebranta nuestro amor. Adulándonos os aduláis a vosotros mismos. Si te importa seguir en la sociedad, gozar del trato de las mujeres, ocúltales todo lo que me has dicho: no les gusta sembrar las flores de su amor en las rocas, ni prodigar sus caricias para vendar un corazón herido. Todas las mujeres advertirán la sequedad del tuyo y serás siempre un desgraciado. Pocas serán bastante fuertes para decirte esto que yo te digo y bastante buenas para dejarte sin rencor, y ofreciéndote su amistad, como hoy lo hace la que se dice tuya amiga afectísima

NATALIA DE MANERVILLE.

París, octubre 1835.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

TOMOS QUE COMPRENDE

	Ptas.
I.—Electricidad y magnetismo.	3
II.—Corrientes alternas. Unidades.	3,50
III.—Pilas eléctricas.	3
IV.—Dínamos de corriente continua.	3,50
V.—Motores de corriente continua.	3
VI.—Alternadores.	3,50
VII.—Motores de corriente alternativa. . . .	3
VIII.—Transformadores y convertidores. . . .	3,50
IX.—Devanados.	4
X.—Reóstatos industriales.	3,50
XI.—Acumuladores.	3
XII.—Averías en las máquinas eléctricas. .	3
XIII.—Líneas eléctricas.	3,50
XIV.—Transporte y distribución de la energía eléctrica.	3
XV.—Pararrayos.	3,50
XVI.—Centrales eléctricas.	3,50
XVII.—Contadores de electricidad.	3
XVIII.—Mediciones de laboratorio.	3,50
XIX.—Mediciones eléctricas de taller.	3
XX.—Instalaciones eléctricas.	3
XXI.—Electroquímica.	3
XXII.—Galvanoplastia y galvanostogia.	3
XXIII.—Electrometalurgia.	3
XXIV.—Lámparas eléctricas.	3
XXV.—Telegrafía.	4
XXVI.—Timbres y teléfonos.	3,50
XXVII.—Centrales telefónicas.	3,50
XXVIII.—Telegrafía y telefonía sin hilos. . . .	3,50
XXIX.—Tranvías y ferrocarriles eléctricos. . .	3,50
XXX.—Electroterapia y Rontgenología. . . .	3,50

PRECIO DE LA COLECCION, A PLAZOS O AL CONTADO: **90 pesetas**

VENTAJA A LOS SUSCRIPTORES A TODA LA COLECCIÓN

Los suscriptores a 30 volúmenes de que consta la obra disfrutarán del precio excepcional de 90 pesetas la colección, mediante firma del contrato que facilita la Compañía editora, con lo cual se benefician de la notable diferencia que existe entre el precio de la obra completa y lo que suman los precios fijados para los volúmenes sueltos.

ALEMANIA.—EL SUBDITO, DIANA, MINERVA, VENUS y LOS POBRES, de *Enrique Mann;* LA MUERTE EN VENECIA, de *Tomás Mann.*

PORTUGAL.—LA ALEGRIA, EL DOLOR Y LA GRACIA, de *Coimbra.*

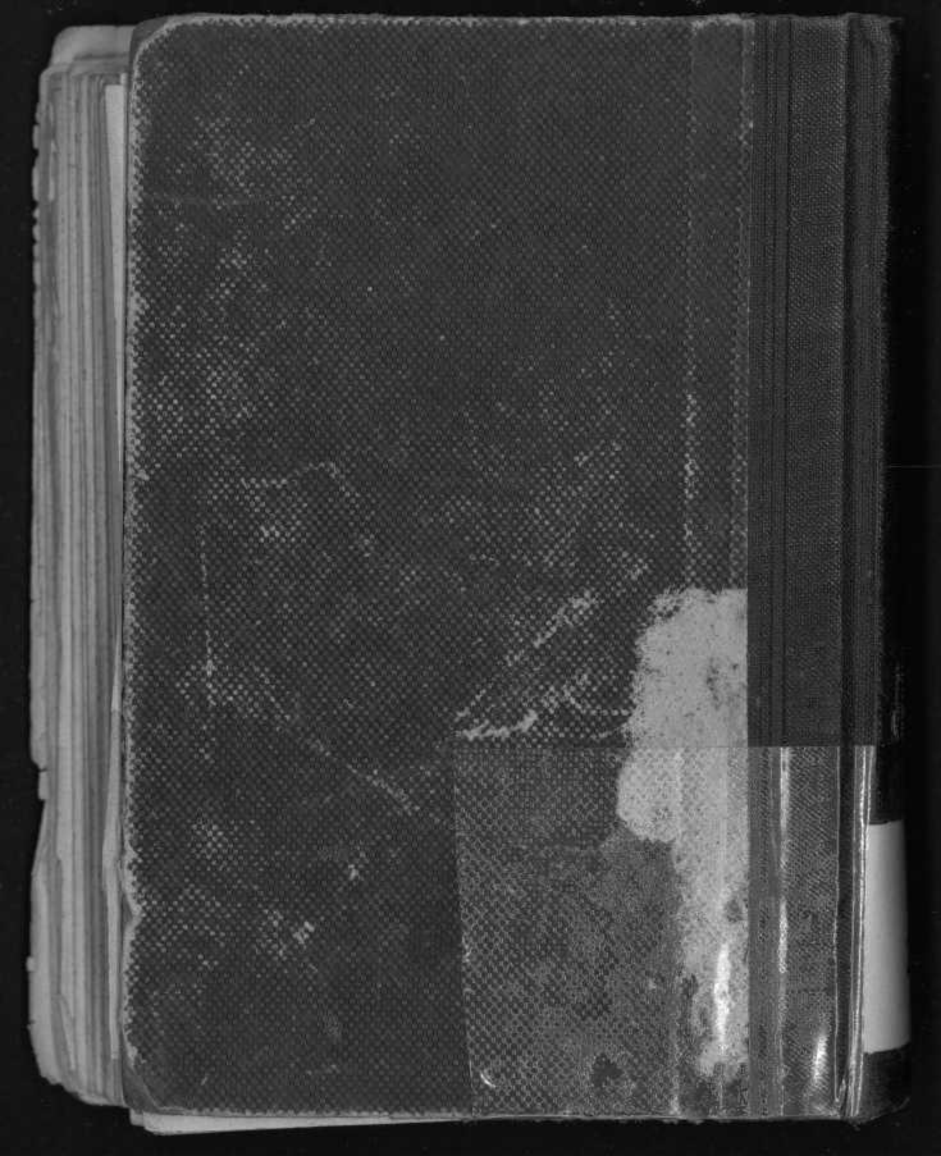
ESPAÑA.—TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO, de *Unamuno.*

RUSIA.—EL JARDIN DE LOS CEREZOS, de *Chejov;* EL DIACONO DE SANTA SOFIA y EL ESPIRITU DE LAS TIERRAS NEGRAS, de *Siviniakof;* HISTORIA DE UNA BOMBA, de *Strugi-Andrei.*

ITALIA.—TRES DRAMAS, de *Giacomo;* LOS DEVORADORES, de *Annie Vivanti;* EVA MODERNA y LA MUJER Y EL AMOR, de *Sighele.*

Todos los ejemplares de esta *Colección* aparecen encuadernados y editados primorosamente.





AZUCENA